



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

La ideología conceptual en la práctica científica

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A (N)

Alfredo Villar Chagoya

Director: Lic. **César Roberto Avendaño Amador**

Dictaminadores: Mtro. **José Antonio Mejía Coria**

Lic. **Carlos Alejandro Arámbula Martínez**





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	2
1 IDEOLOGÍA: CONCEPTO Y FORMAS DE APROXIMACIÓN	8
1.1 Ideología occidental: La palabra cristiana.....	38
2 GÉNESIS DE LOS DISCURSOS DE VERIDICCIÓN.....	44
2.1 La Verdad dicha en palabra.....	44
2.2 La Verdad inscrita en escritura.....	60
2.3 Límite idiomático del lenguaje.....	82
3 IMBRICACIÓN DE DISTINTOS SISTEMAS DE SIGNOS	91
3.1 Entidad discursiva	98
3.2 Universidad. Educación y proyecto de individuo.....	107
CONCLUSIONES.....	134
BIBLIOGRAFÍA.....	143

INTRODUCCIÓN

En una coyuntura donde la vida al interior del mundo académico va traslapándose con la existencia mundana al grado de volver progresivamente indiferenciadas ambas esferas existenciales, y donde emana de ambas la conminación a actuar antes que a hablar —a través de fórmulas distintas pero compatibles, sea el “¿y tú que has hecho al respecto?” del orden coloquial o la paráfrasis sobre estar en un momento para “dejar de interpretar la realidad para dedicarse a cambiarla”, en una juerga más academicista—, en donde la validez de las opiniones expresadas parece requerir apoyarse en ejemplos concretos (cuando no vivenciales) para aspirar al estatus de validez, la tentativa que tomamos es mirar en una dirección distinta: si bien no pretendemos dejar de hacer algo (y tanto hablar como escribir son verbos, por tanto son modalidades de acción), la intención es no dejar de pensar durante el proceso. Rechazamos un salto radical hacia la acción para posicionarnos (radicalmente) del lado de la opción donde el detenerse a interpretar la realidad es un momento insoslayable. Radical movimiento porque es posible detectar el plano de consistencia en el que opera un cierto modo de construir razonamientos lanzándose hacia las fronteras del mismo. El presente escrito pretende ser un ejercicio de muerte aparente, de puesta entre paréntesis de la vida cotidiana, en el cual dirigimos la actitud reflexiva hacia la secuencia implícita en el tránsito a través de instancias y de espacios durante el proceso de “formación”.

El terreno sobre el cual emerge la reflexión es el de las comunidades entre sujetos, la experiencia que tienen el individuo de ser parte de *lo mismo* que otros. Identificamos que los factores relativos a la constitución de esta experiencia son múltiples, de acción simultánea y con encadenamientos complejos, por lo que enfatizamos en las relaciones lingüísticas que organizan la práctica de comunidades alrededor de ciertos centros, en los que desarrollan actividades precisas y que comparten como resultado una valoración (tanto de sí mismos como de los acompañantes) en términos similares. Es a través del orden lingüístico que contemplamos las posibilidades de que el sujeto se detecte como perteneciente a un grupo denominado bajo el concepto de práctica: sea nación, práctica religiosa, estrato social o económico para los niveles de adscripción “involuntaria”, pero las mismas normas pueden aplicarse para el amplio espectro de grupos de inserción intencional.

Tomamos como punto de partida el ya problemático concepto de ideología para iniciar la aproximación hacia las imbricaciones entre el campo del lenguaje y el de la educación con un par de determinaciones contextuales: la idea de nación y la idea de religión. Embrollado recorrido, del cual presentamos un camino posible a seguir, una tentativa de desentramar las complejas relaciones tramadas históricamente entre los tres aspectos (a los que denominamos *Espectros* valiéndonos de la terminología derrideana) a través de sus oposiciones, fricciones locales, encabalgamientos, apoyos mutuos, estrategias de control, tácticas de legitimación, modos de formación y, finalmente, lo que nos incumbe en tanto aspecto psicológico, la formación de una forma de subjetividad determinada. Iniciamos el recorrido planteando lo complejo del concepto de ideología, las dificultades

que presenta su empleo para interpretar fenómenos humanos, pues la amplitud del término fácilmente posibilita incurrir en encontrar formaciones de origen ideológico en prácticamente cualquier resquicio de la realidad –y cuando un significante no es lo suficientemente sensible como para diferenciar entre aquello que refiere de lo que no es referido, entonces es inoperante–; punto que ofrecemos resolver a través de dividir las dimensiones de la ideología en tres niveles: uno principalmente lingüístico (argumentativo-justificativo), uno predominantemente conductual (performativo) y un tercero que engloba los precedentes, una sistematización ritual de la justificación del estado de cosas junto con las prácticas que aportan sustento material a los enunciados. Aceptamos que esta segmentación es analíticamente funcional, si bien en los fenómenos concretos los niveles de diferenciación no aparecen tan evidentes.

Para el primer nivel recorreremos las aportaciones de autores que han problematizado las relaciones entre el lenguaje y (lo experimentado como) la realidad. Conjuntamos aquí varias perspectivas que enfatizan aspectos ejemplares en el papel que juega el lenguaje dentro de las relaciones humanas con las cosas: con Sassure trazamos los ejes de estudio para la actividad lingüística y su inter-constitución recíproca; de Barthes retomamos la premisa de que las normas del uso de la lengua son aplicables a las formas de configuración en la vida social; tomamos los conceptos de Ducrot para pensar todo enunciado como inserto en una trama de suposiciones lógicas dadas por sentadas antes de la enunciación presente, y que le son necesarias; consideramos el mecanismo de interpelación en Pecheux como un eje primordial para el reconocimiento del sujeto como parte de un orden ideológico; seguimos a Laclau en la identificación de caracteres retóricos dentro en las argumentaciones pretendidamente lógicas, cuya enunciación apela a vinculaciones emocionales; y secundamos la teoría de escritura canónica formulada por Bloom para situar al interior de esta estructuración jerárquica al surgimiento y desarrollo de formaciones discursivas.

En el segundo nivel, principalmente abordamos las aportaciones de Althusser y Foucault, con las nociones respectivas de Aparatos Ideológicos de Estado y de dispositivo, donde los primeros permiten explicar el mantenimiento y desarrollo de una forma de ideología a partir de instancias descendentes de aplicación normativa, mientras que el segundo permite pensar un trayecto inverso, trazando el contorno de los soportes prácticos en el contexto de positividad sobre los cuales se llevan a cabo los enfrentamientos entre facciones antagonistas que pretenden hacerse con el dominio del marco discursivo. En este nivel localizamos las estrategias prácticas, los contextos materiales en donde emergen situacionalmente las ideas que posteriormente apuntan a consolidarse como ideas rectoras de masas.

El tercer nivel abarca los momentos de mutua relación entre los dos anteriores. Sin suponer que hay una perspectiva más legítima o verdadera que otra, pero al mismo tiempo sin descuidar la dimensión de comportamiento ético necesaria para pensar las acciones discursivas, abordamos los encadenamientos entre explicación de la realidad y práctica material que le da sentido a la discursividad: Le Brun aporta una concepción acerca del uso léxico para referir ciertos contenidos difíciles de justificar expresados

literalmente, por lo que aparecen explícitos pero amortiguados en siglas, abreviaturas o tropos, al mismo tiempo que se muestran todos en el mismo panorama, provocando un exceso de discursos que termina por anularlos; retomamos la argumentación de Debord relativa a que la ideología se asienta distorsionando las relaciones originarias de su emergencia, y desproveyendo a la actividad humana de su potencial transformador; finalmente tomamos de Lyotard el uso táctico de los discursos para contar historias, la indiferenciación en el sujeto del relato como mecanismo para hacer indistinto el objetivo al que apunta y por tanto abrir el campo a la posibilidad de sacrificarse por un abstracto. Marcamos el carácter beligerante que tiene el formular un discurso para explicar la realidad, pues explicando puede controlarse; al discurrir acerca del ser humano, un efecto concomitante es la posibilidad de ejercer cierto nivel de control sobre los seres humanos, y la tesis al respecto es que el enfrentamiento es una cualidad inherente a la actividad de las ciencias humanas.

Cerramos este apartado demarcando la diferencia entre los conceptos de imaginación (individual, molecular) y de fantasía (social, molar), así como sus campos de acción relativos. Tomamos ambos conceptos como ejes perpendiculares que permiten explicar el comportamiento discursivo: siendo la fantasía una cuestión social, ésta marca las coordenadas de lo que es posible (o permitido) pensar al interior de un sistema lingüístico, permitiendo un campo de posiciones variables a partir de donde el sujeto puede situarse para producir teoría acerca de la realidad. Consideramos que el eje de la lengua es primordial, y sobre éste se ensamblan los ejes de los órdenes discursivos, con sus normas de enunciación, sus referentes necesarios, sus suposiciones básicas, el conjunto de saberes tomados como verídicos que sustenta la existencia legítima, el campo de investigación asequible y la comunidad académica que produce la forma de saber.

La segunda parte del texto se enfoca en la pertenencia a las cosmovisiones occidentales que tiene una teoría de las ideas tal como la hemos planteado hasta el momento, por lo que aparece un recorrido por algunas formas que ha tomado el concepto de verdad apoyándose en los registros oral y escrito. La relación de las certezas con lo que puede decirse o escribirse es la base del conocimiento que aspira a ser considerado verídico, así como el contexto de posibilidad para todo pensamiento. Dividimos –otra vez, de manera analítica y un tanto esquemática– este apartado en una sección correspondiente a la palabra hablada en la tradición cristiana y otra correspondiente a la palabra escrita.

El tratamiento del fenómeno del *Hablar* en relación con la verdad atraviesa varias fases: enunciamos lo que damos en dominar la “metafísica de presencia”, es decir, la concepción ontológica que ha regido a occidente durante casi 2500 años, en donde presentar algo a los sentidos pasó a hacerse equivalente con el hecho de mencionar ese mismo algo para insertarse en la esfera del discurso verdadero: Todo lo experimentable (y por extensión derivativa lo decible) es susceptible de ser verdadero; para demostrar esta vinculación hacemos un recorrido por el proceso de formación de palabras hacia la construcción de oraciones y luego a la organización de un sistema procedimental para establecer la realidad a partir de operaciones lingüísticas; la principal de estas estrategias

es la correspondiente a la función denominativa, donde indicamos que al producir un nombre simultáneamente se produce por un lado lo externo al nombre, y por otro un campo semántico de similitudes, por lo cual una denominación no está exenta de contaminarse por los significados de otras palabras, siendo que entonces el uso nominal arrastra una red de conceptos relacionados entre sí que además incluyen juicios de valor acerca de las relaciones entre el sujeto que pronuncia y los objetos nombrados. El tipo de relaciones entre palabras y cosas es fundamentalmente de una catacresis por *convenientia*. En relación con el proceso nominal y la formulación de oraciones de acuerdo con un orden sistemático, que involucra valoraciones morales e instrumentales, enlistamos tres niveles de locución según la intención enunciativa de cada uno, desde el señalamiento relativamente neutro de la existencia de un ente, pasando por la descripción de sus utilidades, hasta la forma más ideológica que pretende generar ciertas conductas en el individuo que escucha la oración; ello nos lleva a diferenciar entre los órdenes de enunciación que están anclados en las costumbres culturales y las formas de enunciados que ameritan ser considerados formatos de ideología. Finalizamos este apartado apuntando al uso sistemático de retórica estratégica, aunque este no necesariamente sea intencional, es decir, las formas de enfrentamiento responden más a las posibilidades de un sistema lingüístico que a los planes explícitos de enfrentamiento que un sujeto pueda formular.

El siguiente apartado es el concerniente al fenómeno de *Escribir* en relación con la verdad, el cual aporta una serie de problemas tan espesamente enmarañados como el habla. Retomamos la discusión sobre los sistemas de pruebas empíricas en los cuales en tanto algo puede verse, entonces puede aceptarse, aquí la escritura supera al habla al disponer la capacidad para conservar las argumentaciones durante un periodo lo suficientemente amplio para reactivarlas en sucesivos futuros, y darles estatus de pruebas con validez cognitiva. Derivamos entonces hacia el concepto de archivo, central en nuestra argumentación como un sistema de almacenamiento en donde aparecen las formas cristalizadas de un saber, pero al mismo tiempo este espacio implica tomar ciertas disposiciones de orden conductual para los sujetos que participan de la comunidad archivada: requiere de una vinculación emocional con los saberes, con entidades discursivas (imaginadas pero fantásticas), y de adaptarse a las formalidades enunciativas que el saber demanda para permanecer reconocido como válido en la comunidad epistémica correspondiente. El archivo es una de las estrategias que se ponen en juego para la circulación de los saberes, en donde contar con un sustento material apunta a preservar alguna forma de leer la realidad, mientras permite pensar en el hundimiento de otras y hace perceptible que el dominio de los medios de producción material es un campo más para los enfrentamientos discursivos. En este capítulo también tratamos de incitar una puesta en guardia contra el uso de la palabra “naturaleza” así como con toda aquella artimaña que pretenda hablar de algo natural acerca de la realidad, pues es el paso a la enunciación sobre la naturaleza el que instala una relación ideológica con los estados de cosas. Para llegar a este punto, es necesario que corra junto a la discusión sobre la escritura una discusión acerca de la interpretación, que tratamos de llevar a un fin lo más completo posible cuando, tras tocar la pugna entre la literalidad-metaforicidad de los discursos, apuntamos a que la veracidad está en las normas anónimas que tiene la

comunidad escritural para permitir o negar el acceso de ciertas lecturas al interior del archivo. El ingreso entonces tiene un fuerte componente argumentativo-lógico, pero no se desprende de la facultad retórica-emotiva. Al concluir esta sección, es indispensable apuntar otra tesis en donde los productos culturales funcionan como indicador de las cosas que “cree” la cultura, siendo entonces que sugerimos leer a la par de las disertaciones académicas, los productos “profanos” de una cultura, pues el discurso expresado en ambas esferas, con las indicaciones correspondientes a su propio nivel de comprensión, refieren las mismas cosas.

El último apartado centrado primordialmente en la *palabra* se refiere a algunas consideraciones acerca del idioma, en términos de los límites y alcances que tiene pensar desde una lengua: así enumeramos las redes de conceptos propias de cada conglomerado léxico, contemplamos en qué medida es posible decir “lo mismo” a través de traducciones e interpretaciones idiomáticas, huellas o constantes (*inercias ideológicas*). Cerramos estas reflexiones indicando la posibilidad infinita de modificar los usos del lenguaje a través del uso mismo, es decir, que hablar y pensar conforman un nivel de acción sobre el cual pueden montarse niveles concretos de organización social. Instamos a pensar antes de actuar, para dirigir la acción material.

La tercera parte se refiere a la relación entre varios sistemas de signos, donde el lenguaje permanece como hilo conductor pero aparece con creciente concomitancia en compañía de asuntos como la seguridad existencial o las disposiciones materiales de los espacios. Como parte de los sistemas no-lingüísticos contemplamos el trabajo o el dolor, y el tomar en cuenta niveles de experiencia accesorios a la lingüistización dibuja un campo en donde materialmente ocurren cosas disímiles que no pueden entrar en los mismos procesos explicativos, ante lo cual planteamos un modo de conceptualización resolutoria al identificar la forma conveniente de “normalidad” contemporánea en el polo del *logofonocentrismo* (comportamiento lingüístico), en oposición con la forma conveniente de “anormalidad” en forma de *crisis de presencia*, aduciendo que la desintegración del marco léxico para dar cuenta sobre las experiencias que el sujeto atraviesa indican entonces un quiebre de la metafísica de la presencia, donde es complicado definir si el sujeto experimenta ausencias o bien, si el sujeto experimenta presencias no denominadas –por tanto incontrolables. Es aquí donde se torna medular el concepto de educación y su instrumentación institucional a través de las universidades como sedes encargadas de la producción de discursos que mantienen la estabilidad de la realidad. En esta coyuntura, la educación superior juega un papel central para producir realidad a través de cuerpos ejercitados en evaluar los fallos humanos, y producir entidades efectivas para leer la realidad experimentada. En el seno de una cosmovisión que permite la duda, es pertinente tomar medidas preventivas para re-integrar al sujeto cuya duda lo abduce de la funcionalidad, la misión de los centros universitarios es gestionar a los sujetos obreros e impedir que duden demasiado como para dejar de dirigirse hacia el progreso.

Terminamos con una revisión del modelo mexicano de educación, partiendo de la conjunción entre el ideal de nación y de religión que fueron imbricándose hasta definir el

campo correspondiente a la educación en la producción de sujetos civilizados con posibilidad de actuar políticamente, y susceptibles de salvarse al estar en contacto con las escrituras, ambas al interior de una sola comunidad colectivamente imaginada. Nuestro recorrido alumbra un proceso de inflación educativa que devino en mantener los mismos niveles de improductividad, pero con una contra-sociedad académica interna y difusamente conectada con la cotidianeidad. Esto es, el tipo de sujeto actual puede concebirse como uno capaz de auto-explotarse sin entrar en crisis, pues dispone en sí mismo (cuando no en abundancia a su alrededor) de los medios discursivos para justificar su estado de inserción en el mundo y por tanto alude la crisis tanto por el flanco de la locura como por el de la revolución.

Sin embargo esta oscura perspectiva no es el fin del desarrollo, no sugerimos leerla como el abismo insalvable de la actualidad, sino como el punto de una lectura a partir del cual es posible reformular discursivamente las constricciones situacionales, diseñar contra-dispositivos, hacer estallar la contra-sociedad interna hacia las barreras de la sociedad que la contiene, ejercer el poder detentado por el estatus en la dirección de de-inflar los conceptos exagerados. O al menos ese es el tipo de lectura que quisiéramos insinuar.

1 IDEOLOGÍA: CONCEPTO Y FORMAS DE APROXIMACIÓN

1. El individuo llega al mundo: nace un cuerpo en una localidad geográfica donde se habla una lengua específica, se vincula con un conjunto de prácticas y situaciones a través de su devenir cronológico, aprende a relacionarse en un marco referencial desde donde valora a los otros individuos, a sí mismo, a los objetos. Seguimos a Sloterdijk¹ cuando afirma que tanto llegado al mundo, al sujeto no le queda otra alternativa que atarse desde un primer momento a un sistema lingüístico donde el “peso del mundo” presiona a todo nuevo hablante: por el “peso del mundo” referimos a la comunidad lingüística, donde la presión es el conjunto de prácticas normativas que prescriben estándares de adecuación en todos los niveles de conducta. La alternativa no se brinda, es establecida por el contrario como única medida de adaptación posible al entorno circundante, donde el sujeto de enunciación para el caso es la comunidad política de nacimiento, misma que detenta el derecho de otorgar un lenguaje “próximo a la transmisión inmediata” para los individuos hablantes a través del cual fija la nacionalidad en términos del lenguaje hablado que contiene los elementos de identificación.

2. Para hablar de nacionalidades, es pertinente delimitar el campo al que hacemos referencia, pues si bien el análisis del nacionalismo permite identificar los factores relevantes para la formación de comunidades, son éstas últimas en las que interesan al presente trabajo, particularmente las instancias que aglutinan el saber en juegos de verdad determinados como científicos. Para ello consideraremos la cualidad de imaginada que comportan las comunidades nacionales a partir de la definición de Anderson², en la cual “los miembros [...] no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas”, pero cada uno considera formar parte de una nación o se comporta como si así ocurriera. Además, es una comunidad aquélla que se “concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”. Para formar la comunidad, la imaginación juega un rol esencial al tomar la forma de un enunciado lingüístico que involucra una experiencia e incorpora vínculos de tipo emocional, que es el eje relevante para que los individuos sean motivados a atender e incluso matar a otros en el nombre de la nación.

La imaginaria nacionalista se preocupa por la vida y la muerte, en fuerte afinidad con la religión y la lengua (entre otros factores). Con la religión por el tipo de sustento existencial que posibilita a través de la práctica ascética y con la lengua por ser el medio ejemplar para transmitir ideas. Estas aseveraciones aparecen sintetizadas en la práctica cuando consideramos que “todas las grandes comunidades se concebían a sí mismas como cósmicamente centrales, por medio de una lengua sagrada ligada a un orden ultraterrenal”³, donde la lengua no era evaluada en su dimensión de construcción humana sino como dada naturalmente por la deidad, quedando fuera de posibilidad la discusión sobre los signos lingüísticos prosódicos o gráficos. Sin embargo, la vigencia de la

¹ Sloterdijk (2006a) 143

² Anderson (2013) 24-25

³ Anderson (2013) 31

escritura es la condición de posibilidad para el acceso a la salvación ultraterrenal al permitir un acceso al lenguaje con mayor alcance temporal que el discurso hablado.

En las comunidades clásicas, el carácter sagrado de la lengua como medio de salvación estuvo vinculado con la acepción del carácter no arbitrario del signo, siendo éste una emanación de la realidad en vez de su representación. Las formas de brindar sentido a la existencia de los miembros dentro de esta formación comunal pueden agruparse en tres aspectos⁴: 1] una lengua ontológicamente sagrada como garante de salvación independiente al territorio, 2] la creencia de una organización social en torno a centros vinculados con la deidad, sean tales centros los monarcas o las figuras religiosas que estaban considerados como vínculos directos con el ser ultraterrenal y 3] temporalidad inmediata y simultánea entre el nacimiento existencial del hombre y del mundo, donde la historia de ambos queda indiferenciada.

Las exploraciones del mundo y la paulatina caída en desuso de las lenguas implicó que la producción literaria dejó de ser una empresa internacional para territorializarse a través del *capitalismo impreso*⁵, es decir, de una producción literaria impresa (periódico principalmente) en una lengua específica que además aseguraba una cierta idea de comunidad con intereses afines, límites geográficos comunes, una misma lengua, etc.

3. La lengua nacional es el campo donde los “gestos creadores” se hacen públicos. Por gesto creador entendemos los procedimientos para establecer la realidad, esto es, los regímenes de signos que conforman la experiencia en el mundo y que son comunes a un grupo de sujetos que los emplean convencionalmente. Las ideas aparecen como *tatuadas*⁶ en la práctica cotidiana, consisten en la portación y utilización de signos naturalizados al grado de pasar desapercibidos, debajo del sensor reflexivo, y por tanto implícitos en la actividad; son poco perceptibles para quienes forman parte de la comunidad, pues son asumidos como parte del conglomerado *natural* del mundo en tanto aparecen como si siempre hubiesen estado allí, sin embargo saltan a la vista del pleno reconocimiento por miembros de otras comunidades. El *tatuaje lingüístico* transmite la ligazón entre grupos sociales dentro del continuum histórico-nacional, de allí que “todas las lenguas nacionales son idiomas en los que la transmisión de miseria y violencia es tolerada incontroladamente, y tanto más se tolera cuanto más se disimulan estos hechos a través de morales y teorías”⁷. La fórmula clásica que fungió como directriz explicativa para las operaciones ideológicas indica que éstas aparecen implícitas, al nivel de un desconocimiento esencial de los motivos, donde consecuentemente los sujetos ignoran por qué actúan de una X forma. Tiene sus cimientos en la frase socrática según la cual “hacia los males nadie se dirige por su voluntad, ni hacia lo que cree que son los males” y en su isomórfico bíblico cuando Jesús en la cruz enuncia “perdónalos, porque no saben lo que hacen”, cuya formulación teórica formal ocurrió en el siglo XIX en la teoría psicoanalítica del inconsciente como instancia gobernadora del comportamiento cuyas

⁴ Anderson (2013) 62

⁵ Anderson (2013) 33

⁶ Sloterdijk (2006a) 145-146

⁷ Sloterdijk (2006a) 147

razones hay que descifrar y con el planteamiento marxista del trabajo alienante que impide al obrero tomar conciencia sobre su situación en la cadena de producción. La postura que aquí tomamos es radicalmente opuesta, ya que no consideramos que el conocimiento por sí mismo del “mal hacer” sea condición suficiente (aunque es invariablemente necesaria) para modificar la conducta, pues la máxima que dirige el comportamiento masivo es más del tipo “saben muy bien lo que están haciendo, y lo hacen de todos modos”, en tanto las posibilidades de actuar son percibidas no sólo como naturales o necesarias sino también como invariables. En este sentido, afirmamos que “La lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva”⁸, pero no indicamos que hay una fuerza invisible dirigiendo la acción, sino que las motivaciones reales aparecen naturalizadas al grado de deslizarse subrepticamente debajo del censor consciente, con lo que escapan a la reflexión. Puede actuarse incluso de acuerdo con la actitud cínica de aceptar la motivación sin que por ello se deje de perseguir los intereses, ya que esta aceptación opera como legitimación de las condiciones “naturales”. Entonces, no es que el *tatuaje lingüístico* sea de suyo invisible, sino que es aprendido como condición necesaria para la óptima conducción de las actividades.

Las lenguas nacionales en tanto medios de la guerra mundial operan a través de la dominación de acuerdo con dos elementos 1] Principio de inteligibilidad –permitir la comprensión de la realidad y posibilitar una relación con ella- y 2] Transmisión de odio a lo diferente así como de fomentar una comunidad agresiva, ambas como medios para la conservación. “El vínculo lingüístico es la condición para ligar a los hombres a un venir-al-mundo en comunidades lingüísticas que discurren odio contra quien habla diferente”, El modo en que las lenguas nacionales forjan odio es aportando materia que contiene una suerte de ideas fijas, a las cuales las conciencias individuales atribuyen sus propios sentimientos de afiliación e identidades⁹.

Si bien compartir un registro lingüístico es una condición de posibilidad para el surgimiento de comunidades nacionales, ésta a su vez precisa de otros factores. El primero es que haya un sistema de producción y de relaciones productivas¹⁰ –de capital en este caso–, así como una tecnología de comunicación –imprensa– que permita el flujo del lenguaje. De este modo puede mantenerse la noción de un tiempo simultáneo sobre el que existen múltiples individuos que comparten rasgos comunes, ya que las lenguas impresas dan cuenta sobre la cantidad de lectores que comparten un idioma al permitir imaginarse una comunidad. También la escritura fija el lenguaje, otorgando un referente para pensar en la antigüedad nacional hacia un pasado infinito de inmanencia mnémica poblado por los antepasados (figuras nacionales, héroes, caudillos, líderes, etc.). Esto implica un determinado poder en el lenguaje: para asimilar los dialectos a través de la

⁸ Zizek (2003) 15

⁹ Sloterdijk (2006a) 148-149

¹⁰ Anderson (2013) 70

escritura, con lo que se elimina la comunidad respectiva con su historia; y para diferenciar entre comunidades por las grafías¹¹ que fungen también como rasgos de identidad.

La moral es el modo por antonomasia para propagar la ideología entre las masas, que por ende abarca e incluye comportamientos de resentimiento, envidia e incluso mediocridad entre el sector amplio de la población consistente en los individuos no ejemplares. La táctica de ejercitar a los individuos para alcanzar el mejor desarrollo posible deriva de esta misma acepción de ser humano deficiente, la cual aplicada a modo de baremo para la población, conforma una concepción de todo ser humano falible, sin que haya ni pueda haber excepciones sobrecalificadas. Tal fórmula, entonces se basa en una ascesis cuyo *a priori* arbitrario conlleva suponer un ser humano débil, deficiente, incompetente, desprovisto de saber. Precisamente a partir de su sin-saber, se producen individuos de las características mencionadas al proveer una educación desde la incompetencia y la censura a las *desviaciones* o diferencias.

4. Deteniéndonos un momento para recapitular: la experiencia del mundo a la que accede el individuo es determinada por un conjunto de factores variados, entre los cuales enfatizamos la nación, el idioma y la religión, todos atravesados por el hilo conductor de los criterios ascéticos de adecuación y por las prácticas lingüísticas que establecen la relación entre el sujeto y la realidad. A este entramado de relaciones multifactorial, en parte discursivo, en parte práctico, que organiza las posibilidades de interacción con el mundo, se le ha denominado *ideología*. El concepto, desde su acuñación en el siglo XVIII ha sido objeto variaciones según la delimitación del campo comprendido por las ideas; así, puede considerarse que un manifiesto político es objeto de análisis ideológico en su dimensión textual; pero las ideas son algo más que un flujo libre de articulaciones vocálicas, pueden aparecer sin necesidad de una enunciación explícita: hay ideología en la forma en que se construyen espacios, por ejemplo el salón de clases convencional no es una disposición accidental de una pizarra colocada en un extremo, un conjunto de sillas idénticas y un escritorio (o algún otro elemento de mobiliario) que marca la posición del profesor, todo ello está determinado por una idea específica de qué es un salón, por qué están allí las personas y para qué están; se conjugan las dimensiones de la idea sólo discursiva y la dimensión material, dejando de ser sólo ideas y sólo práctica, de modo que si se busca analizar la ideología en todos sus aspectos constitutivos es pertinente considerar que las situaciones de actividad tienen un trasfondo implícito...premisas que lleva a encontrar la ideología en todos lados donde se le busque con suficiente detalle.

La ideología adquiere un carácter elusivo, potencialmente está presente en cualquier sitio, aunque lo hace de manera implícita, obstaculizando su detección inmediata, como si todo fuese ideología al tiempo que es imposible detectar por qué. A la cualidad que tiene un fenómeno para ocupar espacios sin estar materialmente presente, Derrida le denominó *espectral*. Lo espectral nunca está presente como tal, sin embargo ocupa un espacio, es relevante considerarlo para dar cuenta de ello; es una presencia que se mantiene constante aunque no es visible, un concepto que rige el comportamiento (y el pensamiento) al demandar acción coherente con la atención que se le brinda. Es

¹¹ Anderson (2013) 72-75

espectral todo aquello que influye en la situación sin estar presente, aquello que habita un espacio sin ocuparlo de manera concreta, aunque sí performativamente. El (modo de) ser de lo espectral es el *asedio*¹². Cuando Derrida escribe que “ser-con los espectros es una política de la memoria, de la herencia y las generaciones”¹³, indica que los espectros pueden ser tanto anteriores (muertos) o posteriores (aún no nacidos), fantaseados en ambos casos. La nación, la comunidad académica (o cualquier otra comunidad), la religión, el proletariado, el individuo civilizado, el ciudadano, el proyecto de educación, etc.; todos son espectros ante los cuales dar cuenta de la conducta individual. Los espectros siempre son multiplicidad, aparecen en conjunto, ejercen influencia simultáneamente y representan una heterogeneidad de determinantes para la acción. Uno es al mismo tiempo ciudadano de una nación, practicante de una religión, empleado de una empresa, miembro de una familia, etc. En términos deleuzianos, los espectros tiene la cualidad rizomática en tanto múltiples aspectos interrelacionados entre sí, cuyo análisis puede iniciar desde cualquiera de ellos y cuya influencia aparece siempre en relación con el conjunto. El lugar que seleccionamos para iniciar en este caso es el de la ideología, en relación con los aspectos nacional, religioso y educativo.

Durante el siglo XX, el auge logrado en la investigación de corte social por el concepto de ideología permitió varias aproximaciones metodológicas con pretensión de desentrañar el estado del fenómeno. Siguiendo las categorías hegelianas con que Zizek¹⁴ agrupa las tentativas por solucionar el problema de método para analizar la ideología tenemos:

1- “Ideología en-sí” en tanto conjunto de ideas, creencias y conceptos cuya finalidad es convencer de su verdad a través de una sólida argumentación montada en dispositivos discursivos, que sin embargo encubren intereses de algún tipo. La crítica en este sentido se enfoca en reflexionar sobre las rupturas, inconsistencias y suposiciones prácticas del enunciado explícito, partiendo de la hipótesis de que todo espacio de enunciación está previamente estructurado simbólicamente y que los significados se agrupan de manera sincrónica sobre este fondo. Es parte esencial considerar ciertas fórmulas o lugares comunes que aparecen de manera mecánica, involuntaria, espontánea o “inconsciente”, es decir *naturalizada* en la argumentación a modo de presentar hechos autoevidentes que justifican el orden existente

2- “Ideología para-sí”, donde aparece el soporte material de la ideología en prácticas, rituales e instituciones que generan performativamente la creencia. La legitimación del estado de cosas según un razonamiento relativamente racional es secundaria respecto de la subordinación “irracional” a las prácticas materiales, que son la condición para que exista su justificación.

3- “Ideología en-y-para-sí” cuando la condición material refleja la justificación discursiva, y entonces tratar de delimitar los alcances de la noción de *ideología* se

¹² Derrida (1998) 17

¹³ Derrida (1998) 12

¹⁴ Zizek (2003) 17-24

complica, pues pareciera que cualquier elemento de la realidad tiene un componente ideológico. Este tercer modo de interrogar sobre la ideología comporta una red de actitudes y suposiciones al nivel de la positividad, donde los medios para producir la creencia estructuran la percepción de la realidad en cada circunstancia.

Los niveles de aproximación no son excluyentes entre sí, sino que conforman una agrupación que enfatiza algún elemento en el análisis de los fenómenos. En la realidad la separación expuesta no sucede con claridad, la legitimación discursiva, la práctica performativa y el ritual distorsionante se presentan de manera simultánea y concomitante, sin embargo contar con una delimitación teórica permite por un lado exponer los distintos sitios desde donde puede hacerse crítica a la ideología, y por otro seleccionar qué característica observar con detenimiento, sin que ello implique restar importancia a las demás. A continuación haremos un recorrido teórico sobre los conceptos que cada una de las tres categorías aportaron para el análisis de la ideología, mismos que retomaremos más adelante al centrarnos sobre la cuestión de la educación científica.

5. Desde la posición *ideología en-sí*, el concepto de ideología según los primeros autores (Destutt de Tracy y Cabanis), refiere a la ciencia de la génesis de las ideas, enfatizando la relación del hombre con el ambiente¹⁵, particularmente de la facultad sensorial como aparece según el mismo Destutt de Tracy: “Pensar [...] consiste en sentir que hay un lazo, una relación. [...] es sentir y nada más”¹⁶. Posteriormente ha sido objeto de diversas variaciones desde la inversión de la relación entre el conocimiento y las cosas, hasta una concepción más reciente donde por ideología se entiende una ilusión, error o fabulación tranquilizadora¹⁷.

Sobre esta línea argumentativa versa el esquema metafórico que R. Barthes propone en *Mitologías*¹⁸ (ver Figura 1). El mito, que en este caso es la conjunción del sistema exclusivamente lingüístico con un sistema referencial de segundo orden (“metalingüístico”), es donde se inscribe el modo de análisis fértil para la caracterización de la ideología.

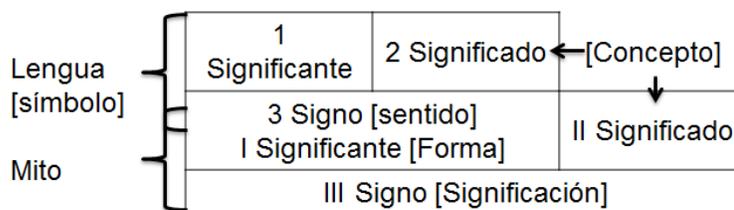


Figura 1. Esquema del Mito

¹⁵ Canguilhem (2005) 46

¹⁶ Destutt de Tracy, citado en Foucault (2014a) 255

¹⁷ Canguilhem (2005) 48

¹⁸ Barthes (1999) 122

En primer lugar, hay como significante un gesto concreto desprovisto de funcionalidad alguna hasta que es apareado con un significado, es decir, con una serie de palabras que aportan el contenido funcional. El conjunto de estos dos elementos no se percibe en aislado, sino en forma de un tercer elemento, el signo, que conjuga el par previo y a sí mismo, esto es el “sentido”, en términos de un lenguaje objeto o concreto, que refiere un primer nivel de funcionalidad al abarcar relaciones directas entre sujetos y objetos, con posiciones de instancia intercambiables. Este orden lingüístico es *simbólico*, depende de una comunidad habilitada en el idioma y funciona al interior de ésta. A partir del primer orden, aparece un segundo con conceptos asociado con el sentido, una denominación-argumentación de valor moral que organiza las acciones acerca del primer sistema, a modo de justificación del orden simbólico previo, tomando el gesto simbólico como algo natural, legitimándolo entonces bajo un tercer signo, la significación, que ocupa la posición inmediata de valoración hacia las relaciones. Los límites de este esquema metafórico radican en que representa una acumulación de conceptos y significantes en un solo sentido, volviendo imposible representar las imbricaciones de más de un sistema de signos con la resultante valoración ascética que conjuga los significados provenientes de cada uno (como entre el sistema de la nación y el de la religión).

La ideología está en el nivel de la significación, aporta un juicio de valor ascético que funciona como agregado al sentido formado por relaciones previas. De este modo el conjunto de colores sobre una tela [1] que denominamos bandera [2] queda situado en el marco de reconocimiento lingüístico como símbolo de una nación [3, I] que aporta el calificativo de “patrio” [II], con lo que la distribución de un patrón cromático sobre un segmento textil pasa a ser un elemento distintivo (y perteneciente) de los miembros de una nación, por cuya preservación vale sacrificarse [III]...y así sucesivamente.

En el esquema mitológico, la escritura tiene relevancia política al mostrar, simultáneamente, la designación y el signo de valor. No hay neutralidad en el lenguaje. Por ejemplo cuando “la restauración elaboró una escritura de clase, gracias a la cual la represión se daba inmediatamente como una condena surgida espontáneamente de la ‘naturaleza’ clásica: los obreros reivindicadores eran siempre «individuos», los rompehuelgas «obreros tranquilos» y la servilidad de los jueces se transformaba en «vigilancia paterna de los magistrados»¹⁹. Argumenta Barthes al respecto de la funcionalidad discursiva que “el mito es vivido como una palabra inocente; no porque sus intenciones sean ocultas (si fueran ocultas, no podrían ser eficaces), sino porque están naturalizadas”²⁰, indicando que la verdad acerca del mito aparece sin encubrimiento, por eso es efectiva, y es presentada como un orden natural racionalmente justificado, un estado de cosas que preservar, con lo que inician los puntos de concordancia con el segundo nivel de análisis ideológico, referentes a la interacción entre el discurso y la práctica concreta.

El valor crítico del esquema (aunque metafórico y limitado) radica en que permite colocar los elementos tanto prácticos como discursivos en una relación de creciente

¹⁹ Barthes (2000) 32

²⁰ Barthes (1999) 133

complejidad acumulativa, para derivar a partir de ella la secuencia de legitimaciones discursivas y las herramientas retóricas que entran en juego durante el proceso. Además sintetiza las dimensiones diacrónica y sincrónica en el movimiento de las ideas al nivel predominantemente lingüístico, ambas de relevancia ya reconocida por F. de Saussure²¹, al considerar una distinción temporal para analizar el lenguaje: la dimensión diacrónica (ver Figura 2) representada –a diferencia del esquema original– en el eje A-B, donde se agrupan las variaciones de uso que dan lugar a configuraciones de sistemas lingüísticos normativos funcionales dentro de una comunidad, los cuales se dan lugar sucesivamente, para cuyo análisis se toma en cuenta la etimología, los sustratos idiomáticos, las denominaciones, etc.; y la dimensión sincrónica en el eje C-D, donde se coloca el estado del sistema lingüístico en el momento actual de análisis, considerando la simultaneidad de diversos usos con diferencias de grado para referir relaciones de manera eficaz. Son estas distintas maneras de utilizar el lenguaje las que modifican el sistema normativo y dan lugar a relaciones entre conceptos y palabras distintas, punto a partir de donde consideramos pertinente incluir el esquema del mito.

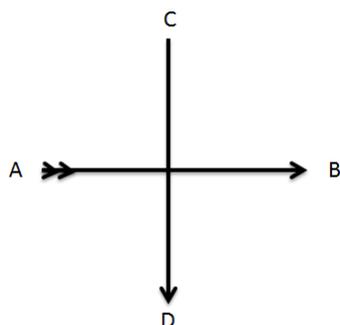


Figura 2. Distinciones lingüísticas

Una constante tanto en la argumentación sassureana como en la exposición de Barthes es que para explicar el apareamiento entre un significado y un correspondiente significante, no puede dejar de entrar en juego una “unidad psíquica” que ensambla ambos elementos, así como un sujeto psicológico que construye y emplea los conceptos asociados a significaciones dentro de contextos funcionales. Por más que la intención de ambos autores es trabajar con un objeto delimitado (como es el lenguaje) en términos de relaciones formales, su estudio es inextricable de la cualidad genuinamente humana que tiene este fenómeno, de modo que la imbricación entre las dos ciencias aparece no sólo en el nivel de la realidad en bruto, sino que también como problema teórico.

Partiendo entonces de que el estudio del lenguaje y el de su utilización por parte de humanos en contextos de funcionalidad son asuntos concomitantes, podemos introducir los trabajos de otro autor que parten en el terreno de la lingüística y se desplazan hacia el territorio de la problemática funcionalidad psicológica: O. Ducrot, cuyo aporte reside en apuntar la indiferenciación entre los niveles de descripción y argumentación, a partir de lugares comunes de aparición automática (ideológica) en el discurso. Ducrot anota que la

²¹ Citado en Malmberg (1975) 41

aproximación lingüística hacia el fenómeno del lenguaje se divide metodológicamente en dos elementos: el sistema teórico de la lengua y el conjunto de prácticas observables (o escuchables) del habla –paráfrasis isomorfa de la distinción sassureana entre *langue* y *parole*-, donde la lengua “comporta de una manera constitutiva indicaciones referidas al acto de hablar”²², es decir, con el hecho de pronunciar ciertas formas gramaticales o palabras se instaura una relación específica entre las instancias referenciales, que además es normativa al estar en el eje diacrónico a partir de donde se permiten desviaciones. Estas últimas son el conjunto del habla, que se mantiene relativamente subordinado según el criterio de funcionalidad respecto del sistema normativo: si bien las asociaciones lingüísticas son arbitrarias, el nexo precisa de ser constante entre sujetos para tener significado, no depende del individuo el asociar cualquier articulación vocal con cualquier segmento de la realidad, sino del acuerdo entre varios.

Tenemos entonces dos sistemas del lenguaje en constante interrelación: normativo-diacrónico de la lengua y variable-sincrónico del habla. Los actos de habla operan en ambos sistemas simultáneamente, la articulación que hace un individuo refiere a un sentido y a una significación, donde “sentido” es el valor semántico conferido al enunciado, la secuencia de eventos gramáticos susceptible de ser inteligible; y “significación” indica el valor semántico conferido a la enunciación, es decir el momento e instancia referidora del enunciado²³ (quién habla y acerca de qué lo hace). El concepto de enunciación es útil para describir el sentido de los enunciados²⁴ (orden simbólico) a partir de donde se conforma el orden de la significación. La tesis de Ducrot indica que no hay una diferencia clara entre los niveles de argumentación y descripción, en la medida en que el enunciado, (además que representar un sentido, lo manifiesta. La cualidad performativa del enunciado para mostrar un sentido es la de ilocutorio, con lo cual un enunciado en vez de ser medio para (sólo) afirmar la verdad de algo, presenta ésta como evidente al tiempo que establece la posición del destinatario en tanto obligado a creer en la aserción: la performatividad ilocucionaria es una interpelación. “No se presenta como posible de una apreciación basada en términos de verdad o falsedad”²⁵, todo enunciado encierra un decir de este tipo: hace ostensible que se afirma algo, sin posibilidad de negar la aserción encerrada en el gesto de mostrarla (enunciación). Para ejemplificar, en la oración “su carta me sorprendió”, afirmo la verdad sobre la existencia de una carta, esto no se somete a discusión sobre la verdad/falsedad, hago evidente que recibí una carta y que algo en ello causó sorpresa en mí, desplazando las posibilidades de discusión hacia el contenido de la carta, hacia el hecho de que el remitente hubiese escrito una carta, hacia el momento en que recibí la carta o hacia algún otro elemento que sigue sin cuestionar la existencia de una carta sorprendente. He allí el recurso lingüístico que encubre un orden de cosas sin ocultarlo al impedir la discusión sobre el hecho que origina la enunciación, pero mostrándolo de manera implícita en el enunciado.

²² Ducrot (2001) 134

²³ Ducrot (2001) 136

²⁴ Ducrot (2001) 140

²⁵ Ducrot (2001) 151

Ahora bien, los enunciados como toda forma de lenguaje precisan de al menos dos instancias (aunque no necesariamente dos personas), una que ocupa la posición de referidor –puede ser locutor o remitente según el medio hablado o escrito– quien refiere algo acerca de alguna cosa, y una que ocupa la posición de referido –escucha o destinatario, según el medio– a quien se le refieren los enunciados. Hay que introducir una diferencia más sutil entre locutor y enunciador: el locutor es aquél que efectivamente pronuncia (o escribe) el enunciado, mientras que el enunciador es a quien se atribuye la formulación del enunciado. El primero es un sujeto concreto, real, identificable, el sujeto que muestra cuando habla, describe hechos; el segundo es un sujeto espectral, una autoridad que hace aserciones. La relevancia de tal separación teórica radica en que el sujeto locutor puede emitir (y emite) juicios derivados de las proposiciones en el nivel del espectro enunciador, ya que estas eluden la apreciación de verdad-falsedad, garantizando la validez inmediata de la conclusión mostrada. El mecanismo de acción de estas proposiciones conjunta dos elementos: la autoridad abstracta (la nación, la sabiduría común) y los *a priori* ideológicos, que Ducrot separa en presupuestos y sobrentendidos. Los *a priori* ideológicos son dispositivos discursivos que producen un efecto de sentido²⁶: los presupuestos no aparecen directamente en el enunciado, son condiciones diacrónicas previas para el enunciado formulado, tienen tal carácter evidente que no son formulados, son conclusiones derivadas de premisas encubiertas: “X fumó en épocas anteriores” es presupuesto para el enunciado “X sigue fumando”; los sobrentendidos permiten una lectura “literal” del sentido enunciado aunque también aparecen de modo tácito, aumentan la probabilidad de interpretar alguno en concreto, son premisas que dejan abierta la conclusión: de “a X no le desagradaba la cacería” puede sobrentenderse “a X le agrada la cacería”, o el más radical “X disfrutaba matar animales”.

Entonces, el potencial crítico de las premisas aportadas por Ducrot radica en la concepción de más de un sujeto presente al momento de enunciar algo, pues la idea discursiva está en el sujeto locutor, pero no necesariamente encuentra sus bases en él, sino en una instancia encubierta que sin embargo se hace presente en modalidad espectral, ocupando el espacio argumentativo sin inmiscuirse directamente en la discusión y, más relevante, sin permitir que se someta a prueba de validación el aserto a partir del cual deriva la cadena argumentativa. Además, los significantes imperceptibles que forman las cadenas tienen cualidad ideológica porque eluden los censores de argumentación consciente, aparecen como dados por hechos entendidos autoevidentes, como obviedades naturales que no requieren ser explicitadas para insertarse en una argumentación coherente.

La noción de un determinado significante oculto desde donde emanan cadenas de argumentos es compatible con los postulados de Laclau que aparecen más abajo; y las precisiones sobre lo que entendemos por “dispositivo” aparecen en el apartado de las relaciones de poder a partir de nociones desarrolladas por Foucault, en el apartado de la *ideología para-sí*. El siguiente par de autores cuyas aportaciones tomamos en cuenta para el análisis ideológico a nivel discursivo está en contacto directo con las acepciones

²⁶ Ducrot (2001) 32-38

“marxistas” que se explican a detalle en el apartado siguiente. Insistimos en que al momento de aproximarse a la realidad, no hay una diferencia precisa entre las distintas formas que toma la ideología y que, a fin de cuentas, es pertinente considerar los tres niveles simultáneamente para comprender la situación ideológica, si bien dando relevancia a alguno de ellos. Apuntamos que la noción de *aparatos ideológicos de estado* (AIE) tiene una relevancia eminente en los siguientes desarrollos teóricos y remitimos a la siguiente sección donde se desarrolla tal concepto respecto de la crítica ideológica.

El aporte de M. Pêcheux consiste en aplicar la noción de AIE a las situaciones funcionales de la lucha de clases y a las relaciones que se traman allí. Existe una multiplicidad de AIE, cada uno de los cuales tiene una importancia relativa en la formación, reproducción y transformación de las condiciones materiales de la ideología, según su especialización y el estado de las luchas (con sus respectivas resistencias) entre las clases sociales. De este modo, las prácticas ideológicas son prácticas de la lucha (de cada clase) por el dominio ideológico²⁷. La interpelación, el modo en que la ideología “recluta” militantes de entre las poblaciones, haciendo que el individuo se reconozca como aludido por una cierta instancia (la creencia espectral) cuasi-metafísica, tiene una base concreta en el sistema lingüístico, en la “evidente identidad” del sujeto interpelado. Tenemos “lo preconstruido como la modalidad discursiva de la discrepancia por la cual el individuo es interpelado como sujeto [...] a pesar de ser «siempre-ya sujeto»”²⁸; el orden simbólico al que el individuo es lanzado en su venir-al-mundo, la configuración convencional de referencias funcionales de acuerdo con las que relacionarse transmitida durante la interacción con los demás humanos del entorno. El sujeto aprende qué lo denomina como reconocible para otro, así como la posición que ocupa en la jerarquía, todo ello empleando signos –denominaciones de sustantivo propias o comunes que lo posicionan con respecto al resto (hijo, estudiante, blanco, pobre, etc.). La denominación juega el papel de producir significado, entendido como la justificación de las condiciones materiales, en el dispositivo discursivo: “Asistes a la escuela porque eres *infante*”.

Para finalizar la sección de orientación materialista-dialéctica, consideramos los aportes de E. Laclau, en la línea del discurso como campo de enfrentamiento entre las clases que pugnan por el dominio ideológico del cuerpo social. Concibe el nivel de justificación discursiva como siempre abierto a modificaciones y a reorganizaciones argumentativas según la trama de conceptos que se asocien acumulativamente con las prácticas, sin embargo, lo relevante no está tanto en la cadena de significantes como en el origen “vacío” que determina la cadena misma. Sobre esto escribe que “si aceptamos el carácter incompleto de toda formación discursiva y, al mismo tiempo, afirmamos el carácter relacional de toda identidad, en ese caso el carácter ambiguo del significante, su no fijación a ningún significado, sólo puede existir en la medida que hay una proliferación de significados”²⁹, es decir, efectivamente hay apareamientos entre ciertos significantes y su respectivo significado, pero es propio de los fenómenos sociales (el lenguaje y sus

²⁷ Pêcheux (2003) 159

²⁸ Pêcheux (2003) 166

²⁹ Laclau y Mouffe (2011) 154

unidades semiológicas comprendidas dentro de ellos) modificarse por el uso a través del tiempo. La polisemia tiene el papel de “desarticula[r] la estructura discursiva”, siendo el punto del antagonismo entre las clases que pugnan por el dominio la fijación de significado respecto de las relaciones materiales, así que la estrategia política consiste justo en fijar el orden simbólico (la relación significado-significante).

Entonces, hay esfuerzos de “literalizar” el sistema relacional para fijarlo, sea empleando denominaciones, metáforas, paradojas o cualquier recurso lingüístico que resulte inteligible: las cuestiones denominadas como *necesarias* en el orden simbólico son contingencias legitimadas a través de procedimientos discursivos que mantienen un estado de cosas. La tendencia de remitir los problemas a un lenguaje preciso según la profundidad del campo que explica al fenómeno de interés, conlleva a una súper-especificidad de las palabras³⁰, con un significado cada vez más fijo contrario a la polisemia. Ante la especificidad exagerada, se entiende la intención de volver ya no predominante, sino único el sistema literal de interpretación –la interpretación es el espacio de pugna ideológica–. Hay cadenas de significantes que conforman la justificación ideológica, enraizados en un significante originario que por sí mismo no representa un sentido, es decir, hay forma y funcionalidad del signo en conjunto con otros, pero por sí mismo representa un contenido ambiguo. Conviene citar en extenso el modo en que explica la creciente complejidad de los esfuerzos por fijar significaciones, con la tipología de las relaciones que van formándose conforme cada nivel queda superado, parcialmente fijo en las normas enunciativas:

Llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esta práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos *discurso*. Llamaremos *momentos* a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, *elemento* a toda diferencia que no se articula discursivamente.³¹

Por tanto, aquélla condición material en donde hay una relación entre objetos y sujetos (así como entre sujetos y sujetos) que es modificada por las denominaciones empleadas, hasta que el estatus original de ambos queda modificado en el contexto de la relación material, es un punto de articulación. La articulación abarca relaciones diferenciales entre los sujetos involucrados en la realización efectiva de una misma actividad, en los diferentes papeles ocupados bajo la condición material; como no todas las posiciones de sujeto son las mismas, es preciso separarlas nominalmente en momentos. Múltiples articulaciones son requeridas para referirse a un estado de cosas, en la medida en que los sujetos ocupan varias posiciones simultáneamente, por tanto, la explicación requiere de considerar el modo más amplio de abordarlas todas, y cuando el conjunto de articulaciones queda formulado en un conjunto de axiomas con su propia lógica, se tiene un discurso. Aquello no contemplado por el discurso es el elemento. Si bien no se descuidan las operaciones instrumentales y la materialidad de la vivencia está en la base

³⁰ Le Brun (2004) 55-60

³¹ Laclau y Mouffe (2011) 142

de la formación discursiva, lo principal en la argumentación de Laclau es el papel de las instancias discursivas como organizadores de la experiencia.

Al conjunto de autores citados podemos agregar a H. Bloom, quien considera al conjunto de textos valorados positivamente según los criterios estéticos de una formación social como la directriz del saber. El conjunto es el canon, consistente en la incorporación tanto del autor como de sus escritos en la lista de libros relevantes por parte de una institución de enseñanza, cosa que ocurre sólo en la medida en que sus efectos son equivalentes a los del libro sagrado. Tales consecuencias pueden ser: 1] generar una extrañeza que nunca termina de asimilarse –plantear algo radicalmente distinto a la creencia general, y hacerlo de modo extraordinariamente convincente–, o bien 2] exponer algo tan asumido que sus características pasan desapercibidas³² de no ser por la exhibición que hace el autor –exhibir algo que todos piensan, de modo claro, evidenciando la forma general de su funcionamiento. El primer punto tiene que ver con que la obra escrita representa la angustia (interiorizada o no) del autor, puesto que la redacción puede, aunque no es condición necesaria, relacionarse con el contexto personal de quien escribe, y produce una sensación particular de ansiedad equiparable solamente a aquella extrañeza proveniente de leer un texto sabido de autoría sublime, de autoridad inapelable por la fuerza de su verdad. La segunda se relaciona con la habilidad de expresar por escrito la cotidianeidad en su nivel lógico, en desentrañar las relaciones inmanentes al orden normal y exponerlas, volviendo de lo convencional algo especial, pero no a través de exaltar rasgos comunes, sino al mostrar las peculiaridades que se asientan en las interacciones comunes, o con exhibir la ideología implícita al nivel de la cotidianeidad –de la positividad.

Asimismo, Bloom incorpora una determinante psicológica en la formación de tradiciones literarias, si bien parte de supuestos psicoanalíticos sobre los mecanismos de defensa del “ego” contra el “id”, la formulación final es compatible con lo expuesto hasta ahora: “Según mi manera de aplicar a Anna Freud, en un poema el ego es el ser poético y el id es el precursor, idealizado éste y frecuentemente compuesto, por lo tanto fantaseado, pero cuyos orígenes sin embargo se pueden encontrar históricamente en un autor o unos autores”³³. El autor o los autores son entidades discursivas, bajo cuyo nombre cruzan inyunciones de varios espectros (la academia, la ciencia o la poética, el régimen del autor mismo, etc.), cuya adecuación queda de hecho en manos del mismo sujeto y del grupo de adscripción según el orden de discurso donde se inserta quien escribe bajo influencia de otros autores. Esta consideración, junto con las anteriores presenta al tiempo que imbrica el siguiente nivel de análisis ideológico

6. La *ideología para-sí*. En Marx la ideología refiere a un sistema de representaciones lingüísticas en política, moral, religión y metafísica; cuya finalidad consiste en sustituir la cosa por “medios de protección y defensa de una situación, de un sistema de relaciones de hombres entre sí y con las cosas”³⁴. Este sistema de relaciones produce las ideas,

³² Bloom. (1995) 14

³³ Bloom (2003) 24-25

³⁴ Canguilhem (2005) 45

concepciones y conciencias al colocar al individuo en relación íntima con actividades materiales de producción, sea tanto en términos mercantiles como intelectuales³⁵. En esta inter-constitución del individuo y la circunstancia, la explicación de la práctica no ocurre según la idea, sino que la formación de ideas es posterior a la práctica material. Partiendo de tal premisa, es necesaria una transformación masiva en las condiciones materiales para producir conciencias; por tanto, si es necesario incentivar la transformación para concientizar, entonces los hombres en el terreno práctico no son conscientes, no saben el sistema relacional en el que están involucrados. La relevancia del estatus no-consciente es marcada por Althusser cuando aduce que “[...] la fuerza de trabajo disponible debe ser «competente», es decir apta para ser utilizada en el complejo sistema del proceso de producción”, marcando la necesidad de moldear el comportamiento esperado de los cuerpos individuales para cumplir con los objetivos de la producción mercantil. El aprendizaje de las conductas productivas ocurre en la situación de trabajo, mediante la interacción del individuo con las herramientas, técnicas, máquinas, otros individuos, terminología y demás elementos que componen el ambiente, siendo moldeadas las habilidades pertinentes para la parte del trabajo productivo que corresponde efectuar (posición de la mano al sujetar las herramientas, denominación de los materiales usados, etc.). Bajo tales circunstancias aparece un moldeamiento de la conducta que sin embargo se restringe a la situación de aprendizaje, lo cual hace necesarios una serie de aparatos que mantengan las coordenadas de la conducta incluso fuera del momento en que se trabaja. De allí una lógica que economiza las fuerzas disciplinantes de cuerpos: si se prepara paulatinamente desde la escuela a los individuos para su labor productora en un futuro, éstos quedarán sujetos con firmeza al aparato productivo, con la función de disponer además las condiciones para desarrollar fuerzas competentes. Resulta que “la cualificación de la fuerza de trabajo tiende a asegurarse no ya «en el lugar de trabajo» (aprendizaje en la producción misma), sino, cada vez más, fuera de la producción, por medio del sistema educativo capitalista y de otras instancias e instituciones”³⁶.

Aparece la secuencia de tránsito entre espacios: primero se aprenden habilidades (saber-hacer), reglas de uso (moral, respeto) y a “hablar bien el idioma” (dar órdenes) en la escuela a modo de preparación para trabajar. De modo particular, el mecanismo discursivo se especifica según el éxito relativo en la práctica de la ideología, ya que “conforme progresa la acumulación de productos separados y la concentración del proceso productivo, la unidad y la comunicación se convierten en atributo exclusivo de la dirección del sistema”³⁷. Quien se comunica lo hace para dar órdenes a quienes trabajan, hegemonía del imperativo como modo funcional de comunicación.

La reproducción de la fuerza de trabajo consiste en educar diferencialmente a las clases en el mantenimiento del orden actual, donde todos están sometidos a las reglas establecidas: los obreros mediante el dominio práctico de la ideología y los agentes explotadores con el saber para manejar dicha ideología dominante; culminando en el

³⁵ Marx y Engels (1979) 36

³⁶ Althusser (2005) 13

³⁷ Debord (2002) 47

asegurado dominio de una clase a través de la práctica ideológica. Al considerar la alienación de la práctica material como el núcleo de la ideología, aparece una multiplicidad de instancias donde se instaura el orden, desde las formalmente reconocidas como el derecho político o la religión hasta la cultura en forma de arte, deporte o literatura. Estos son los Aparatos Ideológicos de Estado (AIE): instituciones de carácter “privado” – aquéllas de adscripción “libre”– que operan principalmente mediante ideología y secundariamente con violencia explícita, relativamente autónomas entre sí³⁸.

El carácter “privado” de las instituciones nunca está completamente oculto a la mirada del contrario “público”, pues en la práctica concreta no hay diferencias factuales que indiquen una correspondencia entre ambos órdenes, pero existen regulaciones discursivas. La “nación” no forma parte de los aparatos ideológicos de estado en el capitalismo en tanto adscripción forzosa, mientras que la religión es tratada legalmente en un nivel distinto al de la nacionalidad, donde hay “libertad” para profesar el culto que se desee, sin embargo el individuo que nace en un entorno nacional, también queda dentro de un sistema de creencias religiosas determinado –y en un sistema educativo, en una cultura literaria, etc. Funcionamiento paradójico de la práctica ideológica: hay enunciados explícitos donde se formula la libertad con un reverso pragmático donde se elige aquello que de todas maneras estaba dispuesto a ocurrir. El resultado de esta red es un conjunto contradictorio de prácticas.

De modo que en esta línea argumentativa “La ideología es una «representación» de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia”³⁹, en la medida en que “no está representado entonces el sistema de relaciones reales que gobiernan la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de estos individuos con las relaciones reales que viven”⁴⁰. Práctica ideológica alienante: condición material de relaciones ignorada por el obrero, el sujeto que no sabe lo que hace. La práctica tiene como justificación una relación imaginaria (falsa). El objetivo es alcanzar el punto donde “se admite que [la ideología en tanto concepción del mundo] alude a la realidad y que basta con «interpretarla» para encontrar en su representación imaginaria del mundo la realidad misma de ese mundo”⁴¹, con lo que el marco de inteligibilidad ideológico se torna intrínsecamente necesario para desenvolverse en la red de relaciones contingentes, misma que además es experimentada como el único mundo posible. Adicionalmente, “la eternidad del inconsciente está en relación con la eternidad de la ideología en general”⁴², con lo que nos referimos a que, más que la eternidad transhistórica que torna constantes los dos conceptos a través de las múltiples formaciones sociales, resulta que ambos refieren organizaciones de la práctica que precisan ser decodificadas para hallar su sentido, pese a (o justo por) que se presentan en las actividades cotidianas. En otras palabras, la relación inconsciente-ideología es complicada por la polisemia de los términos: la ideología es inconsciente no por tener un carácter pulsional, sino por ser un

³⁸ Althusser (2005) 29

³⁹ Althusser (2005) 52

⁴⁰ Althusser (2005) 56

⁴¹ Althusser (2005) 53

⁴² Althusser (2005) 52

sistema “estructural y cultural de carácter no libidinal”⁴³ de prácticas y creencias, existente antes del individuo.

Ahora bien, para representar relaciones imaginadas en vez de la realidad es insuficiente con aportar material discursivo que encauce acorde con cierta lógica la argumentación, precisa además de manejar las situaciones materiales de donde emerge la producción de sentido que se adjudica tanto a las relaciones como a los sujetos que las reproducen. Partiendo de que “toda ideología tiene por función la «constitución» de los individuos concretos en sujetos”⁴⁴, la primera función es el reconocimiento de las situaciones presentadas como evidencia mediante rituales concretos. Es ritual aquella actividad que interpela al sujeto, lo posiciona y constituye como parte de algo; necesariamente es fantaseado, intersubjetivo pues requiere la existencia de otro sujeto que interpele para constituir la imagen de comunidad, desde donde el participante es sujecionado como sujeto imaginario de enunciación, que representa una posición para una mirada imposible. Interpelar a los sujetos para que se sometan a un estado de cosas presentado como *natural/evidente*, con la intención de asegurar el mantenimiento de las relaciones de producción. Esto hace imposible desanclarse del presente, sin embargo abre la posibilidad de conocer el proceso con el que se llegó al momento actual.

La noción de AIE entonces concibe que la comunidad cuenta con un conjunto de instituciones, inherentes a su estructura como parte de la secuencia lógica de participación que siguen los individuos, a través de las cuales los sujetos atraviesan situaciones similares, desempeñan actividades análogas que además se justifican según el encadenamiento que las guía: de la familia a la escuela y de allí a la oficina, transitando con un conjunto indeterminado de personas, quienes constituyen la comunidad, siguiendo el mismo camino, apuntando a objetivos similares, desempeñando actividades parecidas y sobre todo, compartiendo la idea que justifica el trayecto mismo. Este último punto es el objetivo de los AIE, sujetar al sujeto por la ideología hegemónica, amortiguar o lentificar las fricciones de la lucha, hacer pasar por natural la situación contingente de producción. Estructura de relación descendente: desde el anonimato del poder en la cima emana la serie de aparatos destinada a aprehender a los sujetos trabajadores en la base, cuya adecuación a las normas determina su ascenso en la escala, volviendo la práctica ideológica condición necesaria para la existencia exitosa al interior de la comunidad.

En sentido inverso al desarrollo althusseriano, Foucault plantea relaciones ascendentes de producción de saber con sus correlativas relaciones de poder, en donde si bien se acepta la existencia de posiciones privilegiadas, no se les atribuye la responsabilidad exclusiva de enunciar las reglas, puesto que las leyes, las normas y las ideas operan de acuerdo con una serie de mecanismos complejos, con gran especificidad en la modalidad con que se ejercen y sobre todo, que la relación es bidireccional. El poder es concebido como algo que “se ejerce más que se posee, que no es el privilegio adquirido o conservado de la clase dominante sino el efecto conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta, y a veces acompaña, la posición de aquéllos que son

⁴³ Ricoeur (2006) 17

⁴⁴ Althusser (2005) 64-66

dominados. Este poder, por otra parte, no se aplica a quienes «no lo tienen» pura y simplemente como una obligación o una prohibición; los invade, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo que ellos mismos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en el lugar de presas que ejerce sobre ellos.”⁴⁵ Ello indica que el estado de las relaciones de poder no es estable, que hay desplazamientos, enfrentamientos, inversiones y en general modificaciones, con permanencia variable, en el estado del enfrentamiento de fuerzas, de modo tal que el control o la hegemonía sobre un conjunto de aparatos nunca es estática. La valoración sobre los acontecimientos puede hacerse, desde esta perspectiva, al identificar los cambios que ocasiona cierto suceso en la configuración de alguna (o algunas) relación(es) de poder.

En este mismo sentido, la forma del Estado, la soberanía, la ley, las costumbres o la ideología misma no deben concebirse como instancias apodícticas a partir de donde problematizar la cuestión, sino como formas “terminales” –porque el estado de relaciones de poder nunca está por completo terminado–. Hay una multiplicidad de relaciones de fuerza inmanentes a cada campo que se someta a análisis, cuya configuración está constituida por el estado de tensión de tales fuerzas en pugna constante, sistematizándose o aislándose entre sí. Los aparatos estatales son sólo la forma institucional de la estrategia que se torna efectiva, son la modalidad ya inteligible que concluye un enfrentamiento. Las relaciones de poder –pues “el poder” como concepto es siempre un contexto de relaciones– comportan las características de⁴⁶: 1] ejercerse en innumerables puntos en relaciones móviles y no-estáticas, 2] ser los efectos inmanentes inmediatos de las particiones, desigualdades y desequilibrios, producen estados de cosas, 3] estar desde la base de las estructuras, recorriendo todo el cuerpo social en múltiples escisiones locales vinculadas a través del enfrentamiento, 4] ser intencionales y no subjetivas: involucran un cálculo de método y un objetivo preciso a cumplir, mientras son entidades anónimas (espectros que interpelan), 5] constituir recíprocamente una resistencia, en múltiples puntos de la red de poder, con distintos grados de intensidad y modalidades locales propias, irreconciliables e irreductibles unas a otras, pero todas formando parte del campo estratégico del poder, en puntos transitorios y móviles. Hay un espeso tejido de relaciones, aparatos, instituciones, discursos donde localizar las pugnas de poder, a partir de donde es preciso detectar qué elementos responden a qué táctica, apuntando a qué objetivo, a partir de qué situación.

Aquí la ideología es el “saber de todos los saberes”⁴⁷, que recorre el dominio de las representaciones en general (sucesiones necesarias, vínculos, leyes de composición) con miras a detectar (o formular en su defecto) las leyes de organización del saber todo esto sobre el terreno del lenguaje, por supuesto. Partiendo de la premisa en donde seguimos actualmente en una configuración mundial basada en el modo de producción de corte capitalista, el estudio de las leyes que organizan la práctica científica depende del estudio de los aparatos que dictan las coordenadas de práctica concreta en general. Mantenemos

⁴⁵ Foucault (2013) 36

⁴⁶ Foucault (2014a) 88-91

⁴⁷ Foucault (2014b) 255

la premisa de que el principal aparato ideológico de estado es la institución educativa⁴⁸, pues cuenta con una audiencia obligatoria durante un periodo extenso en razón del tiempo dedicado a permanecer dentro de la escuela, dentro de la cual se educa la práctica ideológica mediante la exposición de contenidos *pre-actuales*, es decir, necesarios y básicos para aprender cualquier otro contenido (idioma, aritmética, historia), a través de los cuales puede accederse a la práctica ideológica efectiva (moral). Ya colocados sobre el tema de la educación donde la lectura como forma de aprendizaje dio lugar a una institución eminentemente occidental como la universidad, podemos considerar que las relaciones de poder se ejercen a lo largo de dos dimensiones primordiales: la economía y el saber. El recorrido es análogo entre el estamento sacerdotal, el legal y el académico: se organizan las premisas en torno a un libro, el saber se estructura en órdenes donde la actividad intelectual denota pertenencia al gremio, las polémicas no ocurren entre individuos aislados sino entre corporaciones y la producción teórica va dirigida hacia los mismos miembros de la comunidad, no al público en general⁴⁹. La función de los intelectuales en este contexto es la producción de discursos que compiten por la superioridad en términos de *legibilidad*, es decir por “brindar significados específicos que permitan a los individuos plasmar sus experiencias a través de un discurso más o menos coherente”⁵⁰.

En tanto la palabra detenta los efectos, sentidos, emociones y demás cualidades atribuidas originalmente a otra cosa, en el plano de la práctica adquiere cierto carácter de positividad que en adelante será tratado con el concepto de *dispositivo*. Entendemos por dispositivo “cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes”⁵¹, así como “toda aquella situación arreglada de modo tal que disponga al individuo a actuar o pensar, que regula su conducta”⁵². Por lo tanto, el dispositivo es todo aquél elemento dentro de una situación determinada que regula de alguna manera las conductas y discursos tanto del sujeto como de los individuos alrededor. Existen niveles variables de acción para los dispositivos dependiendo la especificidad de las disposiciones a regular, pero todos pueden agruparse en alguna de dos grandes categorías abarcadas por el biopoder: aquéllos enfocados en disciplinar los cuerpos individuales encargándose de “su adiestramiento, el aumento de sus aptitudes, la extorsión de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos” corresponden al nivel *anatomopolítico*; mientras que cuando el énfasis radica en regular disposiciones orgánicas a nivel de poblaciones, tales como “la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar”⁵³ nos referimos al nivel *biopolítico*. Todo dispositivo está significado –por tanto es interpretable por poblaciones– en el segundo

⁴⁸ Althusser (2005) 41-43

⁴⁹ García (1976) 65-68

⁵⁰ Žižek (2008) 17

⁵¹ Agamben (2011) 298

⁵² Tiqqun (2015) I

⁵³ Foucault (2014a) 129

nivel, de modo tal que permite aglutinar el conjunto de respuestas anatomopolíticas dentro de un rango de categorías valorables entre los extremos normal-accidental.

El lenguaje es un dispositivo capaz de reproducirse a través de la especialización de conceptos. Principalmente el concepto de ser humano es importante a este respecto, pues demarca el límite entre el sujeto y el mundo, apuntalando un estatismo o una fijación temporal del objeto dentro de las barreras que el concepto asigna. De este modo el ser humano aparece en constante desaparición⁵⁴ respecto de la especificidad a la que es sometido por los dispositivos al marcar barreras cada vez más próximas.

Una de las funciones del dispositivo es la de crear o hacer visibles ciertos rasgos. *La verdad* es un producto del dispositivo, pues indica una palabra enunciada dentro de un lugar y momento determinados (un *kairos*), por un agente específico, y dirigida hacia alguien en concreto. Si se agrega la inscripción escritural, ésta adquiere la función de rastro objetivador para dejar registro sobre la ocurrencia de la situación donde se enuncia la verdad. Toda cultura cuenta con sus dispositivos, que conforman la manera conveniente de comportarse aún pese (o justo por) el desconocimiento del individuo ante las situaciones problemáticas.

La efectividad del dispositivo radica en la sutileza de su presencia. En tanto es imperceptible, opera por debajo del nivel de la comprensión práctica y sujecciona con mayor constricción a los individuos. Ello indica que las relaciones tanto con los objetos como con otros individuos son abstracciones soportadas por una fantasía. Esto es, la efectividad del dispositivo tiene que ver con qué tan “natural” sea considerado en su cualidad efectiva (más allá del resto de características que lo definen en la situación); así, si algo se ha hecho de cierta manera “desde siempre”, entonces el dispositivo funciona a la perfección, se repite en la práctica pese a no contar con un sustento discursivo concreto. El nivel de soporte fantasioso indica que esta práctica doxológica en la relación con los objetos implica un cierto “como si”, que indica actuar bajo el supuesto de ciertas condiciones aunque en el plano discursivo nos resulte evidente que no es el caso, con ejemplos del tipo “Yo sé que el dinero es un objeto material como otros, pero aun así... [es como si estuviera hecho de una sustancia especial sobre la que el tiempo no tiene poder]”⁵⁵. En este caso, tratamos al dinero “como si” estuviese constituido de una materia distinta a la del resto de los objetos pese a que, al preguntárnoslo, invariablemente sabemos que su materialidad está sujeta a las mismas variaciones que cualquier objeto. El papel posicional del objeto es relacional, pero el dispositivo lingüístico lo difumina como una característica “natural” entre otras. Esta efectividad del dispositivo que posibilita la puesta en juego de un *como si*, ciertamente tiene una dimensión de saber discursivo, pero no radica en ésta su mantenimiento, sino en el acto concreto dentro de la práctica, pues es aquí donde la configuración del campo queda determinada por la fantasía, y entonces actuamos como si esta realidad fuera la única certeza. La “naturalidad” con que cuenta el dispositivo es parte del problema para hacerle frente, puesto que, además del significativo *como sí* al que conduce su práctica continua, la efectividad es previa a este estado:

⁵⁴ Tiqqun (2015) I-II

⁵⁵ Žizek (2012) 43

puesto que la ideología es práctica, en tanto realizamos una conducta por costumbre ya hay creencia, y la “conversión” o aceptación verbal es sólo la confirmación de algo ya creído⁵⁶.

El dispositivo ejerce varias funciones específicas según el contexto en que es colocado y de acuerdo con las conductas que necesariamente quedan determinadas por su presencia. En general, aquélla categoría que contiene a las demás es la que produce su predicado, es decir, la que permite separar al cuerpo transgresor del resto en tanto su comportamiento diferencial, surgiendo como “naturalmente” en forma de predicado para la función que dispone la situación. En otras palabras, el dispositivo regulador de conductas está allí expresamente para crear la conducta infractora y auto-legitimarse cuando la detecta⁵⁷. El objetivo es producir cuerpos categorizados y separar individuos. Consta de un par dialéctico referente a la misma propiedad, pero es asimétrico en sus términos: 1] MAYOR presencia en la distribución (normal), asimilado a la masa anónima, significativo en tanto insignificante 2] MENOR presencia en la distribución (anormal), asimilado mediante la exclusión, significativo en tanto anulable. Como su objetivo es producir anomalías, el dispositivo conmina a tomar postura respecto de todas las posibles parejas de antinomias.

Las características del funcionamiento son a grandes rasgos las siguientes: 1] el dispositivo produce una singularidad = monstruosidad, 2] nadie se libera del monitoreo al alistarse en el término menor, 3] UNO⁵⁸ asigna el modo de actuar subjetivamente, siendo ésta la forma más complicada de escapar, 4] La libertad consiste entonces en una sobreacumulación de predicados, desde donde uno mismo puede devenir único sólo en tanto se mantenga secreto, por debajo del umbral detectable, 5] es posible un contra-ataque hacia la reconfiguración del dispositivo en el terreno de la práctica, puesto que al describir la ideología ésta no se desvanece sino que cambia su estructura y su correlato con la realidad social. De esta forma, al modificar la práctica se modulan los criterios de normalidad, con lo que la distribución pierde su estabilidad relativa y las categorías de normalidad dejan de ser relevantes. Sin embargo el desequilibrio es temporal, al menos hasta que se instaura una nueva convencionalidad sobre la práctica modificada.

Los acontecimientos creados por el dispositivo están parametrizados⁵⁹, es decir, categorizados según la frecuencia de su ocurrencia entre la norma (+) y el accidente (-). A partir de estos datos, atomiza los cuerpos individuales y los regula bio-políticamente según un sistema de representaciones (valores, normas, estándares) local, que se mantiene en vigor mientras sigue reproduciéndose. Para asegurar el ciclo de validación, el dispositivo se vale de crear una significación racionalmente racional –apoyada en la razón hegemónica-, cuya eficacia descansa en el empleo de signos vigentes ya significados en

⁵⁶ Zizek (2012) 68-69

⁵⁷ Tiqqun (2015). IV

⁵⁸ UNO en la escansión de Tiqqun coincide con nuestra caracterización de los espectros: entidad discursiva anónima que prescribe las normas de comportamiento, instancia que habla a través del locutor dando por supuestas (como verdaderas) sus proposiciones.

⁵⁹ Tiqqun (2015) VII

el sistema de valores, con lo cual se tornan dinámicos pero escasamente variables en su arbitrariedad, y siguen siendo legibles para la población como criterios de adecuación.

Es aquí donde podemos retomar lo enunciado por Bloom páginas atrás, y vincular las inyunciones de los autores en tanto entidades discursivas espectrales que determinan la adecuación y aceptación de una obra al interior de un determinado gremio (académico, para los intereses de este texto). El dispositivo a partir del cual se ejerce el poder autoritario de los autores es el *orden del discurso*, donde tomamos “orden” en el sentido imperativo –que determina normas sobre un cómo hacer– y en el nominal –que dicta el modo en que se disponen las cosas–. Este dispositivo es un instrumento a través del cual acceder a discursos, manteniendo o modificando la adecuación del ingresante según un conjunto de criterios⁶⁰:

- Adecuación “externa”: los procedimientos de exclusión relevantes son la prohibición [1] a decir todo, circunscripta a las relaciones entre la situación, la cantidad de información, el tópico tratado; y la posición de razón [2] en oposición a la posición de locura –en un sentido más etimológico que convencional–, consistente en hablar desde el lugar preciso para que la palabra adquiera validez. Ambas apuntalan la voluntad de verdad [3], sistema de exclusión basado en situaciones institucionales (práctica pedagógica, archivo de libros) y en criterios sociales de valoración (naturalidad, verosimilitud, cientificidad, etc.) a partir de donde ejerce influencia discursiva de polivalencia táctica, según las tensiones entre posturas antagónicas.
- Limitación “interna”: Cuyos procedimientos no refieren tanto la validación inter-discursiva como la adecuación a normas en el mismo régimen proposicional en forma de: comentario [1] que consta de repetir fórmulas discursivas valoradas como contenedores de cierta riqueza (religión, jurisprudencia, literatura); autor [2] como principio aglutinante del discurso, foco de coherencia conceptual que actúa como indicador de veracidad y que dicta modos de emplear los conceptos, de articular las ideas; y descripción disciplinaria [3] referente a la construcción de discursos según métodos, proposiciones “verdaderas”, reglas, definiciones, etc. En fin, un sistema lingüístico con nomenclatura propia.
- Énfasis validante: A partir de la elisión de veracidad homogénea para todo discurso, hay una serie de rasgos que operan como indicadores de potencial contenido verídico: un sujeto fundador [1] quien dispone de signos, marcas, indicios, letras, y demás elementos constitutivos del saber, pero no los manifiesta explícitamente en un sistema discursivo; una experiencia originaria [2] con las significaciones inscriptas en las cosas, que estaban en el mundo aguardando a ser decodificadas, y/o una mediación universal [3] consistente en colocar un conjunto de especulaciones específicas acerca de la realidad, conocidas previamente pero en desorden, en una secuencia inteligible de alcance absoluto.

⁶⁰ Foucault (2014c) 14-50

Las normas de validación hacen necesario responder ante los criterios dictados (no siempre de manera intencional) por autores previos para inscribirse en el corpus teórico: las figuras de autoría, los requisitos disciplinarios, los procedimientos metodológicos, los lugares comunes, los conceptos y su uso, la jerarquía entre proposiciones entre otros, son elementos que configuran el campo de acción para dar cuenta de sí ante los espectros de la disciplina, de la ciencia, de la universidad, del país, de la razón, todo simultáneamente. De allí la complejidad para analizar un discurso, pues la espesura de la situación discursiva plantea el problema de elegir sobre cuáles de los elementos volcar la atención sin perder la coherencia del conjunto, abriendo la posibilidad de múltiples lecturas posibles, si bien no todas al alcance del reconocimiento gremial.

La noción misma de dispositivo aplicada al campo de la ideología es el nexo entre esta aproximación y las anotaciones siguientes. La ideología conjunta un discurso legitimante de condiciones materiales que aparecen como naturales dentro de un discurso táctico, que está relacionado con la reproducción y la práctica de las mismas condiciones, con un gradiente de desviación permitido dentro del marco de inteligibilidad. En la medida en que cada individualidad se hace cargo de vigilarse a sí misma, de mantenerse en el polo positivo del censor y pasar desapercibido, practica efectivamente la ideología dominante. Justo esta intrincación entre el discurso y la práctica que es la *distorsión ideológica* constituye el foco de análisis en la siguiente forma.

El cuadro del análisis ideológico requiere de un recorrido bidireccional, donde hay por un lado condiciones de materialidad que corresponden a una idea (AIE) y por otro una articulación discursiva que justifica una materialidad (micro-poder). Los sistemas de producción vigentes durante el siglo XX operan con esta oposición de circunstancias, bajo la condición de que “los sujetos mantengan una distancia cínica y no «se tomen en serio» los valores «oficiales»”⁶¹, es decir, a pesar de (o justo por) que las distorsiones en la percepción de las relaciones materiales son conocidas y aceptadas (experimentadas) como “falsas”, los sujetos actúan como si no lo fueran, de modo que siguen ajustándose a las demandas situacionales sin comprometerse con la responsabilidad que juegan al mantener un estado de cosas, pues creen que no creen en el discurso hegemónico.

7. Para la *ideología en-y para-sí*, el lugar donde se anclan los dispositivos es una representación ilusoria de la realidad cuya existencia implica el no-conocimiento de los participantes en lo que se refiere a su esencia⁶². Como soportes de esta relación con la realidad, hay un conjunto de relaciones naturalizadas con los objetos, que funcionan para mantener el entramado lógico (dinero, estatus, placer, etc.) y evitar las crisis. La simultaneidad práctica de los soportes con su justificación es la esencia de la percepción distorsionada que los sujetos experimentan como realidad, de modo que “allí donde el mundo real se transforma en meras imágenes, las meras imágenes se convierten en seres reales”⁶³. Esta tendencia a visualizar un mundo ya no directamente accesible, genera un privilegio de la mirada como sentido de interfaz con la realidad. De este modo,

⁶¹ Zizek (2003) 27

⁶² Zizek (2012) 46-47

⁶³ Debord (2002) 43

el Espectáculo en tanto ideología “es más bien aquello que escapa a la actividad de los hombres, a su reconsideración y a la consideración de sus obras”, la lógica subrepticia que dirige las acciones, las consideraciones de tipo “natural/evidente” que escapan al censor “consciente”. La apariencia fetichista del Espectáculo *objetiviza* (oculta) las relaciones entre los hombres. Aunado al privilegio de lo visto como evidencia, tenemos la presentación de hechos como naturales.

La ideología queda concebida como la “base del pensamiento de una sociedad en el transcurso conflictivo de la historia”, con lo que tenemos los hechos presentados bajo el sesgo ideológico en modalidad de una conciencia deformada –dentro de la cual se tiene objetivizada la relación concreta, de donde surge la creencia como justificación encubierta– como “comprensión” de las realidades, un encubrimiento de las relaciones efectivas de producción, una lógica que coordina las acciones presentándolas como naturales. “Cuando la ideología [...] se encuentra legitimada por la abstracción universal y por la dictadura efectiva de la ilusión, [...] ya no es lucha voluntarista de lo parcial, sino su triunfo”⁶⁴, es decir, las condiciones materiales de existencia dejan de ser una opción histórica para adquirir el estatuto de evidencia.

Por lo tanto, el papel de los dispositivos de poder se amplía, consiste tanto en moldear las conductas a través de una secuencia al tiempo que coordina el marco de inteligibilidad que hace aparecer las situaciones como única opción posible, al ser la esa la dirección natural de los acontecimientos. Uno los dispositivos de mayor impacto en la distorsión de las relaciones en la realidad es la *tolerancia*, pues al permitir “una realidad que no se opone a nada ni a nadie”⁶⁵ todo discurso es permitido, cualquiera puede escribir sin criterios de veracidad, de modo que aquéllos escritos (o discursos orales) sesgados, falibles, o falsos pueden desplegarse libremente sin el monitoreo de algún censor rector. Esta actitud caracteriza lo que Le Brun denomina *exceso de realidad*: una superabundancia, acumulación y saturación de información sobre sucesos en tanto formas discursivas, donde el límite de lo verídico se difumina ante la multiplicidad de entidades⁶⁶, con lo que se dificulta seleccionar aquéllas verídicas, genuinas e incluso rebeldes de las formas amortiguadoras, cuyo contenido consiste en perogrulladas sobre lo ya dicho. Tal exceso emplea una racionalización forzada que orienta las posiciones hacia un amortiguamiento de los matices en lo declarado, cuya teleología es anular la posibilidad de negar. Anular la negación implica eliminar la toma de postura en las pugnas o disputas sobre cualquier tema, reduciendo toda postura a una marca más en el paisaje de posiciones argumentables pero sin una jerarquía de validez para evaluarlas. Si todo está permitido, la negación del error, de la violencia o de la falsedad queda reducida a sólo una postura más. Con ello, “Es la vida concreta de todo hombre la que se ha degradado al convertirse en un universo especulativo”⁶⁷; universo que es visible, audible pero desprovisto de actividad transformadora. La lógica que hace inteligible al universo llega a ser individual hasta la inutilidad, surgen lógicas variadas que mezclan sin

⁶⁴ Debord (2002) 171

⁶⁵ Le Brun (2004) 15

⁶⁶ Le Brun (2004) 22-23

⁶⁷ Debord (2002) 44

regulación los elementos que sean necesarios con tal de dar cuenta de sí mismo de manera más o menos funcional, llevando una existencia acorde con los parámetros de comportamiento generales, pero relevante en el límite de la imaginación individual.

La intención de amortiguar las pugnas en el nivel discursivo tiene su equivalente isomorfo en el plano de la sensación, la violencia y la rebeldía amortiguadas. De modo que “todo se iguala en la insignificancia, así como se vuelve insignificante la singularidad de cada uno”⁶⁸. La posición que favorece este exceso es la de una neutralidad objetiva consistente en no pronunciarse sobre las cuestiones⁶⁹. Tal estado es asequible en el nivel de la necesidad práctica, donde la acción anulante de la ideología consiste en avocar la rebeldía a la juventud, ajustando su forma de vida paulatinamente dentro de la adultez, y culminando en evitar juicios sobre la realidad, bajo el supuesto de una temporalidad que se restituye indefinidamente. El “es sólo una etapa” que acepta cualquier variación respecto de la norma en tanto ocurra durante la juventud de los individuos, donde toda postura es tolerable, incluso deseable, para dar paso a la adultez completamente amortiguada en forma de actitudes proletarizadas a través de la institucionalización de las formas opositoras: becas y subsidios⁷⁰ varios que mantienen la producción cultural de resistencia enmarcada en los límites de lo decible, lo tolerable y el discurso pasivo que no dice nada. Proceso simultáneo de amortiguamiento, no ya con un criterio temporal sino uno dirigido hacia el moldeamiento prospectivo es el desempeñado por el aparato educativo: implanta la lógica disfuncional que relaciona aprendizaje-trabajo, bajo la premisa de emancipar al individuo y hacerlo valer como ciudadano, en un “proceso de integración en una sociedad a través de la escolarización [...], un emboamiento a priori tras el cual el aprender ya no tiene ninguna oportunidad más de que las cosas vuelvan a ser mejores alguna vez”⁷¹, y sin embargo, el aprender es requisito para permanecer sin ser detectado como anormal, para disfrutar el privilegio de pasar desapercibido.

Los ejemplos extremos de la amortiguación de posiciones, del ocultamiento de lo verídico ante la cantidad excesiva de datos aparecen en el uso actual de los recursos retóricos. En estricta relación con este planteamiento, sugerimos que un componente relevante a la conquista ideológica reposa en apropiarse del factor que M. Foucault denomina *derivación*, consistente en los usos discursivos de formas retóricas, y que en la medida en que este factor es dominado por una misma posición, las derivaciones indican progreso (particularmente en el orden de la ciencia).

La acción lingüística, en tanto dispositivo, aparece ejemplificada con las siglas y la metáfora, donde en las primeras destaca el encubrimiento de ciertos adjetivos que refieren a realidades incómodas, no decibles según el orden de discurso en que sin embargo son practicadas, pero ocultadas bajo una denominación permitida⁷². Aparece una cualidad anestésica, que permite ocultar la realidad incómoda al tiempo que se habla

⁶⁸ Le Brun (2004) 33

⁶⁹ Le Brun (2004) 44

⁷⁰ Le Brun (2004) 41

⁷¹ Sloterdijk (2006a) 17-18

⁷² Le Brun (2004) 73-74

sin cesar sobre algo para finalmente decir nada –interpasividad. Este rasgo no-decible incómodo es un saber coherente y articulado, pero que simultáneamente se sabe molesto y sobre el que no se quiere saber, como la palabra “socialista” oculta a simple vista en las siglas de la URSS. Por otro lado, la metáfora –la derivación por excelencia– cae en el uso de un *lenguaje volteado*, cuya finalidad es encubrir fallas, para lo cual explota la polisemia, pero reduciendo paradójicamente el significado de las palabras⁷³, enmarcando los mensajes y la sensibilidad a que hace referencia dentro de lugares precisos fuera de los cuales no existe. Así, no hay diálogo fuera de los “espacios de diálogo”, pues el concepto aquí da cuenta de un vacío estructural. El paisaje de posibilidades queda interceptado en su polisemia mediante el empleo de pseudo-metáforas que insertan un conjunto de representaciones ambiguas dentro de la producción teórica, sin el rigor necesario para hacerla inteligible (ya que ésta en sentido estricto implica un alto dominio de al menos dos campos de saber desde los cuales trazar paralelismos que se refieran mutuamente sin perder la especificidad)⁷⁴

Pero no se detiene aquí la aparición de sujetos barruntados. Si bien el colectivo puede encubrir cualidades incómodas en el plano de lo decible a través de siglas, también puede ocultarlas instancias de mandato a través de colocar en juego pronombres. El “nosotros” es el caso límite, pues la “construcción de un nosotros homogéneo oculta una doble heterogeneidad”⁷⁵, en primer lugar porque la homogeneidad indica la noción de que existe un pueblo que formula oraciones, y es en este nivel de enunciación donde residen las disyunciones encubiertas. Aquí seguimos a Lyotard cuando afirma que “Los dos nosotros no ocupan la misma posición en las instancias de cada una de las oraciones. En la normativa el nosotros es el destinador de la norma, en la prescriptiva es el destinatario de la obligación”⁷⁶, siendo así que el orden normativo del dictamen puede ser entendido como un acuerdo común entre todos los que forman ese *nosotros*, pero en el orden prescriptivo, el cumplimiento de la acción no abarca a todos, sino sólo a aquéllos que ocupan la instancia destinataria de la orden. Ocurre un desplazamiento del nombre propio, desde la fórmula “yo declaro-tú debes”, con las instancias claramente definidas cuya demarcación desaparece en el “nosotros” que reúne “yo” y “tú” pero no los diferencia discursivamente⁷⁷.

El punto culminante en la violencia lingüística ejercida desde el lenguaje hacia el sujeto es la conminación a sacrificarse por el colectivo imaginario, cuando “la muerte es prescrita como alternativa de otra obligación (civismo, libertad, gloria militar) si ésta resulta irrealizable”. El carácter de obligatoriedad para la muerte del individuo incluye por un lado el odio a lo diferente, a todo lo no-nosotros –sea esto entendido según etnias, naciones, idiomas, instituciones, militancias políticas- y por otro lado el carácter desinteresado de la adscripción a comunidades que no se eligieron, particularmente si éstas comparten una denominación filial en el vocablo de parentesco con el individuo (“la madre patria”), siendo

⁷³ Le Brun (2004) 76-80

⁷⁴ Le Brun (2004) 86

⁷⁵ Lyotard (2012) 117

⁷⁶ Lyotard (2012) 118

⁷⁷ Lyotard (2012) 119

que “la familia se ha considerado tradicionalmente el dominio del amor desinteresado y de la solidaridad”⁷⁸ y que la nación es imaginada en términos de camaradería horizontal o hermandad, estos puntos conforman la justificación para solicitar sacrificios. La conformidad con la nación, la ciudadanía necesariamente debe traducirse como: ciudadano de X, siendo que

“La llamada al ciudadano es así, desde la Revolución, una práctica de urgencia; una práctica que responde a una situación de excepción («la Patria en peligro», «la República amenazada», etcétera). La llamada al ciudadano no es, por tanto, nunca la llamada al sujeto de derecho, sino la conminación hecha al sujeto de derecho a salir de sí y entregar su vida, a comportarse ejemplarmente, *a ser más que un sujeto de derecho para poder seguir siéndolo*”⁷⁹

El sacrificarse por el colectivo asegura la persistencia del segundo, que puede recordar al individuo y hablar en su lugar; esto si y sólo si la existencia de la comunidad queda asegurada. Morir para ser recordado, “querer permanecer”. Tal intención no es accidental ni superflua, pues el mismo cambio del siglo XVIII que permitió la formalización del lenguaje le aportó una segunda cualidad: aquella donde “forma el lugar de las tradiciones, de las costumbres mudas del pensamiento, del espíritu oscuro de los pueblos; acumula una memoria fatal que ni siquiera se conoce como memoria”⁸⁰. El lenguaje conforma una disposición gramatical, un *a priori* de enunciación según las formas idiomáticas donde fluyen rutinariamente y por debajo de todo censor consciente las rutinas de pensamiento, cuya exégesis es repetida en las palabras que se acomodan según la misma disposición gramática.

Al interior de estas configuraciones lingüísticas que agrupan individualidades en torno al imaginario de comunidad, la rutina que otorga un halo de antigüedad al colectivo queda apoyada sobre el juego estratégico entre memoria y olvido, acerca de ciertos acontecimientos. El recuerdo aparece en torno a la fundación de la comunidad como presencia soberana en disputa con otras presencias, de donde salió victoriosa con la necesidad ética (además de la posibilidad táctica) de hablar por los muertos. Puesto que “[...] la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas”⁸¹, para recordar la fundación es menester olvidar simultáneamente otros eventos, particularmente aquéllos vinculados con detalles no decibles de la guerra como el hecho de que aparecieran masas connacionales o colingüísticas matándose entre sí, o por otro lado que la lucha se haya efectuado entre miembros actualmente *extranjeros*. Es el caso de las Matanzas de Midi en el siglo XIII, donde “la mayor parte de los asesinados hablaba provenzal o catalán, y sus asesinos provenían de muchas partes distintas a la Europa occidental”⁸², y sin embargo son recordadas como un evento previo y necesario para la formación de la nación francesa, por haber sucedido en el territorio actualmente ocupado por tal nación.

⁷⁸ Anderson (2013) 202

⁷⁹ Tiqqun (2008) 78-79

⁸⁰ Foucault (2014b) 312

⁸¹ Renán, citado en Anderson (2013) 277

⁸² Anderson (2013) 278

El trasfondo histórico aportado a la historia nacional a través de un lenguaje que estratégicamente relega al olvido determinadas partes de los eventos es el contexto de posibilidad para posicionarse tranquilamente ante el relato histórico como si éste refiriera a eventos temporalmente “muy distantes”⁸³. La biografía nacional queda erigida sobre las muertes violentas de multitudes anónimas que permiten vivir a otras multitudes bajo el título de nación, el recuerdo opera al categorizar la masa muerta como “nuestros” (héroes, antepasados), pero olvidando la tragedia idiográfica de la muerte al etiquetarlos como “muchos”. La manera de incidir sobre la memoria colectiva y la historicidad de los pueblos es a través de las tecnologías de comunicación y significación de los sujetos cognoscentes. Esto es una cualidad del lenguaje en general, ya que agrupa cosas partiendo de categorías determinadas que permiten relacionarse con la realidad en ciertas formas y sentidos, configurando espacios semánticos de agrupación entre cosas que se relacionan⁸⁴.

8. Tenemos entonces que la idea de comunidad abarca un pueblo, una cantidad incontable de personas que se imaginan mutuamente como similares a partir de compartir religión, lengua e historia en un entramado de relaciones entre estos tres elementos. La primera asegura una idea común de salvación, que es compartible e inteligible a través de la lengua, misma que enmarca la experiencia temporal y sitúa al colectivo de acuerdo con los usos estratégicos de acontecimientos colocados en la historia. La historia y la religión quedan vinculadas por el concepto mediador de muerte, que consiste en el paso ontológico de salvación para todos y cada uno de los miembros que sin embargo quedan relegados al margen del recuerdo cuando son tratados como una masa anónima.

La comunidad es un *nosotros* homogéneo, que encubre relaciones normativas y prescriptivas en un pacto que los individuos asumen como natural en tanto es previo a su venir-al-mundo, es una configuración de saberes y de estados emocionales referidos a objetos lingüísticamente colocados dentro de una red semiótica propia del idioma. Al no estar presente la posibilidad de negarse a tomar la lengua y las prácticas propias de la comunidad natal, el individuo aprende a comportarse según las normas prescriptivas de ésta. El contexto que lo posibilita es la educación sistemática, donde el nosotros entra en juego al tramar relaciones con una historia, religión y lengua que es *nuestra*. De este modo la conservación de la comunidad queda asegurada, pues la adscripción del individuo implica un odio subrepticio a lo “no-nuestro”.

Apuntamos antes que la relación entre los individuos y su comunidad de adscripción es imaginaria en la idiosincrasia de cada uno –según las posibilidades de aprender a relacionarse cotidianamente con la misma–, el modo de hacer tangible una realidad social es del orden de la fantasía. Aquí irrumpe la relevancia de la ideología, ya que:

La ideología [no solamente] trasciende el nivel supuestamente no ideológico de la vida cotidiana, sino que esta materialización de la ideología en un objeto

⁸³ Anderson (2013) 280

⁸⁴ Foucault (2014b) 2

concreto exterior pone en evidencia antagonismos inherentes que no pueden ser reconocidos por la formulación ideológica explícita⁸⁵

Cuando Zizek enuncia la “materialización de la ideología en un objeto concreto”, refiere al paroxismo de las prácticas implícitas en una cierta comunidad que se hacen evidentes a través de monumentos cuya lectura y posición en relación con la construcción, momento histórico y contexto permiten interpretar el ritual ideológico no-decible pero que opera inexorable. Más adelante, el mismo enunciado del que parte se aplica a un sector más amplio de análisis, donde las condiciones materiales de la vida humana en tanto rituales representan las ideas vigentes que orientan el modo de actuar hacia un fin. Así, la práctica (el ritual que es siempre conducta) torna objetivos los elementos ideológicos de la comunidad al expresarlos mediante una “sinceridad puramente material”, que no precisa de estar en concordancia con las convicciones y deseos del individuo, para “constituirse en el *locus* de la fantasía que sostiene la construcción ideológica”⁸⁶.

Aparece la fantasía como concepto central para comprender la operación ideológica. Entonces tenemos que algo pertenece al orden de la fantasía en la medida en que 1] Asigna un lugar al sujeto según grados variables de identificación con lo enunciado; 2] Realiza el deseo en forma alucinatoria (sensación/percepción), dirigiendo el “querer-poder-hacer” en términos de permitir a cada quien diseñar un modo de relacionarse con el mundo a partir de la inexistencia de algoritmos conductuales; 3] Está situada necesariamente en un contexto de interacciones donde es relevante ser valorado positivamente por otro; 4] Cuenta con una forma narrativa que impone una secuencia temporal a la actividad individual (justifica los cómo, por qué y para qué); 5] Instauro una ley proto-algorítmica de comportamiento que supone como origen “evidente” un acontecimiento determinado ante el cual es pertinente actuar de cierta forma; 6] Representa una escena deseable para un espectador que no existe ni puede existir (pues ninguna existencia histórica concreta queda exenta de participación); y 7] Permanece implícito respecto del contenido explícito y funciona como su transgresión⁸⁷.

Hagamos algunas precisiones al respecto: el punto (o velo, como lo indica el autor) 3 refiere a un contexto de interacción genuinamente social, por lo que el orden de la fantasía es intersubjetivo mientras que la imaginación es individual. Entonces la fantasía involucra al sujeto pero es más que el sujeto, puesto que dentro de la creación alucinatoria de situaciones susceptibles de ser valoradas positivamente por otro entran en juego la posición ocupada, la conducta desplegada, el estatus ocupado, entre otras características que configuran la figura de deseabilidad. Por otro lado, el punto 7 (predicado necesario del 6), en tanto refiere a la condición implícita de la fantasía la constituye como una mentira primordial que oculta una imposibilidad fundamental, esto es: marca una falta de concordancia dentro de un sistema proposicional, donde hay algún elemento que no puede decirse sin atentar contra el orden racional (coherencia interna)

⁸⁵ Zizek (2010) 12

⁸⁶ Zizek (2010) 15

⁸⁷ Zizek (2010) 16-26

pero cuya presencia es necesaria para que tal orden exista. De este modo, se discurre desviando el énfasis de los puntos nodales mediante la justificación histórica (4) y el acontecimiento inicial (6), que permiten encubrir mediante palabras la información sensible.

La relación de la fantasía con los espectros consta de la convergencia en velo 6: la mirada no existente pero efectiva. Cuando Derrida pregunta “¿Cómo la preocupación por *lo que hay que ser* cruza, aunque sea para excederla, la lógica de la venganza o del derecho?”⁸⁸, ese “lo que hay que ser” es performativo, un hacer que por sí mismo refiera la concordancia con las demandas morales dictadas por el espectro. Además, la preocupación cruza por todas las lógicas, pues cualquier ámbito de la vida cotidiana está siempre-ya regulado por normas conductuales. Entraña un preocuparse por hacer *como se debe* ante la mirada (inexistente) del espectro –de la fantasía. Lo espectral es potencia, está latente, hace ostensión de sí cuando no se cumple con el deber-hacer, aparece en forma de dispositivo regulador (represión, castigo, regaño, consejo, etc.).

9. El interés psicológico de vincular los conceptos de lenguaje e ideología sobre el fondo de la problemática académica, responde a que consideramos en el objeto de estudio de nuestra ciencia el carácter formal –opuesto al sustancial–: enfocado en la manera en que está dispuesto el conjunto de relaciones entre factores que influyen en la conducta individual; lo relevante es la *forma* en que se organizan tales factores alrededor del cuerpo humano, en un sentido tanto histórico como funcional: los mecanismos a través de los cuales se alcanza una fijación relativa de las modalidades de acción/respuesta ante las situaciones, el estado del repertorio de conductas posibles, la situación del sistema con respecto a la directriz de lo socialmente esperado, la relevancia de los estados emocionales para determinar la forma final con que se presenta la conducta, la experiencia lingüística que media entre lo directamente percibido y su estructuración inteligible para el sujeto cognoscente; podemos englobar lo previo al definir el objeto de estudio de la psicología como el grado de adecuación entre el despliegue efectivo de conductas funcionales y la norma que rige el comportamiento esperado. Aquí retomamos un par de estos factores e intentamos trazar las coordenadas del campo en que enmarcan la acción individual, circunscribiéndolos al discurso que los atraviesa para relacionarlos. Con ello rechazamos acepciones sustancialistas para cualquier concepto: no hay “mente”, “conciencia” o “pensamiento” en términos de fenómenos tangibles, instancias materiales o entidades estructurales, no existen salvo en tanto referentes formales de relaciones, como palabras que pueden dar cuenta de un estado de cosas susceptible de modificarse, siempre en tensión local con otras fuerzas.

El presente trabajo queda situado en un análisis de la ideología que parte del orden discursivo ostensible en textos (nivel *en-sí*), empleando el sentido amplio del término, dentro del cual quedan abarcados todos los tipos de enunciaciones, habladas o escritas, independientemente de su extensión o del momento en que se formulan. Consideramos que el lenguaje estructura la relación con la realidad según los recursos movilizados, de manera subrepticia pero explícita, encubierta a la vez que visible. El objetivo es bosquejar

⁸⁸ Derrida (1998) 36

las inyunciones espectrales derivadas de la nación, la religión y la educación concentradas en el proyecto educativo de corte científico. Tomando en cuenta que el objeto bajo estudio (lenguaje) –un territorio que además no es sustancia sino forma– está conformado por un conjunto de relaciones en dos niveles temporales que se interconstituyen, tenemos 1] en el eje diacrónico lo que denominamos *inercia ideológica* entendiendo un mismo modo social –a nivel de población, *biopolítica*– de configurar la realidad mediante el dispositivo discursivo, un campo epistémico de fondo sobre el cual surgen constantes a través del tiempo: lugares comunes que se mantienen pese al cambio en la nomenclatura o en las palabras, problemas en función de hilo conductor a través de los contextos de enunciación, pugnas locales no resueltas a través de antagonismos, deslizamiento de una misma cuestión repetida consistentemente; el conjunto de formaciones discursivas, la acumulación de posiciones tácticas, los esfuerzos por fijar el movimiento de los cimientos argumentativos, todo ello manteniendo una misma relación problemática con una determinada parte de la realidad que da lugar a su reproducción conforme posibilita repetir (por distintos medios, en modalidades variantes) un mismo discurso directriz de la fantasía, un conglomerado constante de inyunciones espectrales; y 2] en el eje sincrónico las variables desviaciones con respecto del sistema directriz, los intentos imaginarios –individuales o restringidos a grupos, *anatomopolítica*– por responder en apoyo o resistencia a las determinaciones generales; el sistema de configuraciones posibles, el entramado de relaciones antagónicas, el conjunto de posiciones tácticas, de contextos de posibilidad o de puntos donde enfrentar las fuerzas, las variaciones permitidas por el marco de inteligibilidad que prospectivamente dan lugar a modalidades de inyunción diferentes, los enfrentamientos por el dominio de los AIE, la instauración de dispositivos que apuntalan la hegemonía de un grupo ideológico –de una clase social, un grupo interpelado que emplea un modo de lucha, que despliega una modalidad para dar cuenta de la inyunción–. Sobre este fondo, la intención metodológica es hacer un rastreo de las estrategias a través de las cuales quedó fijada la lógica de responder a las demandas nacionales y/o confesionales mediante el dominio de determinados saberes. Para ello consideramos como estratégico todo aquél manejo discursivo que apuntara hacia la instrumentación masiva de una forma lingüística: tácticas de predicación, modelos de enseñanza, proyectos de alfabetización, formatos para transmitir información. Partimos de los dispositivos poblacionales porque es en ellos donde queda impregnada la ideología, el deber-ser ante el que se está respondiendo en un momento dado, son estos dispositivos sociales los que dan cuenta de los enfrentamientos por dominar el curso diacrónico de las formas ideológicas, es a través de su planteamiento e implementación que aparecen los esfuerzos por fijar la determinación ascética respecto de la cual se valoran las desviaciones.

El doble trayecto que seguiremos desde el lenguaje en tanto sistema hacia el estudio desglosado del ensamblaje de las ideas, con su inversión desde las ideas ya enunciadas hacia las condiciones lingüísticas que las hacen posibles responde al contexto de conocimiento propio de la modernidad en donde se integra el componente genuinamente psicológico de la Ideología –es decir, la imaginación que conjunta las palabras con las cosas– con la lógica de pensamiento que interroga sobre las relaciones entre el lenguaje y la realidad –los elementos relevantes de las palabras, la medida en que se relacionan

con las cosas (concretas o abstractas) – y sobre el esquema integrativo de habilidades que requiere el sujeto para hacer proposiciones válidas acerca de los objetos, en fin, sobre las condiciones del saber que permiten emerger un conocimiento válido. Revisaremos primero de las dos modalidades de ejercicio lingüístico constantes en la habilitación de cualquier idioma, sobre las cuales posteriormente se vehiculan las representaciones ideológicas y a través de las que ocurren los enfrentamientos antagónicos, para posteriormente evaluar estas últimas.

1.1 Ideología occidental: La palabra cristiana

1. El tipo de religión hegemónica para un grupo influye en la formación de productos culturales concomitante al estilo de saberes desarrollados. Las religiones basadas en libros más relevantes para la historia de occidente son el Judaísmo, el Islam y el Cristianismo. La caracterización que hace García⁸⁹ al respecto enfatiza el papel de la creencia en una verdad inmanente al libro, es decir, en la posesión de un texto jerarquizador para las culturas que participan de la verdad, de modo tal que el archivo de lo escrito permite administrar el saber y configurar relaciones de poder imposibles en ausencia de libros. La vinculación entre el archivo de saber sobre la verdad, el entramado de relaciones de poder y la organización del individuo a partir de éstas se abordará más adelante, de momento el eje de análisis es colocado sobre la relación entre el ámbito espiritual y la constitución cultural.

2. La escritura del texto, el paso desde la tradición oral al registro escrito de la fe en estas religiones, fija y precisa la palabra divina, permitiendo abrir la vía de salvación a partir del conocimiento del y en el libro. Se aglutina una serie de tipos ideales en la organización de formaciones sociales contenidas en esta categoría, que si bien no se aplican estrictamente ni en toda regla, son los caracteres que reúnen en general⁹⁰:

- La creencia en el libro crea comunidades diferenciadas entre aliados y enemigos
- El libro tiene un contenido normativo que legitima las formas de comportamiento
- El libro es portador de un mensaje de salvación que abarca a todos y a cada uno de los individuos. Configura la historia y la acción histórica del grupo.
- El contenido demanda ser custodiado por una autoridad hermenéutica para resguardar su pureza
- El libro carga representaciones culturales y se torna un signo en sí mismo que condensa todos los significados relacionales

⁸⁹ García (1976) 7

⁹⁰ García (1976) 9-12

El participar en la verdad contenida por el Libro consiste de varias prácticas, que en conjunto con el texto y las normas interpretativas conforman el campo de realidad percibido. La comunidad religiosa realiza las mismas actividades: desde la asistencia regular a los mismos centros, las rutinas verbales de alabanza a la deidad, la distancia ética hacia ciertos alimentos entre otros. Esta red de actividades cimienta la experiencia de comunidad: en la medida en que uno reconoce a otros realizando las mismas actividades en el mismo momento, siguiendo la misma secuencia, es cada vez más probable que haya una identificación, que surja la noción de similitud entre el indeterminado grupo de sujetos que participan de prácticas iguales, haciéndose extensivo a las convicciones, motivaciones, intereses, valores y demás. El mismo proceso sobre el que se basa el reconocimiento de similitud crea su reverso, el reconocimiento de la diferencia ante aquél otro que realiza actividades diferentes, cuya acción escapa a las prescripciones conductuales que demanda la interpretación del Libro, matizándolo como parte de una comunidad hostil.

La comunidad religiosa queda organizada por el saber dentro del libro, y junto a esta dimensión aparece otra de índole pragmática. En las comunidades clásicas, la delimitación quedaba marcada por las peregrinaciones hacia el centro -La Meca para los musulmanes por ejemplo-, en donde confluían individuos hablantes de lenguas diversas, que sin embargo fueron unificados por la lengua sacra⁹¹, que tiene la característica de abarcar dialectos excluyentes entre sí. En esta situación, se vuelve necesario contar con un orador bilingüe que traduzca la lengua ritual al idioma vernáculo.

A partir de reproducir las prácticas, éstas adquieren el carácter de rasgo identificadorio, no es que el texto en aislado valga como signo por sí mismo, sino que el texto es un punto de articulación entre el discurso racional que justifica la acción y las actividades mismas. Los significados condensados en el texto atraviesan el marco discursivo, aglutinan actitudes, demarcan posibilidades de actuación, representan al sujeto como parte de una comunidad con rasgos evidentes reconocibles para propios y extraños. Semejante valor de signo precisa conjuntar caracteres distintivos, eficiencia de reconocimiento y conjunción clara de prácticas, denominación clara e inequívoca y delimitación del margen de derivaciones permitidas, no cualquier texto aporta la totalidad de cualidades necesarias para asumir el estatus sublime del texto religioso, es necesario contener algo más que la serie de coordenadas estructurales para orientar la conducción de la vida.

H. Bloom⁹² aporta una característica más al conjunto previo, concerniente a la ambivalencia entre lo divino y lo humano en tanto que ontológicamente son categorías distintas donde la segunda queda subordinada al dictamen con estatuto verídico de la primera, pero las formas de aproximarse al saber sobre lo divino sólo existen en medios producidos (y producibles) por humanos, sin alguna cualidad genuinamente extraterrenal. Con ello, la adoración occidental a Dios es la adoración a un personaje literario, quien aparece en un libro de confección divina pero reproducible humanamente para preservar el saber divino, cuyo objetivo es alcanzar a las individualidades humanas. Texto canónico,

⁹¹ Anderson (2013) 86-87

⁹² Bloom (1995) 16

que 1] refiere de manera específica un modo de pensar y 2] su autor cumple la tendencia⁹³ por diferenciarse –logra *estar* tanto en otros tiempos como en otros lugares distintos de aquéllos donde ocurre la redacción– a través de la escritura. El estatus canónico de un texto, como indicamos antes consistente en la incorporación del autor y de sus escritos en la lista de libros relevantes por parte de una institución de enseñanza cuando muestra efectos equivalentes a los del libro sagrado. En la acepción clásica del pueblo hebreo sobre el canon, era otorgado sólo a los textos que “mancillaban las manos de los mortales”⁹⁴, profanando la sustancia divina a través del gesto de entrar en contacto con la posibilidad de (y la laboriosidad asociada a la) reproducción humana.

3. Para enumerar los rasgos de los pueblos considerados según la modalidad cultural del libro, partimos de los judíos: la Torá es el único eje cohesionador ante la ausencia de una estructura social organizadora para mediar entre el pueblo y la deidad, con lo que el libro adquiere la cualidad de patria portátil, en tanto ejerce la función de signo de identidad tanto religiosa como étnica. La doctrina cabalista se practica en hebreo originario para expresar y condensar al espíritu divino en la lengua nativa, puesto que es un modelo de razón absoluta, por tanto no dubitable en su aseveración de verdad. En caso de existir un acontecimiento no referido en el libro cuya presencia se torne acuciante para el pueblo, se emplean procedimientos de exégesis para preciar el contenido no explícito o difuso, sin salir de la orientación de razón absoluta. El centro del rito espiritual es el libro y su lectura/audición. Accesorio al estilo de vida, existe la *Mesusá*: pequeños rollos de pergamino con citas de la Torá que se colocan en el pórtico de las casas como signo alternativo de identificación⁹⁵. La vida en la práctica del judaísmo gira en torno a la lengua donde se enraíza la cultura, que si bien consta de diversos centros dispersos a través del espacio topológico, mantiene la unidad en especie *khôra* mediante la preservación lingüística en los textos, lo cual posibilita la emergencia de una entidad política ideológicamente homogénea.

Sobre los musulmanes, el Corán es la revelación de Alá ostensible en texto, auxiliada y apoyada por la *Sunna* –referente al actuar verbal así como conductual del profeta, mismo que representa un eje rector para las formas de comportamiento–. La única forma de estructura social formal es el *Consensus*, consistente en el acuerdo entre los *Ulemas* – autoridades hermenéuticas– sobre algo. Dado que ellos representan la voz del pueblo (simultáneamente la voz de Alá) su acuerdo no puede ser erróneo. Tanto el Corán como la Sunna inician como tradición oral, siendo escritos hasta que fue necesario evitar las adulteraciones del texto y del relato respectivamente, ya que el libro (de inspiración divina) no puede pasar a ser modificado en el nivel de entendimiento estrictamente humano. El libro es la verdad absoluta cohesionadora más allá de las diferencias raciales o fenotípicas, con la capacidad de unir a la comunidad islámica incluso pese a las diferencias políticas. La autoridad hermenéutica depende del reconocimiento por parte de la comunidad, no de un rito institucionalizado. El Corán funge como elemento de unicidad

⁹³ Bloom (1995) 22

⁹⁴ Bloom (1995) 29

⁹⁵ García (1976) 13-23

lingüística: es la base para el aprendizaje léxico y la expresión verbal⁹⁶. Aparecen paralelismos entre el Islam y el judaísmo, particularmente en el aspecto organizador otorgado a la lengua: ambas la consideran condición de adscripción necesaria para determinar la pertenencia a la religión, por tanto la filiación ideológica y política que contiene el aprender a hablar y pensar desde el idioma.

La última religión a considerar, los cristianos se caracterizan por una cosmovisión acerca de la Palabra divina con la posibilidad de volverse acto y hecho (verbalización y conducta), donde los hechos son recogidos en los escritos. Los individuos a quienes inspira el espíritu redactan el libro, siendo esta inspiración divina la única forma de conocer los rituales. El texto contiene todas las verdades históricas y ahistóricas, siendo un símbolo de sabiduría, destino, decreto y normas de comportamiento; está escrito según la mente de dios: racional y solamente accesible para los humanos hechos a su semejanza; perfila la dicotomía entre naturaleza y escritura, donde lo escrito vale en la medida en que representa (describe) la realidad. En sus civilizaciones la norma se diferencia respecto de la ley en que la primera responde a las costumbres, mientras que la segunda está escrita en el libro. Fue la cultura practicante del cristianismo la primera en construir una nomología jurídica que se desprende del libro con miras a independizarse de éste en forma de orden político racional. El texto genera los poderes del orden social, por lo que éstos no pueden atentar contra el texto, ya que atentarían contra sí mismos en su sustento. Tal determinación implica una conminación hacia el sacrificio de los individuos por el signo de su identidad para mantenerse con ella⁹⁷.

4. La previa revisión permite apreciar la aparición de un vínculo entre el libro y el conocimiento válido –que es sacro- de la naturaleza. La jerarquía cultural configura al partícipe de la verdad, y se extiende desde el conocimiento escrito en el libro hacia quienes lo portan, como signo de progresismo cultural, constituyendo en el extremo opuesto ante la ausencia de libros a la *incivilidad*. El texto entonces, sea la biblia o la constitución, elide las consideraciones sobre su falibilidad porque es la base del orden; sin embargo puede interpretarse con diversos grados de imprecisión, según la legitimidad del discurso interpretante, determinada a partir de su ajuste lógico a lo previamente escrito o a lo “naturalmente evidente” de acuerdo con el cuerpo histórico y el estado del arte acerca del saber sobre un tema determinado en un momento dado. La lógica cristiana parte de la premisa *el texto es verídico por sí mismo*, que se ordena en un discurso lógico en concordancia con el libro, el cual da lugar a un orden político naturalizado y gremialmente legitimado, que finalmente es escrituralmente sistematizado. La razón ordenadora de la secuencia deriva de concepciones espirituales encerradas en la nomología jurídico-política.

Categorizando las culturas de libro, las primeras dos son de tipo rabínico⁹⁸ donde el libro precede a la realidad social, y los católicos muestran un estado en donde hay barreras poco claras hacia lo que es reverenciado –hacia la figura o la ubicación de la

⁹⁶ García (1976)23-31

⁹⁷ García (1976)31-55

⁹⁸ García (1976) 57

deidad. La posición fundamental del libro forma parte de la estructura ideológica en todas las religiones, pues la realidad social aparece después como iluminada por las relaciones conceptuales escritas. Este postulado se mantiene vigente en el modo actual de hacer ciencia: se consulta primero la literatura, se habilita al practicante en los periplos del lenguaje técnico, se aprende sobre las relaciones abstractas de que puede dar cuenta el corpus, se vinculan los objetos (concretos o abstractos, es indiferente) con el saber preservado en la escritura y se amplía el mismo bajo los requisitos del orden discursivo pertinente: estilo de redacción, cantidad de fuentes consultadas, autores relevantes, justificación de las bases (ostensión de los campos in-abarcados por predecesores), un criterio temporal de las referencias, entre otros. La constante que sigue apareciendo es la de requerir primero del libro para ver la realidad, relación implícita incluso en el uso de la palabra *teoría*, cuya etimología refiere al sentido de la vista, al predominio de este sentido, y sobre todo a la herramienta sin la cual se imposibilita el acto mismo de ver. Teoría escrita en los textos, necesario consultarla para que aparezca la realidad ante nuestros ojos.

El saber producido es de dominación, lo cual permitió la separación dialéctica entre la iglesia y el estado: saber teórico (y teocrático) sobre la realidad y poder institucional para gestionar las relaciones con esta última; más que ser una escisión en el corazón del poder emanado del libro es una especialización en un par de ámbitos, ambos con su correspondiente texto organizador: la Biblia para el campo religioso y la Constitución para el de la jurisprudencia. Primer momento de separación del saber: expropiación de la lectura, restringida al ámbito de la formación eclesial, que dirige el progreso de las modificaciones del orden social, pues es condición previa para éstas el contar con un sistema de determinaciones provenientes de la divinidad. De esta manera el campo epistemológico sobre el que surge el interés en el lenguaje y en el orden de los seres en el siglo XVI tiene un fuerte trasfondo religioso que ha ido difuminándose, pero manteniendo su fuerza: lenguaje erigido sobre la noción de similitudes señaladas mediante signos depositados por Dios en el mundo, como una realidad presente siempre igual a sí misma aguardando para ser interpretada y jerarquía de seres vivos según un orden de perfección desde los gusanos hasta el hombre y más allá hacia la similitud exacta con la deidad misma. Interesa rastrear el trayecto de este tipo de ideas, su presencia cada vez más implícita (sobrentendida o presupuesta) en la argumentación, su aparición en el método, en los problemas y objetivos planteados, las transformaciones de nomenclatura que no responden a modificaciones de objetos y que mantienen la hegemonía de una aproximación católica a la realidad a través de las ciencias, mismas que ocupan el estatuto (supuestamente) privilegiado para dirigir las acciones sociales en masa relacionadas con el medio ambiente, los grupos marginales, los conceptos vinculados a la salud.

En este sentido, la consecuencia que se extrae es que la verdad es una constante a develar, de donde parte la idea del progreso hasta el infinito (positivismo, materialismo dialéctico) y el tiempo histórico se torna un factor relevante para la actuación. El poder sobre la naturaleza permite construir el futuro en el presente, súper-especializando el conocimiento para develar—o bien, diseñando el tipo de métodos que permiten acceder a

una verdad (no tanto fáctica, sino de orden interpretativo) conveniente a la postura defendida– y transformar la naturaleza (o el orden legitimado como natural) al súper-develar –al dirigir no tanto el avance científico, sino las conclusiones válidamente enunciadas en la dirección que las suposiciones ideológicas indican–. Al interior de esta formación social se exalta la voluntad en forma de poder –basado y transmitido mediante libros– económico, jurídico y racional. La imprenta es un elemento que permite ampliar el alcance del libro al público en general, y por tanto aumentar el campo de acción de los poderes, reproducir aquellas producciones que apuntan en la dirección de los sistemas previos, que reorganizan el conglomerado de desviaciones en la dirección que las demandas espectrales indican, que filtran a través del apego a órdenes discursivos las enunciaciones problemáticas –mismas sobre las que se ejerce la censura, puntos de enfrentamiento donde se activa la transmisión de odio en el lenguaje–. El dispositivo que administra el flujo de producciones literarias es el *Archivo*, cuya función describimos más adelante, hasta considerarlo como parte de los AIE, por lo tanto también como espacio de lucha ideológica.

Este análisis apunta directamente al problema del lenguaje, de las relaciones que plantea para con el conocimiento válido y con la configuración de un sujeto cognoscente. En los siguientes apartados se analizan los componentes de habla y escritura en relación con la constitución de suposiciones acerca del ser humano, como sujeto de la cultura, del lenguaje, de la nación, de la religión y el proyecto total.

2 GÉNESIS DE LOS DISCURSOS DE VERIDICCIÓN

2.1 La Verdad dicha en palabra

1. En occidente la *palabra* está fuertemente vinculada con la tradición judeocristiana en su función de elemento ordenador de la realidad, específicamente con la sección donde la Palabra indica el gesto a través del cual el verbo se vuelve carne: empatar al Espíritu con humanidad sin perder el carácter divino. Por tanto, la palabra es la cúspide del proceso de conocimiento como creación divina con esencia independiente de la lengua, ya que está en contacto directo con el Espíritu. En este sentido, entendemos espíritu como la subjetividad del sí mismo, del sujeto que se concibe en relación con la cosa⁹⁹. La proximidad entre habla y verdad es un axioma heredado por la tradición judeocristiana de la cultura griega, manteniendo la misma forma para relacionar logos (discurso hablado; *verbo*)-espíritu (verdad), tal como lo plasma Derrida:

Si por ejemplo para Aristóteles «los sonidos emitidos por la voz son los símbolos de los estados del alma, y las palabras escritas los símbolos de las palabras emitidas por la voz», es porque la voz, productora de los *primeros símbolos*, tiene una relación de proximidad esencial e inmediata con el alma¹⁰⁰.

Esta lógica es identificada con el nombre de *logocentrismo*: “metafísica de la escritura fonética” en la cultura occidental, conjunto de proposiciones y formas de producir saber que mantiene la proximidad de la palabra hablada con la verdad, repetida en múltiples formas, a través de distintas disciplinas y empleando pares de nombres cambiantes, pero fiel a la escisión entre un habla-espíritu puro (o “verdadero”) y un cuerpo-cosa material, necesariamente impío. Detectamos la perduración de la lógica al ilustrar un cambio de nomenclatura que no responde a cambio de objeto y que se repite en distintas formas – *inercia ideológica* que, en este caso, coincide con el concepto de *huella*–:

La diferencia entre significado y significante pertenece de manera profunda e implícita a la totalidad de la extensa época que abarca la historia de la metafísica, y de una manera más explícita y sistemáticamente articulada a la época más limitada del creacionismo y del infinitismo cristiano cuando éstos se apropian de los recursos de la conceptualidad griega. Esta pertenencia es esencial e irreductible: no se puede conservar la utilidad o la «verdad científica» de la oposición estoica, y luego medieval, entre signans y signatum sin traer también a sí todas sus raíces metafísicoteológicas. A estas raíces no sólo pertenece —y esto ya es mucho— la *distinción entre lo sensible y lo inteligible* con todo lo que ella domina, a saber, la metafísica en su totalidad¹⁰¹. (Las cursivas son nuestras)

Las variantes en las denominaciones y en los campos donde se emplean polos que reciben influencia directa de la concepción que escinde cuerpo y alma aparecen en

⁹⁹ Gadamer (2002a) 510.

¹⁰⁰ Derrida (2012a) 17

¹⁰¹ Derrida (2012a) 19

distintos sitios, el estatuto de verdad que detenta la palabra o la escritura corresponde a las formas tributarias de esta misma dicotomía. Otra forma argumentativa sustentada en la misma premisa es la necesidad lingüística de involucrar una unidad “psíquica” –la imaginación para de Sassure– en la arbitrariedad del símbolo, pues mantiene implícita la dialéctica entre los polos sensible (sonido, escuchable, significante) – inteligible (grafía, visible, significado).

Al interior de la cultura de este hemisferio, organizada bajo el discurso cristiano, el lenguaje juega un papel fundamental que no fue tratado sino hasta el siglo XVII en términos de la denominación vinculada con la descripción de seres. Antes de este periodo, el lenguaje fue entendido como cualidad humana *natural*¹⁰²: se trató al lenguaje como una herramienta neutra en el conocimiento, estatus que le aseguró pasar desapercibida para la reflexión acerca de la lengua misma en tanto factor condicionante de la percepción. A partir de entonces el problema consiste en valorar el grado de verdad que se dice (o escribe) en un discurso, su adecuación con la realidad. Aunque la aparición de la diferencia entre los sentidos *verdaderos* de los *falsos* en los usos discursivos tiene que ver con cómo leer las escrituras, así como con cómo interpretarlas (y si bien el concepto de interpretación no aparece referido explícitamente desde el principio) ello no condiciona la presencia del acto interpretativo¹⁰³ (sea hablando o leyendo), pues, como ilustra Ricoeur “lo experimentado por una persona no puede ser transferido íntegramente a alguien más [...] Aun así, no obstante, algo pasa de mi hacia ti. Este algo no es la experiencia tal como es experimentada, sino su significado”¹⁰⁴. La experiencia es entendida como evento privado al individuo y discreto en cuanto a sus cualidades, pero adquiere estatus de acontecimiento discursivo en el diálogo, evento que permite trasladarlo a la esfera pública donde se transmite el significado: elemento perteneciente al orden simbólico, que es continuo entre individuos. El orden simbólico tal como lo esbozamos arriba¹⁰⁵, aglutina los encadenamientos entre conjuntos de conceptos (el significado) y conceptos o gestos individuales (significantes) que, dentro y demarcando una comunidad lingüística, son compartidos por los miembros, de allí su continuidad. Los pares simbólicos son arbitrarios (sin relación de necesidad ontológica que los vincule), en razón de lo cual incluso al hablar hay acción interpretativa sobre los símbolos verbales: requisición para comprender el (*verdadero*) significado de los conceptos pronunciados, actuando consecuentemente en ostensión –mostrando que *en verdad* uno comprendió. Mantenimiento de la idea que separa los terrenos sensible e inteligible. Con esto no tratamos de apuntar para desechar las constantes enunciativas donde percibimos la *huella* de la metafísica occidental logocéntrica, sino de mantener lo más cerca posible de la superficie el reconocimiento de esta filiación tributaria a través de las explicaciones recopiladas. Si tomamos en cuenta tanto la argumentación *en-sí* que abunda sobre las modalidades lingüísticas, como las demás, es porque el nivel lógico-semántico efectúa el movimiento de inversión sobre sí misma en la reflexión sobre el lenguaje, con lo que

¹⁰² Gadamer (2002b) 147

¹⁰³ Olson (1997) 165

¹⁰⁴ Ricoeur (2006) 30

¹⁰⁵ Cf. Página 8, esquema del mito.

aglutinamos bajo el análisis tanto las formas discursivas por sí mismas como las condiciones de actividad concreta que sustentan concomitantemente las formaciones ideológicas.

Retomando al rastreo del problema sobre la interpretación en el mundo occidental: en el siglo XVI había indicios de práctica hermenéutica en dos niveles: la naturaleza (*Divinae*) y los textos (*Eruditio*)¹⁰⁶, marcando la distinción entre lo correspondiente a los signos de Dios y los de los hombres. Sin embargo, la decodificación de ambos conjuntos responde a lo mismo: hacer hablar a los signos de la naturaleza decodificándolos o devolver la vida (sea, el habla) a las grafías inmóviles. En ambas lecturas el nexa es el Verbo plasmado textualmente sobre las cosas. Hacia el fin de este siglo se busca encontrar el orden del mundo en el encadenamiento y disposición de las palabras, partiendo de suponer que las segundas son una representación fiel, especular, de las cosas.

Para el siglo XVII emerge la primacía de la escritura, con el predominio aún de la idea relativa a que Dios depositó los signos en la tierra a modo de escritura divina, y la labor del ser humano era decodificarlos para encontrar la verdad. La tendencia apunta hacia la posición privilegiada de la lectura cuando el saber compilado adquiere formato enciclopédico, tendencia que sin embargo no es percibida (o que es encubierta) al colocar de manera indistinta lo visto (en las cosas) y lo leído (acerca de las cosas) en el mismo escalón de evidencias¹⁰⁷. Un saber figuró como válido si refería la realidad en un lenguaje que permitía hacer hablar a las cosas, representándolas, y para ello debía¹⁰⁸: 1] hacer interpretables los signos, las marcas depositadas por Dios sobre las cosas (pero que no necesitan ser percibidas para existir), e ir acumulando conocimiento a través de construir redes para relacionar los signos entre sí; 2] producir signos que sean a la vez parte de la cosa significada y estén fuera de ella, que le pertenezcan como denominaciones pero puedan prestarse a análisis, separándose claramente de la cosa representada; y 3] cumplir con que los signos empleados fueran elementos discretos, aplicables a múltiples objetos, útiles para analizarlos, independientemente de que su origen fuese natural (divino, sensible ~ visible) o convencional (humano, inteligible ~ acordado). El conocimiento en este periodo fue segmentado de acuerdo con la gradilla de las diferencias y semejanzas observables a través de un correlato empírico-lingüístico, con ambas dimensiones concomitantes contribuyendo a la producción de signos según lo que se recopilaba en los signos naturales o bien lo que se acordaba convencionalmente. El uso de signos codifica toda una lógica representativa: existen las cosas, donde las palabras juegan un doble rol tanto de estímulo significativo como de signo sintético de sí mismo + lo que representa. Esta función de las palabras indicó el contexto donde fue posible considerar la escritura de las ideas un método adecuado para el progreso del conocimiento, ya que permitió plasmar el discurso en un formato perdurable, que además colocó al pensamiento en una temporalidad de tipo cronológicamente secuencial, coordinada a través del apego a formas-tiempos gramaticales.

¹⁰⁶ Foucault (2014b) 52

¹⁰⁷ Foucault (2014b) 56-58

¹⁰⁸ Foucault (2014b) 75-80

Desde finales del siglo XVII y durante la primera parte del XVIII, en el lenguaje occidental toda categoría verbal empezó a tomar como *sobrentendido* el verbo *ser*, convirtiendo a todas las enunciaciones verbales en afirmaciones ontológicas. Tal acontecimiento ocurrió en estrecha relación con la función del lenguaje en tanto “designación articulada [de] [...] un sistema de identidades y diferencias, tal como es fundamentado por el verbo *ser* y manifestado por la red de nombres”¹⁰⁹. Concepción nominalista de un lenguaje necesariamente afirmativo, cuya vigencia perdura en forma de la naturaleza asertiva de la lengua con “el «sí» inscripto en la lengua de manera implícita, mientras que el «no» requiere una marca particular”¹¹⁰ cada vez que es enunciado. Ello indica una suposición ontológica de la existencia del ser en forma de presencia lingüística, definida por la propiedad de ser dicha y equiparado la verdad acerca del ser de lo dicho en la posibilidad de enunciación, mostrándose a sí misma en su tener-lugar al ser pronunciada¹¹¹. Esto es, en tanto es decible alguna propiedad respecto de las cosas, éstas adquieren la posibilidad de considerarse verdaderas, circunscribiendo el horizonte de los entes a aquello susceptible de ser dicho para *ser*. Esta es la ontología de la *verdad decible*, otra constante en la argumentación acerca del lenguaje. La verdad acerca de las cosas está en su posibilidad de ser dicha, apre(he)nder la verdad acerca de las cosas radica en decodificar sus signos para decirlos, denominar las cualidades de un fenómeno bajo estudio es condición para comprobar que existe “algo”; imperativo de afirmar sobre las existencias, conminación a precisar las negaciones; hegemonía del nombre sobre lo existente: el retorno del lenguaje al lugar privilegiado en la metafísica occidental sucedió antes de su completo desvanecimiento en un ser formal; o incluso, nunca hubo una desintegración del ser del lenguaje, sólo un cambio en la forma específica que ocupó para seguir funcionando como el campo sobre el cual se erigen todas las formas de saber.

Hacia finales del siglo XVII entra en vigor la matematización de la realidad como condición para otorgar el estatuto de científica a una disciplina, desplazando el punto de apoyo hacia la escritura con caracteres de inscripción principalmente no-fonéticos. Este paso también cambia la reflexión acerca del lenguaje en general, y debe su ocurrencia en gran medida a la publicación del “*Philosophiæ naturalis principia mathematica*” de Newton, y a las discusiones de los autores contemporáneos acerca del modo adecuado para representar la realidad, como el aprecio de Leibniz por la escritura algebraica e ideográfica china, cuestiones abordadas en el capítulo siguiente. Para cuando el siglo XVIII se consolidó, a través de la obra de Destutt de Tracy¹¹² adquiere relevancia el concepto de ideología, la ciencia de las ideas enfocada en la manera de expresarlas mediante palabras y la manera de ordenarlas según un razonamiento, que si bien prosigue con la lógica que coloca al habla en la raíz del problema de las ideas, busca crear un campo de saber de amplitud general que sea aplicable a todos los saberes, que ordene la formalidad y la veracidad de los demás dominios epistémicos.

¹⁰⁹ Foucault (2014b) 110

¹¹⁰ Barthes (2004) 93

¹¹¹ Agamben (2006) 14-15

¹¹² Foucault (2014b) 255

Finalmente, en el siglo XIX el lenguaje en su función representativa no sigue una línea de creación entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento constituido en y por la palabra, sino un trayecto inverso: el discurso implica un conjunto de saberes, una historia y una memoria que articulan el sentido de lo hablado por el sujeto. Con la consolidación del lenguaje en objeto cognoscible referido al habla y al sonido, también aparece la escritura como elemento de formalización para los fenómenos lingüísticos, dejando entonces dos maneras de analizar el saber: la hermenéutica y la formalización gramatical¹¹³. Viraje crucial para los modos de relación con el lenguaje a partir de entonces: voltear hacia el objeto que ha servido para pensar acerca de los conocimientos, plegarlo sobre sí mismo, aplicar los criterios de validez al lenguaje mismo; llegar a la necesaria conclusión de que el lenguaje no es un instrumento neutro para el conocimiento, que sus usos pueden apuntar en direcciones variadas y que las relaciones con la realidad derivan en una medida relevante de cómo se colocan sobre el lenguaje. La verdad pierde el asiento firme que el habla aportaba, requiere en adelante de maniobras más complejas que garanticen la validez de lo dicho, apunta hacia el proceso escritural como apoyo relevante para delimitar el grado en que un acontecimiento lingüístico es cierto. Para los fines de este estudio, el grado de verdad queda relegado a un segundo plano, el rasgo que nos interesa enfatizar es la función del lenguaje en las relaciones que tiene el sujeto con los objetos en la realidad, independientemente de qué tan certeras sean estas relaciones; posteriormente al interrogar a la verdad respecto de las condiciones materiales que le permiten emerger como lectura coherente de las situaciones, renunciamos a la jerarquía entre ambos aspectos para considerar la acción simultánea y concomitante de la verdad y la funcionalidad en las relaciones que tiene el sujeto con los objetos.

La hipótesis que seguimos es que el proceso de habla y el de escritura son simultáneos en la conformación del orden simbólico: hay habla en la medida en que se codifican sonidos significantes, pero también hay escritura en la forma de todo el proceso para construir signos. Si la revisión sigue el orden (pretendidamente causal) de analizar primero el habla y luego la escritura, es por comodidad de convención. La arbitrariedad del signo opera al mismo tiempo en ambos niveles, y las funciones operacionales de cada uno son concomitantes para determinar el lugar de las pugnas ideológicas. Asimismo, planteamos que la segmentación del lenguaje en las dimensiones palabra y escritura es abstracta (puramente formal), pues de facto no hay una escisión radical en su empleo a través de los campos donde puede parcelarse teóricamente, sin embargo resulta fecunda tal separación con fines de analizar el complejo retículo de relaciones donde el individuo queda intrínsecamente incrustado al habilitarse en un lenguaje.

2. El punto sobre el cual puede un lenguaje arreglar la relación sujeto-objeto es la *denominación* de la cosa, en tanto que el nombre se asigna como condición *natural*, pero existe en formato de operador lingüístico (por tanto humano), que hace corresponder las propiedades percibidas del fenómeno con una estructura conceptual que organiza dichas propiedades. Hasta este punto la denominación dentro de su contexto lingüístico como

¹¹³ Foucault (2014b) 312-315

organizador de la realidad aparece utilitariamente eficaz¹¹⁴. Lo problemático es la cristalización del significado a través de la tradición, al nivel de la positividad que mantiene el *a priori* lingüístico según el impacto potencial que tiene en el mantenimiento de un orden, que no es material sino puramente simbólico. El lenguaje es el conjunto de cosas dichas y escritas, el “compendio de mensajes significativos por todos los lenguajes eminentes que nos han hecho lo que somos”¹¹⁵, de modo tal que las costumbres y las tradiciones en que están insertos adquieren con esto el carácter de dispositivo, al quedar sustentadas por la lógica de la autoridad naturalizada. El nombre refiere, transfiere y difiere relaciones entre objetos, denomina y representa, suplantando la cosa por su denominación al tiempo que articula relaciones lo exterior a la cosa nombrada. Primero la cosa es sustituida por su nombre y luego el nombre sustituido por la relación, dando así que la consideración de la existencia de la cosa es su denominación y su relación percibida, además la posibilidad de no ser otra. El nombre entonces conjunta las relaciones sobre lo que es denominado y al mismo tiempo le demarca respecto de lo que no es, cada sistema de conceptos es construido a partir de la diferencia: las denominaciones corresponden a eventos discretos que se diferencian de los demás, en el momento en que un objeto corresponde con un nombre, se distribuyen en el mismo movimiento los espacios *interno* –el campo contenido dentro de la palabra nominal– y *externo* –todo aquello excluido de la denominación, lo otro. El nombre (que no es la cosa) articula relaciones *a priori*, con propiedades adjudicadas sin previa interacción, con lo cual se despoja a la cosa misma de sus propiedades¹¹⁶.

La semejanza o diferencia entre objetos agrupados bajo la misma categoría denominativa es resultado de una operación que requiere la aplicación precisa de un criterio definido a priori, en donde se exalta arbitrariamente alguna cualidad. El orden de la realidad surge de subordinar las cosas a tales categorías léxicas, que a su vez funcionan como códigos culturales para fijar órdenes dentro de los cuales inscribirse y reconocerse¹¹⁷ vía lenguaje, tanto como a sí mismo como en relación a lo otro.

Entonces, las denominaciones de objetos implican relaciones entre sujetos y objetos, percibidas como naturales al permanecer repetidas constantemente en una tradición lingüística, que las reitera en la medida en que se mantienen funcionales para dar cuenta de un estado de cosas constante. Retomando la proximidad asumida por la tradición occidental entre palabra y alma, la primera sustituye la cosa por una denominación (símbolo), conforma el apareamiento de un significado (cosa) y un significante (palabra), de forma análoga al que hay entre la realidad sensible y la inteligible o bien entre el cuerpo y el alma. Una denominación vale por un la relación con un objeto, del mismo modo en que la conducta de un cuerpo vale por el estado del alma.

Consideramos que la inscripción nominal vehicula mensajes ideológicos a través de las denominaciones, pero el acto de nombrar no basta para cimentar un modo de

¹¹⁴ Gadamer (2002b) 78

¹¹⁵ Ricoeur (2004) 324

¹¹⁶ Derrida (2011) 20

¹¹⁷ Foucault (2014b) 5

relacionarse con la realidad, hace falta articular las concepciones ideológicas mediante una serie de ideas ordenadas acorde a una lógica legítima, por lo que el discurso entra en juego. Siendo la ciencia uno de los discursos reconocidos como investidos de mayor influencia sobre la verdad en occidente, relacionaremos el modo de asegurar las condiciones para hacer ciencia con la denominación y clasificación. En la forma de representar la realidad está implicada también una “reapropiación de la presencia”¹¹⁸ de los fenómenos denominados sobre el fondo de la realidad; según cómo aparezca un fenómeno en su forma representativa-lingüística, es el dominio que sobre él puede ejercerse.

La modalidad occidental de producir saber es dominada por la representación semántica del nombre, no por los objetos, de modo que el signo empleado para denominar tiene un *a priori* contextual arbitrariamente significado que perdura en la memoria de la comunidad (epistémica y lingüística). Los saberes se producen sobre la base de significaciones que relacionan símbolos, partiendo de suponer que el orden simbólico es legítimo por sí mismo. Cuando las series de asociaciones simbólicas ocupan el lugar de premisas para el desarrollo ulterior de un discurso que pretende dar cuenta acerca de la realidad, ocurre una la formación ideológica del saber. Es aquí donde entran en juego las formas retóricas de enunciar la realidad. Ejemplificando: cuando A. Koyré ¹¹⁹ escribe que “El propio desarrollo de la ciencia newtoniana (...) dejaba cada vez menos espacio a la intervención divina (...) lo mismo que el Dios de Descartes y Leibniz –tan ásperamente impugnado por los newtonianos–, este Dios ya no tenía nada que hacer en el mundo”, indica una táctica retórica que tuvo lugar en el enfrentamiento entre la postura newtoniana y la leibniziana acerca de las relaciones de Dios con el mundo en el siglo XVIII. La postura newtoniana sostenía que “Dios, después de haberlo creado, continúa vigilando y rectificando providencialmente el Mundo en el que, debido al vacío interplanetario, el movimiento tiende a disminuir”¹²⁰; mientras que “el mundo de Leibniz se conserva inmutable, originalmente reglado en su totalidad”. La estabilidad y constancia en las leyes del movimiento de los cuerpos, derivadas de la investigación newtoniana, terminó por dar la razón a los argumentos de sus contrarios de acuerdo con la fórmula: “No es que las leyes inamovibles del movimiento de los cuerpos dejen sin espacio a Dios; sino que Dios dotó de leyes inamovibles al movimiento de los cuerpos”, tal inversión consiste en el recurso a un *retruécano* para explicar la realidad. es una táctica de legibilidad más retórica que lógica. Situando esta confrontación en el siglo XVIII, el contexto epistémico aún estaba dominado por una trama de pensamiento religiosa, donde la intervención divina en la creación del mundo es *presupuesta* (si el mundo está creado, es por obra divina) de modo apodíctico, lo cual posibilita considerar a *los cuerpos físicos* como significante (1) de la *creación divina* (significado; 2). Estos cuerpos *están dotados de leyes de movimiento* (signo y forma, 3, I) que necesariamente derivaron de la misma fuente divina (II), concluyendo en el enunciado antes presentado como signo (III) del mito (*Dios dotó de leyes inamovibles al movimiento de los cuerpos*). El modo en que se

¹¹⁸ Derrida (2012a) 16

¹¹⁹ Citado en Canguilhem (2005) 109

¹²⁰ Canguilhem (2005) 106

agrupan lingüísticamente los significados y significantes en esta forma mítica específica responde a la acumulación de premisas teológicas –aun cuando ambas posturas antagónicas parten de la misma premisa *presupuesta*– sobre un orden simbólico, a partir de donde derivan un par de argumentaciones opuestas, y de donde la que resultó victoriosa (en el curso del mismo siglo XVIII) lo hizo al dominar la legibilidad de la realidad a través de medios retóricos. Recientemente, el empleo del retruécano como recurso para el progreso científico reapareció cuando en una investigación de corte meta-analítico¹²¹ acerca de las relaciones entre el estado anímico (en términos de felicidad) y la mortalidad mostró un error en el planteamiento de estudios previos para abordar la cuestión: generalmente, se relacionó el estado anímico con el surgimiento de un estado de salud deteriorado, mientras que en la novedad metodológica fue invertir la relación de causalidad, resultando en que el estado de salud deriva en modulaciones anímicas. Misma táctica de inversión retórica para justificar un avance científico a partir de operar usando denominaciones (salud y estado anímico, en este caso) para plantear las relaciones de los fenómenos en la realidad.

En la medida en que una modalidad para presentar la realidad se mantiene constante para elucidar relaciones de fenómenos, puede incidir sobre la percepción histórica de los pueblos, tal como atestigua el hecho de que “En los sermones de Richard Bentley, así como en las disertaciones de William Paley, la teología natural llamaba en su auxilio a Newton en todos aquéllos casos en que las observaciones mostraban fenómenos con aspecto de arreglo de partes, en que las leyes de la naturaleza parecían expresar elecciones de Dios”¹²², donde la constancia argumentativa es síntoma de la hegemonía de la postura leibniziana. Esta cualidad del lenguaje es general, no solamente circunscribe las cuestiones científicas, ya que el lenguaje agrupa cosas en categorías determinadas, las cuales permiten relacionarse con la realidad en ciertas formas y sentidos, configurando espacios semánticos de agrupación entre cosas¹²³.

De manera adicional, podemos citar la perduración del recurso a la *analogía* con las características que ya ostentaba en el siglo XVII –asegurar el enfrentamiento de semejanzas a través del espacio de acuerdo con un sistema de ajustes, ligaduras y juntura–, en las conceptualizaciones teóricas acerca del método científico durante el siglo XX, tomando como caso representativo la formulación que hace E. Rosenblueth¹²⁴: de acuerdo con él, el hombre de ciencia no está capacitado para manejar algo tan complicado como la vida real; ante tal complejidad para conocer un sector del universo, lo que puede hacerse es diseñar un esquema o modelo de tal sector a partir de las propiedades y variables que puedan tanto medirse como entenderse, y aceptar que esa reconstrucción es un reflejo fiel (aunque incompleto) del universo. La situación experimental como modelo de la realidad es una consideración metodológica cuya pertinencia para extraer conclusiones válidas reposa sobre la relación analógica entre las relaciones observadas dentro del laboratorio y las observables fuera del mismo.

¹²¹ Floud, Balkwill, Canoy, Reeves, Green, Beral y Cairns (2015)

¹²² Canguilhem (2005) 129

¹²³ Foucault (2014b) 2

¹²⁴ Citado en Pérez (2000) 211

3. Ahora bien, las referencias conceptuales, incluso cuando (o justo porque) son metafóricas, derivan de experiencias empíricas individuales¹²⁵, es decir, del contexto personal en donde la experiencia no lingüística es significada verbalmente para traducirla al sistema lingüístico desde donde puede hacerse comprensible e incluso operable para otro. Este proceso de operacionalización de las palabras o de las emisiones verbales resulta complejo, pues las articulaciones sonoras se consideran lenguaje hasta que encierran una relación proposicional¹²⁶, de modo tal que la emisión de sonidos ante una situación determinada en un primer momento solo puede entenderse como una activación de la configuración orgánica humana; pero en tanto se toma la situación como punto de anclaje con una reacción, se traza la primera línea de asociación entre los sonidos o las expresiones de un otro y la fuente de éstos, que bien puede homologarse con aquella condición bajo la cual uno emite los mismos despliegues conductuales¹²⁷. La emisión de ciertas conductas (gritos por ejemplo) pasa a ser un signo de la situación ante la que ocurre (hambre, dolor, miedo), sin que necesariamente ésta se presente. Forma incipiente de comprensión que asocia los momentos funcionales cuando se emiten ciertos sonidos o se exteriorizan ciertas expresiones, que pasan luego a sucederse intencionalmente y dirigidas hacia otro. Pero el lenguaje ocurre propiamente hasta que se articulan y dividen las emisiones en una serie de cadenas sonoras distintas¹²⁸, mismas que además requieren ser capaces de transmitir el contenido proposicional, es decir, la suerte de predicado potencialmente universal que enuncia el sujeto individual acerca de algo.

Esta cualidad de transmitir unidades de contenido (en adelante referidas como oraciones) mediante la vía verbal es el *discurso*, empleado en un sentido momentáneamente reducido, entendiéndolo como el acontecimiento del lenguaje: fenómeno evanescente en su temporalidad (*el habla*), susceptible de comprobación empírica –en oposición a la virtualidad del sistema (*la lengua*). En esta línea “sólo los actos discretos y cada vez únicos actualizan el código”¹²⁹, porque portan el contenido proposicional que puede volver a decirse: el predicado es universal. Independientemente del sujeto particular que lo enuncia, es en el predicado donde quedan contenidas las aseveraciones de veridicción (el decir-la-verdad) acerca de (lo experimentado como) la realidad, que puede repetirse en distintos momentos, por medio de distintos sujetos, manteniendo constancia de la situación referida sin precisar que el mismo hablante reitere la articulación. El predicado es el sentido que se transmite entre sujetos. Así pues, es indispensable la existencia de los acontecimientos de habla para dar cuenta de un sistema lingüístico y de las relaciones que entraña, mismas que quedan sujetas a validación lógica y a operacionalización funcional, ambas sobre la base de un código compartido.

Analizando el acto de habla en los rasgos que lo componen tenemos¹³⁰: 1] locución, el decir algo (acto proposicional), 2] ilocución, hacer algo al decir algo (el querer-decir:

¹²⁵ Gadamer (2002a) 515

¹²⁶ Foucault (2014b) 110

¹²⁷ Foucault (2014b) 123

¹²⁸ Foucault (2014b) 300

¹²⁹ Ricoeur (2006) 23

¹³⁰ Ricoeur (2006) 28

prometer, por ejemplo) y 3] perlocución, esperar producir un efecto al decir algo (asustar, por ejemplo). El componente psicológico en los actos de habla aparece desde la segunda cualidad en vista de que lo ilocutivo puede ser experimentado como tal, en sentido estricto, solamente por quien emite la oración. El acto perlocutivo es un nivel ulterior de ilocución que funciona como un *estímulo* para producir (idealmente) una *respuesta*¹³¹, que apunta a ser reconocido por el otro, a producir un efecto, por ello requiere un código convencional, así la oración es tamizada por el contexto en que es pronunciada, con lo cual se reduce la polisemia en las palabras, así como el rango de posibles interpretaciones. Entonces, un discurso puede contener uno o más de los rasgos en el acto de hablar, pero para considerarse propiamente lenguaje es necesario que lo dicho suceda dentro de una comunidad lingüística que comparte signos –que *comprenda* los mismos *significados* en los mismos *significantes*. En este sentido, la comprensión es necesariamente un fenómeno lingüístico, pues *se comprende* a través de conceptos (elementos de un lenguaje) los significados acordados dentro de una comunidad hablante¹³².

De modo que comprender la realidad en interacción con otros es una condición necesaria para todo funcionamiento comunal (y la ciencia forma parte de estos funcionamientos), donde la determinante de efectividad es el acuerdo sobre las cosas, que es tanto pragmático como discursivo, en niveles variables de formalidad (e incluso de cientificidad). Comprender es ponerse de acuerdo sobre algo, es un consenso donde todos valoran lo mismo sobre las mismas cosas¹³³. No implica situarse en el mismo punto que el (lo) otro. El lenguaje es la instancia que arregla las situaciones de comprensión, en su enseñanza conforme normas gramaticales aparece también la enseñanza de las relaciones con los objetos, mismas que se modifica dinámicamente según los arreglos situacionales sobre los que deba darse cuenta en las distintas configuraciones históricas.

Esta última parte, la modificación, ocurre mediante la regulación lingüística dirigida de la denominación, apareando cada cosa percibida con su nombre respectivo de manera inter-excluyente entre conceptos, de modo que “las «reglas» gramaticales de los lenguajes humanos naturales se emplean primero y sólo pueden ser formuladas a partir del uso y [posteriormente] establecidas explícitamente en palabras con dificultad y de manera nunca íntegra”¹³⁴. Asunción logocéntrica donde el habla precede necesaria y ontológicamente la escritura como condición de materialidad, pero de manera simultánea (y aparentemente paradójica) se requiere de un sistema gramatical previo, inscrito en las normas culturales, que dirige los acontecimientos a partir de los cuales emergerá el sistema. Si se afirma que “Una aproximación sincrónica debe preceder a cualquier aproximación diacrónica porque los sistemas son más inteligibles que los cambios”¹³⁵, en tanto el sistema lingüístico es accesible en su forma escrita (con mayor estabilidad relativa) mientras que los cambios ocurren en el habla, en los acontecimientos discretos cada vez, dificultando su recolección exhaustiva, nos encontramos con una suposición de

¹³¹ Ricoeur (2006) 32

¹³² Gadamer (2002b) 181-185

¹³³ Gadamer (2002a) 461-462

¹³⁴ Ong (1993) 4

¹³⁵ Ricoeur (2006) 19

inscripción simbólica, originaria respecto de las articulaciones, encontrando un “código anónimo y no intencionado”¹³⁶, es decir, un sistema lingüístico sincrónico en el cual las palabras se ordenan, no como herramientas independientes sino como una matriz estructural para armar mensajes. Entonces, las normas gramaticales existen previas a los eventos de habla (que las actualizan al ser pronunciados), dirigiendo las formas posibles de para construir mensajes inteligibles en un determinado sistema idiomático. Inscripción de las oraciones posibles en el sistema simbólico, existencia de los signos antes de su ser articulado por cada individuo específico respecto de las relaciones que experimenta como realidad.

El lenguaje como discurso¹³⁷ es la conjunción de un nombre con un verbo, sujeto a valoración proposicional según los ejes verdadero-falso, y es principalmente hablado, así que objeto referencial de saber no es solamente el nombre, pero éste es, en tanto símbolo, la principal cualidad de ordenamiento a partir de la cual puede valorarse la veracidad del predicado enunciado. Como todo predicado es potencialmente universal según el objeto al que se aplique y de acuerdo con las relaciones funcionales en el contexto de enunciación, el énfasis recae en el objeto referencial –ni siquiera el sujeto específico es fundamental– cuando es denominado. La denominación implica una serie de predicados posibles de acuerdo con el sistema gramatical, siendo entonces que el nombre asignado a los fenómenos acarrea las relaciones susceptibles de ser percibidas respecto del objeto en cuestión.

4. El estudio del lenguaje permite simultáneamente el estudio de las culturas, ya que el pensamiento sucede dentro de un lenguaje, dentro de la posibilidad brindada por un idioma¹³⁸ donde se anudan relaciones entre sujetos y objetos compartidas por el grupo de hablantes que emplean el mismo código. Esta aseveración porque el lenguaje no es una herramienta que pueda usarse a discreción ni elegirse “libremente” el consenso sobre el significado-representación lingüística de las palabras, éste es arbitrario al nivel de la colectividad: “no hay conexión esencial entre el significante y el significado”¹³⁹ (salvo en articulaciones onomatopéyicas, que por demás no constituyen el grueso de las lenguas), sino una compulsión externa (social) por delimitar a través de cada palabra un área de significación dentro de un conjunto de contenidos posibles de ser dichos, de modo que el hablante particular no ejerce influencia sobre el contenido vinculado a una palabra específica al nivel convencional. Las palabras están sujetas a las configuraciones que posibilitan las normas gramaticales, y a partir de ellas pueden encadenarse para referir cualidades, relaciones o estados de cosas, pero no son herramientas que puedan emplearse indiscriminadamente por los sujetos específicos independientemente de un acuerdo sobre el significado que están refiriendo. El lenguaje es la base sobre la cual erigir el razonamiento, y ante un mismo sistema lingüístico, la posibilidad de que un grupo piense relaciones con la realidad en términos similares aparece tangible. Por el momento abordamos la representación contextual en la lengua en un saber útil sobre las cosas,

¹³⁶ Ricoeur (2006) 17

¹³⁷ Ricoeur (2006) 15

¹³⁸ Gadamer (2002b) 147

¹³⁹ Malmberg (1975) 46

conjuntando la palabra y la cosa en el significado construido hacia una utilidad teleológica¹⁴⁰.

El proceso científico opera de acuerdo con las mismas premisas lingüísticas: se ajusta a través del tecnicismo la denominación correspondiente a un fenómeno cuya percepción emerge en el nivel coloquial; pero enunciado según una estructura de verdad¹⁴¹ (lógica y gramática), sujeta a validación sobre su verdad/falsedad al nivel del orden discursivo donde es enunciado, con las demandas espectrales y las huellas de una concepción específica sobre la realidad, a partir de lo cual se da circulación a su validez como referente de la realidad, aunque no satisfaga la legibilidad cotidiana en el sentido de responder a las configuraciones lingüísticas de la mayor parte de la población.

5. Apuntamos arriba hacia la existencia de un vínculo estrecho entre el lenguaje como fenómeno general y el razonamiento como proceso específico de ordenación lógica al interior de un sistema gramatical, pero no tipificamos las características de este vínculo: primero, el razonar queda regido funcionalmente por lo que es posible decir, quedando bajo el régimen de un fenómeno social que requiere necesariamente la presencia de al menos otro individuo como interlocutor en condición de posibilitar un acuerdo dialógico, sea esto al nivel de charla o bajo condiciones de adecuación discursiva a un orden. Aun así, el razonamiento es unilateral desde el comunicante¹⁴², pues forma parte del régimen ilocucionario, donde lo que relevante es un querer-decir verdadero acerca de la realidad, y como tal es accesible en su totalidad sólo a quien habla. Esto abre el espacio al análisis de lo que no se dice y las condiciones para eludir elementos específicos.

El lenguaje permite llevar a cabo un ordenamiento de los seres y de los fenómenos al designar tanto semejanzas como diferencias¹⁴³ entre objetos. Al denominar las cosas (o sus características) también se ejecuta la organización del espacio y de las relaciones entre los objetos que lo ocupan de manera que sea posible realizar operaciones con ellos mediante lenguaje, sea jerarquizar, ordenar, trazar parentescos, delimitar campos de diferencias, agrupar, segmentar, etc. Al tiempo que se efectúa este movimiento de hacer aparecer sobre las cosas las cualidades relevantes para su ordenamiento, ocurre otro en sentido inverso: la configuración de un sitio impensable en el mismo lenguaje, de lo heteróclito, donde ha diferenciación total entre las cosas, sin categorías que permitieran denominar un lugar común, pero que abarcan la posibilidad de incluir a todas las cosas. Evidentemente un espacio de este tipo es completamente inoperable, no pueden agruparse las cosas si se evalúan las diferencias en su máximo grado de sutileza, y difícilmente puede decirse algo acerca de la realidad si se plantea la necesidad de contar exhaustivamente las pequeñas variaciones entre las cosas. Lo que planteamos aquí no es encontrar el espacio heteróclito donde se derrumban todos los lenguajes, sino apuntar hacia la existencia de un campo no-pensable inmanente a la organización del lenguaje

¹⁴⁰ Gadamer (2002a) 495

¹⁴¹ Gadamer (2002b) 186-190

¹⁴² Gadamer (2002b) 151

¹⁴³ Foucault (2014) 3

mismo, donde se organizan regímenes proposicionales obliterados por las demandas espectrales de los órdenes discursivos hegemónicos.

Como parte del papel que detenta el lenguaje en el modo occidental para producir saberes, queda el sometimiento ante el concepto de *naturaleza*, que en función de cualidad operatoria de algo indica un modo de relacionarse con la cosa, pero negando el eje de arbitrariedad en el sujeto¹⁴⁴. Esto refiere a que *lo natural* es un dato inalterable, objeto de objetividad que entonces articula la relación entre sujeto y objeto dada la supuesta inmutabilidad natural de la cosa. Las tradiciones y costumbres forjan los modos de comprender la realidad según la persistencia de determinados encadenamientos de conceptos con las actividades que los materializan –mientras el concepto aporta la inteligibilidad necesaria para justificar el estado de cosas– y los insertan dentro del conjunto de cosas naturales, siempre presentes e inalterables; rasgo constante a toda cultura, necesario para el funcionamiento interno –pues no todo saber con un trayecto de consistencia histórica es inmediatamente *ideológico*–. El problema aparece cuando una situación contingente es denominada como natural, no por un malentendido sino por una institucionalización estratégica que apunta hacia el mantenimiento de una configuración social, en este caso ya hay una distorsión en el lenguaje, una aparición catacrésica del concepto *natural* aplicada a elementos no-naturales en seguimiento a un objetivo. Ante la cuestión de discernir entre las formaciones culturales de saberes acerca de la naturaleza y las formaciones ideológicas que legitiman como naturales los elementos contingentes, seguimos a Ricoeur para plantear las bases para detectar a nivel enunciativo del sustrato ideológico¹⁴⁵: 1] oposición entre el prejuicio y la pre-comprensión de la realidad: el juicio a priori no es necesariamente un sesgo negativo, sino que puede ser un interés moldeado por formas de comprensión culturalmente arraigadas en la tradición, y no reportar consecuencias peyorativas; 2] distinción entre interpretación cultural, que matiza las diferencias entre interpretaciones asignándoles su propio terreno según las culturas, y la reificación institucional propia de las formas ideológicas, fenómeno independiente que adquiere formas propias según la cultura; 3] Evitar la reducción de la ideología al malentendido, en tanto que el segundo es accidental, pero las distorsiones de la ideología son sistemáticas (violentamente, incluso), y 4] Considerar que el interés¹⁴⁶ guía el conocimiento según su aprovechamiento o unidad técnica en función de las determinantes contextuales.

El habla tiene un papel relevante en la construcción de discursos ideológicos, pero no cualquier discurso acerca de la realidad que potencialmente pueda involucrarse en un antagonismo por la veracidad de las proposiciones es inmediatamente ideología. El nivel *en-sí* funciona para detectar la manera en que se agrupan elementos significantes dentro del marco lingüístico-interpretativo de un grupo para dar cuenta de la realidad, sea por acumulación sucesiva de símbolos tenidos por naturales, por indiferenciación entre los niveles de argumentación y descripción a partir de premisas apodícticas, por interpelación de entidades espectrales o por reproducción de estrategias de lucha de clases en forma

¹⁴⁴ Gadamer (2002a) 72

¹⁴⁵ Ricoeur (2004) 324

¹⁴⁶ Ricoeur (2004) 326

discursiva; la legitimación en formato discursivo es sólo una parte de la estrategia ideologizante. De allí que sea pertinente considerar el valor táctico que tiene (o puede tener) la defensa de un orden simbólico para leer la realidad, pues en la medida en que haya oposición con otros órdenes y que la perspectiva defendida sea contingente –y esto se garantiza por la emergencia de entidades discursivas antagónicas–, puede inferirse que hay una formación ideológica, con lo que es pertinente proceder a la detección de los aparatos y dispositivos donde ocurren los enfrentamientos entre las posturas enfrentadas, así como la articulación entre el discurso y el uso estratégico de las posiciones conquistadas para producir una lectura efectiva (distorsión) de la realidad, lectura que marca la estabilidad de las conquistas y que nunca está completamente asegurada. Por lo tanto, el concepto de *naturaleza* no necesariamente es un indicador de una posición ideológica, sin embargo es importante mantenerlo bajo análisis a partir de las premisas que oculta y de las actividades o usos técnicos que legitima, pues una vez que la argumentación legitimante alcanza el estatuto de *natural* para referir al orden simbólico que defiende, la posición ideológica tiene un cimiento firme, lo que dificulta desarticularla.

Una proposición que hacemos evidente llegado este punto es que la relación entre palabras y cosas es siempre arbitraria, indicada por una proximidad funcional (aparecer juntos de la palabra y la cosa) contingente en la cual no hay necesidad ontológica alguna a la que responda la asociación. Las palabras dichas y las cosas referidas están vinculadas de forma retórica, en el movimiento de *derivación* que privilegia a la figura de *catacresis* en la cual aunque la denominación aportada para una cosa sea originalmente metafórica, en ningún momento aparece una forma “literal” de mencionarla, por lo que permanece la metáfora. La denominación conformada por palabra + cosa es de inicio una definición que abarca la función nominal y la enunciación de algún rasgo distintivo. Los rasgos característicos son compartidos en mayor o menor medida entre varias cosas, con lo que emerge la posibilidad de campos semánticos en donde se presenten elementos *iguales* por su proximidad y que al mismo tiempo son heterogéneos respecto de otras cosas. El conjunto de rasgos semánticos que están en constante remisión mutua forma una red conceptual en donde operan los conceptos. La parte de todos los términos que los hace equivalentes es aquello que tienen en común y que funciona como hilo conductor a través de las interconexiones en la red semántica, pero también se conserva un resto de particularidad inasimilable en cada concepto –pues de lo contrario no habría utilidad en emplear distintas locuciones: el residuo es lo que posibilita el intercambio de posiciones entre conceptos, el vincularlos entre sí a través de una referencia común–. En vista de ello, el *nombre* no opera en aislado, sino que se relaciona con un conjunto de cosas, por lo que el acto de denominar no es nunca solamente locutivo, pues hay una dimensión performativa de valoración moral inmanente que acarrea un conjunto de conceptos semánticamente relacionados.

Siguiendo con que el terreno sobre el cual consideramos los enfrentamientos ideológicos y sus articulaciones es el lenguaje, conviene recuperar las características que adquiere éste en tanto objeto de estudio desde el siglo XIX y hasta nuestros días: 1] Formalización, porque la lengua es una “mediación necesaria para todo conocimiento

científico que quiere manifestarse como discurso¹⁴⁷, por lo que para mantener el estatus precisa de realizar dos movimientos a) Neutralizar y pulir el lenguaje científico, purificar los accidentes –características no fundamentales– e impropiedades, persiguiendo el objetivo de reflejar el conocimiento con el mayor grado de precisión posible, y b) Hallar una lógica ordenadora independiente de la(s) gramática(s) y de la(s) sintaxis idiomáticas, volviendo posible que una misma proposición acerca del conocimiento sea universal sin importar la lengua en que se enuncie –que el predicado se mantenga universal independientemente de la lengua del sujeto; 2] Interpretación, ya que el lenguaje es el lugar donde se acumulan las rutinas de tradiciones, costumbres, espíritus y memorias de los pueblos, mismas que a partir de las disposiciones gramaticales determinan lo que puede enunciarse en la lengua. El trayecto se realiza desde el conocimiento hacia las palabras que lo hacen posible, en el contexto del sitio en que emerge y las operaciones que permiten su producción; 3] Espacio Literario, cuya relevancia no consistente en su surgimiento (ya había textos literarios desde la antigüedad), sino en considerarlo una forma lingüística referida sólo al acto de escribir, donde aparece un modo de ser exclusivo del lenguaje –sin sonido, ni sujeto hablante, ni determinado por la finitud temporal de la pronunciación–.

Preguntar sobre la relevancia de la escritura es una cuestión que puede aparecer destacada sobre el fondo de una *episteme* donde esta escisión tripartita está ya realizada. En la literatura –ya no sólo en las formas mitológicas o novelescas, sino en la acumulación de un cuerpo textual escrito acerca de un tópico, o en relación con una categoría del saber, una ciencia-, al escribir el saber, puede manifestarse un conocimiento; escribir no es condición suficiente para validar el estatuto científico que detenta una forma de saber, pero sí es necesaria, y por ello llama la atención que existan aproximaciones con pretensión científica en psicología (Figura 3) que desarrollaron su propia notación, donde convergen las tres cualidades modernas del lenguaje.

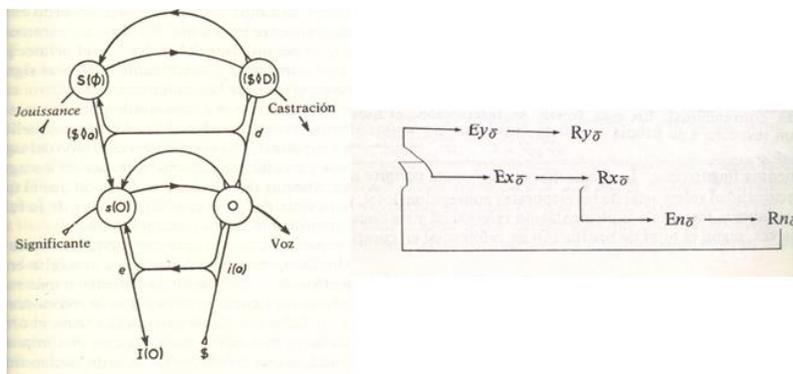


Figura 3. Esquemas de nomenclaturas en psicología. A la izquierda el *Grafo del deseo* empleado en el psicoanálisis de corte lacaniano, a la derecha el paradigma de la *Función sustitutiva no referencial* empleada en la orientación de la psicología interconductual.

¹⁴⁷ Foucault (2014b) 311

Y es que sobre el suelo de la escritura se anudan estas cualidades: escribiendo puede cristalizarse una serie prácticamente indefinida de conocimientos acerca de un tema, puede registrarse el cambio en las palabras, en los modelos y paradigmas independientemente del paso del tiempo, puede consultarse en múltiples presentes sin que el contexto epistémico modifique los enunciados; con la escritura apodíctica se abre la posibilidad a formular un sistema formal de lógica que dictamine las relaciones entre conceptos al interior de un corpus teórico –e incluso con relación a otras entidades teóricas–, incluso los conceptos mismos son susceptibles de simbolización genuina en el campo de lo escrito, pues la denominación precisa puede aparearse con una grafía (que puede o no ser lingüística) que la representa puntualmente para quien está habilitado en la lectura-desciframiento del cuerpo textual en cuestión; justo por este último aspecto, la interpretación entra en juego: la manera adecuada de entender lo escrito por el autor, además de contar con las habilidades para identificar a qué hacen referencia los operadores escriturales no-lingüísticos. En las secciones siguientes se analizan las funciones de la lectura y escritura en el mundo occidental, así como su relación con la constitución del sujeto psicológico.

Los dos modelos seleccionados en la Figura 3 son reflejo de que las concepciones modernas acerca del lenguaje y la ciencia siguen resonando actualmente, son rastros de la *huella* ideológica cuyo movimiento iniciado en el siglo XIX mantiene una influencia capital en el modo de pensar las cualidades de una ciencia. Ambos modelos emergieron en el siglo XX, en campos opuestos de la trama que contiene los discursos *psi*, sin embargo -y tratamos el paralelismo en el nivel lingüístico de *inercia ideológica*, sin abundar en el grado de formalización ni en la parsimonia lógica- conjuntan la preocupación por la escritura propia de nuestra época: incluyen signos y relaciones entre ellos que son decodificables al interior de la teoría, para lo cual se requiere estar familiarizado con el cuerpo textual, pues los signos no aparecen en textos que no estén relacionados directamente con los campos de emergencia de cada esquema y los diagramas son ininteligibles en ausencia de dominio sobre la lógica ordenadora inmanente a cada uno de los discursos; el elemento de formalización está en estrecha vinculación con la posibilidad interpretativa que –más allá del poder explicativo– implica la adscripción en el grupo, el manejo del lenguaje propio de la comunidad teórico-académica, la militancia con cierto régimen de ideas (con la correlativa desaprobación de otras), la historia de las transformaciones experimentadas por el cuerpo conceptual explicativo, y el uso coherente de signos para dar cuenta de determinado rango de fenómenos en la realidad. Ambas características previas son posibles sobre la base de la escritura como medio de archivación: sin la posibilidad de inscribir tanto los caracteres como las relaciones que manejan entre sí y con la realidad, el nivel de formalización con pretensión científica y el de interpretación quedan fuera de lugar. Imperativo de escribir para detentar una postura válida en el antagonismo por el dominio del estatuto científico al interior mismo del cuerpo discursivo. Con esto, la escritura no puede mantenerse al margen del desarrollo en la producción de saberes, motivo por el que la analizamos enseguida.

2.2 La Verdad inscrita en escritura

1. Al colocar el lenguaje en el punto de intersección donde los humanos entran en relación con el mundo puede leerse siguiendo a Derrida¹⁴⁸ una *inflación del lenguaje*: exageración donde todo problema precisa ser planteado en términos de lenguaje para adquirir la cualidad de racional y entonces *merecer* ser tratado. Rastro de la metafísica occidental en donde el lenguaje es el medio en el cual puede traerse a la presencia cualquier situación, hacerse presente cualquier rasgo, pasando a ser tratado como real, pero sólo en la medida en que pueda demostrarse su existencia en el ser-decible, el logocentrismo y la ontología de la presencia son una misma cosa, articulados por el verbo *ser*. El eje de inflación del lenguaje, la característica a partir de la cual puede formalizarse una cuestión como perteneciente a un dominio de saber susceptible de tratamiento científico es, desde la óptica logocéntrica, la escritura como meta-representación y meta-significante de las cosas significadas, como factor que *naturaliza* los sentidos asignados a las relaciones percibidas entre objetos al inscribirlos en textos, haciéndolos perdurables. La escritura es así meta-representación en tanto representa gráficamente las palabras, que a su vez representan a las cosas; y es meta-significante porque la ordenación específica de grafías que constituyen una palabra escrita, toma el lugar de ésta dentro de las operaciones lingüísticas¹⁴⁹ sobre la superficie de inscripción. Por lo tanto, al hablar y posteriormente escribir, la representación interna a la palabra o escritura en calidad de abstracción sustituye al objeto concreto en las operaciones cognitivas, y al operar con representaciones abstractas se opera también con relaciones abstractas –sustitución completa donde el juego lingüístico toma el lugar de la operación concreta, economía del lenguaje. A partir de la hipótesis planteada arriba, consideramos la escritura no como un proceso derivado del habla, sino como uno simultáneo, donde “escritura” no solamente considera a la inscripción pictográfica sino también a todo aquello que constituye el contexto del acto de escribir, así como a la delimitación simultánea de los factores que impiden la inscripción de determinados saberes, pues en el mismo gesto de determinar un “adentro” en el concepto de escritura, se demarca simultáneamente lo que queda “afuera”, en una distinción que además de topológica, es también relativa al marco de valoración para aquello que amerita ser escrito.

Así pues, la escritura hace ostensibles varios aspectos de la lengua oral (que difieren entre sistemas de escritura). Es a través de escribir que puede emerger la virtualidad de los sistemas sincrónicos en las lenguas, y si ambas dimensiones existen (aunque sea en potencia) al mismo tiempo, resulta absurdo plantear una continuidad en vez de una concomitancia entre los fenómenos habla-escritura. Pese a las diferencias entre sistemas lingüísticos (o idiomáticos), la escritura desempeña una serie de funciones generales¹⁵⁰: 1] sienta la noción de “lo mismo” como base para la relación significado-significante, e incluso entre signos de distintos sistemas. Así lo que se inscribe *blanco* en español

¹⁴⁸ Derrida (2012a) 14

¹⁴⁹ Derrida (2012a) 18

¹⁵⁰ Olson (1997) 286

coincide tanto con su propio referente (en la categoría de adjetivo, p.e. en “el lienzo es *blanco*”) como con el referente de *white* en inglés, y ambos conjuntos de grafías son “lo mismo” al nivel de operaciones lingüísticas, comprobación validable al hacer emerger los sistemas virtuales en ambos idiomas mediante el recurso a la escritura; 2] posibilita que las oraciones sean susceptibles de un orden proposicional para cuanto menos afirmar o negar la presencia/existencia de algo según los polos veracidad-falsedad, esto es, la lógica de la veridicción queda apoyada sobre el soporte material brindado por la escritura; 3] permite elucidar subestructuras ordenables en gramemas, es decir, hace posible agrupar las palabras escritas en categorías de uso y entonces dotar a los hablantes de una “conciencia lingüística”, a partir de donde es posible diferenciar entre el orden prescriptivo (el *significado* formal de tipo enciclopédico) y el pragmático (las variaciones – o desviaciones– permitidas por la polisemia, contextualmente tamizadas).

Las categorías del sistema escrito se relacionan recíprocamente con los elementos orales, y ninguno de los sistemas “está completo del todo”¹⁵¹ dado que el habla como fenómeno es inaprehensible pese a los esfuerzos por codificarlo en escritura, dejando restos irrecuperables de la palabra. Separación entre el acontecimiento y el sentido que ocurren simultáneos en el habla: desaparición de la evanescencia del discurso, permanencia inscrita del sentido¹⁵². La integridad de la transcripción varía según los niveles del acto de habla: el sentido locutivo es la oración tal cual es pronunciada, entonces es inscribible por completo; el sentido ilocutivo puede apoyarse en signos gramaticales como comillas, signos de interrogación o admiración para marcar las pautas de entonación que modulan el mensaje, por lo tanto puede inscribirse con cierta precisión aunque no por completo; finalmente el acto perlocutivo en el habla está apoyado en la prosodia y proxemia, así que requiere más indicaciones para inscribirse, como anotaciones entre paréntesis o notaciones específicas que refieran a cambios en la entonación (mayúsculas por ejemplo), siendo el más complicado de preservar en la escritura.

Una anotación sobre la existencia simultánea de los sistemas de habla y escritura: como “lo que fija la escritura es, pues, un discurso que se habría podido decir, es cierto, pero que precisamente se escribe porque no se lo dice”¹⁵³, entramos en la cuestión sobre la primacía de algún fenómeno (habla o escritura) sobre el otro. Si bien aceptamos que primero se habla, el registro *duro* es el escrito, que perdura como *natural*, y por tanto aquello susceptible de *ideologizarse* es lo escrito que ensombrece al habla. La escritura y lo escrito son una base más sólida que lo hablado sobre la cual puede proceder el conocimiento. Retomando la presencia diacrónica de un sistema que se configura a través de la historia junto con una presencia sincrónica de palabras en un mismo sistema de habla, donde el primero es virtual y el segundo empírico, apuntamos que *la langue* en su abstracción puede aparecer materializada a través de la escritura, en la modalidad enciclopédica del diccionario, donde se compilan las variaciones ocurridas en el habla que modifican el sistema general; mientras que el componente de *la parole* es el

¹⁵¹ Olson (1997) 288

¹⁵² Ricoeur (2006) 40

¹⁵³ Ricoeur (2004) 128

acontecimiento evanescente y actualizante del sistema, regido por las determinantes gramáticas en el orden sincrónico. Ambas suceden al mismo tiempo, ambas precisan de atención al investigar, operan de manera concomitante, pero los actos de habla siguen quedando supeditados a la forma gramatical y sintáctica prescrita por el sistema de *la langue*, siendo que cada articulación verbal responde a la *inyunción* de un eje lingüístico no presente, que ocupa –sin habitarlo– el espacio del diálogo, de la pronunciación, de la comunicación. El sistema escritural diacrónico es un *espectro* ante el cual dar cuenta cada vez que se pronuncia algo. El idioma, con el orden simbólico que acarrea en las relaciones entre conceptos, responde a una organización espectral del espacio perceptual, donde las operaciones entre elementos son regidas bajo el imperio de los modos culturales de pre-comprensión de la realidad. Vuelta de la cuestión sobre diferenciar las modalidades tradicionales de operación lingüística y las distorsiones ideológicas que ocupan la posición central de la fantasía desde donde administran las desviaciones permitidas en el orden simbólico. Hay formas de habla que actualizan el sistema, y este sistema escrito otorga el sustrato material para la permanencia de esas formas.

Luego entonces, la escritura involucra por necesidad un par de actividades: escribir y leer. Si el sistema gramatical marca las directrices respecto a la forma de hablar, es necesario que sea decodificado por un lector, el sustrato material sería inútil de no contar con sujetos competentes para devolver la vigencia a las letras inmóviles sobre el papel. Siendo así, revisar la historia de la lectura adquiere un rol necesario cuando el problema del lenguaje escrito es tratado.

2. La lectura en el mundo occidental atravesó por varias fases para consolidarse como un fenómeno único. El punto con que abrimos la problemática es la asociación escritura-muerte en 2 Corintios 3:6, donde aparece el “nuevo pacto” no con lo escrito sino con la voz, ya que “la letra mata, más el espíritu vivifica”, formulación correspondiente a la enunciación a partir de donde la metafísica occidental repite por distintos medios la distinción entre cuerpos y almas; otro momento relevante es el pasaje en la República, donde Platón no acepta a los poetas, principales representantes de la cultura hablada, sino que otorga primacía a los textos escritos; e incluso la existencia de la imprenta en tanto máquina productora de libros, que afrontó críticas acerca de tratarse de una modalidad “muerta” para interactuar con el saber¹⁵⁴. Tres momentos que marcan la compleja relación entre una actitud hacia la escritura, y los usos del lenguaje.

El contexto de antecedente para la discusión acerca de la escritura son las desavenencias entre judíos y cristianos existentes desde alrededor del año 430, consistentes en el problema de si la redacción diferencial en el texto modificaba el espíritu del mismo, esto es en la diferencia entre el sentido literal y el metafórico. Los primeros defendieron una redacción fiel a la letra, manteniendo la forma de la escritura original, pero con un cierto gradiente de libertad para hacer exégesis del texto, mientras que para los antagonistas la forma del texto podía variar según la interpretación, sin embargo

¹⁵⁴ Ong (1993) 83

existían maneras correctas e incorrectas para interpretar. San Agustín¹⁵⁵ trató de resolverlo al plantear que el sentido espiritual está basado es el literal, cediendo por tanto la relevancia a la lectura literal. Sin embargo tal argumentó no resolvió la cuestión sobre cómo alcanzar el sentido espiritual. El primer momento de debate y re-escrituración formal sucedió en el siglo XII¹⁵⁶: consiste en que los monjes practicantes del cristianismo clásico durante la alta edad media mostraron una oposición práctica a la lectura y la transcripción de las escrituras respecto del modo judío.

El método para demostrar tal punto de oposición consistió, de acuerdo con el rastreo que expone Olson¹⁵⁷, en plantear una relación analógica según la cual el par palabra-significado indicaba un equivalente con el cuerpo-alma, a partir de donde la lectura o la escucha del texto podía develar un sentido no escrito pero inmanente al mismo, y por tanto más relevante al corresponderle la posición del alma. Para responder a la pregunta sobre cómo hacer para detectar el sentido espiritual de las escrituras, en 1141 Hugo de San Víctor plantea una opción que, motivando la preferencia de los autores evangelistas en vez de las ideas propias, insta a identificar la intención del autor de acuerdo con la investigación alrededor del texto, de la historia y el lugar geográfico donde fue redactado. En 1175 Andrés de San Víctor continúa con la tentativa de comprender el significado histórico, pero haciendo interpretación estrictamente literal y enfatizando la estructura formal, las palabras empleadas en el texto. Hacia finales de siglo en 1190, Maiménides aporta consideraciones al entender la forma del texto como producida por la intención del autor, por lo tanto desplaza el eje relevante de análisis hacia la comprensión de la intención del autor al dirigirse hacia una audiencia. Los aportes ocurridos en el siglo XIII son redactados por Santo Tomás de Aquino en 1267, quien traza la diferencia entre los humanos y dios para exponer el modo de interpretar según las intenciones propias de cada uno, correspondiendo a los humanos la intención literal decodificada en las palabras exactas que utilizan, y para la deidad la intención espiritual, cuya decodificación sucede a través del significado.

En el siglo XVI, la discusión hermenéutica guiada por Lutero gira en el sentido de encontrar el sentido verdadero de las escrituras derivado de una lectura profunda del texto, entendida como un desglose de los enunciados. Además propuso una lectura abierta para todo individuo independientemente del dogma eclesiástico como garante de validez. También argumentó sobre conocer el sentido de las palabras para realizar una interpretación verdadera que desentrañara el sentido del texto. Si bien la máxima fue que todo lo que es necesario leer está allí escrito, que el texto habla por sí mismo, no todos eran sujetos de lenguaje capaces de aproximarse a la biblia para realizar la lectura en profundidad que demanda hallar el sentido, por lo que la alfabetización adquiere una relevancia tangente a este fenómeno.

El punto de cierre está situado en el siglo XVII y subsiste en el periodo actual, siendo aquél donde la lectura se realiza de modo literal sobre las líneas redactadas, enfatizando

¹⁵⁵Citado en Olson (1997) 171

¹⁵⁶Olson (1997) 170

¹⁵⁷ Olson (1997) 172-201

en la precisión léxica y gramática, con la palabra sustituyendo a la cosa de modo en que el vínculo es arbitrario, pero reproducido porque es el modo aprendido de Dios -Adán inició con las denominaciones, emparejando según su juicio palabras y cosas-. Así, desde este siglo, se toma en cuenta que las palabras pueden prestarse a error, pero el conocimiento puede provenir de otras fuentes como la observación o la intuición (de dios, del Espíritu). Por lo que, para considerar la lectura de la naturaleza correcta, se vuelve preciso que lo enunciado sea perceptible para los sentidos, ya que de esta manera puede registrarse de manera unívoca. Incluso, Locke plantea que las palabras son relevantes en la medida en que dan cuenta de diferencias sensibles, por lo que resultan enunciadores de verdad; y que leídos adecuadamente, el libro de la biblia y el de la naturaleza serían compatibles. Entonces, para otorgar validez a lo reportado, a partir del siglo XVII, esto debe ser susceptible de comparación empírica, o de “comparecer ante el tribunal de los sentidos”

3. La secuencia de la escritura cristaliza los modos de habla en el tiempo en que sucede y también permite realizar análisis a partir de ellos, sea siguiendo una teoría sobre el habla o de análisis funcional de los conceptos¹⁵⁸. Si la grafía es la condición de estatismo en el desarrollo dinámico del conocimiento y de la vida al preservar la denominación que porta el significado, también es el suelo epistémico sobre el cual un saber puede preservarse. El paso a la escritura refiere declaraciones internas del individuo y permite separar al mundo en las dimensiones polares adentro-afuera o su correspondiente propio-ajeno, siguiendo con la escisión fundamental de la metafísica occidental, mientras subordina la escritura al habla como fenómeno primigenio. Los límites entre lo interno/externo estructuran topológicamente la posición del sujeto y hacen de él un lugar de archivo donde acumular conceptos derivados de algún esquema referencial. A partir de aquí surgen dos direcciones de análisis: 1] lo concerniente a la diversidad de sentidos al momento de interpretar y 2] la instancia de archivo en relación con la escritura.

1] Para los análisis del sentido en la dicotomía literal-metafórico, puesto que ambos polos son alternativas de enunciación, requieren de un oyente (o lector) competente. Esta partición en el empleo de las palabras según el sentido es una posibilidad derivada de los sistemas escriturales preservados en occidente, y tales sistemas permiten pensar en la interpretación de textos de acuerdo con una teoría¹⁵⁹, a partir de una determinada conciencia lingüística. Justo a partir de esta acepción es que puede aparecer el problema de la lectura correcta, principalmente acerca de las Escrituras Sagradas a través de buscar la mejor decodificación para la intención del autor. Y esta preocupación también permitió la aparición del lector especializado, quien fue posicionándose como autoridad hermenéutica. Contar con el concepto de interpretación es el soporte para la posibilidad de percibir algo así como un proceso hermenéutico, abriendo el campo a la enunciación teórica de normas para leer y hablar de la realidad. La existencia de una teoría guía la interpretación, pues la teoría es necesariamente previa a cualquier acto de conocimiento

¹⁵⁸ Olson (1997) 289

¹⁵⁹ Olson (1997) 294-295

sistemático. Respecto a la hermenéutica por ejemplo, antes del siglo XVII las directrices bajo las cuales ocurría seguían lo conceptualmente *natural* según el marco religioso, que ocupó la posición dominante para dictar la verdad acerca de las interpretaciones de los textos.

Sin embargo, como el texto siempre es una representación incompleta y el acto de significación ocurre dentro de las posibilidades del idioma, pretender extraer el sentido lato de lo expresado por el autor es cuanto menos imposible. Pese a ello, puede plantearse un gradiente de precisión sobre la interpretación según el aprendizaje lingüístico que brinda la misma lectura: al leer uno aprende un modelo de correspondencia entre lo dicho y lo escrito, al tiempo que vincula lo experimentado auditivamente con un orden de saber que capacita al individuo como sujeto de lenguaje. Un sujeto suficientemente hábil como para hablar un idioma puede entonces entrar en contacto con la distinción entre varios niveles de la interpretación textual, donde la “significación” abarca¹⁶⁰: 1] locución de la oración en tanto unidad: acto proposicional susceptible de ser validado en la escala polar de verdad-falsedad, 2] fuerza ilocucionaria: lo que se quiere decir, la intención comunicativa del autor (“esto es importante porque es verdadero”) y 3] acción perlocutiva: el efecto que se quiere causar en el lector o interlocutor (convencer, asustar, intimidar, etc.). Para interpretar enunciados del tipo “yo sé x” el sujeto del lenguaje ha de colocarlos en correspondencia con sus símiles “yo digo x” o bien “yo afirmo x”. Ahora, el estar habilitado en la comprensión de un idioma no necesariamente corresponde con estar habilitado en detectar los órdenes de discurso bajo cuya tutela se escribe, por lo tanto el paso de leer “yo digo x” a “sé que x es verdadero” permanece en el nivel de significación, sin atravesar la argumentación implícita (presupuestos o sobrentendidos; construcciones mitológicas) de proposiciones asumidas como verdaderas sin someterlas a validación. Por otro lado, la detección de órdenes discursivos también requiere tomar en cuenta la instancia que interpela al lector a través del autor, requiriendo acuerdo completo al posicionarlo como destinatario de una determinada comunidad para la que significantes específicos ocupan lugares predominantes por sobre el resto de las palabras. Detectar la *ilocución* en un texto puede implicar comprender la intención, pero no se detiene en ello, pues interpretar abarca también considerar las motivaciones y los antagonismos de que forma parte el texto en tanto estrategia de lucha.

Atendiendo a la argumentación de Gadamer¹⁶¹, lo escrito por el autor maneja secuencias de ideas plasmadas de modo tal que conduzcan al lector a las mismas conclusiones derivadas de las mismas premisas, se trata de inducir “el mismo pensamiento”. La escritura preserva el discurso, y posibilita una toma de distancia desde múltiples presentes. Los escritos se mantienen inalterados, ya que pese a la crítica o al análisis del texto, este sigue diciendo lo mismo, no se modifica, las grafías inscritas permanecen inmutables. Ante una situación donde el acuerdo es estrictamente unilateral

¹⁶⁰ Ricoeur (2004) 100

¹⁶¹ Gadamer (2002b) 473

desde el lector hacia el texto, la forma del autor aparece como irrefutable¹⁶². Sin embargo, evitemos perder de vista que hay tres instancias (autor, texto y lector), donde el segundo puede –en tanto escrito– sustraerse al horizonte del autor, “hacerlo estallar”¹⁶³; es decir, el texto es algo más que lo escrito, posee un “en sí y más que sí mismo” perceptible por el lector. La tarea hermenéutica tiene por tanto que ver con la manera en que lo escrito queda situado con relación a los múltiples tempos presentes en que puede ser leído, por lo que las conclusiones derivadas difícilmente quedarán localizadas en el mismo punto del entramado semiótico disponible en el idioma, de allí la relevancia por la competencia del lector que se aproxima al tema para detectar ambos componentes dentro del discurso escrito, pues si bien es cierto que el lector se aproxima al texto desde un marco referencial, también es innegable que la ilocución del autor aparece inamovible, y que las interpretaciones posibles quedan dentro de los márgenes idiomáticos donde se forma el régimen proposicional que da coherencia al escrito. Aquí tomamos en cuenta la dialéctica entre distancia y apropiación al interpretar¹⁶⁴, considerando la distancia en tanto brecha espacio-temporal entre la obra y el público, donde aparecen los múltiples presentes desde donde puede ser leída. La apropiación del texto es una incorporación de lo extraño (el texto) para hacer algo en/con la realidad a partir de las posibilidades interpretativas, de las inyunciones espectrales vehiculadas por el escrito, de las adscripciones ideológicas del lector y los enfrentamientos entre regímenes proposicionales durante la lectura. Por tanto, la competencia del lector en el universo oracional propio del texto dirige la adecuación ente su interpretación y la ilocución autoral.

2] Archivo. La producción de conceptos o de teorías y la vida individual se relacionan a través del cuerpo biológico (la entidad concreta del individuo), y el cuerpo social (la comunidad lingüística, son sus tradiciones). La acepción de teoría es relevante, pues en el mundo griego se refería a un orden en el mundo que implicaba la acción ordenadora de las cosas, mientras que actualmente hace referencia a un postulado que no está vinculado directamente con la acción¹⁶⁵, sin embargo, la persistencia en el uso de la palabra es fundamental: teoría indica la acción de *ver*, es aquello que habilita a un sujeto para ver algo en la realidad, por lo que no podemos rechazar la relevancia de actuar a partir de una teoría ni negar la primacía que tiene en la actividad científica.

Ahora bien, toda investigación ocurre en un contexto personal con vínculos afectivos dinámicos entre las personas, los objetos de conocimiento y los discursos¹⁶⁶. A través de la noción de *yo-piel*, D. Anzieu plantea una serie de funciones que tiene la piel en el desarrollo emocional y lo que podríamos llamar “psicológico” del individuo, de las cuales enfatizamos la relacionada con servir al apego tanto libidinal como conceptual a través de interacciones afectivas, cognitivas y actitudinales¹⁶⁷. El yo como instancia se constituye con base en las interacciones léxicas con el medio cultural, al interior de un marco

¹⁶² Ong (1993) 81

¹⁶³ Ricoeur (2004) 114

¹⁶⁴ Ricoeur (2006) 56

¹⁶⁵ Gadamer (2002b) 540

¹⁶⁶ Anzieu (2007) 15-33

¹⁶⁷ Anzieu (2007) 120

determinado por los discursos con que se relaciona el individuo, siendo constituido a través de las representaciones verbales (palabra), no de relaciones concretas con las cosas¹⁶⁸. Entonces, un sujeto accede a ser interpelado por instancias espectrales concretas en la medida en que se relaciona, en la práctica, con las actividades que dan cuenta del orden que legitima tal o cual entidad discursiva. En tanto el discurso permite interpretar las experiencias individuales de manera coherente, se mantiene en un lugar privilegiado para entender la realidad, desarrollando vínculos de tipo emotivo con los procedimientos para establecer la realidad, con las premisas del régimen proposicional, con los medios para justificar los estados de cosas. El yo (el sujeto gramatical que nunca es por completo atribuible al hablante particular) se identifica por *hipótesis* con el discurso que articula la realidad, a partir de donde regula el acceso a otras modalidades de enunciación, según cuánto se ajusten a la lectura del discurso inicial.

La escritura permite la creación de un archivo, compuesto por un texto (o un conjunto de textos) que reside en un sitio, una institución y que está a disposición de una autoridad hermenéutica legítima con el fin de reunir parsimoniosamente los saberes relativos a una materia. Cada entidad discursiva dispone de su archivo, que aumenta en contenido según los afiliados –los *yoes* que se identifican emotivamente con el discurso– y la efectividad de las tácticas para mantener la legibilidad de la realidad de acuerdo con las premisas del discurso. Como condición de posibilidad, se requiere separar el adentro del afuera desde el lugar de consignación ideológica, así como disponer de una técnica de reproducción de textos y de una estructura de separación del saber. La tecnologización, –entendida como los instrumentos, materiales, aparatos y medios de almacenamiento– del archivo afecta el modo en que se procesa y almacena información, tanto en sentido concreto como de acuerdo con la memoria que se tiene de los saberes, hechos, posiciones y procesos históricos a nivel colectivo. La estructura del archivo determina el tipo de información que puede almacenarse, por lo que conforme se priva de permanencia a ciertos saberes, se producen y registran desarrollos históricos de otros, que eventualmente devienen en conocimiento válido gremialmente. El archivo mantiene el sustento material de un saber, al tiempo que destruye los otros mediante la escritura exclusiva del primero, que además queda relegado a la lectura de la autoridad¹⁶⁹. La adscripción cultural del sujeto a la cultura en donde realiza la actividad científica que se comentó arriba vuelve al sujeto un archivo en tanto aprende a relacionarse con objetos de conocimiento partiendo de relaciones abstractas específicas, surgidas dentro de un medio lingüístico determinado¹⁷⁰.

Las relaciones entre palabras y cosas se sintetizan en cánones con base en las fuentes escritas sobre lo que debe hacerse (normalidad documental). A partir de aquí, el archivo es también una fuente de saber-dominación para indicar qué formas de comportamiento son anormales, que por lo tanto, requieren aislamiento o trato diferencial¹⁷¹. Tales cánones sobre el saber son archivados diferencialmente, de acuerdo con el tipo de impresión que provocan. Antes de enumerar las formas de archivar, es

¹⁶⁸ Anzieu (2007) 72-74

¹⁶⁹ Derrida (1997) 9-15

¹⁷⁰ Foucault (2014b) 4

¹⁷¹ Derrida (1997) 24

preciso definir lo que entendemos por impresión, que en este caso es el instante de la archivación, constituida en una experiencia que torna la palabra en un referente empírico, en una prótesis de la memoria dentro de la escritura. Los objetivos de la impresión son cristalizar indemnizando el conocimiento, almacenarlo y permitir su reproducción. Estos tres elementos componen al archivo.

El primer paso, la cristalización, consiste en brindar a la idea de un soporte, una marca escritural que funge como sustancia. Al volver perceptible la idea, es susceptible de considerársela objetiva. Las ideas se imprimen, reprimen y suprimen según el vínculo emocional desarrollado con el objeto de que derivan y el nivel psíquico en donde emerge el afecto, siendo entonces que los afectos “conscientes” se imprimen, los “preconscientes” se atenúan (suprimen) y los “inconscientes” se reprimen, consecuentemente las ideas relacionadas¹⁷². El almacenamiento en todos los niveles responde a una instancia intencional cuya función es filtrar el saber imprimible, para posteriormente desarrollarlo. El filtro de saberes opera reprimiendo o suprimiendo (atenuando) el peso de aquéllos que resultan ansiógenos, o que se aproximan a lo inconceptualizable. Analizar la vinculación afectiva con el objeto de estudio permite cuestionar los saberes históricos desde la fuerza y el tipo de vinculación emocional presente al momento de permitir u obstaculizar la circulación de determinados saberes. Es importante anotar que los niveles de archivación corresponden en sentido inverso con los niveles de conceptualización ideológica tratados en la introducción, quedando tres pares:

a) La impresión de saberes convencionalmente aceptados coincide con el nivel de la ideología *en-y-para-sí*, donde los enunciados aparecen en concomitancia con la práctica que justifican o con la actividad que les aporta soporte material, y circulan de manera indiscriminada, cínica incluso, al nivel de la positividad pues la explicación del estado de cosas es tomada como natural o como verdadera, pudiendo operar al nivel explícito de enunciación (“conciencia”) sin provocar incomodidad. El mito aparece cargando las cadenas de valoraciones asociadas con los conceptos, pero sin obviar los *a priori* a partir de los cuales están formuladas las relaciones, pues se presenta a sí mismo como una forma natural de las cosas, y no como un arreglo contingente de factores. Caso ilustrativo de este nivel: Durante la primera semana de abril de 2016, tuvo cierta popularidad la noticia de una alumna de FES Acatlán denunciando experimentarse víctima de *acoso sexual* por parte de un sujeto perteneciente al personal de intendencia, y la denuncia que al mismo tiempo fungió como acto de publicidad fue el video donde evidenció la situación. Lo relevante para el punto que exponemos son los comentarios enunciados por las autoridades policiales de corte “para qué te vistes así”, es el punto donde aparece la ideología impresa en el nivel de la práctica cotidiana, se acepta el incidente de agresión, sin embargo se legitima la ocurrencia situando en la víctima la génesis del problema. Esta es una forma de saber impreso, aquél donde se sabe que ante un cuerpo femenino ataviado con un cierto tipo de indumentaria –que por otro lado, es complicado detectar a partir de

¹⁷² Derrida (1997). 33- 34

los datos disponibles— puede ser (y es esperado que lo sea) captado en una situación de acoso, generada por la indumentaria misma, como si las relaciones entre individuos se explicasen en función de una causalidad unidireccional tan simple. La explicación aquí es marcadamente ideológica, se plantea como obvio un estado contingente de cosas, donde coinciden los niveles *en-y-para-sí* al legitimar discursivamente un acontecimiento violento.

b) El mecanismo de supresión, asociado con el vínculo “preconsciente”, corresponde con el nivel ideológico *para-sí*, donde las operaciones materiales tienen un papel predominante por sobre los enunciados, e incluso puede haber una inadecuación lógica entre la práctica y la explicación, por lo que se recurre a estrategias retóricas o bien a justificaciones *post hoc* para definir la situación. Ejemplo de estrategias ideológicas supresivas es la anécdota que menciona Freire¹⁷³, relativa a ser retenido en República Dominicana cuando viajó a aquél país con objeto de participar en un seminario. Siendo que tanto su popular texto *Pedagogía del Oprimido* como él mismo estaban identificados como referentes de potencial agitación, hubo un conjunto de medidas interesantes tomadas por las figuras policiales: las condiciones para permitir la estancia de Freire en el país fueron que no saliera de la casa donde se impartiría el seminario y que no notificase a nadie (en particular a la prensa) de su presencia en la isla, asimismo, no se le consideraba (por parte del personal de aduanas ni del hotel) como preso, sino como huésped. El ejercicio de supresión se caracteriza por no eliminar ni aceptar por completo los objetos que producen incomodidad, pero diseñar una situación que impida el libre flujo del discurso “peligroso”. En este caso, ni se rechazó completamente la estadía del intelectual en la isla, pero tampoco se permitió que tomase las licencias de un visitante promedio. En el mismo texto aparecen otros varios ejemplos interesantes sobre estrategias ideológicas de supresión, como el “aprehender” oficialmente los ejemplares de libros con contenido potencialmente subversivo. Los casos del empleo de siglas para ocultar información sensible —como la ocultación de la palabra “socialista” en la abreviación de la URSS— en nombres institucionales también cuentan como tácticas supresivas de la ideología *para-sí*.

c) La represión es otro modo de archivar, distinto de aquél que requiere la presencia literal y explícita de referencias a los acontecimientos. El par del nivel represivo es el nivel ideológico *en-sí*. Principalmente se trata de relaciones discursivas entre conceptos y juicios de valor, se juega la aparición o ausencia de cosas para considerarlas dentro del esquema de la realidad, los objetos creados se ensamblan sobre *a priori*s que sientan las bases sobre las cuales erigir posturas. En la archivación mediante represión hay una aparente ausencia de memoria y de referencias directas, pero en contraposición aparecen síntomas, signos, metáforas y metonimias¹⁷⁴ (todos casos de operaciones lingüísticas). El

¹⁷³ Freire (2002) 196

¹⁷⁴ Derrida (1997) 72

caso paradigmático de archivación reprimida brindado por Derrida es el asesinato de Moisés, como evento doloroso del cual no queda un registro explícito, pero hay marcas en la memoria colectiva judía.

Ahora bien, el archivo de memoria, no refiere solamente al proceso de almacenar información ni de recapitular la secuencia de los eventos, sino que se apoya de la prótesis técnica como elemento de exterioridad que permite dejar una marca en la escritura. Tal archivo es posible por dos condiciones¹⁷⁵. La primera es la finitud de las ideas, que marca el límite de su existencia, pues cualquier idea mantiene la vigencia en tanto haya seres humanos que actúen en tanto interpelados por ella, y siendo los humanos seres finitos, las ideas corren una suerte similar, de modo que el archivo precisa de una prótesis sustancial, la escritura en este caso; y la segunda es la constante tarea de reprimir o suprimir los saberes ansiógenos, ante lo cual aparece la necesidad de imprimir un tipo de saber específico que permita ocultar a los anteriores, a través de mantener una percepción de realidad más o menos coherente consigo misma. Los saberes producidos son archivados en la medida en que pasan a ser impresos como la cúspide del ejercicio disciplinar, o sea, de acuerdo con qué tanto se aproximan a los criterios ascéticos de su lugar y tiempo para considerarse “buena” ciencia. La situación que une la impresión con su idea es la huella dejada en el soporte por el autor: es la escritura como reflejo del vínculo afectivo respecto del saber que se archiva.

5. Otra dimensión relevante para considerar el fenómeno escritural tiene lugar en las colonias, pues era preciso para los conquistadores llevar la religión a ellas como medio de uniformar a la población, y la forma de proselitismo religioso durante los siglos XVI-XVII consistió en las misiones, cuya intervención apostólica conjugó distintas modalidades (enseñanza de *rudimenta fidei*, predicación, confesión, actos de devoción, procesiones, pacificación, asistencia, etc.) en las que se recurría a una variedad de registros comunicativos (orales, gestuales, lumínicos, espaciales, etc.) con el fin de “despertar en los fieles sentimientos de compunción que los dispusieran a la confesión y la conversión interior” al tiempo que se les suministraban recursos para asegurar una transformación duradera en la forma de vida. De acuerdo con Palomo¹⁷⁶:

“En todo ello había una clara voluntad de remover los sentimientos y emociones de los sujetos, de incidir sobre sus sentidos, para, de este modo, llegar también a su entendimiento y empujarlos a la acción, empleando *estrategias de naturaleza retórica* que, en función de su pretendida eficacia, buscaban adaptar las formas y lenguajes misioneros a las propias condiciones de recepción de auditorios a los que, en general, se consideraba rústicos” (la cursiva es nuestra)

Aparece en primer plano la dimensión performativa de la práctica misionera y del conjunto de recursos que precisaba poner en juego, donde la argumentación de conversión fue guiada por elementos de retórica, y no de lógica, para conseguir la adscripción exitosa de los nativos a la práctica religiosa occidental. La dimensión escrita estuvo vinculada con la praxis misionera en todo momento tanto en los espacios europeos

¹⁷⁵ Derrida (1997) 27

¹⁷⁶ Palomo (2013) 10

como en las colonias. Los textos tanto manuscritos como impresos fueron fundamentales para construir y difundir la memoria de la misión. Además no dejaron de ser elementos que junto a la oralidad podían llegar a integrar las propias estrategias de los religiosos (mediante la lectura en voz alta o la distribución de pequeños impresos), siendo, incluso, considerados piezas fundamentales con las que prolongar los efectos de la misión, a través de obritas y pliegos de carácter devoto que se repartían entre los fieles. Este dato permite cuestionar la imagen del catolicismo posterior a la contrarreforma como ágrafo en contraposición al carácter racional y alfabetizado introducido por el protestantismo, y hace aparecer una concepción de síntesis pragmática respecto de la relevancia que tuvo la escritura. Si bien el papel de lo escrito pudo pasar debajo del censor de los mismos misioneros al enfocarse en las actividades habladas o en el mismo discurso verbal, la presencia de los escritos se mantiene constante, independientemente del reconocimiento formal que se haga de ella. En este sentido, barruntar el empleo de material escrito como forma de propagar la creencia católica puede entenderse como un fenómeno de distorsión ideológica, en el que se piensa la escritura como medio utilitario pero no se le percibe sino como apoyo al habla, sin considerar la configuración total del campo performativo donde ambas cualidades del discurso ocupan posiciones específicas en la conversión al catolicismo.

Los jesuitas resultaron centrales en tanto a prácticas escriturales se refiere, pues como parte de la idiosincrasia inmanente a la orden hay varios rasgos relativos a la producción literaria. Fue por conducto suyo que se instalaron imprentas en el continente americano, con la finalidad de satisfacer necesidades de la actividad misionera, principalmente en asuntos de propaganda. La redacción de cartas fue otro eje característico de las prácticas jesuitas. Se contaba con un sistema sobre “quiénes debían escribir cartas, cuándo, cómo y a quién”¹⁷⁷ con el fin de establecer redes de comunicación al interior de la orden. Mediante el vínculo epistolar se intercambiaba información acerca de las peculiaridades en otros reinos, los modelos de intervención apostólica y principalmente noticias y sucesos que sirvieran de ejemplo y acicate a los miembros de la Compañía –pues estos sucesos eran relatados a los congéneres-. Otra vez, independientemente del reconocimiento oficial para los medios instrumentales que la escritura volvió posibles, las prácticas escriturales fueron la base para crear una comunidad que compartía intereses ostentados en los materiales impresos. Aunque el énfasis fuera colocado en los ejemplos (o en la significación que éstos podían aportar) o en los métodos de intervención, el hecho de que se leyera y escribiera el mensaje es capital, pues las ideas, las valoraciones, lo percibido fue transmitido por ese medio “muerto” que es la letra inscrita.

Con la relevancia en los medios de llevar a cabo las cosas, también se presenta en modo indisoluble la razón que dirige las actividades. La idiosincrasia de dominación jesuita, cuya presencia en el continente fue presentada como parte de la “misión oficial de «instruir y catequizar al indio»”, articuló una realidad concreta donde el efecto conjuró su causa: la presencia de escuelas fue una “necesidad” emergida de evaluar a los nativos como ignorantes, ante lo cual se explicó el “fenómeno de la no ocupación del espacio

¹⁷⁷ Palomo (2013) 20

privilegiado de la escuela por la inferioridad intrínseca, por la incompetencia de quien no los ocupa”¹⁷⁸, esto es, excluir de antemano a los nativos como incompetentes que precisan de la intervención educativa para ingresar en el circuito de civilización occidental. Al lado del sermón “como medio de adoctrinamiento y de conformación de las conciencias y las conductas, y a su papel –relativamente frecuente– en la creación de opinión (política) y la gestación de una esfera pública aún incipiente”¹⁷⁹ hubo otro aspecto relevante a la cuestión de la escritura, consistente en que

El sermón conocería una extensa circulación impresa, traducida en un sinfín de piezas –sueltas o reunidas en gruesos volúmenes– que, en general, conllevaban una elaboración escrita a posteriori más cuidada. Por otro lado, los públicos de esta producción homilética constituyen un terreno en buena medida a explorar, debiendo distinguir ciertamente los auditorios y circunstancias que rodeaban la recepción de las prédicas cuando éstas se proferían desde los púlpitos, de los contextos, formas de apropiación y lectores que accedían a los sermones en sus distintas expresiones escritas¹⁸⁰

Tanto en el territorio peninsular como en las colonias, la producción escrita de textos religiosos era vasta en contenido, difusión e intención. Algunas órdenes practicaban la publicación de textos como una prolongación a la intervención apostólica, bajo el supuesto de que esto ayudaría a perdurar la buena fe. Otras indicaban que la escritura iba en contra de la humildad a la que debía atenerse todo religioso cristiano. En una tercera postura, quien redactaba hacía uso de recursos retóricos que, mientras respetaba los condicionamientos estilísticos y formales del discurso, atribuía al escritor la cualidad de objeto mediante el cual operaba la voluntad de Dios. Esta táctica fue empleada sobre todo en la escritura femenina, pues era objeto de vigilancia que la sujetaba a la eventual desautorización cuando asumía una proyección pública, entonces tenemos localizado un enfrentamiento entre la validez del discurso femenino y el masculino, donde la posibilidad para que una mujer pudiera acreditarse como autora al mismo nivel de legitimidad que un varón fue sentada sobre un ejercicio *metonímico*: lo escrito es la intención de Dios, así que cualquier autor vale lo mismo para la legibilidad de la fe. Pese a la censura para el discurso femenino, lo que enfatizaremos respecto a la escritura es que resultó una herramienta eficaz para cubrir múltiples tareas, tal como aparece en el extracto de Palomo:

“Las crónicas religiosas y los relatos hagiográficos fueron algunos de los usos que se hicieron de la escritura en los espacios coloniales ibéricos. Distintos grupos religiosos con estrechos vínculos a las elites locales de origen peninsular articularon toda una serie de reivindicaciones y aspiraciones de poder frente a la metrópolis y a sus representantes, mediante el recurso a textos de carácter historiográfico y hagiográfico en los que se adivina el germen de un discurso de claros ribetes criollistas. Muchas de las descripciones incluidas en los relatos de los siglos XVII y XVIII, en las que sus autores trataron de situar el Paraíso en distintos parajes de la

¹⁷⁸ Freire (2002) 216

¹⁷⁹ Palomo (2013) 26

¹⁸⁰ Palomo (2013) 27

América hispana (y de la portuguesa), así como las innumerables «vidas» de religiosos y religiosas que se compusieron localmente, buscando promover la canonización de figuras concretas fueron el reflejo de cómo franciscanos, jesuitas, dominicos, etc., desarrollaron determinadas estrategias escritas mediante las cuales quisieron «santificar los trópicos», contestando y contrarrestando así la visión de una especie de natural corrupción o degeneración que en los ámbitos metropolitanos se atribuiría habitualmente a los espacios coloniales y a quienes allí nacían o crecían”¹⁸¹

Escribir en dos direcciones: para hacer circular información hacia los centros de la comunidad religiosa, y por otro lado, para ganar adeptos dentro de las zonas conquistadas, al tiempo de hacerse entender para ellos del modo más económico posible. Para el segundo sentido, contar con un mismo escrito que pudiera leerse repetidas veces es una estrategia menos engorrosa que poner en juego una multiplicidad de recursos atrayentes cada vez que se realiza un acto de proselitismo:

“La lectura en público y en voz alta de este género de escritos religiosos no dejó de ser igualmente un modo corriente de acceder a los mismos. Las situaciones en que una persona leía un texto de carácter espiritual ante un auditorio congregado para la ocasión no fueron raras en contextos domésticos y familiares, pero encontraron particular incidencia en algunos medios devotos y, sobre todo, en las comunidades religiosas masculinas y femeninas, en las que la rutina cotidiana contaba con momentos dedicados a la lectura en común de cartas, reglas, crónicas y otros textos de edificación. La lectura en voz alta, por otro lado, no dejó de ser también uno de los medios que los iletrados tenían de relacionarse con los escritos religiosos”¹⁸²

El breve recorrido histórico acerca del empleo de la escritura y de los medios de difusión posibilitados a través de ella permite apreciar las bases prácticas de lo que posteriormente se mantendrá implícito en el modo de producir saberes. Es evidente el rol fundamental de los escritos para difundir ideas, sea 1] para convencer a los nativos sobre la *verdad* de la fe cristiana, en donde aparecen los recursos retóricos como herramientas de lucha ideológica en un punto predominante, apoyado por la *fuera perlocucionaria* del orador; o bien 2] para hacer circular información al interior de la comunidad creyente, con la doble función de consolidar el dispositivo que reúne a los miembros, al recorrer los mismos poblados, emplear las mismas tácticas, escribirle a quienes imagina interesados por las mismas cuestiones o consumir los escritos que dan cuenta sobre asuntos relevantes compartidos. Además, el proselitismo religioso está colocado sobre la misma base que la educación: la suposición de que a través del acceso a un conjunto de textos, el individuo pasa a formar parte de una comunidad que es la mejor comunidad posible (la de Dios o la de los hombres libres). El cambio en los espacios y en las palabras empleadas para referirse a los individuos que aprenden es un modo de encubrir la huella de la metafísica occidental en el sistema de educación.

¹⁸¹ Palomo (2013) 32

¹⁸² Palomo (2013) 35

5. En este contexto, la interpretación requiere recuperar el modo en que se escribió el texto según las condiciones históricas, culturales y geográficas¹⁸³. Si la escritura fue metafórica, se interpreta metafóricamente y ocurre lo mismo en el caso de redacción literal. Para la segunda, es preciso fijar al texto en su contexto de enunciación, además de suponer la intención ilocucionaria del emisor (o autor) fijada en el mismo contexto de literalidad. Ello brinda el momento para empezar a tratar la gramática de acuerdo con su función para la lectura, en tanto que la puntuación y las palabras en su condición ortográfica son referentes explícitos para una lectura individual, que guían la interpretación de lo dicho o escrito, pero siguen dejando un resto no-interpretable.

Dentro de la inscripción de ideas, podemos separar esquemáticamente un par de dimensiones: la Escritura representativa del habla, compuesta de grafías y signos (letras), y la escritura de nociones convencionalmente evidentes en una comunidad lingüística, política, cultural y geográfica¹⁸⁴. Esta segunda es la dimensión donde aparecen impresos los sentidos culturales atribuidos a los objetos, en forma natural, como si refirieran a una cualidad ontológica de las cosas más que a un modo específico de concebir la relación entre sujetos y objetos, es decir el orden simbólico de una comunidad.

Un postulado concordante con esto es que según el modo de leer textos es la lectura realizada de la naturaleza. Así, según cómo se leen las Escrituras es el modo en que se produce saber; porque las categorías surgidas en la biblia fueron transpuestas al análisis de la realidad natural, la dicotomía cuerpo alma en el centro de esta extrapolación. Tales grupos categoriales son relevantes en términos epistemológicos según la selección de expresiones, textos y símbolos con valor de conocimiento; así como para el registro de hechos o evidencia disponible para quien “leyera cuidadosamente la naturaleza”¹⁸⁵, es decir, para quien estuviese capacitado como sujeto de un lenguaje que pudiese decodificar los signos implícitos en el mundo natural y extraer a partir de las relaciones entre estos, enunciados con valor de verdad. En esta concepción se traslapan dos formas de concebir el conocimiento verdadero, pues la operación de lectura entre los signos del lenguaje y los signos naturales parte de una correspondencia metafórica, a partir de la cual se pretende hacer una lectura literal de la realidad, es *catacresis* buscar un sentido late derivado de relaciones retóricas. Para tratar de subsanar el conflicto entre ambos sentidos posibles, existe un aparato de filtro para los contenidos, según qué tanto se apeguen a las determinantes lógicas de argumentación, o en qué medida un enunciado pueda dar cuenta de relaciones en la realidad, no a través de metáforas sino a partir de inferencias abstractas.

Para el modo moderno de hacer ciencia lo relevante es apegarse al sentido literal, haciendo varias operaciones para mostrar la precisión de tal sentido: realizar una demostración lógica (emergida en la hermenéutica eclesiástica), otorgar validez a las premisas e inferencias y presentar evidencia en sistemas lingüísticos no verbales

¹⁸³ Olson (1997) 179-182

¹⁸⁴ Derrida (2012a) 49

¹⁸⁵ Olson (1997) 296-297.

(imágenes o matemas)¹⁸⁶. El concepto de verdad aquí aparece ligado con lo demostrable en términos de apego a un sistema lógico de normas, o a un sistema de normas lógicas, que hallan su contexto de posibilidad en una escritura que permita pensar la práctica lingüística a partir de los movimientos posibles al interior del campo delimitado por sus normas, según las relaciones implicadas. Se hace ciencia en tanto se realiza una lectura correcta de la naturaleza, no metafórica sino según una representación lingüística valorada como literal. En resumen, escribir posibilita la emergencia de la palabra con estatuto de verdad, su articulación en un discurso coherente, su prevalencia en una entidad discursiva y su reproducción ulterior en tanto referencia a sí misma en forma de otros escritos.

6. El aprendizaje occidental es construido a través del discurso en un esquema unidireccional de temporalidad donde se enseñan conceptos y relaciones que posteriormente son aprendidos en la medida en que sean ensayados en la escritura, sea desarrollando en múltiples ocasiones una secuencia algorítmica de operaciones, sea plasmando un orden específico de ideas en la prosa¹⁸⁷. El papel central de la escritura en este proceso refiere a que la inscripción fonética ofrece un modo de aprehender la realidad partiendo de una temporalidad lineal en la que sucede primero un sonido que pasa a ser representado por un dibujo durante un conjunto de repeticiones cuyo objetivo es lograr la equivalencia e intercambiabilidad de ambas modalidades en el sistema lingüístico, logrando así que permanezca el gesto hablado en la forma del documento, perdiendo la fugacidad del habla para permanecer presente en el soporte material.

El *logofonocentrismo* como posición sobre el lenguaje, el aprendizaje y la producción de conocimiento fue apuntalado por las aproximaciones positivistas, que adoptaron una forma para hacer la lectura de la realidad eficaz para formular de la estructura del conocimiento en el sentido de una razón lógica, contrapuesta a los estadios teológico y metafísico. El discurso positivista instauró un juego de verdad en donde la forma de educar a través del lenguaje escrito además de la palabra constituyó (y constituye) el eje del conocimiento válido, en la forma de crear evidencias de lo aprendido al escribir.

Más puntualmente sobre el positivismo, refiere una concepción etnocéntrica¹⁸⁸ occidental vinculada a concepciones espirituales propias de la región: tiene que ver con la palabra como determinante de verdad, con la facultad de objetivar las cosas, siendo entonces científica y configurando una lógica del y en el lenguaje. La adscripción a la metafísica de la presencia que puede asimismo traer a existencia los objetos al denominarlos –al tiempo que requiere la asunción apodíctica de que todo lo dicho es de antemano verídico– es el punto de partida para la actual lógica de la educación. Tal lógica determina axiomas de pensamiento y dota de validez a un conjunto de signos escriturales. Conforme el lenguaje se especializa en las ramas de conocimiento, se requiere un grado cada vez mayor de dominio sobre los signos lingüísticos relativos a cada parcela de lenguaje-saber, se precisa de dominar una red de *conceptos*. El

¹⁸⁶ Olson (1997) 307

¹⁸⁷ Derrida (2012a) 26

¹⁸⁸ Derrida (2012a) 7

'concepto' empleado en ciencias, en el marco de la herencia positivista, es válido en la medida en que da cuenta de la experiencia sensible en un nivel abstracto¹⁸⁹ ("de pensamiento"), que permite organizar la realidad cognitivamente en un plano no dependiente de la relación empírica. Genuina forma de producir saberes, propia del occidente, es esta en donde las palabras van dejando lugar a los signos escritos no pronunciables para que un saber quede organizado como científico.

La especialización del conocimiento se apoya en los registros escritos que sustentan el progreso y estado de cada disciplina. Según los textos existentes se organiza el corpus que sienta las bases para los proyectos científicos, tecnológicos y epistemológicos. Además, el conocimiento de los textos organiza relaciones de poder estructurales y jerárquicas en términos de que el *saber* escribir, leer e interpretar textos (saber hacer y saber hablar el idioma de la disciplina científica) conlleva la facultad de *poder* redactar e interpretar para demarcar entre formas de saber y de vida civilizadas de las que no lo son, puesto que en el texto van impresas de modo concomitante la palabra y el juicio de valor asociado. Poder denominar es también poder administrar las posibilidades de vivir según disposiciones diferentes acorde con la habilidad para hablar, pero sobre todo para leer y escribir. En tanto se escribe, se archiva y se "elitiza"¹⁹⁰ el acceso al saber, constituyendo con ello relaciones de poder asimétricas de acuerdo con los contextos de posibilidad para acceder a la lectura y producción de textos. Cuando el manuscrito ingresa en un circuito discursivo queda bajo la mirada y a la disposición, si no exclusiva sí predominante, de las autoridades hermenéuticas tanto como de los practicantes de la disciplina. En este gesto movimiento que indica la pertenencia de lo redactado "dentro" de un orden discursivo, de modo simultáneo se demarca la presencia "fuera" del alcance para un público no iniciado en las normas del lenguaje disciplinario. Pasa a formar parte de un fondo epistémico.

Los saberes luego se agrupan en ciencias, y desde el momento en que se presentan con este nombre, están histórica y genealógicamente vinculados con un pueblo y con una forma específica de archivo, por lo tanto, la ciencia se vincula ideológicamente con los juicios de valor predominantes respecto a los saberes que reprimir, suprimir e imprimir¹⁹¹. Sin embargo el trabajo científico siempre está inacabado, pues pueden abrirse nuevos archivos y ser interpretados de nuevas maneras. Con esto referimos a que el progreso de una rama científica dura tanto como la precisión en la delimitación de su campo, la exactitud de sus instrumentos para medir los fenómenos que constituyen el objeto de estudio y la parsimonia de la teoría para dar cuenta de la realidad, lo permitan.

La comprensión del mundo en tanto naturaleza es asequible a través del método científico experimental, que supone una serie abstracta de pasos a seguir, la cual posibilita dentro del lenguaje la estructuración paradigmática de la conducta y luego la intervención controlada. La objetividad, extracción de los datos (con estatus de) naturales refiere a un consenso en la delimitación de los elementos significativos dentro de la experiencia y a las cualidades relevantes para ser medidas; y a una comprensión a partir

¹⁸⁹ Gadamer (2002a) 81-83

¹⁹⁰ Derrida (1997) 11

¹⁹¹ Derrida (1997) 36

de normas teóricas, postulados funcionales que relacionan los fenómenos entre sí a través de sus denominaciones conceptuales (que son fundamentalmente sociales a partir del idioma), por lo que están regidos por las reglas de la gramática, más que por las de la naturaleza. El método científico no sacia la carencia de prejuicios, pues mantiene la relación entre el objeto y las propiedades lingüísticamente asignadas a éste y la infinidad de interpretaciones¹⁹² disponibles en la experiencia.

Sin embargo, es imperativo mantener la noción acerca de que todo conocimiento científico tiene un componente hermenéutico en varias dimensiones. Parte de un conjunto de nociones que delimita el rango de fenómenos explicables para el progreso de la ciencia misma¹⁹³. En el periodo de la modernidad, toda disciplina que aspirase a legitimarse como científica debió apoyarse en fórmulas que, pese a emplear signos no lingüísticos, requieren de un orden verbal. La valoración de los datos y la determinación de los hechos que pueden significar algo a la luz de ciertas preguntas –junto con los que se tornan relevantes ante planteamientos distintos- son actividades hermenéuticas.

7. Para realizar un análisis de los conceptos científicos entonces es preciso considerar la “posibilidad de lo imposible”¹⁹⁴: leer donde no hay letras ni palabras, en donde las categorías no operan; porque el lenguaje permite iluminar ciertas regiones mientras oscurece otras, es decir, detectar el juego de relaciones discursivas con sus orquestaciones materiales, que no forman parte de las normas explícitas pero que anónimamente dirigen el curso de la actividad científica. Para ello se requiere considerar una evaluación “apofática” desde las posibilidades formales de enunciación que existen en la teoría para poder enfocarnos en las posibilidades negadas, donde se articula la relación entre la explicación de las cosas y el vacío –lo inconceptualizable pero presente y constituyente–. En las directrices que Derrida¹⁹⁵ aporta -de manera dispersa y sin pretender ser un manual- para elicitar una apófasis, el punto inicial es partir de una aporía, de una contradicción irresoluble en el lenguaje, como condición básica: hallar un par de palabras principales en la guía de la reflexión pero cuya relación o puede someterse a prueba sin amenazar con desintegrar todo el pensamiento del ramo hasta el momento. Una vez conseguido esto puede pensarse el acontecimiento de denominar *en y sobre* el lenguaje, es decir, puede pensarse el hecho de nombrar como un fenómeno donde se designa (lo que es) y se niega simultáneamente (todo aquello que no es) a partir de una posición emocionalmente determinada del sujeto que se relaciona con los objetos, que los nombra para apropiarlos. Para los fines de esta investigación, los tópicos que están constantemente bajo análisis y cuyas relaciones tratamos de elucidar son los conceptos de educación y el de objetividad; velado el segundo por la hipótesis apriorística de que un conocimiento objetivo por tanto verdadero (o verdadero porque es objetivo) adquiere este estatus en la medida en que es producido en un contexto de posibilidad bien delimitado, siguiendo normas precisas para validarse dentro de una comunidad científica.

¹⁹² Gadamer (2002a) 585

¹⁹³ Gadamer (2002a) 201

¹⁹⁴ Derrida (2011) 31

¹⁹⁵ Derrida (2011) 32

8. En la forma predominante de hacer ciencia, uno se enfoca en los hechos -en los sectores de la experiencia delimitados como significativos, que no precian de ser interpretados más allá de lo que indica el esquema científico vigente-, dejando de lado el papel del vínculo intencional-emotivo, que es excluido de interferir con los objetos en la medida en que los métodos e instrumentos aíslan la situación de toda variación relativa a las disposiciones anímicas del observador. En esta misma lógica, se articulan relaciones espacio-temporales entre acontecimientos registrados de acuerdo con la aplicación intencionalmente dirigida del orden teórico que establece niveles de relación topológicos específicos en el plano de lo fáctico (los hechos trabajados), lo intencional (las hipótesis a prueba) y lo virtual (la apariencia esperada del fenómeno). Los niveles son conceptualizables bajo denominaciones que encubren los modos de relación de los siguientes órdenes: la teoría enseñada/aprendida dirige el modo de articular las percepciones en la experiencia, indica el tipo de expectativas a formarse sobre el comportamiento del fenómeno, y aporta los indicadores relevantes para identificar sus características, todo esto bajo un esquema ya “mitologizado” en donde la enseñanza va apareada con el comportamiento “normal” de las cosas, y todo aquello que escape es una anomalía. La manera de mantener consistente el orden discursivo es imprimir las relaciones probadas, la teoría pervive en su inscripción, manteniendo las relaciones de conceptuales vigentes más allá de la existencia material de los redactores. Se instaura en orden discursivo, con reglas, figuras de autoridad, parámetros de interpretación y campos de acción delimitados por la producción literaria misma.

En términos de subjetividad, la escritura sacia una voluntad de permanencia tanto de la persona como de su saber, pues el “acceso al signo escrito asegura el poder sagrado de hacer preservar la existencia”¹⁹⁶, pues no hay campo científico que pueda pensarse a sí mismo sin un apoyo material, que es universalmente el brindado por la escritura. En este sentido no es una recopilación de lo oral, sino una posibilidad de reconstrucción de la existencia que implica la participación activa del lector al volver el signo escrito en articulación oral y establecer una relación con el objeto¹⁹⁷, permanece el autor, pero también su adscripción al orden discursivo en el modo en que es interpelado a reconocerse como parte del mismo. Tal relación es emotiva, pues las tendencias e inclinaciones del lector, partiendo de los juegos de verdad en donde ha estado involucrado, permiten u obstaculizan la vinculación con saberes específicos en tanto que organizan conjuntos de ideas compatibles ideológicamente con otros conjuntos específicos, pero no con todos.

Todas las disciplinas que estudian al ser humano están ligadas en su estructura y en su historia a la constitución en la escritura, pues sin ella el modo de organización social occidental resultaría impensable e inaccesible para cualquier grupo con pretensión de consolidar una hegemonía sobre el resto de la población, de allí la relevancia para considerar el papel que el lenguaje escrito juega en la configuración de subjetividades. Por otro lado, cuando el objeto de estudio coincide ontológicamente con el sujeto

¹⁹⁶ Derrida (2012a) 125

¹⁹⁷ Gadamer (2002a) 470

estudiante, la imbricación entre los campos dialecticos es insoslayable, si bien puede tratar de sortearse el obstáculo a través del diseño de instrumentos suficientemente preciosos como para aislar las variables auto-referentes. De aquí la relevancia de considerar constituyente el componente beligerante en las ciencias humanas, pues la instauración de órdenes discursivos que constituyen objetos en sectores de la experiencia entra en conflicto con articulaciones de elementos surgidas en otros campos, bajo condiciones distintas o a partir de valoraciones incompatibles.

Para explicar esto traeremos a cuenta el concepto de *ficción* para referirnos a una trama inventada que “ayuda a dar forma a nuestra experiencia temporal confusa, informe y, en el límite, muda”¹⁹⁸, con lo que el sistema de signos lingüístico equivale a un modo para configurar la realidad. La característica principal de esta estructura es la construcción intencional de tramas a partir de acontecimientos no-presentes, inaccesibles a la experiencia directa con relaciones que sólo pueden ser inferidas. En este sentido, la “ficción es un laboratorio de formas en el cual ensayamos las configuraciones posibles de acción para poner a prueba su coherencia y plausibilidad”¹⁹⁹. Todo escrito es ficción, no por referir un irreal sino por conjuntar un segmento de la realidad con un sistema de comunicabilidad (el lenguaje), por ser creación intencional. Construir el marco de inteligibilidad ocurre en dos secuencias: diacronía a partir del orden discursivo (apodíctico y fantaseado) desde donde se enuncia, con respecto al cual se valoran las desviaciones de uso en cada caso individual; y sincronía de las posibles ficciones imaginadas que son permitidas en ese orden. Nuevamente empleamos la doble significación de *orden* para conjuntar un esquema normativo que agrupa producciones discursivas tolerando un grado de diferenciación, con un imperativo que conmina al ajuste. En la medida en que las variaciones en el uso casuístico de conceptos –considerados ensayos de coherencia– alteran el orden de la fantasía al modificar las relaciones posibles entre sujeto y realidad, la percepción que se da al interior de esta relación sufre modificaciones.

El momento en que, respecto de la producción literaria sobre ficción, la novela, Barthes escribe que “el estilo sólo tiene una dimensión vertical, se hunde en el recuerdo cerrado de la persona”²⁰⁰ coincide con nuestra aproximación acerca de que hay un conjunto de posiciones de sujeto accesibles para ejercer la función de autor a lo largo del eje vertical correspondiente a las desviaciones posibles dentro de un orden discursivo. Esta dispersión es sobredeterminada por el eje horizontal (espectral) de la lengua y de sus usos. Tenemos de este modo a la usanza del esquema sassureano de la lengua, un par de ejes en la práctica lingüística: el eje vertical de la imaginación (individual) donde se coordina la dispersión de desviaciones permitidas al interior del campo discursivo específico, constituido por las posiciones de sujeto enunciador susceptibles de ser ocupadas (permaneciendo legítimas) en los textos escritos que conforman el cuerpo teórico de la disciplina; y el otro eje horizontal de la fantasía (social), que dirige las creencias socialmente aceptadas, las suposiciones básicas constantes a la organización de todas las posibles enunciaciones individuales, las síntesis entre objetos y juicios de

¹⁹⁸ Ricoeur (2004) 20

¹⁹⁹ Ricoeur (2004) 21

²⁰⁰ Barthes (2000) 19-20

valor, las normas a las que es preciso apegarse para ser reconocido como parte del grupo adscrito, así como las formalidades gramaticales, las rutinas sintácticas propias del campo disciplinario. De acuerdo con esta exposición, la ficción individual puede ser validada por la comunidad en la medida en que se ajuste a los criterios del orden. El eje horizontal sería de este modo el que dicta las coordenadas ideológicas, el punto del que emanan las interpelaciones a los sujetos, es el lenguaje que solicita ser atendido. El lenguaje es un espectro, que está presente todo el tiempo sin requerir ostensión, que “habla” a los sujetos a través de las redes que pueden configurarse en él y demanda acción consecuente. Las formaciones discursivas son a su vez espectros menores, que dependen del idioma para ser formuladas, pero permiten en su interior un abanico más reducido de posibilidades enunciativas, mismas que demandan ser observadas por los sujetos adscritos a cada una, según las variaciones en las relaciones discursivas que permiten percibir transversalidades distintas de la realidad.

En este sentido, estamos ante un caso que muestra la doble articulación de las relaciones de biopoder a las que es expuesto un sujeto. Manteniendo la división entre la gestión de lo que es posible decir y escribir en los aspectos social e individual -con sus correspondencias en los abstractos fantasía e imaginación: lo que es permitido fantasear e imaginar-, tenemos la bipartición entre las estrategias biopolíticas que apuntan a administrar la conducta de todos en tanto población incontable, y las técnicas que regulan los comportamientos de los cuerpos individuales. El objetivo sigue siendo guiar cada conducta individual a reconocerse interpelada por los espectros colectivamente fantaseados, el medio de lograrlo es someter a la población a las mismas condiciones materiales de experiencia, es decir, al dispositivo de la escuela. Allí es donde uno aprende a reconocerse como sujeto de clase, ingresando en las “estrategias de lucha”, que más que ser enfrentamientos *de clases* son conjuntos de antagonismos: cada posición es una adscripción aprendida al agruparse en algún bando según las posibilidades de la situación -la fila de los “aplicados” en contra de la fila de los “burros”, según el mayor o menor ajuste a los criterios académicos respectivamente, es una situación de adscripción a un *momento* (en la acepción de Laclau), donde reconocerse junto con otros en una comunidad. Agruparse en bandos diferenciados, y más aún, reconocerse como parte de uno de éstos que de manera “natural” y “necesaria” está en oposición con el otro, produce alianzas y fricciones locales en las pugnas por ejercer el poder sobre los iguales. La lucha deja de ser coherente concebida en términos de clases, para pasar a ser entendida como una lucha de momentos locales, pues el estrato económico no es la única causa de antagonismo; hay además a su lado, de forma cada vez más marcada, campos de enfrentamiento en varios ámbitos, como el emocional-sexual.

Mencionamos antes que el determinismo por la economía es un abstracto cínico cuando se “sabe que el dinero es sólo materia, pero se actúa como si fuese un tipo de materia privilegiado”, con lo que aparece la creencia en que pertenecer a una clase económica asegura disponer de estrategias de lucha correspondientes -e incluso en la literatura del siglo XIX da muestras de tal creencia: las tramas de Flaubert indican que la posesión pletórica de ingresos económicos asegura el éxito (social en general, sexual en particular), y su carencia, la infelicidad-; pero sería erróneo considerar que es el único

espectro importante a considerar para los alineamientos en bloques, pues hay simultáneamente varios otros ejes que dirigen la conducta: el éxito sexual por sí mismo, desprendido de las valoraciones económicas, es actualmente otro punto de lucha que produce antagonismos –el terreno sexual como “ampliación del campo de batalla” durante el siglo XX y el incipiente XXI, es una convicción ostensiblemente plasmada en las tramas de Houellebecq, quien sin negar la relevancia de la lucha económica, equipara sus efectos (en términos de éxito o fracaso) sobre la felicidad con las pugnas sexuales. Los abstractos compartidos, las fantasías siguen marcando rutas de adscripción: uno puede reconocerse en la comunidad de los “exitosos” sobre cualquier terreno (tomemos el económico y el sexual), pero muy rara vez en todos a la vez; la imposibilidad por sí misma no es motivo de lucha, sino que se vuelve tal cuando pasa a ser necesario actuar como exitoso en todos simultáneamente. Bajo esta concepción valorativa, las “derrotas”, desviaciones respecto del eje fantasioso son los puntos a ajustar, desde donde uno se reconoce como deficiente, por tanto depresivo o sometido. Y esta valoración se aprende en los contextos de pares, dentro de la lucha de momentos por existir triunfalmente en el bando de los exitosos. La forma de referir el éxito es una estrategia de lucha, es un uso estratégico de la palabra para configurarse como deseable, como más próximo al ideal.

La verdad, en el decir o escribir, sobrevuela el vacío sobre el que se articulan los conceptos con los objetos –vacío ocupado por la operación de imaginación humana. Otra condición para que el lenguaje sea un terreno de lucha: la relación entre palabras y cosas es imaginaria, así que en potencia cualquiera puede determinarla para dominar establecer la realidad. Allí radica el potencial transformador de las palabras, en la posibilidad de modular la percepción de las relaciones con (y en) la realidad, por ello es pertinente considerarlo como campo de enfrentamiento ideológico entre la variedad de estructuraciones perceptuales; el lenguaje es un aparato de inteligibilidad del mundo “real” a disposición de todo sujeto lo suficientemente habilitado en su uso. La guerra forma parte de la positividad lógica: enfrentarse por dominar los medios de producción de conceptos - las becas y subvenciones son el máximo ejemplo de apoyos para la formulación discursiva-. La guerra en las ciencias humanas es paroxismo del campo epistémico actual. El concepto de ser humano emerge cuando la reflexión se orienta hacia el lenguaje despojado de la cualidad de herramienta neutra; la pregunta sobre quién emplea los conceptos para valorar la realidad resuena en la psicología cuando interesa detectar qué relación con la realidad configura quien esgrime los conceptos. Que el ser humano voltee hacia el lenguaje con pretensión de asegurar el manejo más óptimo de los conceptos abre el espacio a que distintas posturas entren en conflicto, y como las ciencias humanas (psicología incluida) surgen a partir de este movimiento, las pugnas conceptuales son un fenómeno propio de su especie, el caos entre las teorías inconexas es consecuencia necesaria del estatuto que tienen.

2.3 Límite idiomático del lenguaje

1. Todo lenguaje es la interpretación idiomática del mundo, que como todo producto cultural tiene límites en tanto juicios sintéticos *a priori* o formas ideológicas²⁰¹. Interpretar es apropiarse del objeto mediante recursos lingüísticos, aplicando al texto –o al objeto de conocimiento en general- conceptos contemporáneos al sujeto interpretante, para dotarlo de sentido. La interpretación y la comprensión son procesos que suceden simultáneamente dada la imbricación entre ambos, por lo que al interpretar se reproduce fenoménicamente una idea, mediante los recursos que el intérprete aplica a la construcción de las verdades históricas que considera adecuado preservar y transmitir²⁰² según el énfasis que su adscripción discursiva indique; entonces la hermenéutica no se realiza de manera objetiva, ya que quien interpreta se aproxima al objeto con los saberes disponibles en su tiempo y con una actitud específica hacia el objeto que interpreta (sea naturaleza o texto), a partir de la cual desarrolla encadenamientos de ideas supeditados a su idioma, por lo que aquella idea formada al final de la interpretación es una modificación de la idea inicial a través de vincular los saberes previos con los adquiridos en la experiencia hermenéutica, articulados según los signos disponibles en el lugar y momento históricos –con su correspondiente carga ideológica vigente– donde se realiza dicha actividad. Desarrollemos esta idea.

El fenómeno bajo análisis es trabajado desde el lenguaje de referencia que emplea el sujeto de ciencia. El idioma permite conocer al objeto en particular y al discurso en general desde las bases etimológicas que configuran las palabras usadas, con las que es posible articular relaciones específicas según el idioma. Pero esto no es un factor que imposibilite la comprensión de segmentos de la realidad (como el discurso) o de la totalidad, pues la realidad existe independientemente de la reflexión en torno a ella. Y como en todas las lenguas los individuos se enfrentan con las mismas necesidades, estructuras y fenómenos -al menos en el mundo occidental-, las variaciones lingüísticas e idiomáticas son matices de casi las mismas cosas en un nivel instrumental, permitiendo que a través de distintos sistemas lingüísticos sean codificados prácticamente los mismos eventos, pese a que no hay concordancia total entre idiomas ni entre escrituras.

Las diferencias en los sistemas idiomáticos para delimitar áreas de significación a través de palabras, los límites marcados entre distintos idiomas, son flexibles y no empatan completamente con las áreas de significación de cualquier otro idioma, por lo que la transcripción de significados queda cuanto menos incompleta siempre. En la Figura 4 aparece la división semántica de cinco idiomas según las categorías del significado para referir los objetos que en español se denominan *árbol*, *madera* y *bosque* -tal triada será el punto de énfasis para comparar las palabras. Esta segmentación corresponde exactamente con las divisiones semánticas del sueco, pero no coincide con la división binaria del danés, que reúne las áreas significantes entre *árbol* y *madera* dentro de un

²⁰¹ Gadamer (2002b) 83

²⁰² Gadamer (2002a) 479

solo concepto. Del mismo modo, las delimitaciones del inglés y francés coinciden por completo entre sí, pero no corresponden con las áreas marcadas por las categorías de los otros idiomas, salvo en lo correspondiente a la categoría de *árbol*. Para este ejemplo los referentes son objetos relativamente concretos, que tienen existencia empírica sustancial, sin embargo las diferencias entre las categorías significantes, así como las relaciones posibles con los objetos referidos y la percepción de objetos configurada por las segmentaciones conceptuales, no se detiene en este punto, continuando en niveles de mayor abstracción, donde la ilocución y la perlocución, con sus respectivas cargas simbólicas, son susceptibles de resultar asimétricas con respecto a la percepción de otras lenguas, y a pesar de que puede traducirse con cierto grado de éxito cualquier mensaje en un idioma dado hacia cualquier otro idioma, la correspondencia deja un hueco de significación.

Inglés	Francés	Danés	Sueco	Español
Tree	Arbre	Træ	Träd	Árbol
Wood	Bois		Trä	Madera
Forest	Forêt	Skov	Skog	Bosque

Figura 4. Ejemplo de áreas de delimitación significativa en varios idiomas

Lo precedente para ejemplos de sustantivos concretos, donde los campos de delimitación semántica pueden abarcar plurales o derivados del inicial, pero manteniendo la concreción del referente –aun cuando para el ejemplo es válido preguntar a partir de cuántos singulares “árbol” se cuenta como el plural “bosque”. La especificidad del idioma repercute al nivel del sentido que es posible dar a la reflexión a partir del modo en que cada conjunto de signos idiomáticos dispone para relacionarse con el fenómeno –donde consideramos el concepto de reflexión como el “acto de auto-validación del sujeto y de su lingüisticidad en interacción con la realidad (independientemente de si se toma esto en cuenta durante la reflexión misma)”–. Para palabras que se refieren a fenómenos menos empíricos, la delimitación de las áreas y la traducción del concepto a otras lenguas complica dar cuenta del estado de cosas al que se refiere en la lengua original. Ejemplo de esto es la palabra *lítost*, que Kundera²⁰³ define como “una palabra checa intraducible a otros idiomas. Representa un sentimiento [...] que es síntesis de muchos otros sentimientos: la tristeza, la compasión, los reproches y la nostalgia”. A pesar del aparentemente amplio abanico de significados que abarca con esta palabra la lengua checa, el significado de la misma sigue siendo “muy estrecho, particular, estricto y preciso como el filo de un cuchillo”, pues refiere a una experiencia accesible a través de denominar en repetidas ocasiones un estado, lo cual es una sola cosa en la experiencia lingüísticamente mediada del idioma checo, pero cuya traducción resulta imposible para idiomas donde el fenómeno del estado “lítost” no está delimitado ni se cuenta con palabras que refieran un aproximado. Las limitantes para determinar lo verdadero de un enunciado tienen que ver por tanto con las posibilidades gramaticales en el orden del

²⁰³ Kundera (1989) 176

sistema lingüístico, pero también con los usos posibles dentro de las interacciones entre individuos al nivel de la práctica positiva. De modo que la comprensión del ser humano a partir del lenguaje permite aproximarse a los significados de las experiencias en términos de una variable continua, pero dentro de los límites que permiten las posibilidades articulatorias disponibles en el idioma. Las experiencias personales en tanto variables discretas quedan colocadas en el ámbito de la experiencia emocional individual, nunca transferible pero traducible.

2. En conversación, la comprensión es una experiencia lingüística en donde las palabras son ordenadas diacrónicamente según las reglas gramaticales del idioma, por lo que no hay libertad de elección sobre el rumbo del encadenamiento entre ideas más allá de los márgenes del idioma, esto es, que no pueden colocarse las palabras en cualquier orden arbitrario que el locutor decida, sino que se suceden según las normas de la lengua —en oposición a otros sistemas de signos donde potencialmente cualquiera puede anteceder a cualquier otro, como en la notación musical por ejemplo. En lectura, se seleccionan partes de lo escrito por el autor según las mismas reglas del idioma, entonces el acuerdo sólo ocurre en el lector, quien toma al autor como objeto subordinado sin posibilidad de réplica en este contexto²⁰⁴, pues a pesar del movimiento que pueda haber en la formulación formal de las ideas en el lector, las plasmadas por el autor permanecen inmóviles, siempre iguales; en caso de suceder algo similar a un proceso de réplica, está centrada también en el lector, quien re-organiza los saberes o las normas de interpretación al aproximarse al autor, o bien modifica sus expectativas sobre lo que ha de hallar en el texto, y a partir de modular su experiencia hermenéutica, detecta cosas distintas en el texto, pero la forma escrita permanece invariablemente igual: la comprensión entonces ocurre como un acuerdo entre las ideas del escritor y la articulación significada del lector en cuanto a su situación específica²⁰⁵. Al tornar un texto en sentido, esto es, al interpretarlas palabras escritas, las ideas del intérprete funcionan como ejes para la apropiación de las ideas escritas en el texto, y si bien no son determinantes absolutos, matizan la interpretación al regular las ideas de que se apropia un lector. Con ello, la interpretación adquiere un carácter fundamentalmente accidental, en tanto se da una relevancia a ciertos elementos por encima del resto según el lector y su contexto personal. Ahora bien, el accidente es relevante no como causa azarosa, sino como posibilidad específica dentro de un rango de posibilidades idiomáticas, agrupadas con relación a una razón racional convencionalmente acordada, con esquemas, axiomas y algoritmos precisos para vincular sujetos con objetos²⁰⁶. De entre las múltiples posibilidades de interpretar un texto que están disponibles para un lector, aquella a la cual finalmente llega es producto de sus circunstancias concretas, un asunto que abarca un amplio espectro de determinaciones que excede a la lengua.

El uso del lenguaje es aprendido y dependiente del ejemplo, en tanto los conceptos son empleados en la tradición de manera normativa²⁰⁷. Esto no es apología a las

²⁰⁴ Gadamer (2002a) 461-462

²⁰⁵ Gadamer (2002a) 474

²⁰⁶ Gadamer (2002a) 480

²⁰⁷ Gadamer (2002b) 92

imprecisiones del lenguaje derivadas del uso coloquial de conceptos, sino una base para problematizar la aporía en el lenguaje que imposibilita representar determinados fenómenos, desde donde puede analizarse la apófasis de aquello no denominado o denominado de manera vaga y su correlato con los modos de aprendizaje ideológico; pues el uso cotidiano presente al nivel de la positividad del sujeto le dispone a familiarizarse con hábitos enunciativos, con relaciones entre referentes que son más relevantes que otras, según la funcionalidad de ellas en el contexto empírico que vivencia y a partir de repetir varias en varias ocasiones las mismas relaciones, o de plantear su posición en el mundo partiendo de problemas en una sola red de conceptos, desarrolla una idiosincrasia específica que es congruente con el modo de vida en la comunidad donde reside. Se cuenta entonces con una estructura elaborada de antemano a la existencia del sujeto y apoyado sobre reglas gramaticales propias en cada idioma que posibilitan articular una realidad²⁰⁸, pero esta estructura no es estática, y precisamente el dinamismo es lo que permite la modificación del lenguaje a sí mismo a través del uso constante: hay un nivel prescriptivo sobre el significado de las palabras y otro de uso, según las acepciones funcionales que le da la comunidad, pero ambos niveles operan simultáneamente en las paulatinas transformaciones a través del tiempo, según la eficiencia de los usos para referir a cuestiones relevantes en la realidad experimentable.

Además, la experiencia sensible, si es condición para la explicación de la realidad, también queda incrustada en la experiencia idiomática. El conjunto de palabras disponibles en un lenguaje es arbitrario en tanto que no depende de quien lo usa para definir conceptos o enunciados, sino del paso de la acuñación al uso convencional dentro de la comunidad –y puede haber diferencias de uso entre diferentes micro-comunidades que formen parte de una misma macro-comunidad. Es precepto epistemológico, pero también aplicable al nivel del conocimiento gnoseológico el insistir sobre la primacía de la teoría sobre la experiencia, donde primero se aprenden las palabras o conceptos que dan coherencia al mundo y después se experimentan los efectos de congruencia que tales palabras suponen.

Tal uso es siempre polisémico, pero susceptible de fijarse en el espacio conceptual como representación de algo en específico²⁰⁹. Siguiendo esta secuencia, el pensamiento es un acto lingüístico, en tanto se piensa con base en conceptos acuñados y consensuados previamente al individuo. Por tanto, cabe postular que el modo de pensar se desarrolla acorde con el modo social –que puede o no ser ideológico- de vincularse con la realidad, en donde también entra en juego el factor incognoscible del diálogo intra-sujeto para articular su percepción. En este caso, es relevante diferenciar entre las distorsiones ideológicas y los modos culturales de pre-comprensión: es ideológico un enunciado que plantea como naturales las relaciones contingentes en un estado de cosas, y que además tiene intención de preservarlas tal como están. Debord²¹⁰ señala el fracaso del proyecto comunista para desvincularse de la ideología capitalista al respecto del papel correspondiente a la educación cuando depositó la formación de nuevas

²⁰⁸ Gadamer (2002b) 200

²⁰⁹ Gadamer (2002b) 193

²¹⁰ Debord (2002) 100

conciencias en manos del mismo aparato educativo, asignando con este gesto una modalidad de participación concreta a la comunidad en la formación de individuos; modelo de acción material transformadora, pero acrítica en la medida en que sólo se ocuparon las mismas posiciones por personas distintas, sin modificar la organización de la estructura. La ideología revolucionaria erró tras el éxito de su instrumentalización, pues los intelectuales burgueses culminaron en una posición donde el saber quedó expropiado del obrero –siendo que objetivo original del proyecto era democratizarlo–, y el intelectual aparece vestido como la figura del “revolucionario profesional” en asimetría con el proletariado no-profesional a quien es su tarea dirigir en la sociedad. Plantear una necesidad de pasar por el aparato educativo para operar en la sociedad es ideológico. Por otro lado, una pre-comprensión es la visualización de la cultura²¹¹: un conjunto de técnicas para retener algún aspecto de la realidad dentro de un marco de inteligibilidad (simbólico) que posibilite aprehenderla, donde se cuentan la pintura, escultura y escritura; esto es, todas las formas artísticas junto con todos los referentes de una cultura, como los mitos o las cosmovisiones forman parte de las técnicas para visualizar la cultura, para aprender a detectar signos relevantes en la realidad. Estas tácticas conectan a los miembros dispersos de un público invisible (en la forma de las comunidades imaginada), pues emplean los rasgos del sistema simbólico para dar cuenta de cosas ante una cantidad indeterminada de sujetos que comparten la habilidad para descodificar los signos en la medida en que experimentan contextos vivenciales concretos similares. Caso de pre-comprensión cultural e ilustrativo es el discurso de la occisa Cáceres²¹² donde refiere la cosmovisión del pueblo Lenca acerca de que los ríos son resguardados y defendidos por espíritus de niñas muertas; esta percepción de la realidad puede contar como distorsión en el plano empírico directo, sin embargo no pretende instaurarla naturalidad de un estado de cosas por sobre la contingencia de las condiciones actuales.

El punto en donde convergen la palabra y la cosa, que constituye una unidad de lenguaje presente en todos los idiomas, es el concepto. Este es la denominación apelativa, en tanto que califica e influye al ser en sí, a la cosa misma desde la percepción humana según las relaciones que están tramadas con el objeto. La denominación y categorización de objetos sirven a una función instrumental, partiendo de la producción de conocimiento científico²¹³. La modificación en el proceso de formación conceptual se relaciona con la misma historia, la interacción lingüística entre varias lenguas y los empleos instrumentales de los saberes creados en cada una. En cada lengua, la precisión con que los conceptos dan cuenta de los objetos en cuanto “cosas mismas” es variable, con desviaciones y sesgos vinculados a las experiencias utilitarias devenidas en denominaciones. Las particularidades de cada lengua para referir utilitariamente objetos fueron consideradas por Sassure un baremo de perfección según la complejidad de expresiones-experiencias posibles²¹⁴, sin embargo tal consideración cayó en desuso desde que mutó hacia una concepción de equivalencia entre las lenguas. Si bien todas las

²¹¹ Ricoeur (2006) 55

²¹² Citado en Arce y Malkin (2016)

²¹³ Gadamer (2002a) 512

²¹⁴ Gadamer (2002a) 528

lenguas humanas puede referirse con cierto éxito a casi las mismas cosas, ello no indica un nivel de mejoramiento hacia la contención absoluta del mundo a través de un aparato lingüístico transparente a todos los sujetos y accesible a todas las experiencias, por el contrario, indica los límites que tiene el ser humano en la situación idiomática para plasmar su estar-en-el-mundo de manera coherente según los signos de que dispone el lenguaje de la localidad donde habla o escribe. Este gesto de colocar la vivencia en palabras, de traducir los elementos relevantes de los eventos a palabras articulando el pasado en un relato, es lo que llamamos experiencia lingüística.

Todo pensar (plasmar el lenguaje según axiomas lógicos de encadenamiento), en su cualidad de experiencia lingüística, está insertado situacionalmente en el mundo. Tiene un vínculo con lo real, por lo que independientemente del nivel teórico en que sea formulado, debe superarlo²¹⁵ -la enunciación debe corresponderse con la aplicación- para volver a su base concreta como recurso para hacer inteligible la realidad experimentada. El ejercicio del pensamiento sobre sí mismo consiste en la aclaración sobre el sentido de las palabras, proposiciones y secuencias de proposiciones que se expresan en el discurso con intención de alcanzar el grado máximo asequible de correlación entre lo pensado y la experimentado. El estudio (ejercicio y reflexión a la vez) de y sobre el lenguaje cumple con la función de aclarar el significado de las palabras o la construcción de otras cuando las existentes resultan insatisfactorias al momento de dar cuenta, a nivel de abstracción, de los fenómenos registrados. En este sentido, es preciso revisar la historia de los conceptos relevantes para aproximarse a las dimensiones no denominadas en el fenómeno bajo estudio, las áreas de vinculación emocional, las “inercias” en el movimiento ideológico.

Entonces, el lenguaje tiene una función general en la ordenación cognitiva del ser humano, y el idioma representa todos los usos disponibles para dicha función. Por tanto la formulación lingüística nunca es objetiva, está sesgada por el idioma según los usos que permiten las palabras ²¹⁶ y las prescripciones en las áreas de delimitación correspondientes a cada concepto. Dentro del marco lingüístico/idiomático de signos está el conjunto de referencias posibles y disponibles para expresar ideas, lo cual implica que los conceptos ya cuentan con una estructura de relación respecto de los fenómenos, resultando en que no hay aproximaciones imparciales y que el concepto involucra un *a priori* histórico²¹⁷ (la memoria social respecto de ciertas cosas). La labor hermenéutica se enfoca en los conceptos presentes mediante los que se relacionan los sujetos con los objetos y la forma de relación implícita. Con esto, se pretende considerar la transformación del objeto desde la postura del lector activo.

El lenguaje, en cualidad de coloquial o científico organiza la percepción del mundo, partiendo del lugar relativo que ocupa el sujeto²¹⁸ en tanto instancia dentro de cada contexto enunciativo. Y ambas acepciones son compatibles, pues responden a la misma

²¹⁵ Sloterdijk (2013) 44-51

²¹⁶ Gadamer (2002a) 484-490

²¹⁷ Gadamer (2002a) 477

²¹⁸ Gadamer (2002a) 540

función del idioma al permitir la apropiación del mismo fenómeno en niveles distintos de legibilidad. Sobre lo lingüístico en la experiencia pareciese no quedar duda alguna en que todo objeto perceptible tiene su referente verbal, pero en lo que respecta a la experiencia no lingüística –de la cual hay categorías generales ttraducibles a palabras articuladas y archivadas mediante inscripción según la vinculación afectiva que representan en una comunidad que habla un idioma determinado– no aparece tan obvia esa correspondencia, particularmente el proceso de “lingüistización” de la experiencia dentro del conjunto de palabras.

El idioma abarca la comprensión general del mundo, según las relaciones con los objetos referidos. Las palabras del idioma permean las posibles relaciones e incluso los posibles planteamientos de problemas susceptibles de formularse. La traducción ajusta la idea extranjera a las ideas disponibles de formularse en el idioma leído. Ocurre la comprensión al trasponer las palabras del propio idioma o idiosincrasia al autor, en el punto donde las acepciones coinciden, es decir, dentro de los marcos racionales compatibles²¹⁹. Si bien cada idioma permite dar cuenta a su manera de lo que pretende decir, hay estructuras comunes de lenguaje, que permiten configurar marcos deícticos semejantes, si todos los idiomas pueden referir exitosamente más o menos los mismos fenómenos, es porque constituyen la continuidad entre las experiencias que es funcional dar cuenta mediante palabras, el resto de los fenómenos que existen dentro de una configuración lingüística específica son agregados específicos a la experiencia, denominaciones que enriquecen las posibilidades de registrar eventos, pero que escapan al nivel puramente funcional de comprensión. Estas últimas palabras no son urgentes de dominar, pues constituyen fracciones de la experiencia, pero son importantes en la medida en que articulan de manera peculiar la dispersión de datos expuesta en momentos específicos del evento (así como la palabra *lítost* agrupa emociones que aparecen separadas en otras lenguas).

La interpretación es una posibilidad única e infinita, en tanto converge la tradición lingüística del lector con el contenido del acontecer, deviniendo en una ordenación conceptual única, enmarcada por el acervo léxico-cultural e histórico del intérprete²²⁰ quien, como indicamos un poco más arriba, formula una conclusión específica según su vivencia concreta específica, los saberes con que esté vinculado, el tipo de relaciones que forme con los conceptos, la posición que ocupa al interior de las redes institucionales, el apego a las normas de ordenamiento discursivo, el grado al que se adscriba dentro del grupo legítimo para enunciar el saber. Las posibilidades interpretativas en la experiencia hermenéutica de textos, al momento de traducir, conlleva una acepción del mundo, ya que el lenguaje constituye lingüísticamente a éste y la experiencia en otro idioma abarca los usos propios de la lengua nativa más aquéllos de la lengua que se aprende: conforma los horizontes susceptibles de aprehender la realidad según la teleología de lo que se habla en cada idioma. Distintas lenguas permiten experiencias en el mundo diversas²²¹ y

²¹⁹ Gadamer (2002a) 482

²²⁰ Gadamer (2002a) 567

²²¹ Gadamer (2002a) 530-534

matizadas a través de la polisemia y codificadas según las denominaciones que sirven para plantear relaciones entre los sujetos hablantes con las instancias nominadas.

Parte del mundo existe en el lenguaje y otro tanto llega a ser a través del lenguaje, particularmente los saberes vinculados a objetos no comprobables empíricamente²²². El lenguaje se legitima en cuanto es comprendido, partiendo de la relación entre el contexto del intérprete y la experiencia lingüística que constituye la hermenéutica. Siguiendo la máxima nietzscheana donde no existen hechos sino interpretaciones, consideramos hacer este extenso rodeo sobre los factores involucrados en el modo de interpretar al mundo, en los modos de relación que son posibles de ejercer a partir de ciertas características contextuales dadas. Para el fin de nuestro texto, los artefactos de producción discursiva están montados sobre las inyunciones del lenguaje (apego gramatical y sintáctico) para formular las oraciones; una vez formuladas según las demandas espectrales –con las relaciones conceptuales posibles al interior de la red lingüística en un momento histórico especial–, se insertan en un orden discursivo que dicta los criterios de validez para que un saber sea válido en el circuito de la comunidad que lo emplea. Tal agrupación comparte un conjunto de prácticas, particularmente las discursivas en donde colocamos el énfasis, que son compartidas con más de un sistema de creencias; entre las formaciones discursivas que interesa poner en juego consideramos la nación, la religión y el saber válido en tanto ciencia.

El estudio de (o sobre) el lenguaje cumple con la función de aclarar el significado de las palabras o la construcción de otras cuando las existentes resultan insatisfactorias al momento de dar cuenta de los fenómenos. En este sentido, es preciso revisar históricamente los conceptos, los enunciados, los sujetos productores de discurso, las instituciones que legitiman el saber, las estrategias retóricas y las posiciones teóricas para aproximarse a las dimensiones no denominadas en el fenómeno bajo estudio, la pertenencia metafísica de las proposiciones, las preposiciones dadas por entendidos o presupuestos, las cadenas de segmentos significantes que se cruzan en el campo científico estudiado, los antagonismos entre posibilidades teóricas, la relación entre la técnica y la construcción de órdenes discursivos, las prácticas que sustentan el mantenimiento de ciertos regímenes conceptuales, las distorsiones lingüísticas o retóricas en la prácticas de conformación científica. A partir de concebir el lenguaje como vehículo de la ideología en su discursividad, que se complementa con otros regímenes de signos, de orden práctico, inscritos en el modo para estructurar la conducta individual, es pertinente proseguir con el diseño de las relaciones que mantiene entre lenguaje con esas otras formaciones de tipo no-lingüístico. El dispositivo de la verdad está asentado firmemente sobre el lenguaje, en su modalidad de palabra en pertenencia metafísica con la cultura occidental y en el modo de materialidad escritural que permite su circulación y reactivación desde múltiples presentes, según las intenciones del lector y sus adscripciones a estrategias teóricas. Sin embargo, la hegemonía de un discurso no implica de manera exclusiva detentar el lugar de producción de saberes discursivos –con la red de relaciones entre sujetos, instituciones, objetos, conceptos que implica el ejercicio

²²² Gadamer (2002a) 585

de formular discursos- sino que también abarca un conjunto de prácticas no-discursivas, de experiencias no conceptuales, de estrategias no lingüísticas que se ejercen de manera simultánea y concomitante con la justificación léxica. Por ello la importancia de marcar la manera en que producir verdad en formato discursivo se relaciona con regímenes no lingüísticos.

Los contextos de posibilidad para interpretar según las posibilidades idiomáticas que responden a los espectros del entramado de relaciones entre los campos antes citados, en una cosmovisión confluyen una multiplicidad de espectros, que se relacionan entre sí formando una dispersa red con nodos de significado interconectados mediante estrategias retóricas; todo enunciado se vincula con la totalidad de oraciones posibles. La institución que condensa en un modelo más o menos coherente el cúmulo nebuloso de discursos es el aparato educativo, que tiene a su disposición durante un periodo privilegiadamente extenso a los sujetos. La escuela produce conciencias distorsionadas, pero también la escuela aporta el sistema eficiente de acceder al súper hombre; en la medida en que no se necesita de todos los hombres para orquestar la transformación, sino de un puñado habilitado para educar. Relación necesaria entre moldeamiento ético y aprendizaje científico-pragmático desde el siglo XIX, lo que nos corresponde no es renegar del pasado sino mitologizar las estructuras míticas, reinterpretar las posibilidades de las instituciones para aportar una percepción de la realidad que haga legible la red de momentos donde se hace ostensible que hay puntos de resistencia: no ya trastornos de lenguaje sino espacios de afirmación del sujeto, no una obligatoriedad implícita de asistir a la universidad sino una diversificación de las posibilidades de actividad “adulta”, eludir la expropiación del saber en su formato académico.

3 IMBRICACIÓN DE DISTINTOS SISTEMAS DE SIGNOS

1. La experiencia lingüística permite dar cuenta de lo empírico, pero no es la única modalidad en que se articula la experiencia puesto que hay acontecimientos extralingüísticos. La lingüisticidad permite criticar al resto de las formas de experiencia en tanto se les conozca y entonces pueda accederse a denominaciones precisas para articular estas formas de realidad: en la medida en que se cuenta con concepto para referirse a un fenómeno, se le valora en la denominación, construyendo una relación de dominio con los objetos comprendidos en el marco de la realidad. El lenguaje organiza las formas de experiencia lingüística y las divide de aquéllas no lingüísticas, como el poder, el trabajo o el dolor²²³, que se tornan denominables según el dominio que tenga el hablante sobre el lenguaje mismo, esto es, son comunes a todo idioma como categorías generales pero no son conceptuales en tanto formas de experiencia particulares: no se cuenta con gradientes para cuantificarlas ni con tipificaciones de sus formas empíricas.

Ahora bien, todo análisis predominantemente lingüístico mantiene cierta relación de correspondencia concomitante con las cosas en términos de objetos, pero dicho correlato no aparece reduciéndolas al solipsismo del lenguaje –lo cual llevaría a una afirmación circular–, sino considerando las intersecciones entre las múltiples dimensiones que se conjugan en la palabra: discurso, política, emotividad, poder, percepción, pensamiento, dolor, etc. La lengua (o bien, el sistema de la lengua) es una abstracción que es pertinente tratar como tal en relación con las otras dimensiones, ya que condensa las interpretaciones de las demás (lo que es el nivel *en-sí* de la ideología), quedando descentrada respecto de sí misma²²⁴. Las palabras conectan eslabones semióticos que trascienden la propiedad interpretativa del lenguaje: vinculan distintos sistemas, registros y regímenes de signos –lengua, imaginación, percepción, situación, etc– en los cuales aunque la lengua aparezca más evidente, no necesariamente es el único punto de articulación para (lo que experimentamos como) la realidad.

El concepto que permite dar cuenta de tal imbricación inter-sistemática (o rizomática) es el de *juntura*²²⁵, que abarca una doble significación: la parte quebrada o fracturada y la articulación. En este sentido, la juntura articula el momento espacio-temporal en una unidad de experiencia diferencial entre individuos. Tal unidad congrega el registro de las sensaciones con la cadena de significantes lingüísticos, entendido como el aparecer sensible en su cualidad de ser-vivido. Por ello remite a un pasado inmediato, que es el presente siempre ya sucedido, pero implica además una protensión al futuro inmediato²²⁶. Esto es, la articulación de la experiencia en sus distintos registros durante un presente instantáneo en rigurosa interacción con sus momentos de deslizamiento inmediatamente antecedentes y posteriores. Indica una diferencia genuina en el momento de vincular en forma de signo las sensaciones con las palabras. Hay para cada palabra asociada con un

²²³ Gadamer (2002a) 199-200

²²⁴ Deleuze y Guattari (2004) 13

²²⁵ Derrida (2012a) 85

²²⁶ Derrida (2012a) 86

gesto, para cada enunciado cargado con juicios de valor, una génesis de la juntura empírica del sujeto hablante que toma su experiencia individual como medida del continuo para la experiencia de la totalidad los iguales (la comunidad imaginada), asocia sensaciones, valoraciones, palabra, estados emocionales disposiciones fisiológicas en una sola verbalización que implica a todos. Si el recorrido va en este sentido, el problema a plantear es la ocasión en donde tal cuadro de experiencia queda coherentemente explicado por tal entramado conceptual, el momento de la ligadura entre múltiples registros que remiten a una misma cosa; si va en sentido inverso, la pregunta al que se enfrenta el intérprete es aquella de delimitar los puntos donde se toca cada uno de los niveles experimentables en el marco de una realidad lingüísticamente leída.

2. Como citamos arriba, el siglo XVIII marcó una discontinuidad epistemológica sobre el tema del lenguaje, al concebirlo como objeto de estudio independiente con un ser propio y una lógica novedosa, que permitió a las premisas enunciadas por de Tracy mantener su forma y su objeto de estudio –la formación de las ideas– pero bajo la categoría de *ideología científica*: una constante en las hipótesis supuestas para enunciar sobre la realidad, un mismo interés director en las premisas dadas por entendidas –cuyo estatuto se aprecia en la medida en que el terreno pragmático acorta cada vez más su amplitud de aplicación, manteniendo apodícticas ciertas oraciones–. El lenguaje ahora es la aplicación de una disciplina independiente hacia todo procedimiento científico, es un método para validar los saberes según la adecuación a normativas lógicas y sintácticas.

El surgimiento del lenguaje como objeto de estudio, con el refinamiento de la técnica para aprehenderlo tuvo una serie de consecuencias: trazar las leyes del lenguaje formalmente correcto a través de la lógica proposicional (desde Rusell hasta los continuadores filósofos analíticos); abrir el campo de lo impensado (Freud y las variantes “posmodernas” de reflexión sobre lo no-dicho, lo no-presente), simultáneamente con el concepto de ser humano psicológico y racional, que puede interrogarse a sí mismo sobre sus cualidades y su devenir, que reflexiona. En la posibilidad de interrogar planteada explícitamente aparece como conjunto implícito necesario lo impensado, lo desconocido, lo otro, lo diferente en eterna expansión simultánea a aquella correspondiente a lo mismo. Duda epistemológica aquella concerniente a los límites de los objetos que es posible crear en el terreno del saber a partir de palabras; inquietud política aquella relativa a los parámetros para indicar cuándo un conjunto de fenómenos valen como “lo mismo” frente a su simultáneamente excluyente conjunto de características que son “lo diferente”. Ambas bajo la égida constante de las estrategias retóricas (intencionales o no) empleadas para establecer la presencia/ausencia de cosas en la primer cuestión, o la pertenencia/exclusión de campos de saber cuya profundización es legítima(ble).

Es en este contexto donde surgen las ciencias humanas como intento de acotar –hasta amenazar con desaparecer– al sujeto humano, con el lenguaje en papel de margen cuya delimitación depende del verbo *ser*, que si bien no está por sí mismo vinculado con la correcta forma de pensar²²⁷, es susceptible de ajustarse a criterios de forma específicos para establecer una realidad. Expliquémonos: se comprende al sujeto a partir del

²²⁷ Foucault (2014b) 310

concepto de ser humano o de hombre según todo aquello que sea –o que pueda ser–, se desgarran la experiencia en múltiples variables, se fragmenta la vivencia en una espiral centrípeta de campos de estudio; el progreso de las ciencias humanas consta de profundizar la parcela de saber acotando con mayor precisión los fenómenos que quedan bajo análisis, al tiempo que nunca termina por definirse completamente qué es el ser humano ni cuáles son los eventos significativos a cada disciplina. Incitación a la discursividad sobre el ser humano, cuyo centro se mantiene ausente en su definición, como lo monstruoso innombrable en el Frankenstein de Shelley: una extrañeza denominable pero innombrada alrededor de la cual se expanden múltiples líneas de penetración pretendidamente explicativas. No se busca delimitar cada ciencia sobre la superficie corporal, sino sobre aquello que la encarcela: los comportamientos; y es sobre éstos que operan los antagonismos entre disciplinas, donde mejor se aprecia el carácter beligerante de las ciencias humanas. Lucha por aportar explicaciones legibles-legítimas.

La importancia de la aplicación de una herramienta lingüística a la delimitación de sectores como estrategia de validación aparece en que “es una mediación necesaria para todo conocimiento científico que quiere manifestarse como discurso”²²⁸, al neutralizar las inadecuaciones o generalidades en el orden científico y apuntar hacia la especialización del campo donde se produce saber. Este fin puede alcanzarse tomando como base la lógica, desarticulando los enunciados en unidades atómicas como las proposiciones. A partir de aquí, la segmentación de las oraciones en campos proposicionales distintos permite parcelar el discurso semántico de acuerdo con su orden de significación: 1] si es apofántico, a partir de denotar cosas acerca de la realidad, entonces es susceptible de someterse a la prueba de validez según planteen enunciados situables entre los polos verdad-falsedad, que a nivel atómico (frases simples) quedan bajo el dominio predicativo y a nivel molecular (frases eslabonadas) en el proposicional. 2] Por su parte el discurso no apofántico, aquél que prescribe normas sobre la realidad queda en la red del llamado metalenguaje, cuyo dominio es la “lógica a secas”²²⁹, esto es, la herramienta de validación es la inconmensurable pero insoslayable consistencia interna de un discurso estructurado, según permita establecer normas de comportamiento tanto funcionales como comprobables para los fenómenos de interés.

3. Antes mencionamos la relevancia de estar capacitado como sujeto de lenguaje para discernir entre las diversas formas del “yo sé x” (“yo digo x”, “yo afirmo x”), ahora, cobra gran relevancia, puesto que tanto la denominación como el verbo *ser* permiten ejercer cierto poder sobre las cosas, ya que al afirmar “x es esto” puede reconocerse la creencia pero no al individuo, no se enuncia “sé que x es esto”²³⁰: hay una borradura del sujeto que está apareada con la ausencia a tal grado, que la no-presentación de uno mismo resulta en una posición de comodidad por ser ignorado, desde donde pueden hacerse todo tipo de declaraciones sin rendir cuentas sobre la veracidad de las mismas: no habla el locutor sino una autoridad intangible en su no-presencia (un espectro); es esta posición la característica en la circulación indiscriminada de odio y violencia a través de palabras,

²²⁸ Foucault (2014b) 311

²²⁹ Lyotard (2013) 138

²³⁰ Tiqqun (2015) III

pues en tanto nadie es responsable de lo dicho sino que habla en nombre de entidades discursivas no identificables, tampoco es estrictamente culpable por las consecuencias ni por las acciones derivadas de los enunciados que formula. Tal rango es accesible para todos los individuos –pero decodificable sólo para quien efectivamente sea sujeto de lenguaje, que no es la totalidad de los hablantes–. En este contexto, ser no-visible, ser no-detectado por el dispositivo resulta e una posición de comodidad. Y justo la acción desde el anonimato aporta efectividad a la ontología de la verdad decible, pues en tanto se mantiene el paradigma del ser lingüístico sólo verídico al enunciarse –la metafísica de la presencia (de la cosa), aunque sea en forma de suplemento (el enunciado)–, simultáneamente queda barruntada la posición del enunciante ante la reminiscencia de una entidad discursiva que es evocada mediante pronunciación pero cuya localización escapa al plano perceptible.

4. Paradójica situación del sujeto que enuncia: presente para producir el acontecimiento lingüístico pero ausente de su propio discurso, en el que representa a una entidad no localizable. Ello requiere de codificar las condiciones bajo las cuales puede afirmarse una presencia –así como aquéllas bajo las cuales ésta entra en crisis–. Entendemos como presencia la situación del estar designado como sujeto, ser reconocido en cuanto tal y a partir de ello posicionarse respecto del mundo, condición previa de la presencia es el reconocerse como interpelado por alguna entidad que permita ocupar una posición. La designación (y la presencia designada) es un dispositivo lingüístico que permite el juego de relaciones con objetos determinados, y como todo dispositivo, es un conjunto de factores contextuales sobre el cual se sustentan modos de acoger la relación con el mundo. Los límites funcionales de la designación y del reconocimiento nunca son completamente efectivos, y la crisis detona cuando tal incompletud es evidenciada. La crisis cuenta con varias modalidades fenomenológicas para presentarse, donde se cuentan, según el momento histórico, el lugar geográfico y las convenciones predominantes de la cultura, “sugestión, sonambulismo, ideas fijas, hipnosis, mediumnismo, escritura automática, desagregación mental, alucinaciones, posesiones”²³¹; cada formación cultural tiene sus propias normas acerca de aquello que es usual en términos de comportamiento, y al mismo tiempo delimita las formas convenientes “para enloquecer”, o lo que es lo mismo, las formas convenientes para entrar en la crisis de la presencia cuando la realidad se desintegra ante la imposibilidad de mantenerla unida en el marco de inteligibilidad discursivo.

De inicio, independientemente de la forma adoptada, quien padece la crisis –sea individuo o comunidad– es alguien con características del Bloom: debilidad existencial, impotencia e indiferencia ante un mundo incambiable, desacuerdo y/o inquietud²³². Puede ser cualquiera inmerso en las prácticas para establecer la realidad, es un estado accesible a todos los sujetos puesto que se trata de un grupo demográfico al que pertenece por eliminación todo individuo con una subjetividad formada en y a través de los dispositivos actuales. La crisis de la presencia sucede cuando el *ser-en-el-mundo* se vuelve

²³¹ Tiqqun (2015) VI

²³² Fernández (2011) 4

problemático –sea en términos de seguridad para la supervivencia o de libertad para la afirmación–, se expresa según la etiología en una percepción de indiferenciación respecto de los otros, una frontera difusa de la existencia individual, que conlleva a percibir una frontera con el exterior difuminada y amenazante. Es detonada por un acontecimiento que repercute en el sistema de creencias, la factibilidad para satisfacer deseos, la sensibilidad ante los estímulos del mundo o bien que trastoca el sentido (de la vida, del mundo, del sujeto, de la existencia). Tal evento ostensiona una pérdida de dominio –con la subsecuente pérdida de la percepción de dominio– sobre el afuera, ante lo cual aparece evidente que la presencia individual ha dejado de ser soberana, en términos de utilidad o de acción eficaz para controlar lo que sucede en el mundo percibido. El subvertimiento del control/dominio sobre las cosas puede suceder en el lenguaje y la técnica, al dejar de producir (o dejar de sentir, de percibir los) efectos en la realidad, pero también puede ocurrir en el plano del dominio y la identificación, donde lo complicado es entonces crear y usar los objetos (o las palabras) de la realidad²³³.

El colapso de la barrera entre el sí-mismo y la realidad implica la desaparición del marco objetivo garante de presencia y de control técnico –la denotada ineficacia del sistema fantástico, la incompatibilidad entre los parámetros para establecer la realidad y la vivencia experimentada, la aparición del sistema de la lengua como inoperable–, con lo que la presencia soberana desaparece también como paradigma de inteligibilidad. Ello atrae la fractura no del UNO, sino de un entramado relacional: retículo de posiciones, disposiciones, agentes, sensaciones y discursos que dejan de ser un punto estable donde asirse a la configuración de la realidad para tornarse sinsentidos. No es sólo individual, pues indica el colapso de la hasta entonces eficiente forma-de-vida en relación con el mundo²³⁴, indica la obsolescencia de los modos actuales para dominar la realidad.

La crisis es superable al trasladar la barrera entre el sujeto y el mundo colectivo, pero como se apoya en otros dispositivos biopolíticos, como la representación ideológica (modos de entretenimiento, cuadros depresivos) o la técnica reguladora (recurso a la psicología, consuelo en amantes, consumo de fármacos), las salidas asequibles a la crisis para los estados sociales incipientes quedan fuera del alcance de las comunidades tecnológicas. Si bien la crisis no significa ni aporta por sí misma la liberación, su manejo estratégico en la toma de posición permite la elaboración de herramientas (a veces contradispositivos) que posibiliten superarla. Tales herramientas son *magia* en el sentido de que sólo pueden contribuir a superar la crisis en tanto la evocan, asumen y aceptan, desencadenan el problema del ser-en-el mundo, ponen en juego al individuo en posición de no-soberanía, hacia el reconocimiento del estado precario, desde donde se selecciona una nueva postura.

Cuando la presencia amenaza una comunidad, la sintomatología inicial es la negación y el rechazo de la crisis en búsqueda de mantener el equilibrio, para lo cual la delegan a individuos que la soporten –las brujas o poseídas en los siglos XVI-XVIII, la histeria en el siglo XIX, los estudiantes furiosos del siglo XX, el depresivo adicto al trabajo del incipiente

²³³ Fernández (2011) 5

²³⁴ Fernández (2011) 6

siglo XXI–, creando anomalías que terminan por disolver el estado normativo con el solo hecho de ocupar un lugar en el paisaje de posiciones accesibles. El estado modificado de la población busca obtener una estabilización en las muestras de incompatibilidad entre la realidad y los esquemas de inteligibilidad relegando a espacios bien determinados a aquéllos que representan el paroxismo de la comunidad en crisis; la elección de los sujetos está determinada por las mismas formas convenientes de mostrar la desviación, pues los depositarios de la crisis son seleccionados por los dispositivos de ajuste/ amortiguamiento como casos clínicos, accidentes o excluidos al ser detectados en alguno de sus parámetros dentro del polo MENOR²³⁵ de acuerdo con las modalidades del momento histórico para delegar la exclusión; una vez extraídos los sujetos que hacen ostensión de la crisis, son puestos al cuidado de expertos²³⁶. Esta táctica encubre el estado de estabilidad insostenible en la comunidad al señalar hacia los individuos como problemáticos, desplazando la atención desde las condiciones que dejan de responder a la formulación discursiva hacia los individuos que se apartan del campo conductualmente normativo; el colocar a estos últimos al cuidado de expertos (médicos, psicólogos, abogados) aporta la apariencia de individuos caóticos por sí mismos, con el problema situado “dentro” de ellos, dejando consecuentemente desatendida la parte correspondiente a la situación material que produce a estos sujetos.

La comunidad gestiona las crisis a través de distintos dispositivos, desde las intervenciones paliativas, la producción de anormalidad (identificación de *casos menores*), o el ejercicio disciplinario apoyado en un discurso de emergencia –formulado *ah hoc* para responder a las demandas sintomáticas inmediatas–. Con ello el objetivo es cubrir el vacío mostrado por la crisis, empleando palabras que paradójicamente indican aquello de lo que se carece (espacios de terapia, de diálogo, etc.), pero evitan el hundimiento total. Esto tiene varias funciones: Ocultar (simular normalidad), Sustituir (aportar prótesis de relaciones normales), Aislar (individualizar la crisis, detener resonancias), Aglutinar (conforma bandos antagónicos, permite culpar) y Racionalizar (Inserta la crisis en un discurso de problemática individual corregible)²³⁷. Con ello la estrategia es encubrir los errores y disfuncionalidades de una presencia soberana –con existencia discursiva–, mientras se busca una forma efectiva de relacionarse con el mundo. La presencia soberana llega a existir y se hace inteligible al plantearse como discurso, organizando los modos de relaciones, los juicios de valor, la jerarquía de objetos utilitarios, las redes de significados que se vinculan entre sí, las posiciones de sujeto desde donde hablar la verdad, las instancias institucionales que aportan una lectura legítima del mundo. En tanto se asegura soberanía proponiendo un medio discursivo de articular las percepciones desorganizadas de la realidad, referimos a un entramado semántico al nivel de la fantasía, desde donde se coordina el campo de la imagería individual.

El carácter fundamental del ajuste al eje de la fantasía en un nivel individual radica en que esta “soporta el «sentido de realidad» del sujeto: cuando el marco fantasmático se desintegra, el sujeto sufre una «pérdida de realidad» y comienza a percibir la realidad

²³⁵ Cf. Nuestra exposición del dispositivo en la página 21

²³⁶ Fernández (2011) 11

²³⁷ Fernández (2011) 14

como un universo «irreal» pesadillezco”²³⁸. Traduciendo esta cita a los conceptos que se han empleado hasta ahora: el sujeto está en constante posibilidad de experimentar una “pérdida de realidad”, categoría psicoanalítica isomórfica a la “crisis de presencia” puesto que ambas formulaciones designan un estado de *meta-locura* –pues la locura constituye un lugar integrado a partir la exclusión, siendo el correspondiente a *lo diferente*– pero la crisis conforma un lugar marginal, sin parte ni sitio en el orden racional, ni siquiera dentro de *lo diferente*. Entonces, dentro de este estado, la posibilidad de restituir la presencia ante una realidad no-enmarcada y amenazante es producir un discurso coherente con la fantasía que permita al sujeto constituirse un lugar en el continuo de la comunidad. Este proceso es gestionable a través de las instituciones universitarias, sedes de la producción discursiva que preparan al sujeto para producir (un *exceso de*) realidad desde donde parezca seguro pensarse.

El dispositivo de la producción de saber está instalado sobre la institución educativa de nivel superior y desde allí formula los saberes requeridos para mantener el funcionamiento de la comunidad. Aun así, no hay por qué suponer homogeneización en los discursos que son pertinentes para hacer legible la realidad concreta de cada sector comunitario, por tanto se requieren formaciones específicas, no siempre compatibles entre sí. Es entonces cuando vuelve a aparecer el carácter bélico de las disciplinas que trabajan alrededor del concepto de ser humano, ya que en la medida en que se plantea un orden discursivo a partir de donde tornar accesible el dominio soberano de la realidad, el sujeto enunciador se adscribe al bloque correspondiente, con la carga de ordenación simbólica que ello implica. La conformación de antagonismos tiene un anclaje en la educación de donde emanan los discursos, por lo que la misma institución forma parte de la lucha entre fracciones, y en función de ello ejerce las estrategias de lucha. No hay formación neutra en lo que respecta a las disciplinas que formulan saber acerca del género humano, la misma pretensión de neutralidad es una posición en pugna contra las otras. Si la relación del sujeto con la verdad se matiza sobre el fondo epistémico de las posibilidades enunciativas, hemos de considerar las situaciones que regulan dicha relación. Un par de las directrices a partir de donde pensar las génesis de los enunciados con estatus de verdad es considerar la presencia de una entidad discursiva que ocupa la postura del eje espectral, y el papel de la instancia educativa en la prescripción de prácticas legítimas para la elaboración del saber válido-científico.

²³⁸ Zizek (2010) 31

3.1 Entidad discursiva

1. Al momento de trabajar con conceptos en cualquier disciplina es preciso considerar que éstos son secundarios –o al menos están fuertemente asociados– con respecto del individuo que los formula, y es a esta figura a quien se adjudica a modo de propiedad la puesta en marcha del concepto²³⁹ al interior de un circuito de inteligibilidad, o de un aparato explicativo. Ahora bien, hemos de considerar que por un lado la figura del autor en tanto sujeto humano que redacta, asociado con una biografía, vinculado emocionalmente con otros humanos, inmanente a un cuerpo susceptible de enfermar y la figura discursiva formulada, colocada en registros bibliográficos, relacionada de variadas maneras con múltiples entidades tanto humanas como enunciativas, trascendente a las existencias individuales de los seres; estas dos figuras, aunque se traslapan en varios puntos, no coinciden totalmente una con la otra, sea en términos de tiempo, de espacio, de posibilidades en relación con otras instancias. De modo tal que surge la necesidad de definir a qué nos referimos con el concepto que de manera recurrente y sistemática hemos empleado para referir algo parecido a las formaciones discursivas foucaultianas, a lo espectros derrideanos, al UNO tiqquniano, a los momentos laclunianos: las *entidades discursivas*. Primero enmarcaremos la instancia autoral, con nombre propio y existencia humana, en su respectivo cuadro de funciones, y después delimitaremos la cualidad específica de una entidad discursiva.

1] Entonces el primer problema es lo perecedero de la vida humana, partiendo de que el autor en tanto individuo existe empíricamente pero tiende a desaparecer dentro de su escritura, puesto que ésta apunta hacia lo externo (a un fuera-del-sujeto escribiente), la huella autoral queda en la obra, en la escansión del estilo, en algunas frases destacadas; pero la biografía es un correlato adicional, un recurso explicativo para el origen de la obra, un retículo de situaciones cronológicamente ordenadas a partir de donde pueden inferirse los intereses, motivos o razones para que se escribiese lo que se escribió, pero no es el eje medular para la interpretación ni para la lectura. En la gran mayoría de los casos es indiferente conocer la vida del individuo autor para comprender lo escrito por él, salvo a cuenta de hacer precisiones o matizar en el sentido que pretendió brindar a sus enunciados. La producción literaria adquiere el sitio principal, cuya propagación de ideas en forma de juego de signos significantes relega a un segundo plano el significado más o menos personal que deja a modo de huella el autor²⁴⁰; se torna más relevante mantener el escrito fiel a la redacción original (la estructura ordenada de los significantes) que el ajuste interpretativo (el significado extraíble). La intención en este punto no trata acerca de conservar dentro del lenguaje la presencia de un sujeto, sino de conservar el lenguaje mismo en forma de discurso plasmado materialmente, en su forma más perdurable posible. Aunado a este proceso de borradura individual por parte del autor en su auto-neutralización a través de la obra, queda definir la relación del autor con su obra en la

²³⁹ Foucault (1998) 38

²⁴⁰ Foucault (1998) 39-43

coyuntura de las fricciones por conservar los rasgos plasmados y por borrar las huellas sobre la existencia empírica del autor en tanto sujeto individual.

Una segunda cuestión acerca de la autoría es que el nombre de autor conjunta características de la función descriptiva y designativa del lenguaje, aglutina el total de representaciones sobre alguien en específico que además abarca la producción de obras, con las ideas representativas contenidas en ellas y la agrupación de los textos en clases, exclusiones, oposiciones y delimitaciones respecto de otros. Ello le otorga un estatuto distinto al resto de los nombres propios en tanto que caracteriza la forma de un discurso, relacionando de manera concomitante la utilización (pretendidamente) homogénea de los textos y la relación de éstos con una cierta cultura o sociedad²⁴¹. La autoría es una acción “aristocrática” en el sentido deleuziano, donde se ejerce la facultad de olvido como principio regulador –olvido que ejerce el autor sobre sí mismo, relegándose a la inexistencia material a cambio de sustentar una existencia discursiva–, al tiempo que afirma su presencia más allá de los límites dictados por la fugacidad orgánica. El nombre prevalece, comporta la vida, pero también y de manera más significativa, contiene el conjunto de premisas, sentencias, opiniones, oraciones, principios de inclusión, en fin, toda la estructura normativa de una escritura acerca de un campo preciso de realidad.

El autor va dejando de aparecer como una figura al perfilarse más como una función, cuyo objeto es la apropiación de los textos y que convierte al discurso en bien simbólico. Este rasgo se vincula con la proletarización de la producción teórica en su forma escrita –ingreso de los intelectuales al trabajo asalariado académico desde el siglo XVII–, cuya teleología es identificar para regular a los escritores y la producción de éstos, la puesta en circulación de determinados escritos (estrategia *supresiva* y de vigilancia), circunscribiendo y determinando un universo de discursos posibles. Derivado de este filtro el nombre de autor opera como indicador de la cualidad del trabajo textual, en estricta correspondencia con la fiabilidad de las ideas plasmadas. Imprimir el nombre de autor es un gesto que opera a modo de bautizo²⁴² –asignación de un nombre– para el orden de discurso que instaura: así la física *galileana*, la filosofía *kantiana*, o la tragedia *shakespeareana* responden a una denominación que al mismo tiempo enfatiza las normas gramático-sintácticas que caracterizan la escritura de un autor. A partir de este momento el nombre se convierte en un baremo de valor –y en una fuente de valoración a priori–, coherencia o consistencia teórica, unidad estilística y punto histórico de referencia.

Además del contexto escritural, el autor puede situarse –con frecuencia lo hace– en una posición “*transdiscursiva*” como creador de una doctrina, enfoque o teoría donde quedan contenidos otros textos y autores “menores”. Quienes ocupan esta posición, además de crear obras crean la posibilidad para encuadrar la producción futura dentro de una línea específica de pensamiento, pero con la característica de permitir cierta variabilidad de conceptos, pues el reconocimiento de una doctrina bajo un nombre específico funciona como eje espectral, director de las máximas desviaciones permitidas respecto de sus premisas básicas, de los objetos susceptibles de analizar, las relaciones

²⁴¹ Foucault (1998) 39-46

²⁴² Foucault (1998) 47-52

posibles a plantear entre factores, de los vínculos de interioridad/exterioridad con otros discursos y de las normas gramaticales propias a cuales apegarse (recurrencia de conceptos). Es importante marcar que, en la fundación de una ciencia, las diferencias pueden hacerla aparecer como un conjunto particular dentro de principios más generales; como acto intuitivo que debe ya sea formalizarse nuevamente o refutarse; o como dominio de validez cuyos límites hay que delimitar rigurosamente. La ciencia se relaciona con sus mismos hallazgos con relación a un objeto, y en función de éstos se valida²⁴³ cada vez que ocurre un nuevo punto de inflexión en la historia de su desarrollo.

2] Acerca del proceso escritural, el sujeto es originario en la producción discursiva, pero no es genuino en tanto redacta canónicamente, quedando sus opciones viables entre la expresión de la cotidianidad a modo de fiel reflexión sobre la realidad, o el salto hacia los márgenes del discurso ya existente, a partir de donde amplía el campo de saber al rechazar las prescripciones previas, pero lo hace a partir de mostrar la limitación del mismo esquema antecesor, sujeto no-genuino pues el curso del desarrollo científico puede revolverse en un mismo estado hasta saturar las posibilidades del marco explicativo, a partir de cuyo momento eventualmente surgen estados de crisis, y para ello ningún sujeto es indispensable, aunque ciertos cambios son operados de modo magistral por individuos específicos –nombres como Newton o Einstein entran en este rubro. El escritor ejerce una función variable y compleja, de acuerdo con su aparición en ciertas circunstancias y bajo ciertas formas en lo correspondiente al lugar/momento históricos en que surge, así como la situación bajo la cual lo hace; también determinan la cualidad de la posición el tipo de funciones que ejerce y las reglas bajo las cuales lo hace²⁴⁴ – considerando tanto las determinaciones lingüísticas como las ideológicas, económicas, sociales-de clase, etcétera–. O sea, el sujeto existe y potencialmente puede ejercer la función de autoría, lo relevante es identificar el evento que circunscribe tal ejercicio. El sujeto no es absoluto, para conceptuarlo es necesario hacerlo con referencia a algo y dentro de márgenes relacionales específicos. El desaparecer del autor, la borradura de la huella no necesariamente implica desaparición empírica de facto del sujeto, sino su posterior evolución (o al menos transformación) en una forma más discursiva que empírica.

Esta forma no-empírica de presencia es la *entidad discursiva*. El tipo de forma discursiva que nos interesa es aquella que sirve como medio de transmisión para los preceptos ideológicos a través de conceptos científicos, de allí que consideremos el espacio académico y su arquitectónica como el enfático para atestiguar su aparición. En oposición a las características definitorias del autor, las entidades de este tipo no expiran según la duración de una sola vida humana, pueden extenderse a través del tiempo y de las publicaciones de varios autores. Son una constante que interpela a los sujetos, quienes se adscriben “dentro” de ella, pudiendo reconocerse y diferenciarse a través de las prácticas comunes que realizan en las aulas o en los laboratorios escuchando la palabra docente, en las bibliotecas consultando los textos almacenados en el archivo, en

²⁴³ Foucault (1998) 53-56

²⁴⁴ Foucault (1998) 60-67

las reuniones gremiales donde participan los miembros de la disciplina (congresos, seminarios). No tienen una fecha determinada de nacimiento o de muerte, en todo caso pueden marcarse puntos o eventos históricos a partir de dónde situar el auge o el desuso, cosas como la publicación de un libro, la trayectoria de un autor, alguna frase, declaración o tesis formulada acerca de ella sirven para indicar el desarrollo de la entidad, pero ésta por sí misma tiene una existencia de “meseta”, sin principio ni fin, sino siempre en una continuidad que no tiende hacia un final perceptible. La entidad aparece en un conjunto de textos, pero no se reduce a ellos, está expresada en las normas enunciativas inmanentes a cada uno, en la lógica implícita que organiza los conceptos empleados y las relaciones entre los objetos tratados. Consta de axiomas –que pueden o no estar explícitamente redactados– presentes a lo largo de todos los documentos, que los atraviesan a modo de ejes semánticos generales; operadores apodícticos subyacentes en el modo de plantear los problemas, de organizar las premisas, de presentar los razonamientos, a partir de los cuales cualquier texto del conjunto es compatible con cualquier otro, y también cuenta con reglas sobre cómo diseñar los instrumentos que dan cuenta de la realidad, el modo de aislar las variables importantes para asegurar la observación controlada. La acepción que se hace de los objetos construidos es también semejante, se consideran como datos significativos los mismos segmentos de realidad, con grados variables de énfasis, pero remitiendo en cada momento a un modo particular de definir las condiciones ontológicas de las cosas para que entren en el campo de estudio. Según el grado de especificidad y la precisión de las definiciones, va siendo crecientemente importante conocer la teoría antes de presentarse a la experiencia: a mayor sistematización metódica –con su más exacto recorte de las observaciones pertinentes–, más necesaria es la sólida formación teórica.

La formación entitaria no responde a la permanencia necesaria de un individuo, incluso cuando (o a pesar de que) sea nombrada tras el fundador, lo relevante no es tanto la enunciación incesante de sus principios, sino la actualización de éstos en un campo cada vez más amplio o más preciso (ambos movimientos suelen ir intercalados en intervalos desiguales). Mientras la entidad se mantenga vigente, los múltiples sujetos enunciantes pueden surgir y perecer, pero lo que queda al final, por encima, antes de su aparición y después de su deceso, es la forma discursiva. El carácter normativo y la cualidad inclusiva son los factores relevantes en el contexto de posibilidad para que los sujetos puedan reconocerse como interpelados, según qué tanto las premisas y los desarrollos de la entidad les permitan hacer una lectura coherente de su situación vivencial concreta, a partir de donde pueden establecer una realidad, reconociendo a los pares que se involucran en las mismas actividades materiales, pero también a aquéllos que forman parte de la misma lógica, detectando las marcas semióticas en el discurso enuncian (sea que hablen o escriban). El escribir como adscrito a la entidad garantiza la permanencia de ésta a pesar de la muerte individual, asegura que permanece ese *nosotros indistinto* que es el discurso, por tanto el perecer de uno solo pierde el toque trágico, pues se mantiene una proyección al futuro en la medida en que prevalezca el conjunto de todos los testimonios escritos. Esta seguridad existencial, antes atribuida a la religión y luego a la nación, es también accesible a través de la formulación de una entidad que permita dar cuenta de la realidad, ya que a fin de cuentas, tanto los entes religiosos como nacionales son elementos articulados junto con otros tantos dentro de un discurso; de este modo, lo

que denominamos “cristianismo” es una entidad discursiva general que tolera variaciones a su interior, en donde pueden rastrearse las huellas de las mismas premisas pese a que la dispersión de los nuevos puntos formulados sea heterogénea. Este punto es el principal garante de adscripción, en donde se genera la vinculación emocional entre cada individuo y la entidad discursiva; en la medida en que hay una mediación emocional, la militancia queda más profundamente asegurada.

La entidad tiene un nombre asociado que responde a un criterio de identificación más que a un mote propio que designa a un solo sujeto, por el contrario, bajo el rótulo se agrupan cantidades incontables de sujetos, poblaciones que es posible denominar. La etiqueta funciona como todas las denominaciones, sintetiza gestos, palabras y juicios de valor en un solo significante (vacío por sí mismo) a partir de donde se ordenan las cadenas de significantes subordinados de acuerdo con las secuencias de encadenamiento que los parámetros gramaticales propios del sistema permiten formular. Los juicios acerca de las cosas, del mundo, de los demás sujetos se mantienen explícitos para ser efectivos, pero presentados no como asociaciones lingüísticas contingentes, sino como un discurso necesariamente racional. Para asegurar el estatuto, condensa una serie de posiciones que deben ocupar los sujetos para que sus enunciados puedan ser considerados como verdaderos, y la estructura de especialización garantiza volverse cada vez más experto, ocupando la posición de autoridad hermenéutica para decodificar los documentos archivados, *impresos* por mostrar del mejor modo los preceptos directores del discurso. Una entidad discursiva es todo aquél sistema de enunciados que aporta una lectura coherente de realidad, aportando seguridad existencial y disponiendo de un método para ampliar/profundizar el campo de experiencia explicable. Puede pretender el carácter científico, y puede ser compatible tanto con formas de pre-comprensión cultural como con distorsiones ideológicas.

2. La organización del discurso en entidades con pretensión de validez epistémica puede tomar distintas formas según la aplicación de estrategias retóricas para dominar ciertas posiciones y asegurar la circulación de sus enunciados. Una de estas es la que denominamos *ideología científica*, concepto que parte de la consideración donde la teoría precede necesariamente a los hechos –a la delimitación de rasgos significativos en la observación–, siendo requerido un esquema conceptual que permita configurar la realidad para detectar los objetos que refiere el discurso. La existencia de una red de conceptos para guiar la experiencia de la realidad parte además de un motivo, tiene una razón para existir de tal modo, y es que “sólo la razón dinamiza la investigación, pues ella sugiere [...] la experiencia científica”²⁴⁵, a lo que agregamos que la experiencia de conocimiento en general es dirigida por un esquema discursivo, porque todo conocimiento es producto de un interés, es creación de una respuesta a partir de un interrogante, pues no existe el conocimiento científico dado de antemano sin una construcción *noética* previa. Formulamos estos enunciados porque defendemos la “necesidad de la teoría y [su] prioridad sobre la experiencia”²⁴⁶ para comprender todos los mundos en la medida en que

²⁴⁵ Bachelard (2013) 20

²⁴⁶ Canguilhem (2005) 30

es justo la teoría, la articulación discursiva de las percepciones desordenadas y de los productos empíricos aislados, lo que permite suponer continuidades entre los fenómenos, lo que moldea las expectativas hacia cómo debe comportarse la realidad, lo que indica el tipo de instrumentos a diseñar según las variables pertinentes a aislar. El impedimento para transmitir sensaciones que es contrabalanceado con la posibilidad de transmitir significaciones es congruente con esta acepción: la experiencia personal discreta es intraducible, sin embargo podemos partir de una continuidad entre las experiencias de todos los seres humanos, puede hacerse abstracción de un evento no-experimentable para dar cuenta de fenómenos en un nivel abstracto, necesariamente lingüístico. Una ideología científica cumple con los requisitos de toda forma ideológica: es no-falseable y no-modificable, es una falsa creencia consistente en “[una] representación de realidad natural o social cuya veracidad no reside en lo que dice sino en lo que calla”²⁴⁷. Los obstáculos a la explicación teórica determinan el límite del campo abarcable por la disciplina, así como demandan modificaciones a la teoría según las premisas que acepta como válidas, las relaciones entre conceptos-objetos, la modificación de las hipótesis normativas o el rechazo del modo hasta entonces actual de proceder, en pos de un método que pueda explicar satisfactoriamente al fenómeno constituido en obstáculo para la formulación previa. Esta nueva modalidad enunciativa ocurre en el mismo orden de discurso, donde aparece influencia ideológica si en la operacionalización técnica se persiguen las premisas sustentadas por la teoría previa, pese a ser reconocida su obsolescencia²⁴⁸.

En este contexto, el científico que topa con el obstáculo, percibe, despliega un estado emocional y articula con una denominación lingüística en las posibilidades idiomáticas; tiene lugar una *juntura* –en forma de ideología científica o pragmática– en el sujeto ante un evento que difiere de lo esperado. Si bien quien detecta la inconsistencia entre la teoría y los eventos, y quien enuncia la nueva teoría no necesariamente son la misma persona, quien ocupa la primera instancia deja precedentes para una entidad discursiva independiente y en ruptura con las formulaciones previas. Tal entidad resulta concretada en la figura del autor que teoriza, quien vuelve verbo su carne invirtiendo la parábola bíblica, quien escribe para ser leído por otros y sobrevivir en forma de discurso. Con ello no pretendemos indicar una eminencia general de la teoría sobre los hechos, pues es evidente que en ciertas disciplinas los eventos ocurren del mismo modo independientemente de la creencia en la teoría: asuntos como la constante de aceleración gravitacional en la caída libre de objetos siguen ocurriendo independientemente de que se crea o no en la ley de gravitación universal; sin embargo, para el estudio de realidades humanas, el encuadre de la teoría es fundamental para que aparezcan determinados fenómenos, y entonces la creencia en factores como la ideología o el inconsciente son determinantes para la obtención de datos. El autor que teoriza de modo que permite interpretar de manera coherente la realidad ocupa una posición privilegiada, y su discurso se mantiene en la medida en que siga siendo posible hallar datos empíricos que

²⁴⁷ Canguilhem (2005) 55

²⁴⁸ Canguilhem (2005) 50

confirman sus proposiciones. Un caso ilustrativo es el término de “ego depletion”²⁴⁹ acuñado por Baumeiser²⁵⁰, derivado de concebir la voluntad como una energía o un recurso limitado, que disminuye con cada utilización, de modo que la realización de un acto “voluntario” causa un detrimento en la reserva de voluntad disponible para efectuar un siguiente acto de volición. El documento donde fue presentado el concepto contiene cuatro situaciones experimentales cuyas conclusiones parecen apoyar la hipótesis de la disminución de la voluntad a través de exponer a los sujetos ante situaciones donde era preciso ejercer algún tipo de auto-regulación: en uno de los experimentos se colocó un recipiente con rábanos junto a uno con galletas con chispas de chocolate, y se dividió a los participantes en tres grupos (dos experimentales y un control) , a cada uno de los cuales se les dieron las mismas indicaciones salvo respecto a lo que debieron consumir: los de un grupo debieron consumir al menos dos o tres rábanos, mientras los miembros del segundo debieron consumir al menos dos o tres galletas (y los del grupo control no fueron sometidos a la presentación de los alimentos), después de lo cual se les expuso a resolver una tarea de solución de problemas diseñada específicamente para ser irresoluble. Las sesiones de prueba fueron individuales. El resultado de este estudio indicó que –asumiendo que se requería ejercer auto-control para abstenerse de comer galletas cuando se indicaba comer rábanos– quienes debían hacer uso de la voluntad durante la primera parte de la situación, tardaron menos en rendirse ante la prueba de solución de problemas.

El estudio original es expuesto aquí en sus líneas más generales, pues no es este el lugar para tratar a profundidad la materia, siendo que el objetivo de traerlo a colación es ilustrar las relaciones entre la función del autor con la producción de conceptos y las condiciones para la permanencia de la red que éstos conforman. Entonces, el fenómeno de “ego depletion” abrió un campo de investigación durante casi de 20 años en el terreno psicológico, con publicaciones constantes que aportaron datos para sustentar la creencia en que efectivamente la fuerza de voluntad era un recurso limitado. Los autores crearon un concepto que permitía interpretar de manera coherente un amplio abanico de fenómenos respecto a cuestiones como el aprendizaje, el apego a (o seguimiento de) dietas o la búsqueda y consecución de pareja; dentro del orden discursivo de la psicología apareció una manera legible de aproximarse a ciertos sectores la realidad humana individual, que incluso recibió apoyo institucional. Si bien recientemente el concepto fue puesto en duda por Carter y McCullough²⁵¹ al tratar de replicar experimentalmente los resultados del estudio original –sin éxito y apuntando a la presencia de sesgos en las investigaciones publicadas–, el fenómeno aportó un sustento a la creencia en una cierta fuente limitada pero renovable de energía, a la concepción de las determinantes de la conducta humana como un flujo energético, e incluso funciona para ilustrar la relevancia de la creencia en la conducta desplegada²⁵². Los conceptos funcionan en la medida en que permiten interpretar alguna parte de la realidad al aportar un modelo coherente para

²⁴⁹ Expresión que puede traducirse libremente como “detrimento del yo”

²⁵⁰ Baumeiser, Bratslavsky, Muraven, y Tice (1998) 1252-1265

²⁵¹ Carter y McCullough (2014) 1-11

²⁵² Job; Dweck y Walton (2010) 1686-1693

entender la experiencia concreta, y particularmente cuando el objeto de estudio involucra seres humanos, no puede barruntarse la premisa de que la realidad estudiada tiene un fuerte componente lingüístico y social. En el ejemplo que expusimos, la huella aparece en forma de adecuación pragmática, de instrumentalización metodológica para evaluar la presencia empírica (indirecta a través de interrogar a la medición que permite obtener los datos –“la evidencia”-) de una cosa.

Ahora bien, la cualidad inherente a toda teoría de ser limitada por las evidencias, junto con la duda contemporánea y generalizada acerca de la razón como directriz de la acción humana, del progreso como destino histórico definitivo de las comunidades y del dominio sobre la naturaleza como cuestión que asegura el control, que caracterizan el estilo convencionalmente identificado bajo el rótulo de posmodernidad, da pie a una emergencia de discursos múltiples con pretensiones de integrar las experiencias de realidad en un conjunto de posiciones coherentes, que permita posicionarse de modo seguro con respecto a la realidad. Si consideramos que la disipación de la seguridad que brindaban los discursos modernos implica también una re-configuración del campo perceptual, en un entorno que no necesariamente resulta seguro, entonces es una consecuencia casi necesaria el que se presenten micro-crisis de presencia por todo el retículo social. Considerando ahora que el modo de sobreponerse a la crisis se relaciona con la nueva instauración de una soberanía sobre el mundo en forma de discurso racional (pues la sensibilidad queda relegada a componente de la animalidad), es sencillo comprender el contexto de posibilidad para un *exceso de realidad*, una multiplicidad de discursos, de presencias tratando de convertirse en verbo al imponerse como instancias de producción discursiva.

Asistimos al desplazamiento de la experiencia sensible hacia el habla –de la lingüistización de la sensibilidad para su puesta en discurso–, junto con un decremento en el valor de la negación –el “decir no”– para evaluar discursos, pues la prolífica aparición de éstos vuelve una empresa complicada separar aquellos con algún anclaje funcional a la realidad local, de los que no muestran esta característica. Enorme enunciación de sistemas axiomáticos sin conexión entre sí, sobreabundancia de procedimientos para establecer realidades incompatibles y mutuamente excluyentes; fenómeno que corresponde al dominio de la sinrazón –situación marginal producida por las operaciones de una racionalidad instrumental–, y que sin embargo enmarca el espacio de acción para la irrupción de formas de expresión. La *verdad* aparece como múltiple, tan local que deviene en una variedad de formas dispersas, cada una construida concurrentemente a través de las ideas impresas –en los libros pero también en folletos, en blogs, en fanzines– y se propaga en los discursos. La articulación entre este par de procesos también se apoya en varios medios de conservación, pues el archivo entendido como soporte material para la producción discursiva tiene actualmente varias formas antes inexistentes, en donde la impresión y la propagación no son directamente diferenciables: los materiales de registro –como cds, dvds, videos en plataformas virtuales, podcast, programas televisivos– incluyen tanto el discurso formulado en su forma cristalizada, a disposición del intérprete, como la enunciación “inmediata” por una figura de autoridad hermenéutica al interior del contexto de práctica discursiva; la distribución de estos

materiales opera de modo similar al modelo de construcción comunitaria, en la medida en que las sedes de agrupación son los sitios donde uno puede acceder a los registros, allí uno se reconoce como interpelado por la entidad discursiva de modo simultáneo con la identificación de otros sujetos que comparten experiencias similares. Los recintos de práctica “cientológica” son paradigmáticos al respecto, citemos el ejemplo en que cuentan con volanteros en las inmediaciones del edificio, quienes invitan a asistir a proyecciones de videos donde se muestra el discurso junto con una serie de ejemplos ad hoc, luego permiten a los asistentes adquirir una copia del video al que atendieron en conjunto, al tiempo que entregan una cantidad de panfletos que versan sobre temas adyacentes. La difusión del discurso no requiere tanto de la re-actualización pronunciada por un individuo presente cada vez, para acceder a una población.

Con las entidades generadas en ambientes institucionales-académicos el proceso es similar: revistas especiales, editoriales con publicaciones regulares, ciclos de conferencias, blogs, plataformas virtuales donde almacenar la información; todo un conjunto de lugares recurrentes para organizar la práctica de la comunidad, en la que un individuo se asume como perteneciente al tiempo que “habla un idioma” disciplinario –con sus correspondientes asociaciones canónicas e *ideológicas en-sí* (mitos, presupuestos-sobrentendidos, literalizaciones retóricas)–. El saber occidental se construye sobre las posiciones de legitimidad (la autoría por ejemplo), y si bien la instancia de estatuto oficial no está vinculada por una relación de necesidad con el tipo de formaciones discursivas en una comunidad, es importante retener que incluso al nivel de la práctica positiva “desde abajo” se mantienen las estrategias de legibilidad aportadas por la institución oficial (la universidad, en este caso). Por tanto, abordamos a continuación la formación de individuos en posición de formular discursos con estatus científico para la explicación de la realidad.

3.2 Universidad. Educación y proyecto de individuo

1. La comunidad nacional imaginada se delimita en concomitancia con los centros de educación/formación, siguiendo un modelo isomorfo al de la comunidad religiosa: 1] Hay centros de peregrinaje hacia los cuales se dirige la población que conforma el grueso de los adscritos a la comunidad en construcción. para los educandos son constituidos por las escuelas en su jerarquía ascendente, que a su vez forman otras comunidades en su interior de acuerdo con la segmentación del alumnado por grados, edades, géneros o cualquier variable pertinente, en todo caso, los alumnos pasan por una serie de edificios institucionales, cada uno de los cuales presupone el tránsito por los previos, asegurando que la experiencia es en sus trazos generales la misma para todos los que se encuentran en un momento dado dentro de los mismos muros; mientras que para los fieles existen distintos sitios de valor sagrado, jerarquizados a través de varias características como el tamaño del edificio (así una catedral es necesariamente mayor a una capilla), las actividades rituales que son realizadas diferencialmente en función del estatuto del practicante, el correlato histórico de ciertos lugares con momentos en la estructuración de la fe, la cantidad de personas que asisten o el rango del oficiante, y el transitar por cada uno de estos sitios muestra la filiación con la institución eclesiástica; 2] dentro de los respectivos recintos todos los asistentes desempeñan las mismas actividades al tiempo que realizan el mismo viaje²⁵³: las actividades de los asistentes están organizadas temporalmente de acuerdo con los mismos intervalos que determinan las pautas conductuales: así como el recreo en las escuelas marca un periodo de relativa libertad para desempeñar actividades independientes del estudio o la rotación de los profesores delimita los momentos en que los alumnos se dedican a ciertos contenidos, del mismo modo las fechas litúrgicas marcan intervalos de actividad relativamente independientemente de los quehaceres civiles, o bien, las palabras del párroco determinan que los feligreses se consagren a ciertas actividades (y en ciertas posiciones). De esta forma, según las fronteras del peregrinaje son los límites de la comunidad imaginada.

Sobre la comunidad nacional como eje de articulación para las prácticas religiosa y educativa, el argumento ejemplar aparece aportado por la historia de las colonias, ya que en ellas se presentó un fenómeno especial, consistente en la aparición de una *juventud nacional*, que es “la primera generación que en un número significativo había adquirido una educación europea, lo que la separaba en términos lingüísticos y culturales de la generación de sus padres y de la mayor parte de sus coetáneos colonizados”²⁵⁴. Este rango de la población fue el que, a modo de criollos, comandó las revoluciones burguesas que desembocaron en la independencia de la colonia. Pero el proceso es un tanto más complejo que la diferenciación por una formación educativa novedosa, pues el llegar a ser una entidad nacional independiente estuvo apoyado tanto en estrategias –con una fuerte carga retórica– originadas en la práctica religiosa como en la implementación de un

²⁵³ Anderson (2013) 171-172

²⁵⁴ Anderson (2013) 169

discurso educativo que garantizara la difusión de la idea relativa a reconocerse como parte de un conjunto poblacional determinado, esto es la nación. Por lo tanto, para que asegurar la coherencia de un discurso nacionalista, fue pertinente tomar en consideración la fuerza existencial religiosa más la disposición del aparato educativo de formación, con lo que se pretendió producir un tipo específico de sujetos que simultáneamente atravesaran por dos ejes constitutivos de su percepción como sujeto-de-algo, siendo sensibles a un complicado entramado de demandas inyungidas por entidades discursivas formuladas en ordenes no siempre compatibles entre sí.

2. El interés de tomar a la educación dentro de un contexto académico como herramienta de formación nacional con estatuto de científica, es conformado por varias características que la hacen ideal para servir a tal propósito. En primer lugar está la ejercitación de la actitud pasiva y receptiva por parte de los alumnos hacia un seguimiento discipular del profesor, quien se encarga de asegurar el ejercicio sistemático de una habilidad para observar, suspendiendo los juicios en pos de una apreciación total de lo que acaece ante sus sistemas reactivos. La labor del docente es guiar a los individuos en la habilitación para estas competencias, indicando qué detalles en la experiencia son significativos para construir a partir de ellos un saber: aporte empírico-conceptual, segmentación de las áreas que en la realidad se corresponden con los conceptos en la teoría; así como delimitar las normas de aislamiento instrumental que es preciso seguir para asegurar la “pureza” de la observación: habilitación metodológica, selección de instrumentos que permitan recluir los eventos relevantes y transformarlos en datos sensibles o escalares. La formación académica de los alumnos lleva presupuesto que el profesor es una figura de autoridad por su competencia en el terreno del que habla, por tanto es necesario para el aprendizaje dar por sentado que la sumisión cognitiva es condición previa para un posterior desarrollo al menos al mismo nivel. Ejercer una observación desprovista de juicios de valor ocupa el lugar de la mayor garantía para formular conocimiento *objetivo* acerca de los fenómenos, sentando la base de una ciencia parcelaria en el campo de la realidad. Observación tanto más pulcra en cuanto disponga de medios para confirmar la distancia mantenida entre el observador y la materia observada. Volveremos sobre este aspecto. La actitud científica del periodo moderno está relacionada en primer término con el sujeto ejercitante de un *modus cogitans* fenomenológico, competente en la capacidad de *epojé*, implicando la ausencia de juicios, la puesta entre paréntesis de la toma de postura²⁵⁵ –entendida como la abstinencia de elegir: dudar (y mantenerse en suspenso) ante las posturas existentes y existenciales-.

En segundo lugar aparece la característica de moldear la visión de la realidad en paralelo con la ejercitación de la comprensión lectora, donde la percepción lingüística que estructura la interacción con el mundo es determinada por la práctica de la escritura y por la consulta de lo escrito²⁵⁶. La lectura del mundo y la de los libros, relación que en apariencia puede plantearse sólo como *analogía*, hace coincidir durante el periodo de formación académica los dos registros: el sujeto en posición de alumno está

²⁵⁵ Sloterdijk (2013) 37

²⁵⁶ Sloterdijk (2013) 79-82

gramaticalmente condicionado para adquirir cualquier información respecto del mundo en tanto que las fuentes donde se registran los saberes son estructuralmente escritas – incluso tomando en cuenta las plataformas virtuales con posibilidad de almacenar otros formatos de datos, la forma más frecuente sigue siendo escritural–, y los documentos consultados durante el periodo escolar se relacionan con mayor o menor profundidad con aspectos de la realidad. Hay una circularidad entre lectura y aprendizaje. Durante el lapso en que uno se encuentra a disposición de aparato educativo, se articula la relación entre el archivo en la memoria social –saberes valorados como relevantes dentro de la comunidad– y el archivo personal –saberes con los que se anuda una relación filial–, que posibilitan el contexto para devenir eminente sobre alguna parcela del saber. También aquí hay una circularidad autorreferencial entre la figura de eminencia y la instancia educativa, pues la institución es el sitio donde se agrupa la comunidad que puede validar el grado de conocimiento que cierto individuo particular puede detentar, y este mismo sujeto, conforme mayor es el grado de especialidad, se dirige si no de modo exclusivo sí principalmente a los miembros de la comunidad, quienes comparten procedimientos, normas, estilos de redacción, marcos explicativos, cánones, suposiciones epistemológicas, publicaciones especiales: todos los dispositivos de validación están anclados en una forma escrita, su forma material está redactada, por tanto la vinculación entre la realidad y la lectura permanece como natural.

Conjunción entre dos aspectos: disciplina de los cuerpos jóvenes y constitución de una comunidad científica que hegemoniza el saber dentro de la comunidad nacional. Aquéllos individuos que atraviesan por el proceso de convertirse en sujetos de la educación experimentan una ruptura entre el marco explicativo de las costumbres y el marco de la explicación correspondiente al medio institucional; son una generación necesariamente en ruptura con la previa, en tanto no pueden comprometerse con los procedimientos para establecer la realidad pre-existentes al ocupar espacio en un contexto distinto, donde se desvanece la utilidad de aplicar normas previas. La primera generación es la juventud nacionalista, las siguientes son generaciones cada vez más especializadas que responden a ser interpelados por entidades discursivas de múltiples procedencias, en niveles de explicación con un gradiente de parsimonia también variable. La academia forma a las nuevas generaciones, instaurándose como paradigma de los recintos educativos: se precisa de un sitio delimitado concreto, incluido en el entorno de la ciudad pero con leyes propias, chocantes con las de la ciudad –el *ethos* correspondiente a los profanos no es necesariamente compatible con la práctica del académico, se plantea una diferencia entre la *opinión* de los primeros y la *ciencia* de los segundos (cada palabra del par ya implica una carga de representaciones mitológica)–. Este espacio de formación consiste en un lugar “heterótopo”, campo de exclusión integrado en la ciudad, donde se desarrolla el ejercicio del pensar, so riesgo de abrigar una contra-sociedad de pensadores²⁵⁷, donde la concepción misma del riesgo es simétrica a la de las diferencias de esencia entre la práctica dentro y fuera del recinto académico.

²⁵⁷ Sloterdijk (2013) 53

3. Si se supone no sólo una diferencia sino una oposición directa entre la lógica que dirige las acciones dentro y fuera del ambiente educativo, surge de inmediato la necesidad de identificar en razón de qué elementos puede marcarse la línea divisoria, para lo cual es preciso tomar en cuenta las valoraciones conceptuales (*en-sí*), las rutinas conductuales (*para-sí*) y la mutua implicación del orden del discurso con la normatividad de la práctica (*en-y-para-sí*).

Un aspecto que salta a la vista es la cualidad que debe mostrarse en la formulación de un discurso científico para que pueda ser reconocido como tal. A nivel lingüístico tanto las oraciones construidas dentro del complejo institucional como aquéllas que hallan su posibilidad en el nivel de la charla cotidiana están subordinadas al mismo modo de producción gramatical, pueden contener los elementos que sean siempre y cuando se ajusten a las normas sintácticas del idioma en que son escritas. La inyunción espectral primera idéntica para ambas; sin embargo las demandas particulares dejan de estar enraizadas en el mismo terreno en cuanto los órdenes de discurso en que se inscriben las oraciones van requiriendo de formas lo suficiente precisas para dejar de ser compatibles: los modos de enunciación, las referencias alegóricas a determinadas ideas o a ciertos autores, el desprender su desarrollo de principios específicos, el versar acerca de objetos particulares y aproximarse a ellos de acuerdo con procedimientos convencionalmente reconocidos. El discurso de una disciplina pone en juego su archivo para hacerse notar entre los similares, así como para diferenciarse de los demás; esta táctica de remitirse a las normas enunciativas para hablar de una realidad, cuando corresponde a una ciencia y no a un modo cultural, se apoya en un sistema de conceptos con relaciones establecidas, a partir del cual tiene un margen de elucubración acerca de la materia tratada. Es esta sistematicidad la característica fundamental que dota a una forma dada de conocimiento “vulgar” –organizado en el lenguaje coloquial– del estatuto “racional” –acompañado por la forma de discurso científico–: en la medida en que corresponde a una red conceptual de relaciones entre objetos delimitados, asociada a un método para establecer la veracidad de las afirmaciones, entonces puede concederse una *razón* a lo postulado. Razón y sistema son características mutuamente constituyentes, ya que la primera organiza al segundo como un todo orgánico donde cada elemento está relacionado con los demás de acuerdo con vínculos de necesidad, implicación, suposición, consecuencia, concomitancia, simultaneidad, soporte, etc.; mientras que el sistema es la forma acabada de indicar dónde existe una racionalidad. Tal entrelazado entre el par de cualidades erige la arquitectónica como el criterio de la científicidad, ya que su función es evaluar la organicidad sistémica del conocimiento²⁵⁸ para determinar el grado de formalidad científica, y censurarlo en caso de resultar parsimoniosamente deficiente. Aunque las normas de legitimidad arquitectónica estén presentes anónimamente, sigue precisándose de una instancia que efectúe la evaluación material.

4. Anticipamos la respuesta a la pregunta: la universidad es la institución a la que corresponde el papel de representar (por hipóstasis) la razón y de mediar por ésta con la

²⁵⁸ Zizek (2008) 103

fuerza estatal²⁵⁹, sin embargo lo relevante no es tanto señalar que ocupa tal posición, sino indicar las formas en que realiza un par de funciones: 1] formar individuos disciplinados que se enfoquen en producir discursos acerca de la realidad, y 2] evaluar entre las teorías aquéllas que se ajustan mejor a un marco de racionalidad científica, integrado al (pero independiente del) campo más general de saberes culturales en una comunidad. Es imperativo no perder de vista que ambas tareas derivan del proyecto original para producir un ciudadano nacional, cuyas características delimitaremos al término. El sistema escolar está compuesto por al menos dos vertientes relevantes que se empalman con los dos objetivos: las normas en forma de técnicas o tecnologías de poder, y los procedimientos de control, reproducción e información, ambos ejercidos sobre los cuerpos de los sujetos. El primer conjunto se refiere a la dirección de los comportamientos individuales (de todos y cada uno) hacia un estándar de logro académico, mientras que el segundo ajusta los márgenes de dispersión discursiva permitidos para la producción discursiva; suceden simultáneos, operan concomitantes, se apoyan e inter-constituyen mutuamente. La universidad está racionalmente ordenada, o instalada en el orden racional, y es arquitectónicamente científica en su fundamentación²⁶⁰, al tiempo que cuenta con una rentabilidad empírica de aplicación, concretada en la formación técnica de un *saber hacer*. En este contexto, el concepto de arquitectónica refiere a la estructuración/fundación de lugares como artefactos, según el arte de los sistemas; esto es, la lógica a partir de la cual están ordenados los lugares (su distribución, tamaño, contigüidad, dispersión, sobre-determinación) de acuerdo con una finalidad funcional y estructural, es la arquitectónica. Así que el par de tareas para las cuales es fundamental el tránsito de los individuos por la escuela, es articulado por la arquitectónica de la lógica educativa en lo respectivo al adiestramiento individual de los cuerpos mediante técnicas de poder (dimensión anatomopolítica) y de la dirección del alumnado a partir de estándares discursivos (dimensión biopolítica).

En lo concerniente al punto medio que ocupa la universidad entre la fuerza estatal y la lectura positiva del mundo, los individuos encargados de operar el tránsito entre los recién adscritos hacia el rango de profesionales y de simultáneamente propagar los discursos hegemónicos son los docentes –quienes en el nivel superior además componen las filas de la *intelligentsia*–. El intelectual en función de catedrático subvencionado por el estado queda como productor de teoría proletarizado e incrustado en el retículo jerárquico. Pertenecer a la instancia académica dependiente del presupuesto estatal implica desempeñar las tareas arriba mencionadas.

Las escuelas reciben a poblaciones, imparten contenidos estandarizados, no por un oscuro afán de anular las diferencias individuales para producir trabajadores en serie, más bien el objetivo perseguido es asegurar que todos los individuos adquieran el mismo repertorio básico de habilidades, conocimientos y competencias, que posteriormente les habilite un ingreso “exitoso” en la red de producción, a cualquier nivel. La labor del docente es enseñar lo necesario durante el periodo en que tiene a su disposición a los

²⁵⁹ Derrida (2012b) 91

²⁶⁰ Derrida (2012b) 103

sujetos en formación. Ante la demanda de entregar individuos habilitados en el dominio de los saberes “pre-actuales” para el siguiente nivel en la cadena de aprendizaje, la lógica del orden académico se apoya en la docilidad de los cuerpos para retenerlos en un espacio realizando un conjunto de tareas bien delimitadas, que se integran en un proceso acumulativo con el transcurso de los ciclos escolares. Se instaura una relación asimétrica al interior de las aulas: por un lado el educador en papel de transmisor de conocimiento, en posición de sujeto activo; por otro, los educandos, en papel de receptores pasivos, acumulando la información vertida por el educador. La asimetría tiene que ver también con las cantidades de personas involucradas en ocupar cada una de las posiciones: un solo educador para grupos de educandos anula la practicidad de llevar a cabo una relación dialógica cuando la demanda es encararse de que todos adquieran los mismos conocimientos en un nivel más o menos similar.

1] Sobre la primera tarea, tenemos en consideración que el individuo capaz de *epojé* surge producto de varios factores: 1] La reflexión deja de ser objeto de preocupación para la población en general, por lo que el intelectual queda recluido en las academias desde donde se encarga de saber sobre todo y sobre nada a la vez –experto en un campo de experiencia según los cánones, pero no necesariamente competente en la aplicación práctica–, en un abanico difícilmente encuadrable de conocimientos. Surge luego el campo de la pedagogía, donde al educar niños como aprendices/discípulos, entra en vigor la práctica de subyugar humanos (posiblemente de por vida) a un esquema discursivo en pugna constante contra otros por la representación de las ideas mayoritarias, esto es, de la población perdedora, débil y ascética²⁶¹. En este sentido, en el modo de disciplinar los cuerpos de los alumnos, la educación adopta la forma de *práctica bancaria*, correspondiente al:

Tipo de relación educador-educando en que se considera el único educador del educando, en que el educador rompe o no acepta la condición fundamental del acto de conocer que es la relación dialógica; la relación en que el educador transfiere el conocimiento sobre a o b o c objetos o contenidos al educando, considerado siempre un recipiente²⁶²

Actividad docente insertada en un nicho que a su vez está dentro de una forma arquitectónica de la institución académica, si el sujeto desempeña el tipo de funciones que puede según lo que demanda la estructura, está actuando en nombre de una instancia invisible e ilocalizable. La práctica bancaria implica que el docente se reconozca como parte de un proyecto donde debe depositar conocimiento en los alumnos, que lo asuma cínicamente al tiempo que ocupa el rango de simple representante, vetando la posibilidad de dirigir los ataques contra la entidad que genera el tipo de relación de dominación. Simultáneamente:

En la visión «bancaria» de la educación, el «saber», el conocimiento, es una donación de aquéllos que se juzgan sabios a los que juzgan

²⁶¹ Sloterdijk (2013) 62-78

²⁶² Freire (2002) 113

ignorantes. Donación que se basa en una de las manifestaciones instrumentales de la ideología de la opresión: [...] alienación de la ignorancia, según la cual ésta se encuentra siempre en el Otro²⁶³

De modo que si el alumno cubre el perfil de exigencia, pasa desapercibido, pero si no lo cumple es necesariamente culpable por su mal desempeño. No aparece como concebible adjudicar culpa al docente pues representa parte de un esquema mayor, tampoco puede identificarse responsabilidad al inmaterial concepto de educación, por lo que toda posible asignación causal sobre el fracaso académico recae en el educando y en su (carencia de) habilidad para moldearse de acuerdo con los estándares del entorno educativo. El enunciado que parte del propósito para educar desde el siglo XVI indica suponer *naturalmente* ignorante al sujeto humano. A partir de suponer una ignorancia inmanente a todo individuo, tanto en términos de saber como de comportamiento, en la intención de formación educativa debe contemplarse enseñar no sólo un contenido sino también y de manera enfática un acto, a través del entrenamiento a los alumnos en un método para acceder y desarrollar la forma de razón pura²⁶⁴ acordada como garante de racionalidad discursiva acerca de la realidad.

La concepción de una relación educacional entendida como una disciplina del cuerpo en todos los parámetros posibles aparece de manera explícita varios métodos diseñados desde el siglo XIX, entre ellos el “Nuevo método para enseñar a escribir la letra inglesa”, fechado en 1858, donde se lee respecto de la relación pensada para emplear el material – un conjunto de hojas donde aparecían las letras o números en un renglón superior, debajo del cual se presentaban renglones en blanco donde el alumno copiaba los signos– por parte de los alumnos que: “Están los trazos generales que [el estudiante] procurará imitar con soltura y perfección [...] En la falsa 4ª y 5ª están las letras mayúsculas y los números, en cuyas palabras están las cinco vocales, cuya elección proporciona un ejercicio variado al discípulo”. En esta modalidad didáctica, se parte del supuesto de que empleando adecuadamente el método, el individuo “quedará expedito para copiar cualquier muestra”. Asimismo, aparecen recomendaciones sobre el modo de orientar la fisonomía completa: “el cuerpo deberá estar recto, un poco sesgado, a fin de que el pie derecho quede por el costado del asiento. [...] El brazo quedará, la mitad fuera de la mesa; si sesgado solamente el codo, el izquierdo quedará dentro de la mesa bien afirmado. Se procurará con mucho cuidado que la pluma al bajar por encima del diagonal asiente los dos puertos, cargando un poco sobre la derecha”²⁶⁵. No es solamente el aprendizaje de los signos lo que se pretende enseñar, también hay una ascesis de la proxemia que el educador ha de tomar en cuenta junto con los ejercicios de práctica que ocupan la labor del estudiante; la disciplina de los cuerpos se ejerce directamente en la forma de instaurar normas para la correcta realización de cada ejercicio.

Ahora bien, contenidos y disciplina se aprenden concomitantemente: los textos consultados corresponden a ciertos autores canónicos o a seguidores de sus

²⁶³ Freire (1970) 52

²⁶⁴ Derrida (2012b) 92-101

²⁶⁵ Granja (2004) 57

enseñanzas; el modo de concebir los objetos sobre los que versa la disciplina se moldea a través de normas para la formulación pertinente de las oraciones, apoyadas en un estilo al momento de redactar, cantidad de palabras, orden de presentación argumentativa, secuencias lógicas para extraer conclusiones, relevancia de algunos datos en detrimento de otros, delimitación de los experimentos, ajuste del instrumental; los ejercicios, ejemplos o experiencias que suceden tras consultar la teoría que delimita el campo de realidad pertinente son confirmaciones de los postulados más que puestas a prueba sobre la viabilidad de hipótesis, fungen como vinculaciones empíricas que permiten articular lo escrito en la teoría con lo percibido en el aula-laboratorio donde el éxito no incumbe a la teoría, sino a la adecuación del alumno para plantear relaciones en la realidad que se correspondan con lo observable a partir de los conceptos aprendidos. Moldeamiento de conductas para aislar los datos relevantes, ejercicio de las rutinas discursivas que marcan la pertenencia a la comunidad científica, anudado ostensivo entre la experiencia y su interpretación teórica. Esta descripción corresponde con la actividad de formación, por lo cual no puede desprender consideraciones acerca de la actividad científica posterior, sin embargo apuntamos que en el modo de aprender están las bases para el modo de conocer una realidad.

Asimismo, el conocimiento impartido en la institución como objeto y como contenido, se separa en dos modalidades según el modo de adquisición²⁶⁶: es racional aquél que deriva de los principios acerca de la realidad, orientado hacia la producción de razón –en forma discursiva teórica–; es histórico el proveniente de los datos empíricos, consistente en la imitación de una razón –en formato discursivo prescriptivo– trascendente al aprendiz. El primer tipo marca las normas y procedimientos para establecer la realidad de algún tipo específico, empatando los conceptos en su red de inter-relaciones con elementos de situaciones en donde a cada palabra corresponde un valor, este nivel es susceptible de validación lógica a nivel de consistencia interna entre conceptos. El ejemplo y el ejercicio de aplicación juegan un rol determinante en la exitosa comprensión del lazo concomitante entre teoría y realidad concreta. El segundo tipo de enunciados también se relaciona con una normativa, pero ésta apunta en la dirección del control situacional: corresponde al individuo disponer de las condiciones ideales para registrar aquello que aporta los datos significativos, todo lo cual atraviesa por la regulación conductual que ejerza el sujeto sobre sí mismo: Momento de medición, empleo de instrumentos, correlación entre registros, aislamiento de variables distorsionantes, control de los cambios en la situación, administración precisa de variaciones en las variables.

En tanto lo que todo lo que se aprende queda contenido en la categoría de conducta, el concepto de ejercicio adquiere relevancia en la actividad didáctica, independientemente de su circunscripción en un contexto institucional de educación. El aprendizaje es también un tipo de práctica grupal, particularmente si tomamos en cuenta que un saber con estatuto de científico requiere de la validación comunitaria. De este modo, situamos al ejercicio científico en un contexto de ascesis, donde el individuo hace las cosas mejor o peor según los criterios definidos por la comunidad. Hay siempre un eje moral para

²⁶⁶ Derrida (2012b) 107

evaluar la adecuación con que los particulares se apegan a normas plurales, y si bien las categorías de “bien” y “mal” no aparecen expresadas literalmente, se deslizan bajo los ejes de las consideraciones formuladas. Sea cual fuere la escala empleada, los extremos indican qué tan bien o mal se desempeña un sujeto en relación con estándares comunales. Ante una circunstancia de evaluación constante, con miras hacia el mejoramiento práctico, el ejercicio del sujeto-de-ciencia pasa a ser una consideración necesaria no sólo por los demás miembros –un sistema *externo* al individuo– sino principalmente para el sujeto mismo que busca ser reconocido como parte de la filiación – pues en tanto se es percibido por otros como adscrito a la comunidad, puede reconocerse uno como interpelado por el espectro de la entidad discursiva–. Ejercicio como práctica autorreferencial, cuyos resultados configuran al ejercitante como ser capaz de operar dentro de un estado de cosas. De este modo, el ejercicio apunta a moldear la conducta hacia la forma concebida como el “mejor” estado, resultante de ejercicios que condicionan la presentación futura del mismo²⁶⁷. En este punto aparece el supuesto acerca de la necesidad de educar según una acepción moral sobre cómo producir “buenos” individuos. A través de la sucesiva realización de ejercicios, sobre cualidades valoradas como deseables, el sujeto se capacita para actuar en ciertos contextos, desempeñando tareas especiales, y en conjunto con otros miembros de nivel cuanto menos igual. La práctica constante es la condición para percibir en los semejantes los límites de la comunidad a la que uno pertenece. Lo anterior indica que en el modo de formar científicos se ven implicadas las condiciones de ascesis, los ejercicios, los problemas y discusiones de los actores en el proceso para convertirse en científicos; el análisis recae sobre la historia moral en general que determina la cualidad de los ejercicios precisos para convertirse en un practicante legítimo²⁶⁸. Dentro de la ascesis científica, el ejercicio posibilita el trayecto desde el modo coloquial hacia el teórico. Aparecen dos modalidades de ejercicio: aquéllos orientados hacia el mantenimiento de un nivel, cuya repetición posibilita la rutina discursiva y la acuñación epistémica; y los ejercicios de mejoramiento, con el propósito de lograr un desempeño cualitativamente superior según los criterios ascéticos.

Para la adecuada formación de los alumnos es preciso ejercitarlos en las tareas, en los actos de desciframiento de los textos y de las palabras del profesor, ingresando en el terreno de la especulación entendida como fenómeno reflexivo, en el cual un sujeto *piensa* acerca de un contenido a partir del marco referencial desde donde se encuentra situado. La palabra por sí misma lleva implícita la metáfora óptica de una superficie en donde se refleja aquello que se coloca enfrente, resultando que cuando referimos la operación especulativa, mantenemos el doble registro, en el sentido de considerar que la comprensión efectuada por el sujeto no consiste en una asimilación directa del texto o del discurso hablado, sino de una modificación ejercida sobre éstos a partir del marco de inteligibilidad desde donde un sujeto lee su experiencia en el mundo, reflejando en los actos especulativos la axiomática desde donde discurre. En fin, toda interpretación es especulativa, un acto de reflexión del pensamiento sobre sí mismo que refleja el esquema intencional e histórico del intérprete. Y la especulación es condición necesaria para la

²⁶⁷ Sloterdijk (2013) 16-20

²⁶⁸ Sloterdijk (2013) 21-26

interpretación, es primordial en el repertorio de características pre-actuales para la hermenéutica²⁶⁹. Si bien no hay hechos independientes de las interpretaciones que de ellos se hacen, hay formas de validar el modo de interpretar. En el entrenamiento de las formas interpretativas es donde desempeña su papel fundamental la institución educativa, formando sujetos habilitados en el idioma nacional, pero también en el segundo orden discursivo propio de la disciplina científica: se habla en un mismo idioma sobre dos niveles de realidad.

2] La necesidad de formar cuerpos disciplinados en el ejercicio de una forma discursiva conduce a que la censura esté siempre presente, ejerciéndose sobre los saberes y los aprendices, en forma variante según la estrategia de legitimación-enseñanza²⁷⁰. Para realizar efectivamente la censura, es necesario que lo censurable sea dicho y descifrado, posibilitando entonces actuar sobre de ello. Del mismo modo que todas las tácticas ideológicas, la censura no opera sobre contenidos implícitos y desde la oscuridad, sino que se ejercen sobre elementos visibles en total explicitud. Lo que queda velado es el nivel de vinculación emocional con los objetos, el operador ostensible cuadra con una lógica *natural* aceptada convencionalmente como la justificación de las condiciones materiales, pero la razón para preservar tales condiciones es desplazada a un rescoldo implícito, no por una operación de encubrimiento intencional sino por un desplazamiento retórico con mayores posibilidades de dar a entender de manera sencilla el motivo por el cual aplicar la represión/supresión o impresión en libre circulación a un discurso dado.

El agente ideal para realizar esta tarea es el psicólogo, ya que su objeto de estudio es el ser humano en el plano de la conducta y, considerando ésta falible²⁷¹ –susceptible de errar en la razón– es preciso censurar las desviaciones. Aquél individuo catedrático, ocupante de la posición de “maestro de la razón”, es quien está legitimado dentro de la arquitectura universitaria para descifrar las leyes, el sistema lingüístico y la estructura escolar vinculados con la inscripción y producción de sujetos con un funcionamiento tanto psíquico como idiosincrático determinado. El filtro se ejerce detectando las astucias de la razón, los sistemas de enunciación no-verídicos, la circulación de premisas erróneas, los excesos de retórica, los errores en el planteamiento de problemas o en la delimitación legítima de objetos; queda habilitado para efectuar esta labor en la medida en que forma parte de una comunidad académica que reconoce sus méritos intelectuales, dotándolo del estatuto necesario para fungir como autoridad hermenéutica en lo que a la disciplina se refiere, y otorgando por hipóstasis la facultad para dictar sentencias acerca del carácter científico que presentan los discursos evaluados bajo su mirada. En la base de toda evaluación de contenidos descansa la suposición básica sobre la posibilidad de error humano, por lo que los ajustes van sobre los despliegues cristalizados de una conducta.

Por tanto, en las universidades quedan instituidas no solamente las coordenadas para expresarse a partir de los modos razonables (medios escritos), sino que también se regula el modo *civilizado* para aproximarse a ciertos contenidos; tal como ironiza Derrida

²⁶⁹ Gadamer (2002a) 560

²⁷⁰ Derrida (2012b) 110

²⁷¹ Derrida (2012b) 95-98

al acotar “¡Vamos a tratar de él [Marx] serena y objetivamente, sin tomar partido: de acuerdo con las reglas académicas, en la universidad, en la biblioteca, en los coloquios!”²⁷². La percepción de amenaza, aquí colocada sobre Marx, es extensiva a todo autor y forma discursiva potencialmente revolucionaria, que es amortiguada cuando accede al dominio de las aulas, pues la universidad ejerce la censura. Es aquí cuando se conecta el espectro (imaginado conjuntamente) del ciudadano ilustrado en la universidad con el espectro (la otra comunidad imaginada) de la nación. El aparato educativo genera sujetos válidos en los planos de la nación y de la cultura, inyungiendo el idioma, trazando rutas comunes para quienes acceden a los distintos niveles de educación, habilitando un saber-hacer diferencial según el grado de especialización profesional, preparando para un espectral trabajo cuya amenaza está constante pero su corroboración efectiva está siempre por venir.

Si bien parte del poder ejercido por el estado consiste en censurar los discursos divergentes respecto de la verdad formal, la instancia universitaria censura a la facultad censora estatal al fungir como filtro racional sobre los contenidos discursivos. El concepto de censura en entendido aquí como el ejercicio de una crítica que tiene a disposición la fuerza política-estatal, con lo que no solamente opera discursivamente valorando los discursos sino que además cuenta con la posibilidad de influir en sus destinos ulteriores. Crítica racional en tanto evita y escapa a toda censura, pues la “razón” queda situada encima de cualquier fuerza represiva; opera siempre desde un discurso sobre otro discurso, por lo que precisa del medio público para ocurrir, ya que su momento de aplicación recae en el ejercicio de las palabras. La universidad es un espacio censorante en tanto que los métodos inhibitorios desde la razón hegemónica son ejercidos mediante marginación, descalificación y deslegitimación de prácticas, discursos y retórica bajo múltiples, refinadas y sobredeterminadas formas de lucha de momentos. Pese a la tipificación de los rasgos que muestra la institución, son caracteres asociados con el sujeto que está en la posición catedrática y que, investido por ello, está habilitado para ejercer la *crítica racional* sobre los discursos.

5. El invento occidental de la universidad con los textos como herramienta de aprendizaje fue una idea importada a los territorios conquistados, donde aparece la fluctuación del idioma en tanto *transmisor de odio* hacia las diferencias –en tanto la diferencia era entendida en una sola dirección *opresiva*, hacia los habitantes endémicos– y el proyecto de civilización hegemónico en el continente europeo centrado en la educación, factores que se mantuvieron presentes incluso una vez que las comunidades conquistadas se independizaron jurídicamente, marcando una *inercia ideológica* con tal efectividad que pasó desapercibida para la reconstrucción de las naciones. El problema de la educación no se relacionó con los métodos importados por los conquistadores ni con los idiomas, sino con la instancia encargada de educar a la población. Situando en el siglo XIX el momento para tomar decisiones acerca del modelo a instituir para educar, ya que fue entonces cuando la mayor parte de las colonias americanas alcanzaron la independencia, tenemos que:

²⁷² Derrida (1995) 45

En la sociedad de Antiguo Régimen, tanto la Iglesia como el Estado tuvieron interés en expandir la lectura y la escritura. La primera por su competencia con las iglesias protestantes para las cuales la lectura del libro sagrado era esencial en su práctica religiosa y ritual, y el segundo, por las exigencias que la creciente burocratización de la centralización territorial imponía en los habitantes. Sin embargo, la expansión de la escritura no se debió solamente a los intereses de estos magnos poderes, sino también a la iniciativa de las comunidades locales. Con ritmos muy diversos en las distintas regiones, en las distintas clases sociales y en los medios urbanos y rurales, la alfabetización se extendió en base a la conjugación de los intereses de estos tres actores básicos. La periodificación de su entrada en escena contribuye a comprender quién y para qué se quiere aprender a leer y a escribir²⁷³

El periodo de expansión lectoescritora coincide con el periodo en que las comunidades latinoamericanas se preocuparon por formarse estados independientes, con lo que fue necesario contar con una lengua ordenada y de alcance nacional para asegurar la comprensión y cooperación necesarias para la instauración de un sistema político basado en leyes constitucionales, escritas en un libro organizador de las operaciones nacionales y cuya existencia demandaba del pueblo la facultad lectora. En 1847, Andrés Bello²⁷⁴ escribe que:

“[...] el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional”

Con ello aparece la preocupación de fundar un estado nacional circunscripto por los límites geográficos del nuevo continente –cuyas barreras políticas fueron posibles de proyectar mediante el capitalismo impreso– a partir de imaginar una comunidad de individuos que persigue intereses afines (la emancipación de España principalmente), al tiempo que la publicación de material escrito permite a cada autor colocarse en una posición deseable de “Liberador” en la fantasía intersubjetiva de los alfabetizados. La *Gramática de la Lengua Castellana Destinada al Uso de los Americanos* marca el estatuto de la cultura en el siglo XIX, pues “quien no sabía leer estaba sordo y quien no sabía escribir estaba mudo”, siendo barbárica la adscripción nacional mediante el habla como único recurso, pero pasando a ser civilizada conforme se ejercita la lectura y escritura.

²⁷³ Serrano y Jaksic (2000)

²⁷⁴ citado en Serano y Jaksic (2000)

Por tanto, si la intención de los estados nacionales emergentes era formar una comunidad de sujetos jurídicos iguales, era pertinente que todos formaran parte de la civilización logofonocentrista. El término *pueblo* en las “lenguas europeas modernas”, pero por extensión, también en las lenguas nacionales actuales que fueron colonias europeas hasta el siglo XIX, indica una oposición implícita importante pues “un mismo término designa, pues, tanto al sujeto político constitutivo como a la clase que, de hecho si no de derecho, está excluida de la política”²⁷⁵. En este sentido, tanto los aristócratas o la sociedad burguesa como los “pobres, desheredados y excluidos” quedan mezclados en la misma categoría semántica. Sin embargo, las lenguas disponen asimismo de categorías diferenciadoras entre el ciudadano en condición de cuerpo político (*italiano-popolo*, *francés-peuple*, *español-pueblo*, *inglés-people*) y el de la clase inferior (*riónepopolare*, *homme du peuple*, *front populaire*, respectivamente). Entonces, cuando aparece una contraposición de términos, se asiste a una segmentación en la concepción de la totalidad de gente que conforma la comunidad, donde no todos ocupan el mismo estatuto fáctico en el cuerpo político. “De allí que fuera deber del Estado educar a toda la población para darle el instrumento esencial que constituía a cada individuo en miembro de esa comunidad”²⁷⁶, es decir, de allí el gesto estatal para homologar a la población bajo la categoría de *pueblo* en tanto sujetos políticos, cuyo acceso fue ya no la lengua en sus imbricaciones con la religión y la imaginaria nacional, sino también la habilitación lingüística para manejar los representantes fácticos del carácter *civilizado*. En este sentido, saber leer y escribir es un dispositivo biopolítico que opera a través de la veridicción (decir la verdad sobre sí mismo) para que cada sujeto quede responsabilizado de hacerse valer como *civil bárbaro* (*zõe*, nuda vida, no lector) o *civil civilizado* (*bios*, vida política, lector). Todos los individuos son incluidos en el conjunto del pueblo, pero a partir de los parámetros en que aparezcan deficientes se opera una exclusión selectiva, operada de hecho por los individuos mismos. De este modo, al tiempo que se configura en el ámbito explícito, visible y presente a una comunidad de sujetos, se constituye su revés, el conjunto de sujetos privados de acción política, pero de una manera implícita, invisible y “como si” estuviera ausente. La misma lógica que dirige la alfabetización de la población para garantizar su habilitación política, demarca el límite que debe cruzarse para dejar de pertenecer al estrato inhabilitado.

La distinción biopolítica aparece evidenciada cuando se toma en cuenta la consideración de que “la ignorancia se dejaba apresar por el primer caudillo o demagogo y expresaba sus conflictos a través de la violencia”, entendiendo que la revolución violenta empleada para librarse de la dependencia europea dejaba de constituir una forma viable de resolver las desavenencias dentro del nuevo estado nacional, pues en la racionalidad que estas incipientes entidades políticas adoptaron, el espacio de pugna dejó de buscar ser la *barbárica* masacre para trasladarse hacia la *civilizada* opinión escrita. Al respecto, Amunátegui y Amunátegui²⁷⁷ escriben que:

²⁷⁵ Agamben (2010) 31-36

²⁷⁶ Serrano y Jaksic (2000)

²⁷⁷ Citados en Serrano & Jaksic (2000)

"El día en que todos, hasta los artesanos más humildes, sepan leer para enterarse de las disposiciones del gobierno y de las opiniones de los partidos, estará cerrada la era de las revoluciones. Las cuestiones se resolverán entonces en la prensa a fuerza de artículos, no a balazos en los campos de batalla; correrán oleadas de tinta, pero no correrá la sangre"

Lectura y escritura como formas de acceder a la participación política. El proyecto de ciudadano al que apuntaban los estados en la formación de sus habitantes, era aquella en donde los conflictos ocurrieran sobre un terreno principalmente discursivo sin los estragos del conflicto armado. En el interés por mantener con vida a los pobladores vienen implícitas las demandas modernas de utilizar las fuerzas en un sentido más productivo que destructivo. El estandarte bajo el cual se alinearon las esperanzas de fundar un estado cuya población estuviera en su totalidad *civilizada*, la causa que se supuso provocante del efecto correspondiente a la acción política, fue el de la alfabetización masiva en manos del estado.

Al tiempo que mediante la difusión estatal de la alfabetización se trata de integrar a toda la población, se excluyen del marco legítimo las expresiones analfabetas de desacuerdo, indicando que la única forma de hacerse valer legalmente es sabiendo leer y escribir, una de las formas explícitas en que esta premisa se encarna es la aparición en 1881 cuando Sierra propone restablecer los estudios universitarios en un marco de legalidad al tiempo que invita a una "discusión razonada"²⁷⁸ a través de la prensa, lucha civilizada (bios) mediante el capitalismo impreso. Al aducir una forma de "diálogo verbal y racional"²⁷⁹ señala hacia el escenario considerado propicio para que aparezcan dos consciencias (entidades discursivas) enfrentadas, pero ambas efectuando un despliegue asombroso de sordera al no querer oír ni atender a otra razón salvo dentro de un dispositivo apremiante (periódicos, aulas universitarias). En esta modalidad de "diálogo" aprendida a través del aparato educativo, se sientan las bases para expropiar el saber mediante normas institucionales: se habla de algo en la universidad, en las bibliotecas de acuerdo con normas académicas; si no se "habla bien el idioma" el mensaje es inaudible por ser incivilizado –contamos como dispositivo ejemplar para producir sordera el gradiente de apego a modalidades censuradoras y/o amortiguantes del discurso (espectro de la distancia cínica: ser teóricamente consciente de la maquinaria capitalista o del potencial crítico de una cierta aproximación, pero ejercerlo sin problematizar los dispositivos de coerción académica que acotan las coordenadas para ser audible).

Ya entonces la comunidad imaginada fue aquella que contaba la lectura y escritura como parte necesaria de su repertorio conductual, por tanto contaba con una posición de efectiva acción política además reconocible por parte de otros miembros. La posición aristocrática de quienes ya disponían de los medios para formar parte del pueblo civilizado fue el primer anclaje en el que se asentó la idea de conseguir un aprendizaje lingüístico para toda la población, que los hiciera *iguales* en términos de hablar un mismo idioma. Esta invitación conminaba a actuar civilizadamente al tiempo que restringía las

²⁷⁸ Alvarado (2009) 122

²⁷⁹ Sloterdijk (2006b) 50-52

formas de actuación legítima, en cuya delimitación el estudio ocupó un papel central ya que la educación –la brindada por una institución gubernamental– resultó ser efectivamente el principal garante de civilidad. Planteamientos de este tipo sobre el repertorio conductual que precisan exhibir los individuos para merecer consideraciones de validez fueron impulsados por las juventudes nacionalistas.

6. Esto fue para el marco de los movimientos estatales, laicos y sin afiliación religiosa evidente, pues por su parte la comunidad eclesiástica también efectuó maniobras en el seguimiento de intereses particulares. Sin salir del periodo demarcado, tenemos que “la Iglesia era una institución altamente letrada en su cúpula y profundamente oral en su base, lo cual no era sino un reflejo de la sociedad”²⁸⁰, lo cual permitió desarrollar una estrategia de lucha ideológica consistente en hacer de la expansión cultural en forma escrita la herramienta principal en la competencia contra el estado liberal por la adhesión racional de los fieles. La organización jerárquica de las iglesias jugó un rol importante, pues ésta se organizaba mediante circulares redactadas por el Obispo para las parroquias o conventos. La circular era impresa y el párroco de cada localidad tenía el deber de publicitarla durante tres días de fiesta –lo cual consistió en pegar las hojas fuera de la iglesia-, haciendo además de intermediario entre el texto escrito y la oralidad dirigida hacia la asistencia de feligreses.

Sin embargo, el uso de periódicos, folletos o libros tardó en ser incorporado a las tácticas de difusión, pues “la Iglesia miró más bien con desconfianza la expansión del impreso, ligándola a los libros impíos y a la prensa más que a la literatura devota”. Ello porque durante este periodo, la *intelligentsia* nacional reprodujo a modo de calco los modelos europeos –principalmente el de la revolución francesa con su característica postura anticlerical–, de modo que los obispos incluso llegaron a “examina[r] los libros de todas las casas particulares que visitaba[n] y organiz[aron] un grupo contra la prensa inmoral que recogía la literatura impropia cambiándola por otras o por dinero”²⁸¹. En este sentido la organización religiosa temía más por la circulación de “literatura impía” en los sectores ilustrados que en los populares, por la obvia razón de que los primeros tenían interés por los textos escritos en la medida en que el nivel de alfabetización fue mayor; pero en vista de que las escuelas fueron convirtiéndose en lugares de alta afluencia en una proporción cuanto menos similar a la de los catecismos, el clero también mostró preocupación por cuáles serían las lecturas a las que tendrían acceso los niños que ingresaban a ellas.

Esta preocupación resultó concerniente porque gran parte de las instituciones educativas fueron erigidas por iniciativa religiosa, y la introducción de material literario “impío” tuvo el impacto de ser percibida como una declaración de lucha por el espacio pedagógico en función de acceso a la implantación de *rutinas ideológicas* –mismas que terminarían en una mezcla más que en una sustitución–. El dominio de la iglesia dentro de la opinión pública a principios del siglo XIX se remonta al lugar que fue constituido desde las prácticas de evangelización en siglos previos, desde los ejercicios de conversión

²⁸⁰ Serrano y Jaksic (2000)

²⁸¹ Serrano y Jaksic (2000)

religiosa; sin embargo los procesos coloniales de independización sacudieron la seguridad de permanecer en tal estatus. Al mismo tiempo:

La formación de la opinión pública, la extensión del impreso principalmente a través de la prensa, la lucha ya no solo por la fidelidad de las elites sino también de los sectores populares, obligó a esta Iglesia tan letrada en su cúpula y tan oral en su pastoral y en su feligresía, a desarrollar una estrategia propia de expansión de la cultura escrita. Mientras tanto, los liberales dominaban tanto el medio, como el mensaje²⁸²

Intersección entre los textos vulgares catalogados de impíos y la palabra religiosa en las ceremonias que poco a poco dejan de estar diametralmente separadas entre el marco religioso y el civil, para conjuntarse en una práctica nacional que junta las cualidades espirituales de hermandad con la idea de progreso conjunto; ambas soportes fundamentales para la creación de un estado estable con creencias relativamente homogéneas.

Un caso ejemplar del papel que jugaron las urbes puede ilustrar los lentos pasos que fueron borrando la línea divisoria entre la enunciación de un discurso liberal y uno católico. Entre los años 1877-1954, la Alameda fue el foro capitalino predilecto para celebrar las festividades patrióticas más relevantes. Como parte medular de la celebración, se imprimía una oración cívica en formato de folleto, que se hacía circular en la capital y fuera de ella²⁸³. El folleto fue el instrumento de la “reflexión media” –reflexión para la media civil–, pues resultó eficiente dos aspectos decisivos: 1] barato, idóneo para pasar “de mano en mano”, 2] Accesible para tomar diversas formas y estilos retóricos. De este modo, un solo individuo podía leer el folleto en voz alta para un auditorio relativamente pequeño, y tras concluir con la lectura relativa a la festividad, pasarlo a modo de relevo a otro orador, quien a su vez repetiría las actividades. No era necesario formular varias veces el mismo discurso para que este se actualizara, asegurando su coherencia interna al permanecer escrito en un material que perduraba lo suficiente para posibilitar repetidas lecturas. Incluso el gesto de leer el folleto en voz alta indica resonancias del modelo eclesiástico para comprender al ser humano: letras muertas que pasan a la vida cuando son pronunciadas, junto con el desnivel jerárquico entre el orador y el público. La frecuencia de esta práctica a nivel de las urbes es isomorfa con la instaurada en las escuelas, relación de analogía a partir de la cual puede plantearse una justificación circular en donde la habilidad lectora ocupa sin lugar a dudas un lugar privilegiado.

También, sobre la distribución de folletos –forma de *capitalismo impreso* tomó forma oficial–, su distribución podía ser: 1] Programada: para los sermones en honor a algún santo o para las festividades patrias; 2] Semi-programada: para difundir muerte de soberanos, enfermedades epidémicas, insurrecciones y demás acontecimientos accidentales²⁸⁴. Actividades oficiales bajo la competencia del estado, que implicaban un

²⁸² Serrano y Jaksic (2000)

²⁸³ Connaughton (2010) 247

²⁸⁴ Connaughton (2010) 84-85

costo reducido al tiempo que atraían a la población, que en un determinado momento no precisaba de saber hablar, pues el folleto siempre podía ser leído en voz alta. Es sencillo advertir por qué la imprenta recibió la mirada recelosa por parte de la iglesia en tanto que funcionó como instrumento para la disposición de una comunidad humana no necesariamente religiosa en su enunciación explícita. Además, el folleto contaba con la cualidad de que “se prestaba frecuentemente a imitación popular y a su vez se inspiraba en los usos lingüísticos del día”²⁸⁵.

Así que tenemos una forma de difusión de ideas barata, que no sólo conformaba una comunidad interesada en las mismas cuestiones, sino que apuntaban directamente a crear comunidades confesio-nacionales, un *pueblo*. “La oración cívica y luego su impresión en folleto iban acompañados de misa, desfile, verbena popular, funciones teatrales y un complejo roce social entre miembros de diferentes estratos de la población”, gestión de la condición material que determina la existencia de una idea, en concreto, aquella acerca de la unión poblacional en un pueblo conformado por sectores demográficos variados (distintos estratos poblacionales), pero que independientemente de ellos se agrupan bajo la misma categoría de reconocimiento nacional. El folleto es intermediario entre la palabra y la escritura, implica ambos aspectos en un solo objeto que puede ser empleado indistintamente sin modificar su contenido. Toda una máquina de creación de conciencia, un dispositivo de reconocimiento ideológico asociado al despliegue de ciertas conductas, para las cuales el individuo debió haberse disciplinado en el aprendizaje de lectura por un lado, y de haber participado en las prácticas que generan la experiencia de comunidad, por otro. Como apunta Connaughton²⁸⁶, “la oración cívica mexicana [...] representó un espacio de toma de conciencia”. Nueva aparición del “no saben” acerca del público al que se dirige la oración, pues todo el dispositivo educativo ha estado funcionando a partir de suponer un estado original de ignorancia-inconsciencia en los sujetos que conforman el pueblo. Si la población que habrá de convertirse en dirigente de sí misma está más próxima al nivel bárbaro que al civilizado, es necesario enseñarles a través de disponer las condiciones, de armar los dispositivos de poder para la práctica concreta, que en este caso es la programación del discurso nacional con la festividad que abarca a todos los objetivos del mismo, para culminar con la eventual formación de una entidad nacional.

1840 fue un momento donde reinó un ambiente de valoración positiva tras la independencia, sin embargo también se manifestaba un “ámbito emocional de congoja sobre los derrotados de la nación” pues la búsqueda pacificación seguía sin hacerse presente. De este modo, los folletos difundieron un par de discursos relevantes: el de la “revolución universal” como medio para eliminar las condiciones adversas, y el de la “reconstitución cristiana: familia y hermandad” que unía a todos bajo el celo de dios hacia un porvenir mejor. El lapso iniciado en este año marcó una tendencia respecto de la manera en que se conceptuaron los objetos del discurso, tanto en el ámbito nacionalista como en el religioso, tomando los estados anímicos de la población como punto de

²⁸⁵ Connaughton (2010) 87

²⁸⁶ Connaughton (2010) 249

partida para pregonar un porvenir brillante que justificara el estado de excepción al que se vieron sometidos los habitantes; de este modo “durante una década los discursos patrióticos habían lamentado la lucha entre hermanos y el desgarramiento de la comunidad nacional”²⁸⁷, dentro del cual era frecuente que el orador expresara (o cuanto menos indicara) sus convicciones confesionales como parte de los elementos retóricos implícitos en el discurso, que por cierto se prestaba para aducir tanto el dolor de que los hermanos creados por el mismo Dios se atacasen, como para augurar una época de apogeo cultural tras atravesar las penas derivadas del conflicto bélico. Lo notable es que mediante tales oraciones públicas, se iban imponiendo los “abanderados del pensamiento liberal” en las oraciones cívicas²⁸⁸.

Ante la convergencia del discurso católico sobre la hermandad con el discurso liberal sobre la nacionalidad, surge una figura característica de los estados nacionales en el siglo XX: la patria como figura materna, por tanto desinteresada y hacia quien existe un vínculo emocional especialmente fuerte. Tal conexión entre ordenes semánticos en inicio antagonistas fue posible por el lenguaje mismo, donde el concepto de patria está asociado con un referente ante el que los individuos se comportan *como si* estuviesen naturalmente atados, entonces “justo porque tales lazos no se escogen, tienen cierto halo de desinterés”²⁸⁹. El nexo de pertenencia desinteresada está en concomitancia con la institución familiar, con la comunidad nacional y con la hermandad divina, todas refieren un mismo tipo de vinculación filial que por no ser de adscripción voluntaria, puede demandar sacrificios importantes, puesto que no se busca un objetivo concreto; la idea de patriotismo por sí misma no basta para lograr la intención perlocutiva de convencimiento, es necesario que se le asocie con un orden distinto que haya probado su efectividad, y la idea de la divinidad cumple con los requisitos. En la patria se entrelazan los espectros de la raza, el género, el idioma, los rasgos fenotípicos, las prácticas de vida cívica y espiritual, las rutinas lingüísticas compartidas (oraciones, himnos, canciones); y ante el reconocimiento de la igualdad en las condiciones materiales-conductuales, los sujetos pueden acceder a ser interpelados por la entidad que se proclame originaria a todo ello: identificación simultánea de la comunidad a la que se forma parte y de los demás participantes, independientemente de que se los conozca.

La estrategia retórica de *literalizar* los intereses de los momentos liberal y católico en el concepto de “patria” consiste en desplazar la demarcación de *lo mismo* hacia un espacio que separa de otras naciones, no ya de los co-nacionales separados por convicciones, con lo que se conforma un solo movimiento a partir de trazar una analogía entre la unión por hermandad divina y la unión por ejercicio de la libertad. A partir de este periodo, con la red de conceptos y de prácticas tensada alrededor de la comunidad nacional, el discurso liberal ejerció la función de articular coherentemente el pasado –conflicto bélico y sus consecuencias– con un proyecto futuro que auguraba mejores condiciones a través de cambios democráticos que serían asegurados a través de educar a la población en las estrategias de lucha civilizadas –humana y económicamente baratas.

²⁸⁷ Connaughton (2010) 253

²⁸⁸ Connaughton (2010) 277

²⁸⁹ Anderson (2013) 202

7. La labor educativa deriva de condiciones creadas por órdenes religiosas sin las cuales el proyecto estatal de alfabetización a nivel masivo resultaría impensable. La peculiaridad es que durante el siglo XIX se efectúa un rescate más que una invención de esta idea, sobre todo si atendemos a que la noción del progreso material mediante la aplicación de la ciencia para el avance de la sociedad inicia en el siglo XVIII, al dirigir la reflexión en torno de las “bases materiales de la educación laica, libre de la influencia religiosa y la fundación de escuelas para la instrucción técnico-científica”²⁹⁰, con claros tintes positivistas.

Las características de las pugnas en torno a la institución universitaria a lo largo del siglo XIX derivan de las posiciones antagonistas desde principios del siglo. Par de *momentos* en pugna local por el dominio del modelo educativo: por un lado el bloque “liberal”, con ideales importados de autores europeos, un rechazo más o menos explícito a la influencia religiosa en la educación, y confianza en que a través de la ciencia podía lograrse el paso definitivo hacia la civilización; por el otro, la alineación antagonista será denominada como bloque “eclesiástico-conservador”, con la convicción de que la palabra escrita es garante de salvación, una estructura lo suficientemente amplia para abarcar masas significativas de la población, y la inmanente posibilidad de aportar seguridad existencial a los individuos. Una primera característica que matizó estas luchas antagónicas es la inquietud criolla por independizarse²⁹¹, al considerarse legítimos ocupantes de las zonas conquistadas, principalmente tras haber recibido una educación peninsular pero estar privados de posibilidades para acceder a estatutos altos en la jerarquía gubernamental, conjugando las características necesarias para considerarles la *juventud nacionalista* en la Nueva España. Esta inquietud converge con los “ataques al absolutismo español y al despotismo virreinal” ejercidos en el territorio colonial, desde donde se configura una posición cuya lógica entra en concordancia con los conceptos de libertad e ilustración “llegándose a afirmar que una de las bases más sólidas del despotismo radicaba precisamente en la ignorancia reinante en América”. Si la preocupación se traduce por un enunciado donde “el *pueblo* no sabe lo que hace”, por tanto no merece estatuto de pueblo, o lo merece según la separación en donde se le relega a una posición secundaria-barbárica, entonces es pertinente la necesidad de educarles, para que sepan lo que hacen y actúen como agentes políticamente legítimos.

Tal es la idea germinal en la primera década del siglo XIX, en la cual “Se empezó a considerar como un deber y una necesidad cultivar y desarrollar la capacidad natural del hombre para perfeccionarse, objetivo que sólo podría alcanzarse a través de la educación”²⁹². Aseveración que es casi un calco de los renglones escritos por Rousseau donde afirma que la libertad humana está en concomitante relación con la perfectibilidad, ya que “Hay [una] cualidad que los distingue [al hombre y al animal], y sobre la cual no puede haber discusión; es la facultad de perfeccionarse”²⁹³ pues en tanto el ser humano es perfectible, implica la cualidad de “agente libre” distintiva de su género. Esta

²⁹⁰ Beller, Méndez y Ramírez (1985) 34

²⁹¹ Alvarado (2009) 29

²⁹² Alvarado (2009) 30

²⁹³ Derrida (2012a) 231

proposición designa en el mismo movimiento tanto la cara visible del ciudadano que se proyecta llevar a cabo, aquél que alcanza su más perfecto estado transitando por el proceso educativo, como su envés en la figura del individuo ignorante, deficiente, débil, imperfecto, bruto, animalizado. Dejar implícita la dicotomía humano-animal es la táctica ideológica que está entrando aquí en juego, dar por sentado que hay una escala jerárquica donde el ser humano ocupa la cúspide, sin embargo puede acceder solamente tras pasar por un moldeamiento educativo, sin el cual permanece degradado en el sitio de las bestias. Está por un lado el presupuesto de que la escuela es el lugar donde uno se transforma en ser humano desprendiéndose de su carácter animal; y por otro el esquema mitologizado en donde hay juicios de valor explícitos que pasaron a ser implícitos en el momento en que se agrega un segundo nivel: ser humano (significante 1) como mejor de ser animal (significado 2), luego ser humano (signo 3, significante I) que puede alcanzar la mejoría al ser educado (significado II), con lo que el ser educado (signo III) comprende en simultáneo la valoración del máximo estado asequible y el situarse por encima de los seres no-educados.

El corte liberal de enunciados que apuntan al hombre como naturalmente perfectible vía educación muestra la adscripción positivista en una de las facciones (o *momentos*) que pugnaba por estabilizar la convulsiva nación incipiente: aquella denominada como “liberalista”. Su contraparte en el terreno educativo fue la de adscripción eclesiástica, quienes ingresaron en la escena del enfrentamiento político bajo los términos racionales de difusión a través de la prensa, con el objetivo de configurar una comunidad lectora que militase en las filas confesionales. Ello contribuyó a conformar un “ambiente de discusión [que] reflejaba cierto ascenso ideológico de la iglesia católica en la opinión pública a través de periódicos como *La voz de México* [...]”²⁹⁴. Si las intención era formar ciudadanos civilizados tomando como base el dominio de la forma escrita del lenguaje para garantizar su ingreso en la sociedad del pueblo activo, los debates debieron ajustarse a las formalidades situadas en la cúspide de tal proyecto, con lo que la racionalidad quedó asignada a la forma escrita, en una afirmación recíproca entre el proyecto de sujeto lector y las formas de confrontación propias de una cultura así. Circularidad auto-validante *en-y-para-sí*, donde aparece el discurso impreso como situación material que precisa de la habilitación lingüística para ser percibido y la constante insistencia en controlar el modo de enseñar a los individuos a leer.

Durante la segunda década del siglo se intenta orquestar la difusión de ideas mediante la educación y la imprenta, con una firme “creencia en la capacidad transformativa de la educación” por parte del programa liberal, cuyos objetivos también abarcaron arrebatarse los espacios pedagógicos al clero. Para la tercera década la juventud nacionalista en tanto primera generación completamente educada de manera distinta a las anteriores, encabeza el pensamiento en torno a las reformas necesarias en materia educativa. Aparece en el terreno de la acción política con vistas a fundar un proyecto educativo la entidad discursiva positivista siendo reconocida en enunciados como el de Sierra cuando refiere que dicha generación conforma “la cabeza de esta falange intelectual, apasionada

²⁹⁴ Beller, Méndez y Ramírez (1985) 43

de la igualdad, que se reclutaba principalmente en las capitales de los estados, un grupo de patriotas pensadores que se adelantaban a su tiempo y de seguro al medio social que los rodeaba”²⁹⁵

En este periodo también se gesta el esfuerzo de unificación nacional a través de discursos públicos, en donde se enarbola la identidad nacional independiente en términos coherentes con los conceptos de libertad heredados de la tradición ilustrada. Si bien “no todos los discursos patrióticos de aquella época [1828] representan evidentemente el cuerpo místico de los fieles en torno a la patria”, el caso ejemplar que tomamos es el de González Pérez de Angulo quien consideró que “la libertad arrebatada a manos de los tiranos no debía significar el libertinaje sino la «sagrada autoridad de la ley»”²⁹⁶. Una mezcla del imaginario religioso que cualifica de *sagrada* a la libertad conquistada ante el régimen monárquico español, donde es complicado distinguir aquellos componentes genuinamente espirituales de los liberales. Esta conminación implícita al discurso, es reflejo de las discusiones alrededor de qué hacer con la educación del pueblo, hacia dónde orientar las medidas en la nueva nación.

Yendo de manera esquemática sobre los esfuerzos por coordinar un plan educativo coherente a nivel masivo, destacamos los eventos como sigue: el primer intento de instaurar un plan de enseñanza pública ocurrió en 1825, bajo el gobierno de Guadalupe Victoria, pero resultó un fracaso pragmático irrealizable. En 1830, Lucas Alamán hace un segundo intento, partiendo del principio de que “Sin instrucción no hay libertad, y cuanto más difundida esté aquella, tanto más sólidamente se hallará esta”, sin embargo tampoco se lleva a cabo. En 1833 Valentín Gómez Farías propone quitar al clero el monopolio sobre la enseñanza, pasándola a manos de una coordinación estatal y como parte del proyecto aparece la abolición de la universidad, que no fue aplicada. Para 1857 el Congreso Constituyente, partiendo de los planteamientos sobre la libertad de enseñanza, influidos por el liberalismo en términos de impartición laica y por el positivismo en tanto ideal radical anti-clero con preferencia por la razón científica propone un nuevo plan de educación a nivel nacional que se encuentra con dificultades para instrumentalizarse de manera concreta. Puede situarse 1867 como el primer intento exitoso por implementar un plan de educación universal con instrumentalización y aplicación consecuente y radical²⁹⁷, cuando Juárez decreta la Ley Orgánica de Institución pública en el Distrito Federal, que instituye la escuela primaria obligatoria para quienes tienen más de cinco años²⁹⁸. (Cabe resaltar que era requisito egresar de la escuela preparatoria para fungir como profesor de cualquier área comprendida en este decreto, con lo que resalta la relevancia de poseer *Competencias para producir realidad*, en términos de producir y transmitir un discurso con facultad para hacer inteligible algún aspecto de la práctica inmediata. Asimismo, en esta ley destaca la educación secundaria separada por áreas, siendo una de ellas la institución para “personas del sexo femenino” en donde se enseñaba el uso del idioma en términos de “gramática, escritura, correspondencia epistolar”, y que en las instituciones de

²⁹⁵ Alvarado (2009) 31-32

²⁹⁶ Connaughton (2001) 86-88

²⁹⁷ Beller, Méndez y Ramírez (1985) 47-50

²⁹⁸ Beller, Méndez y Ramírez (1985) 283

educación preparatoria aparecen consistentemente los tópicos de “gramática, ideología, lógica, metafísica y moral”, saberes suficientes para conformar el cuerpo de *Sujetos del pueblo*). En 1867 se crea la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) –de corte positivista y que eventualmente queda inserta en los problemas de “ateización” que acosan a su asistencia²⁹⁹–, que funcionó como máquina creadora de sujetos diferentes, habilitados como ciudadanos sustentantes del orden, paz y progreso, pero aún no era una institución universitaria sino una escuela superior³⁰⁰.

Una constante que aparece es la dificultad presente en los diversos cambios de mando para hacer algo concreto respecto de la educación universitaria. Situación que depende menos de la escasa planeación o de las cortas miras con que fueron formulados los planes, que de los incesantes cambios de bloque en el gobierno de la nación, que revocaron todo avance obtenido por los adversarios en cuanto se lograba una escaramuza victoriosa. Cabe reiterar que la universidad capitalina fue construida por órdenes religiosas, así que durante los cambios de régimen y de partido político en el gobierno, ésta fue clausurada y re-inaugurada según los intereses y los proyectos, símbolo del que O’Gorman³⁰¹ declara: “Suprimir la universidad se había convertido en obligada muestra de convicciones liberales, como obligada muestra de lealtad conservadora era reinstalarla”. En este sentido, la institución por sí misma condensaba los ideales religiosos que la habían formado, por lo tanto además del ataque simbólico a la instancia educativa, la estrategia de lucha que indica suprimir-reinstalar (según la adscripción), es una gestión de las condiciones materiales al instalar un punto a partir del cual puede circular el discurso que legitima uno u otro proyecto. Pero la universidad se apoyó en otras filiales, a partir de donde los puntos de resistencia se multiplicaron, uno de los más representativos fue la ENP.

El movimiento estudiantil de 1875 ilustra la filiación ideológica presente en la generación nacionalista, pues al actuar en desacuerdo tras la suspensión de un par de alumnos de la Escuela Preparatoria, esgrimieron argumentos que apelaban a los “[actos como] el pensamiento en acción de individuos que en el estudio han aprendido a conocer sus derechos”³⁰²; en esa oración aparecen plasmados los supuestos de la ideología positivista acerca del factor liberador inscrito en la educación, y que son ya difíciles de disociar respecto del pensamiento en las comunidades de estudiosos, quienes además se imaginan como individuos iguales entre sí. Al reconocerse como individuos políticamente eficientes tras haber cursado un periodo de estudios formales, los sujetos en formación adoptaron la explicación discursiva para su situación y la ejercieron como proclama directriz de la acción comunitaria. Éxito de la comunidad imaginaria al percibirse homogénea y estructurada bajo un mismo argumento. A este movimiento se adscribe el Colegio de las Vizcaínas, en términos de solicitar un cambio a nivel arquitectónico, en tanto que resultaba “una vergüenza para la culta capital, que el colegio donde se educaba al mayor número de mujeres, más que una institución de instrucción, pareciera un

²⁹⁹ Alvarado (2009) 113

³⁰⁰ Alvarado (2009) 193

³⁰¹ Citado en Alvarado (2009) 59

³⁰² Alvarado (2009) 92

monasterio o una cárcel”³⁰³. Interesante paralelismo entre los centros disciplinarios, cuya diferencia estatutaria descansa sobre el esquema mitológico en donde el ser humano mejora a través de la educación, con lo cual el otro par de centros, si bien no necesariamente quedan en el polo opuesto (animal), sí son valorados como recintos deficientes en comparación con la escuela, y esto en simultaneidad con la denominación en la que se concreta toda la red de significados.

Al tiempo que los alumnos de colegios en el nivel medio y superior adoptaban las normas formales de enunciación y se habilitaban en los procedimientos para establecer la realidad dentro de la entidad discursiva que denominaremos “positivismo”, a nivel básico había propuestas como la de “El copiator popular”, fechado en 1870, con cuyo método se pretende que “un solo maestro puede enseñar simultáneamente a mil niños, y cualquier joven aplicado puede aprender á escribir por sí solo”. Haciendo patente la intención ideológica de enseñar a la mayor cantidad posible de sujetos, y por lo tanto se toma en consideración el gasto económico mediante la estrategia de “reducir su precio a seis y medio centavo en toda la República por cada cuaderno con papel y modelos par un mes, con el fin de ponerlas al alcance de todas las fortunas [...]”. Todos deben poder aprender, ya que el objeto del proyecto es “crear un carácter de letra nacional que se nombrará de tipo Anglo-Mejicano”³⁰⁴. Premisas compatibles: los alumnos que aprenden a ejercer sus derechos a través del estudio requieren dominar de las estrategias escritas para consultar los documentos y para redactar, a la usanza del ciudadano *civilizado*, sus posturas en periódicos de circulación interna a la comunidad académica. Del mismo modo, si la intención era que la mayor parte de la población accediese al aprendizaje idiomático lo antes posible, la apuesta fue por un modelo de tipo “bancario”, con un solo profesor depositando los saberes prácticos –compuestos principalmente por rutinas conductuales de escritura y de comprensión lectura (en donde “comprender” es un saber-comportarse)– en los educandos necesariamente ignorantes.

La presencia de la ilustración hace ostensión con “La reforma de Ezequiel Montes”, la cual “refleja el ascenso del liberalismo y su presencia en la arena política, aunque también la necesidad de conciliación política con sectores católicos, ya que uno de los principales argumentos para modificar la ley es que los jóvenes educados en el positivismo de la Escuela Preparatoria se hacen «materialistas y ateístas»”³⁰⁵. Si la discusión sobre el futuro de la institución académica estaba impregnada problemas sobre su adscripción a un proyecto estatal o católico, es también resultado del contexto general en donde se piensa sobre la educación. Las capitales fueron los centros donde se reclutaba esa “falange intelectual” que Sierra mencionase, y era justo en estas urbes donde ocurría la característica mezcla entre dos idearios parcialmente incompatibles que culminó con reconocer el carácter infructuoso del enfrentamiento por controlar el medio educativo. Si el proyecto conjunto a ambos momentos estaba dirigido a conciliar la aún inestable población del terreno nacional bajo un solo concepto, la colaboración a cierto nivel era imperativa. Tal cambio en los objetivos, donde lo relevante deja de ser derrocar a la otra

³⁰³ Alvarado (2009) 97

³⁰⁴ Granja (2004) 63

³⁰⁵ Beller, Méndez y Ramírez (1985) 39

facción para pensar acerca de cómo regular el proceso pedagógico, indica que también la discusión cambia sus términos. En este contexto

“Los debates sobre la educación se referían a la uniformidad nacional de la instrucción primaria aprobada durante el Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública en 1889. Ciertamente la discusión propiamente anti-positivista había sido desplazada trasladándose al campo del liberalismo versus clericalismo. Es decir, el debate de la educación laica y el papel del estado en el proceso de uniformidad necesaria de la educación nacional”³⁰⁶

8. Con la creación de la Universidad Nacional en 1901, acorde al proyecto de Sierra, destaca el carácter progresista y laico. En lo sucesivo la discusión sobre la universidad dejó de orientarse hacia la condición gremial o hacia su carácter de alternativa educativa viable³⁰⁷. Se instaló su necesidad estructural dentro del proyecto de ciudadano positivo, y su estatuto dejó de ser cuestionado, pues la suposición ideológica que indica la necesidad de educar al pueblo había quedado finalmente asentada. Como parte del proyecto universitario, se planteó la autonomía, pero con relaciones complicadas respecto a la directiva científica de la escuela y la capacidad del estado para incidir en las decisiones. Se buscó un mayor margen de libertad para actuar al conformar una universidad nacional³⁰⁸, pero su posición como instancia necesaria para producir individuos no volvió a ser cuestionada. Pasó a formar parte de las rutinas gramaticales que configuran los discursos mitologizados, insertándose en la red de conceptos que relacionan el estudio y la civilidad con la adscripción en la parte del pueblo que goza de vida política.

Detectada la importancia de educar para difundir el ideal y mejorar a la población en términos de progreso individual y desarrollo nacional, aparece una formación discursiva en donde “educar a la población supone mejorar sus habilidades y capacidades de trabajo, por lo tanto, también una mejora en la productividad individual y colectiva”³⁰⁹. Parece tentador indicar que este interés parte del supuesto de emplear los cuerpos como piezas en un modelo productivo, lo cual determinaría que se educa a modo propedéutico para dedicarse al trabajo. Sin embargo los contenidos que aparecen en la ley de obligatoriedad educativa no se vinculan directamente con una ocupación laboral, lo cual implica un par de situaciones paradójicas de consecuencias incompatibles en el plano lógico: 1] creer en la educación como condición pre-actual para un empleo económicamente redituable, al tiempo que 2] se produce un exceso de mano de obra que no tiene posibilidad de mejorar. Se infla la educación, haciendo necesario atravesar un proceso académico para ser considerado como ciudadano civilizado. Si sabemos que el cambio no sucedió, que la preparación educativa masiva y obligatoria no deviene en desarrollo económico, queda suspendida la pregunta ¿dejó de creerse en el *gran discurso* de la educación liberal?

³⁰⁶ Beller, Méndez y Ramírez (1985) 43

³⁰⁷ Alvarado (2009) 194-197

³⁰⁸ Alvarado (2009) 124-126

³⁰⁹ Lazarín (2013) 19

Vamos por partes, de inicio “la alfabetización forzada de la población, iniciada por el estado mexicano en 1895 con la implementación de la educación obligatoria, no logra ser todo lo exitosa que demuestran los datos cuantitativos”³¹⁰, pues sucede que entre 1878 y 1907 se reporta en los censos un incremento del 132.35% en la cantidad de escuelas nacionales, con un correspondiente incremento de 365.97% alumnos inscritos a la educación primaria. Pero para 1910 el 72.3% de la población nacional era analfabeta³¹¹. Un alto porcentaje de la población se mantiene en el polo negativo de la estrategia nacional para educar, pese a que hubo varios intentos por organizar una educación formal. Con todo y las impresionantes cantidades reportadas en las cifras oficiales, los programas implementados durante tres décadas parecen no haber resultado tan efectivos como se dijo que era esperado.

Es momento de retomar la cuestión que indica una estrecha correlación entre la práctica concreta y el discurso oficial: se requiere que ocurran cambios concretos en las condiciones de la existencia, y una vez queden asentados en forma de práctica –rutinaria inclusive–, son formalizados en escrito (a través de una ley, por ejemplo); ambas fases pueden sucederse o acompañarse, según el estado de la cuestión, pero en un momento terminal es requerido que se relacionen concomitantemente, que se articulen una con otra de acuerdo con su recíproca necesidad. El proyecto desarrollado por el estado mexicano responde al orden fantástico de educar a la totalidad de ocupantes en el territorio nacional, sin embargo opera de manera poco coherente: realiza primero el decreto legal, quedando a expensas de las instancias académicas locales el que las situaciones sean modificadas consecuentemente. Este movimiento no pasa inadvertido, ya la lógica indica que “si no existían condiciones propicias para su práctica, el individuo tiende a olvidar acontecimientos [aprendizaje académico]”. Aquí hay un asunto interesante en la labor estatal, pues si bien promulga una ley que torna obligatoria la educación primaria, ignora las condiciones materiales de la población, y como éstas no son contempladas en el nivel de enunciación, la práctica no se modifica efectivamente. Siendo que “El proceso de alfabetización no fue uniforme en todo el país, la universalización forzada de la alfabetización por el estado mexicano se topó con muchas dificultades impuestas por las condiciones socioeconómicas de las entidades federativas”³¹², donde los recursos no fueron distribuidos de manera coherente con el plan de educación. Tal incompatibilidad entre el orden enunciativo de la ley y el nivel positivo de la práctica concreta provoca disonancias: el lenguaje con el que se refiere a la realidad es distinto, las configuraciones léxicas responden a patrones locales e inter-excluyentes, así como a formas de comprensión más próximas al ideario cultural que al saber institucionalmente organizado.

La circunstancia entonces indica que alrededor de tres cuartas partes de la población no están habilitadas en las formas legítimas de participación política, pero están insertas en un contexto donde se piensa en la efectividad de dicha participación mediante discurso escrito, entonces hay una imposibilidad de hacer coincidir las condiciones de vida con las directrices discursivas. Se imagina uno como parte de la comunidad nacional sin que haya

³¹⁰ Lazarín (2013) 270

³¹¹ Lazarín (2013) 14

³¹² Lazarín (2013) 273

posibilidad de mostrarse factualmente como tal. En un extremo aparece la imposible acción civil(izada) ante la ausencia de educación, pero siguen existiendo urbes donde se concentra la falange intelectual, en donde sucede otra sinrazón: se supone que se prepara para el trabajo y para la potencial vida política, pero desde su institución obligatoria, la relación educación-trabajo no parece ser tan directa como la fantasía apunta. Resulta que en el último siglo “la ocupación [...], disminuyó en los tres rubros de la economía: la alfabetización no tuvo un peso importante en la generación de empleos. [...] en apariencia la alfabetización produjo una sobre-oferta de mano de obra que sabía leer y escribir, para la que no hubo suficientes fuentes de trabajo”³¹³ He aquí que el carácter de obligatoriedad de la educación se mantiene, pese a que la *realidad producida* supone que estando educado la consecuencia directa es estar ocupado decorosamente, situación que no ocurre. ¿Para qué estudiar obligatoriamente?

La oportunidad de mejorar desaparece y es asumida como tal por los sujetos en proceso de educación, estamos ante una inercia ideológica heredada de los proyectos sobre alfabetización de los siglos XIX y XX, donde “había que aprender algo para, posteriormente tenerlo más fácil. Una confianza pequeño-burguesa en la escuela era la que había dictado la frase”³¹⁴, donde se persigue un objetivo vano sin coherencia funcional, se persigue estúpidamente un proyecto cuyos resultados ya-no-sucedidos están a plena vista y la explicación es que la misma confianza que impulsó originalmente las campañas de alfabetización llegó a ocupar un sitio tan privilegiado en los discursos, que se volvió un lugar común, dejó de ser objeto de evaluación y actualmente forma parte del transcurso (experimentado como) natural de la vida humana. Preocupante en tanto se sabe el fallo del proyecto pero se persigue de todos modos, de manera *cínica* considerando que los sujetos “conocen la verdad sobre sí mismos y, a pesar de ello «continúan» obrando de igual manera, entonces completan la definición de cinismo”³¹⁵; pese a la pérdida de confianza en la mejora a través de la educación, se repiten las mismas consignas que cuando aún era coherente pensar una relación directa entre educación, civilización y progreso.

Hacia finales del siglo es claro un perfil de proyecto de individuos que fue importado (o calcado) de los modelos positivistas emergidos en Europa, sin los ajustes contextuales pertinentes para impulsarlo de manera coherente en las circunstancias nacionales. Sin embargo, lo que sí sucedió fue una peculiar creación de sujetos: al mezclar el concepto de universidad (en tanto lugar de estudio superior) con el encadenamiento de significados que por un lado implica la diferencia entre barbarismo y civilidad y por otro implica un compromiso con demandas nacionales, espirituales y léxicas, se anudó un estatuto particular para el sujeto universitario. Este estatus se relaciona con la suposición de un conjunto de habilidades cualitativamente superiores a las asequibles sin la preparación institucional, que está apareado con la expectativa de cierto éxito económico independientemente del contexto. El tránsito por la universidad vuelve al sujeto educado

³¹³ Lazarín (2013) 275

³¹⁴ Sloterdijk (2006b) 16

³¹⁵ Sloterdijk (2006b) 177

en sujeto que se reconoce según la nueva denominación obtenida al completar su circulación por el ambiente académico.

La inflación de la educación presenta un nuevo Espectro que asedia a los cuerpos jóvenes en edad estudiantil, que es el correspondiente a la escuela. Esta entidad constituye un discurso de posibilidades escindidas, donde se parte en una dicotomía a las opciones para el sujeto: estudio o trabajo. La primera indica atravesar la mayor cantidad de escenarios académicos posibles hasta que pueda logarse un tránsito seguro hacia la esfera laboral; mientras que la segunda indica insertarse de lleno en el ámbito de labores remuneradas. En ambos casos, el individuo está sujeto a constricciones de orden económico, que ocupa la máxima posición en la jerarquía de finalidades, pero no las eclipsa pues sigue siendo imperativo responder a las injunciones de las demás instancias espectrales según el rol con que interpelan al mismo sujeto –y tal caos es posible a través de ejercer una *síntesis* entre las distintas posiciones de sujeto que ocupa un mismo individuo, el significante que aglutina todos los contenidos empíricos es el de “yo”.

Con los programas de alfabetización masiva la intención explícita fue habilitar a la mayor cantidad posible de individuos en la comprensión de la lengua, alcanzando un rango apenas funcional para la actividad civilizada, pero dominar el idioma en el nivel coloquial no basta para desarrollar herramientas de acción eficaces. A nivel de la intención del mensaje, es posible captar la perlocución sin detectarla en su nivel *en-sí*, de modo que teniendo desarrollada una comprensión de locuciones coloquiales hay garantía de saber cómo comportarse, pero esto no necesariamente se relaciona con conocer la razón para tal comportamiento. La alfabetización solamente funcional garantiza que los sujetos puedan seguir indicaciones, sin prolongar el alcance instrumental hacia la transformación de sus condiciones materiales de existencia, incluso cuando alcancen el grado universitario, pues en este momento pasan a la cara opuesta pero constitutiva del modelo de producción, en donde corresponde dictar las instrucciones que otros habrán de seguir. El Aparato Ideológico de Educación imprime la lógica del trayecto entre instituciones como un sistema aislado, en donde las posibilidades de circulación se reducen al nivel de inserción como acatador o dictante de órdenes, sin indicar posibilidad alguna para mejorar. La acción política constituida como el tipo positivo de pueblo quedó desplazada por la incitación a progresar mediante el trabajo.

CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas recorrimos el proceso de formación de ideas, tomando el lenguaje como hilo conductor sobre el cual se ensamblan los discursos de variable complejidad pertenecientes a ámbitos distintos de la experiencia humana, de entre los cuales enfatizamos la relación lingüística entre la entidad nacional y la religiosa. Partiendo del supuesto en donde el lenguaje es una modalidad genuinamente humana de relación con la realidad, aparece en un primer momento la asociación entre palabras y cosas concretas –acuñación inicial para la noción de *lo mismo*– sujeta a validación de orden predicativo entre los polos verdadero-falso, a partir de donde se traman relaciones entre objetos que pasan a ser referentes nominales a un nivel de una primera abstracción proposicional según la misma dicotomía dialéctica. El tipo de formaciones discursivas hasta aquí es de índole (o bien tiene pretensión de ser) descriptiva, donde la veracidad de lo relatado tiene un carácter funcional que consiste en dar cuenta de los elementos existentes y sus relaciones. Este proceso de encadenamiento –que se da en un primer momento– entre palabras y cosas que pasa a ser entre conjuntos de cosas después, responde al apareamiento por *convenientia* entre un sonido y un objeto: *toda denominación es metafórica (o catacrésica) en su origen*. Por tanto, la formulación de enunciados y su secuenciación en oraciones mana de la misma fuente lingüística.

Una vez formadas las oraciones que vinculan entre sí los conjuntos de objetos delimitados en el campo perceptivo de la realidad, entra en juego el terreno de lo que denominamos *ideología*, que implica una dimensión de valoración moral dentro de la cual destacan los rasgos con los que el sujeto tiene un nexo emocional, siendo que entonces tanto los objetos detectados en la realidad como las relaciones entre éstos y los sujetos dejan de ser descripciones para pasar a ser prescripciones. Los enunciados a partir de este momento tienen una intención al ser formulados, algo que comporta la descripción pero es más amplio, y esta fuerza ilocucionaria o perlocucionaria en las oraciones es el vehículo principal del componente ideológico. Cuando los enunciados están estructurados de acuerdo con una jerarquía de necesidad o de relevancia, cuando algún conjunto de premisas opera como núcleo para diseñar otras, entonces hay un *discurso*.

A los objetos delimitados en los espacios de significación disponibles dentro del orden de la lengua les llamamos *elementos*. La característica principal de éstos es la denominación, expresada en un concepto –el cual puede abarcar una o varias palabras– que se refiere con precisión a un mismo fenómeno de manera más o menos independiente a los usos contextuales. La denominación conceptual del elemento indica simultáneamente aquello comprendido “dentro” del significado y aquello relegado “fuera” –acuñación de *lo diferente*–, por lo que ante cada acto de reconocimiento nominal hay un movimiento en dos sentidos: la delimitación incluye y excluye cosas de manera concomitante. Este gesto permanece implícito conforme se va tornando más complejo el entramado léxico, por lo que cuando se hace referencia directa-explicita a un objeto determinado, éste va acompañado por un conjunto de oposiciones veladas, desde cosas excluidas por la denominación hasta formaciones discursivas valoradas en modo

peyorativo desde el orden en que habla o escribe el sujeto. De este modo es insoslayable plantear la existencia de objetos creados a través del silencio, en tanto el silencio es el revés del discurso explícito. Pero la sección ocultada por la ausencia de referencias –o por referencias indirectas, tangentes, que le tocan de manera negativa– debió ser evidente durante un estadio previo del desarrollo, específicamente aquél correspondiente a los apareamientos cosa-denominación, a partir del cual se mitologizó dentro de una red conceptual en la cual se agregaron otros conceptos con sus respectivos juicios de valor.

El ensamblaje conceptual para explicar la realidad no es neutro en la medida en que incorpora valoraciones variadas acerca de objetos, que pueden relacionarse en distintas maneras. Este proceso no es acumulativo y creciente, pues los manejos convencionales de los usos dependen de los contextos de funcionalidad en los cuales operan, por lo tanto, la autoridad de la costumbre para fijar significados es local siempre y cuando el discurso sea planteado dentro de los márgenes que indican el alcance de la misma –las modalidades de pre-comprensión cultural. Aquí se conectan los presupuestos/sobrentendidos, tomados como base para relacionarse con la realidad; también el punto de articulación entre el discurso y la práctica encuentra su posibilidad en los manejos culturales que los humanos hacen de los conceptos para explicar satisfactoriamente su realidad –el aspecto de *legibilidad*–. Si un marco lingüístico es lo suficientemente amplio para abarcar sectores poblacionales, también los organiza según las palabras existentes para designar los roles que ejerce un sujeto o las posiciones que ocupa, he allí la posición de interpelar a todos y a cada uno de ellos para desempeñar las funciones adjudicadas al total de posiciones que aglutina su “yo”. El –experimentarse como– ser interpelado por el orden social es asimismo reconocerse como sujeto del lenguaje, de una entidad inmaterial pero presente en todo momento, esto es, *espectral*.

En tanto nos referimos a un fenómeno lingüístico donde el uso de palabras conforma una relación plural entre sujetos con cosas, entonces las formas de ideología, las formulaciones legibles, los encadenamientos conceptuales, los discursos sobre la realidad, son fenómenos sociales, al nivel de la comunidad. Una proposición central es que toda comunidad existente es soportada por la forma imaginaria que toma en el reconocimiento de los individuos que la integran. Las estrategias de tránsito conjunto por instancias similares son una parte de la condición material que aporta sustento a creer en la comunidad, pero también las actividades realizadas en simultaneidad: llamamos la atención sobre los rituales lingüísticos de adscripción-interpelación-reconocimiento, como recitar la oración o cantar el himno nacional de manera pública –al menos lo suficientemente accesible para la identificación de los otros practicantes–, cuya práctica se permanece presente en la expresión de consignas durante las manifestaciones e incluso en eventos de carácter aparentemente laico y apolítico como los conciertos de música popular. En todos los casos, el pronunciar las mismas palabras simultáneamente otras personas y atravesar por los mismos momentos durante el evento, son un componente crucial para imaginar la existencia efectiva de la comunidad. Tanto el trayecto compartido por espacios iguales, como el repetir las mismas rutinas lingüísticas permiten pensarse como *lo mismo* que otros sujetos; he allí la importancia de atender a los modos en que operan las denominaciones con que las comunidades se identifican y

reconocen, pues según la red de conceptos empleada son los contenidos susceptibles de ingresar en su respectivo marco de identificación.

Ahora bien, el nivel de abstracción que requiere formular un orden que sea efectivo tanto a nivel de la totalidad plural como al de la individualidad particular, no es un fenómeno de amplitud universal, por lo que en lo que respecta a dar cuenta sobre los estados de cosas que involucran rutinas conductuales, hay generalmente más de un discurso susceptible de aportar una explicación satisfactoria. Ante las diversas opciones para explicar la realidad, la elección tiene qué ver con la medida en que los sujetos generan un nexo emocional con los discursos. En la medida en que un discurso trasciende la explicación de situaciones cotidianas para dar cuenta sobre tendencias amplias acerca de la actividad humana al tiempo que permite identificar jerarquías de factores para determinar la dirección de las conductas, deja de ser un modo de comprensión para ocupar el estatuto de *ideología*.

Antes de proseguir, detengámonos para matizar las diferencias en el carácter científico de las disciplinas y los espacios de pugna. Hay constantes en la articulación discursiva a través de las distintas lenguas e incluso de los órdenes de especificidad, que responden a los componentes “objetivos” de la realidad, cosas de existencia concreta y relaciones lo suficientemente constantes como para gozar del estatus de “universales”, sobre este punto del conocimiento y su puesta en discurso científico –correspondiente a los campos de las ciencias naturales– no centraremos el análisis, pero apuntamos que incluso en ello todo objeto de conocimiento precisa de llegar a serlo a través de su inserción en un discurso, no porque su existencia se desvanezca en ausencia de seres lingüísticos, sino porque requiere colocarse en proximidad a conjunto de conceptos explicativos que permitan decir/escribir algo acerca de ellos. Llega el momento de tomar en cuenta el concepto de *natural* para dirigir la discusión, pues si algo alcanza a ser percibido como “natural” de acuerdo con una axiomática determinada, pasa a ser tomado por supuesto; es pertinente mantener una distancia crítica respecto de los aspectos *naturales* de cualquier fenómeno, pues es allí donde se alojan las formas ideológicas de mayor efectividad: explícitas por ser apodícticas, pero ello no es consecuencia necesaria de ser *verdaderas*. Premisas con estatuto de naturales son aquéllas en donde se apoya una formación ideológica, y son aquéllas contra las que resulta relevante dirigir el análisis crítico.

Los modos de explicación con aspiración científica plantean teorías para explicar las relaciones percibidas en la realidad. La función de la teoría es presentar un arsenal de palabras relacionadas entre sí, cuya estructuración responde por analogía a la organización de los fenómenos bajo explicación, y a partir de dominar las palabras, posibilita *ver* de cierta manera el sector del mundo al cual se enfrenta el sujeto experimentador. Si bien no negamos la existencia de los objetos independientemente a la presencia de un observador, su constitución en objetos de saber necesariamente debe pasar por la criba lingüística, insertarse en una relación entre palabras y cosas, donde las primeras determinan qué, cómo y de qué manera pueden percibirse las segundas. No hay denominaciones libres de contaminación valorativa, en el mismo sentido en que no hay

discurso sobre la realidad que no implique formas de relación moral con los objetos de la realidad. Las experiencias posibles son también mediadas por la teoría, no se presenta un conjunto desarticulado de elementos sensoriales, sino un cuadro enmarcado por los conceptos que el sujeto puede nombrar, a partir de donde filtra aquello inteligible, susceptible de conocerse, del resto de experiencias que también pueden estar presentes, pero no son percibidas si no se cuenta con un esquema lingüístico que permita dar cuenta de ellas. Tanto los instrumentos como los conceptos son los determinantes para la detección de algún tipo de fenómeno en la experiencia científica. Luego, a un mismo recorte de la experiencia pueden asignársele interpretaciones distintas, no siempre compatibles, y la cuestión que emerge es la e identificar cuál es más apropiada para dar cuenta de lo que está sucediendo.

Partiendo de la inexistencia de un modo único para referirse a la realidad, sea ésta perteneciente al campo de lo natural o a las ciencias del hombre, lo que queda para asegurar el dominio discursivo es la implementación de estrategias de lucha. La lógica es un baluarte fuerte, sin embargo la por sí misma no basta para garantizar la legibilidad o la veracidad de las aseveraciones, hace falta un reconocimiento concreto de la realidad por parte de los sujetos involucrados en los aspectos que un discurso pretende explicar para garantizar que éste describa efectivamente una parcela de lo real. Otro de los puntos en los que insistimos a través de los ejemplos empleados en las argumentaciones precedentes es que la retórica ocupa un lugar importante entre las estrategias de legitimación disciplinaria, al menos en lo concerniente a los niveles pre-científicos, sobre todo porque es más directo alcanzar el objetivo de la vinculación emocional de los sujetos con un discurso si éste emplea recursos como el *ad populum* por ejemplo. Ganar la posibilidad de que los individuos se involucren en investigar a partir de un determinado marco conceptual garantiza la supervivencia del marco mismo, mientras que lo sujetos pueden perecer sin que el objeto de seguridad existencial perezca. Y saber acerca de la realidad permite plantear modos para dominarla, lo cual no es un aspecto desdeñable para lograr este tipo de seguridad. El conocimiento surge del refinamiento ingenioso en el ejercicio de poder para hacer progresar la investigación en un sentido determinado, aquél hacia donde la emoción no produce incomodidad. No es relativismo, no es reducir la ciencia a pura relación de poder, es tomar en cuenta la localidad de los intereses que dirigen el ejercicio científico, pues el sujeto de ciencia permanece en su cualidad de individuo emocional.

Tema en especial sensible cuando tratamos con una disciplina en estado pre-científico como la psicología y sus relaciones con el contexto académico, es preciso ponerse en guardia contra las tácticas de espíritus pueriles que aportan como “pruebas” impresionantes explicaciones, sin que necesariamente haya una comprensión del fenómeno más allá de la retórica o que determinan los objetos de estudio de acuerdo con el abordaje superficial de la experiencia directa mediante proposiciones *ad hoc* –evitando una labor de abstracción para establecer los factores (y las relaciones entre éstos) que explican el fenómeno–; advertimos en contra de adscripciones que toman enunciados más cercanos al sentido común que a una estructuración conceptual científica para legitimar su validez, mientras aportan interpretaciones suficientemente amplias cuya

vaguedad resguarda del error declarado, con lo que ejercen una tecnocracia de la opinión; de formulaciones tan centradas en la conceptualización abstracta que ajustan *post hoc* toda diferencia a un mismo esquema arcaico de conceptos, guiándose por una especie de esoterismo de diván en la comprensión de la realidad; de formaciones disciplinarias añorantes del estatus de ciencia, que mantienen la estructura clásica de la moral confesional –cambiando el pecado por la disfunción–, centradas a tal grado en la anecdótica funcional de los fenómenos que dejan de lado toda dimensión de poiesis, confundiendo el nivel descriptivo con el normativo, así como apuntando a formar empresarios de uno mismo que exorcicen al resto, una suerte de demonología burguesa; o de las orientaciones que se afianzan en explicaciones de múltiples fuentes, todas igual de válidas, cuyo eclecticismo equipara al chamanismo con la bio-retroalimentación, perdiendo todo sentido del campo preciso al que uno está enfrentándose. Estrategias de este estilo cuentan dentro de la lucha por el dominio discursivo, pero sus postulados carecen de una relación necesaria con el fenómeno tratado. Sin embargo, todos los ejemplos citados formulan una lectura válida de la realidad dentro de los límites locales de su ejercicio discursivo, por tanto, sin desestimar el mérito que tienen al ejercer de manera convincente ciertos recursos retóricos, la apuesta es por devolver la argumentación hacia el nivel de evaluación lógica, “mitologizar el mito” a partir de sus bases conceptuales, de los arreglos contingentes que presenta para describir la realidad.

La existencia, por fugaz que resulte, de entidades discursivas, durante el periodo que permanezca en circulación, se apoya en las dos fuentes relevantes para preservar las palabras: lo dicho y lo escrito (aunque lo dicho puede almacenarse en formatos *transcribibles*). Ambas son modalidades distintas pero que se llaman mutuamente, lo dicho en las aulas, en las conferencias, en los simposios es la forma de que el habla circule como si tuviese vida, llegue a los asistentes y les convenza a través del ejercicio perlocutivo que es más asequible a través de la pronunciación que de la escritura; sin embargo, el archivo “duro” de un discurso son los materiales escritos o almacenados de cualquier forma (que como ya indicamos, incluso en la era actual siguen apegándose a un estilo escritural) que puede reproducirse una cantidad innumerable de veces y que permanece a disposición del alumnado para su puesta en circulación actualizada tantas veces como sea necesario. El hecho de que se demande al ciudadano civilizado en posición de académico el cubrir cierta cuota de publicaciones escritas tiene que ver con dar cuenta de la existencia viva del orden discursivo bajo el cual inscribe su militancia, las escuelas privatizan saberes, pero no sólo aquéllos con suficiente legibilidad para mantenerse vivos como alternativas para interpretar la realidad (toda o en partes). La idea en formato discursivo es susceptible de descripción en tanto enunciados, según quien usa el lenguaje para ordenar al mundo, quien ocupa la posición de locutor. Tal instancia puede ser ocupada, según el caso por la nación, la religión o el AIE educativo. Ante el riesgo de concebirlos como entidades metafísicas que interpelan el sujeto, traemos a consideración el sustento material que otorga estatuto espectral a las organizaciones previas, que opera desde el anonimato, sin un rostro reconocible. El llamado de la patria o la voz del dios “son escuchados” tras la serie de prácticas ideológicas sobre las que se basa la justificación de escucharlas: a través de actuar consistentemente como si uno fuese interpelado por la nación, es como emerge

retroactivamente la creencia en el deber nacional. Papel fundamental de la escuela al disponer durante periodos extensos de los individuos para formar cadenas de asociaciones sólidas, y del lenguaje nacional como medio necesario para la interacción funcional interindividual.

Una presencia discursiva lo suficientemente coherente como para aportar lecturas de la realidad actuales a través de un periodo prolongado se instituye en espectro cuando ocupa la posición de *ideología científica* y dirige multiplicidad de investigaciones a partir de sus premisas (ocupando el eje horizontal del cuadrículado). Demanda bosquejarse la relación entre los AIE y el Archivo, o bien considerarlo como un *AIE Archivante*, la cual descansa sobre la necesidad de reproducir y mantener las condiciones materiales de producción, así como la legitimación del orden simbólico mediante un discurso que lo presenta como hecho evidente, *natural*. Las relaciones de poder son bidireccionales, siempre hay “saberes sometidos” o espacios de resistencia, el AIE Archivante filtra (censura) los saberes mediante los criterios de ajuste a las normas científicas y académicas: *imprime* aquéllos que explican las condiciones actuales, los que “reproducen” (cínicamente) un conjunto de ideas ancladas a un soporte material; *reprime* al obstruir o lentificar los saberes incómodos empleando subvenciones, becas, y demás incentivos que precisan de ostentar el ajuste normativo para ser otorgados; el caso menos probable (pues nunca puede ser absoluto) es el de *suprimir* algún tipo de saber, no hay eliminación totalmente efectiva sin embargo puede referirse a estos saberes y a su estado de indeseables *a través del silencio*. El mantenimiento de las condiciones opera en la modalidad espectral dentro del AIE Educativo, que demanda comportarse de acuerdo con un modelo contenido en el AIE Archivante.

Cuando una disciplina cuenta con un archivo normativo que sobrepasa las formas de comprensión cultural, dijimos que estamos ante un modo de ideología; y un aspecto que destacamos en esta forma discursiva es que la localidad de los enfrentamientos deja de sustentarse explícitamente en rasgos contextuales (lengua o nación) para desplazarse hacia espacios menos localizables. Así, los enunciados de corte positivista son aplicables fuera del territorio y de la lengua francesa, prestándose a ser esgrimidos en enfrentamientos dentro de espacios académicos, que abarcan comunidades dispersas por el globo; las *comunidades imaginadas* que son posibles a través de la academia están unidas entre sí por un vínculo con el discurso, con las normas de enunciación, los lugares comunes en la argumentación, las premisas tomadas como apodícticas, el tipo de conclusiones extraíbles a partir de cierto estilo literario. En este punto, los rasgos originarios al discurso dejan de estar explícitos, se adaptan por traducción a otras zonas de delimitación conceptual que realizan un ocultamiento de la argumentación que debió ser evidente en un inicio. También el desarrollo de investigaciones alrededor de un eje discursivo, al expandir o profundizar en el campo de fenómenos explicables, va dejando de formular los enunciados axiomáticos (dados por sentados) para formular otros. El rastreo de las raíces lingüísticas con las redes ideológicas que implican se torna cada vez más complicado.

Por otro lado, los enfrentamientos en el terreno discursivo no son llevados a cabo de un modo civilizado y racional. Aquí aparece otro mito, pues los debates o las críticas en revistas o en libros especializados son los espacios de lucha donde los militantes de una entidad discursiva entran en pugna con lo contrincantes; sin embargo asociar la publicación impresa con una forma racional de lucha es aceptar por descontado que en la escritura está libre de ejercer la retórica o de aducir el convencimiento emocional para asegurar una posición, lo cual no es, por el momento, el caso de las publicaciones. El progreso de una disciplina tiene en parte qué ver con la argumentación racional, pero también con el modo en que esta perspectiva pueda hacerse clara o accesible para los profanos o para los sujetos en formación, por tanto la amplitud de interpretaciones en tropos que puedan permitirse hacer juega un rol importante en el grado de presencia que tendrá tal orientación para la generación siguiente de sujetos en formación. Las pugnas no pueden ser puramente racionales desde el momento en que el hablante no habla sólo por sí mismo, sino que a través de él cobra vigencia una entidad discursiva –el sujeto *vuelve verbo su carne*– con su correspondiente conjunto de valoraciones acerca de la realidad. Particularmente en el aspecto de la educación, si surgen antagonismos acerca de los modelos o las técnicas que deben emplearse, las funciones a ejercer por parte de educandos/educadores durante el proceso, la cantidad de sujetos necesarios para impartir de manera eficiente los contenidos, el tipo de criterios a que deben sujetarse educadores/educandos para permanecer o progresar en los grados/posiciones; en fin, a los enfrentamientos con resonancias políticas acerca del tema de la educación lo indicado es tomarlos como discursos no hablan (solamente) sobre educación, pues en cada cadena argumentativa hay implícita una carga de contenido más emocional que racional. Por el mismo motivo, los *momentos* o bloques enfrentados no se reducen a instituciones vs individuos o a burócratas vs docentes o cualquier dicotomía identificable con tanta simplicidad. Es pertinente detectar cómo se mueven los intereses expresados de manera explícita por los antagonistas en la lucha por la hegemonía, para identificar las motivaciones que dejaron de necesitar una formulación explícita. La política también es un campo de pugna con una importante dimensión sofística.

Los argumentos esgrimidos en las pugnas requieren ser forjados en algún momento, y la institución que los produce es la academia, una instancia con carácter particular. En tanto la fundación de la instancia educativa dentro de la sociedad implica diseñar un espacio material donde pueda ejercitarse la *epojé*, es decir, un sitio para la puesta entre paréntesis de la toma de postura existencial, está planteándose de manera directa producir un individuo exento de participar en la vida cotidiana para dedicarse a teorizar acerca de la realidad. La micro-sociedad de pensadores dentro de un espacio heterótopo al interior de la sociedad civil por tanto indica que la universidad está desarticulada de la vida cotidiana desde el momento mismo de su planeación. Si la idea misma de la academia apunta a un proyecto de sujeto desapegado de la realidad, la lógica bancaria no es sólo un rasgo particular, sino la forma esencial en que se concibe la relación al interior del complejo educativo. La modalidad cínica de la práctica ideológica es ostensible cuando los individuos académicos producen solamente para su propio círculo, se remiten mutuamente en las publicaciones y se encierran en la ciudadela universitaria desconectada de la realidad...peor para ésta si no queda dentro de las normas

proposicionales. La puesta entre paréntesis de la toma de postura además conmina a resolver toda desavenencia en los modos civilizados y pacíficos del diálogo académico, implica una cierta ascesis de pacifismo con peligrosa tendencia hacia un quietismo de la discusión donde los intelectuales están más concentrados en resguardar su ausencia dentro de los muros institucionales que en saber algo acerca de la realidad.

Para cuando los sujetos educados se encuentran en los niveles superiores, cuentan ya con una experiencia de varios años comportándose dentro del ambiente educativo y está a su disposición un archivo de textos donde aparecen compendiados los argumentos flamantes a favor o en contra de la entidad discursiva que se prefiera; pero esta igualdad de condiciones produce un exceso de estímulos a los que uno debe prestar atención, y la cantidad supera las posibilidades de hacer evaluaciones de calidad, aturde la plétora de discursos disponibles para explicar la realidad del ser humano. Ocurre entonces una pugna entre el estilo logofonocéntrico (saber formal) de conocimiento y la forma conveniente de enloquecer, la Crisis de presencia (o los modos de resistencia), pues en tanto el sujeto dispone de una variedad amplia de explicaciones para los procesos humanos, queda velado el objeto al que está refiriéndose. Los marcos explicativos acortan la distancia del ser humano respecto de las barreras disciplinarias que parcelan la existencia, ordenando un repliegue del ser, particularmente de los campos relacionados con la sensibilidad y la pasión, que son desplazadas desde el lugar donde funcionan como herramientas para dar cuenta de la realidad hacia un punto donde son sometidas al lenguaje –explicar la animalidad, la sensación o la emoción intrínsecamente irracionales, es inmovilizarlas para hacerlas objeto de gestión–. Esta tentativa apunta a volver equivalentes dos regímenes de signos ontológicamente distintos. Al sustituir la expresión lingüística acerca de las pasiones en su singularidad experimentada (en su *pathos*) por un léxico con pretensiones de neutralidad objetiva que incursiona en los niveles cotidianos de práctica, los estados de sensación quedan disminuidos a su referente científicista, que responde a una denominación precisa “como si” ésta expresara la amplitud del fenómeno emocional. Ante una súper-producción de discursos acerca del ser humano, pareciera que la intención anónima de fondo no es aclarar el carácter de las relaciones entre individuos ni abundar en el conocimiento del ser humano, sino impedir que este curioso objeto del saber sea por completo dominado por ninguna ciencia, con lo cual los enfrentamientos entre disciplinas y entre aproximaciones teóricas parecen insalvables. Interesante movimiento paradójico el producir discursos sumamente específicos acerca de grupos demográficos, que van acortando el espacio de libertad no-explicable del ser humano, orillándolo a desaparecer como un todo ante la desarticulación de sus partes en segmentos microscópicos de saber; mientras que la cantidad de explicaciones prolifera a tal ritmo que el mismo concepto de ser humano, constante sobre el fondo epistémico, se desliza hacia las zonas oscuras privadas de discusión. El concepto medular está acorralado por las investigaciones que no le definen; proceso de acotación en el cual parece como si la perspectiva de destruir el objeto de estudio amenazara con hacer caer en la imple especulación a las ciencias humanas y por tanto eludiesen enfrentarse directamente con el objeto de estudio, para evitar de este modo verse despojadas del carácter científico.

En este sentido, el concepto de ser humano opera como un momento de pliegue en el saber, en el que la reflexión y la investigación se dirigen en un cierto sentido, hasta que la profusión de teorías hace preciso aclarar el concepto central, sin embargo este paso se evita remitiendo las últimas consecuencias hacia los antecedentes, trazando nexos donde se muestran ciertas características, funciones, disposiciones o elementos, que no constituyen la totalidad del fenómeno pero sí son lo denominable. Es característico de las ciencias humanas poder aplicarse a sí mismas sus propios métodos, invertir en retruécano las conclusiones para tornarlas premisas que expliquen el proceso de conocimiento o de investigación –de modo que un enunciado como “la verdad está históricamente determinada por el contexto” puede interpretarse como una verdad históricamente determinada por el contexto actual–; y en este movimiento de reflexión del ejercicio discursivo sobre sí mismo, se envuelve al concepto de ser humano: se tocan los extremos premisa-conclusión, intercambian sus papeles, al precio de velar la definición de aquello que ocupa el lugar central en la red conceptual. El progreso eventual consiste en renunciar a este centro, en cambiarlo por algo definible y operable. La muerte de Dios es un evento al que precisa retornarse eternamente, porque nuevos conceptos ocupan su lugar en la pretensión explicativa de la realidad, así que es imperativo matarlos conforme dejan relucir su ineficacia para dirigir el avance de la ciencia; es derribando los absolutos (o pasándolos de nuevo al registro profano) como se abren espacios para concebir proyectos de individuos distintos según las nuevas configuraciones contextuales. Ni la educación ni el lenguaje son neutros, la civilidad no es consecuencia necesaria del ser educado y el tránsito por los ambientes educativos no es precursor necesario de integración laboral; atravesar por las instituciones académicas. Tales son los absolutos hacia los que dirigimos nuestros martillazos.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2006) La comunidad que viene. España: Pre-Textos. 14-15
- Agamben, G. (2010) Medios sin fin. España: Pre-textos. 31-36
- Agamben, G. (2011) ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*. 26(73). 249-264
- Alvarado, L. (2009) La polémica en torno a la idea de universidad en el siglo XIX. México: UNAM-ISSUE. 29, 30, 31-32, 59, 92, 97, 113, 122, 124-126, 193, 194-197
- Anderson, B. (2013) Comunidades Imaginadas. México: Fondo de Cultura Económica. 25-26, 31, 33, 62, 70, 72-75, 86-87, 169, 171-172, 202, 277, 278, 280
- Anzieu, D. (2007) El yo-piel. España: Biblioteca Nueva. 15-33,72-74,109-120
- Arce, A. y Malkin, E. (2016, Marzo 3) Berta Cáceres, líder indígena y ambientalista, asesinada en Honduras [Documento HTML] Recuperado de <http://www.nytimes.com/es/2016/03/03/berta-caceres-lider-indigena-y-ambientalista-asesinada-en-honduras/>
- Bachelard, G. (2013) La Formación del Espíritu Científico. México: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1999) Mitologías. México: Siglo XXI Editores. 122, 133
- Barthes, R. (2000) El grado cero de la escritura. México: Siglo XXI. 19-20, 32
- Barthes, R. (2004) Lo neutro. México: Siglo XXI Editores. 91-96
- Baumeiser, R.F.; Bratslavsky, E.; Muraven, M. y Tice, D.M. (1998) Ego Depletion: Is the Active Self a Limited Resource? *Journal of Personality and Social Psychology*, 5(74) 1252-1265
- Beller, W.; Méndez, B. y Ramírez, S. (1985) El positivismo mexicano. México: Universidad Autónoma Metropolitana. 34, 39, 43, 47-50, 283
- Bloom, H. (1995) El canon occidental. España: Anagrama. 16, 22, 29
- Bloom, H. (2003) La desintegración de la forma. En Bloom, H.; De Man, P.; Derrida, J.; Hartman, G. y Miller, J.H. (2003) Deconstrucción y crítica. México: Sigo XXI. 24-25
- Canguilhem, G. (2005) Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida. Argentina: Amorrortu. 30, 45-46, 48, 50, 55, 106, 109, 129
- Carter, E.C. y McCullough, M.E. (2014) Publication bias and the limited strength model of self-control: has the evidence for ego depletion been overestimated? *Frontiers in Psychology* 5(1) 1-11
- Connaughton, B. (2001) Dimensiones de la identidad patriótica. México: UAM. 86-88

Connaughton, B. (2010) Entre la voz de Dios y el llamado de la Patria. México: Fondo de Cultura Económica. 84-85, 87, 247, 249, 253, 277

Debord, G. (2002) La Sociedad del Espectáculo. España: Pre-Textos. 43-44, 47, 100, 171

Deleuze, G. y Guattari, F. (2004) Rizoma. En: Deleuze, G. y Guattari, F. (2004) Mil Mesetas. España: Pre-textos. 9-32

Derrida, J. (1995) Espectros de Marx. Madrid: Trotta. 45

Derrida, J. (1997) Mal de Archivo. Una Impresión Freudiana. España: Trotta. 9-15, 24, 27, 33-34, 36, 72

Derrida, J. (2011) Salvo el nombre. España: Amorrortu. 20, 31, 32

Derrida, J. (2012a) De la Gramatología. México: Siglo XXI Editores. 7, 14, 16, 17, 18, 19, 19, 26, 49, 85-86, 125, 231

Derrida, J. (2012b) El lenguaje y la instituciones filosóficas. España: Paidós. 91, 92-101, 103, 107, 110

Ducrot, O. (2001) El decir y lo dicho. Buenos Aires: Edicial. 2-38, 134, 136, 140, 151

Fernández, A. (2011) Crisis de la presencia, una lectura de Tiqqun. 4, 5, 6, 11, 14

Floud S.; Balkwill A.; Canoy D.; Reeves G.K.; Green J.; Beral V. y Cairns B. (2015) Social participation and coronary heart disease risk in a large prospective study of UK women. Recuperado de: <http://www.millionwomenstudy.org/publications/390/social-participation-and-coronary-heart-disease-risk-in-a-large-prospective-study-of-uk-women>

Foucault, M. (1998) ¿Qué es un autor?. Argentina: Litoral. 38, 39-46, 47-52, 53-56, 60-67

Foucault, M. (2013) Vigilar y Castigar. México: Siglo XXI Editores. 36

Foucault, M. (2014a) Historia de la sexualidad 1. México: Siglo XXI Editores. 88-91, 129, 255

Foucault, M. (2014b) Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas. México: Siglo XXI Editores. 2, 4, 5, 52, 56-58, 75-80, 110, 123, 255, 300, 310,311, 312-315

Foucault, M. (2014c) El orden del discurso. México: Tusquets. 14-50

Freire, P. (2002) Pedagogía de la Esperanza. México: Siglo XXI. 113, 196, 216

Freire, P. (1970) Pedagogía del Oprimido. Buenos Aires: Siglo XXI. 52

Gadamer, H. (2002a) Verdad y método I. Salamanca: Ediciones Sígueme. 72, 81-83, 199-200, 201, 461-462, 470, 474, 477, 479, 480, 482, 484-490, 495, 510, 512, 515, 528, 530-534, 540, 560, 567, 585

- Gadamer, H. (2002b) Verdad y método II. Salamanca: Ediciones Sígueme. 71-93,146-151, 181-201, 473, 540
- García, M. (1976) Las culturas del libro. Venezuela: Monte Ávila. 7, 9-12, 13-23, 23-31, 31-55, 57, 65-68
- Granja, J. (2004) Métodos, aparatos y máquinas para la enseñanza en México en el siglo XIX. 57, 63
- Job, V.; Dweck C.S. y Walton, G.M. (2010) Ego depletion--is it all in your head? implicit theories about willpower affect self-regulation. Psychological Science 21(11) 1686-1693
- Kundera, M. (1989) El libro de la risa y el olvido. México: Seix Barral. 176
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2011) Hegemonía y estrategia socialista. México: Fondo de Cultura Económica. 142, 154
- Lazarín, F. (2013) ¿Leer y escribir para el progreso? El proceso de alfabetización y la economía mexicana. México: UAM. 14, 19, 270, 273, 275
- Le Brun, A. (2004) Del Exceso de realidad. México: Fondo de Cultura Económica. 15, 22-23, 33, 41, 44, 55-60, 73-74, 76-80, 86
- Lyotard, J.F. (2012) La diferencia. Buenos Aires: Gedisa. 117-119
- Malmberg, B. (1975) Los nuevos caminos de la lingüística. México: Siglo XXI Editores. 41, 46
- Marx, K. y Engels, F. (1979) La ideología alemana. México: Ediciones de Cultura Popular. 36
- Olson, D. (1997) El mundo sobre el papel. España: Gedisa. 165, 170, 171, 172-201, 286, 288, 289, 294-295, 307
- Ong, W. J. (1993). Oralidad y escritura. México: Fondo de Cultura Económica. 4, 81, 83
- Palomo, F. (2013). Cultura religiosa, comunicación y escritura en el mundo Ibérico de la edad moderna. 10, 20, 26, 27, 32, 35
- Pérez, R. (2000) ¿Existe el método científico?. México: Fondo de Cultura Económica. 211
- Pêcheux, M. (2003) El mecanismo del reconocimiento ideológico En: Zizek, S. (comp.) (2003) Ideología: un mapa de la cuestión. Argentina: Fondo de Cultura Económica. 159, 166
- Ricoeur, P. (2004) Del texto a la acción. México: Fondo de Cultura Económica. 20, 21, 100, 114, 128, 324, 326
- Ricoeur, P. (2006) Teoría de la interpretación. México: Siglo XXI Editores. 15, 17, 19, 23, 28, 30, 32, 40, 55, 56

- Serrano, S., & Jaksic, I. (2000). El poder de las palabras: la Iglesia y el Estado liberal ante la difusión de la escritura en el Chile del siglo XIX. *Historia (Santiago)*, 33(1), 435-460.
- Sloterdijk, P. (2006a) Venir al mundo, venir al lenguaje. España: Pre-textos. 17-18, 143, 145-146, 147, 148-149
- Sloterdijk, P. (2006b) Crítica de la razón cínica. España: Siruela. 16, 50-52, 177
- Sloterdijk, P. (2013) Muerte aparente en el pensar. España: Siruela. 16-20, 21-26, 37, 44-51, 53, 62-78, 79-82
- Sollers, P. (2004) Introducción. Un paso sobre la luna. En: Derrida, J. (2004) De la Gramatología. México: Siglo XXI Editores. I-XIX
- Tiqqun (2008) Introducción a la guerra civil. España: Melusina. 78-79
- Tiqqun (2015) Una metafísica crítica podría nacer como ciencia de los dispositivos. Recuperado de: <http://tiqqunim.blogspot.mx/2015/05/una-metafisica-critica-podria-nacer.html>
- Zizek, S. (2003) El espectro de la Ideología. En: Zizek, S. (2003) Ideología: un mapa de la cuestión. Argentina: Fondo de Cultura Económica. 15, 17-24, 27
- Zizek, S. (2008) En defensa de la intolerancia. España: Sequitur. 17, 103
- Zizek, S (2010) El acoso de las fantasías. España: Siglo XXI Editores. 12-31
- Zizek, S. (2012) El sublime objeto de la ideología. México: Siglo XXI Editores. 43, 46-47, 51, 68-69